MARÍA

POR

RAFAEL GAGO

TERCERA EDICION

MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ

Carrera de San Jerónimo, 2

1881

MARÍA

17cms.
R.66.573

MARÍA

POR

RAFAEL GAGO

MADRID
IMPRENTA DE MANUEL G. HERNANDEZ
Libertad, 16 duplicado
1881

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

Al Sr. D. Luis Sainz y Ocejo

Queridísimo Luis:

De este libro ya conoces desde su primera hasta su última palabra; ese sencillo epitafio que á veces una razon de prudencia obliga á colocar donde sirva más de punto de mira que de término.

En hebreo, María *es el nombre de la* Amargura; *en nuestras lenguas no lo es siempre afortunadamente, y aún no sé lo que podrá significar, pero tu alma de artista que imagina y siente en el silencio de una injustificable modestia avara de sus mejores creaciones, se conmoverá de viva compasion al ruego de* María. *Ahí la tienes hincada de rodillas. Acógela con benevolencia, que si así parece ofrenda de déspota califa, rey cristiano hubo, segun la tradicion murmura, que las entregó por cientos.*

Yo te la dedico impalpable como la idea. Acéptala en leve tributo del profundo cariño que te profesa de corazon tu antiguo y fraternal amigo

Rafael Gago y Palomo.

Madrid, Marzo de 1881.

tambien famosas, en una, las del palacio de la Alhambra, en otra, las del Generalife, y en las de enfrente, ermitas, templos y apartados colegios, se ven acá y allá sobresalir de entre el ramaje las blancas paredes y musgosos tejados de esos alegres retiros llamados *cármenes*, y de los molinos que bordan ambas orillas del escondido y misterioso rio.

Imposible es imaginarse, cuando funde las vecinas nieves de la sierra un sol canicular, la grata frescura que se respira bajo la frondosa techumbre no interrumpida de aquellas avellaneras formando como bóvedas y columnas de un templo, del templo de la melancolía. De distintos puntos del umbroso suelo brotan, de entre las yerbas, dulces y clarísimas fuentes á cuya vista la más tibia sed se excita, y cuyos improvisados tabernáculos parecen altares de ese templo, que invitan al reposo y á las más recónditas meditaciones y plegarias del alma. Cuando ésta está en sosiego, cuando aún no la inquieta el recuerdo de una sonrisa, de una mirada ó de una lágrima, allí siente mil palpitar en sus lábios y en sus ojos, y allí recuerda lo que jamás sintió, como si el alma, ántes

de venir á la tierra, hubiese vivido en el soñado paraiso del Profeta, y á presencia de aquella imágen despertasen las emociones dormidas como las cuerdas del arpa vibran sin ser tocadas al son de las notas armónicas.

Pero aquella melancolía no es la melancolía profunda y glacial que se respira en los bosques de la Escocia; es una melancolía iluminada por el rayo furtivo del espléndido sol de Granada, que en aquel despejado cielo brilla con el fuego de una mirada de ardiente pasion, como la sonrisa voluptuosa en los lábios de la bacante, y en la cual el sombrío recuerdo de un desengaño queda sepultado bajo las esplendorosas alas de mil risueñas esperanzas. Allí el suicidio no seria un recurso, sino una esperanza; no seria una consecuencia de una fé perdida, sino de una fé extraviada; ¡extraviada, quién sabe! ¿No bajaba el mártir á la arena de los circos con la sonrisa en los labios á servir de pasto á fieras y de espectáculo á malvados?

Hay entre aquellos cármenes uno á tres cuartos de hora de la capital, situado en un ensanche del estrecho valle á unos doscien-

tos pasos al Norte de la orilla del rio, y cuya jurisdiccion se extiende á uno y otro lado en gran espacio, circundado de avellaneras, jardines, huertas y árboles frutales de mil especies, de arroyos y torrentes. Apenas los tejados de su casa logran asomarse por entre el frondoso ramaje. Al lado se levanta una ermita con su pequeña campana, y acá y allá, bullendo el agua inquieta en fuentes de mármol y cascadas de riscos y conchas, adormece con sus alegres murmullos.

Era este cármen de una señora que, poco amiga de ruidosas diversiones, pasábase con su única y pequeña hija largas temporadas en tan ameno retiro, dejando á su esposo esclavo de su codicia y vanidad en medio del mundo.

Distintas veces el esposo habia manifestado á la señora que era preciso ocuparse de la posicion de la hija, y necesario, por tanto, exhibirla.

María, que así se llamaba la hija, frisaba en los doce abriles cuando murió la madre. Fué un golpe terrible para la pobre niña, que en la soledad de los bosques el recuerdo de su madre

siempre presente imprimió á su semblante una dulce expresion de amargura.

Como la casa estaba sobre una vertiente, hubo necesidad de practicar una planicie para construirla; así es que parecia hallarse embutida en un socavon. La puerta miraba al Mediodía, y al Norte subia rápidamente el terreno formando escalonadas planicies y paseos de avellaneras y árboles frutales hasta la mitad de la vertiente, y desde ésta hasta la elevada cima de la montaña, denominada del *Pajarillo*, desnuda de vegetacion ó con la vegetacion propia de los montes. Allí, donde terminaban las avellaneras, terminaba la jurisdiccion del cármen, extendiéndose desde ella la de un cortijo, cuya casa distaba más de tres cuartos de hora á buen andar. María, sin embargo, traspasando los límites de su propiedad, y entrando en los de la infantil curiosidad, solia subir por la tarde acompañada de una hija del labrador del cármen, á lo más alto de la cumbre á contemplar el valle iluminado con los últimos destellos de occidente.

María acostumbrabà vestir con elegante sencillez el traje de las campesinas. Su vestido no

tocaba al suelo; calzaba unas botas sujetas al pie por medio de cordones, á la manera de las sandalias; solia llevar un ancho sombrero de paja, y un pañuelo de seda que apenas cubria sus hombros y anudaba con graciosa negligencia sobre su seno.

Era María una hermosa y esbelta criatura, de ojos, pestañas, cejas y cabellos oscuros, de piel fina y blanca con un ligerísimo matiz bronceado, orejas y boca pequeñas, nariz recta y corta, cuyo extremo tenia suavemente alzado así como la ligera prominencia media del labio superior; su barba era redonda, mas cuando los suspiros estremecian su hermosa garganta y las lágrimas temblaban en sus ojos, su barba se hendia ligeramente formando un hoyuelo como un nido de besos. Su madre, más que en las mejillas, solia besarla en la barba, y alguna vez, en sus trasportes de cariño, mordérsela suavemente; María se hacia la enojadiza, su madre enloquecia, y ambas abrazadas no juntaban sus cabezas sino para besarse, ni las separaban sino para reir. La querella concluida, su madre se alejaba murmurando: «Me tiene loca.»

La campesina amiga de María solia decirla:

—María, tienes trastornada á tu madre.

—Me quiere mucho, ¿verdad?

Pero ya queda dicho que el hoyuelo no aparecia sino cuando sonreia ó sollozaba. Su madre con frecuencia la llamaba, y la hacia colocarse delante diciéndola:

—María, ponte enojada.

En vez de enojarse se sonreia, y era lo mismo.

En tal disposicion estaban hija y madre dias ántes de morir esta última.

Al amanecer se levantaba é iba á visitar á las flores de su jardin; recorríalas una por una como si quisiese preguntarlas cómo habian pasado la noche; á ésta la sacudia del rocío que doblaba sus hojas; á aquella la soplaba con suave aliento como para precipitar su florescencia, y despues arreglaba con delicadeza los desordenados pétalos; á otra se la acercaba á su boca, y aspiraba con todas sus fuerzas como si quisiera absorber de una vez todo su perfume, exclamando:

—¡Qué hermosa!

Despues la cogia del tallo y la cortaba en la

más completa conviccion de que, aquella flor, por ella cuidada y educada con tanto esmero, habia nacido y abierto para ella. Recorrido el jardin, salia de él radiante de felicidad con un manojo de flores.

Todos los dias acostumbraba visitar los cármenes y molinos inmediatos, llevando instintivamente, sin darse cuenta de ello, algun recuerdo, algun obsequio á sus vecinas que la recibian colmándola de besos y caricias. Tambien las vecinas correspondian á estos obsequios: ¡cuán raro el dia que no la traian algun regalo del molino ó del cármen inmediato! Mas no se lo presentaban sin el exordio de la modestia; y sólo despues de haber hecho la visita y cuando se disponian á marchar:

—Su *merced* disimulará... somos pobres... no podemos traer más...; y sacaban de debajo del delantal, cuál un racimo de uvas, cuál un rosco, cuál un pequeño cántaro de leche, que habian tenido oculto con el mayor recato posible durante la visita. Despues se despedian con un afectuoso beso y un «que Dios bendiga á su merced,» capaz de hacer sonreir de arrepentimiento á la conciencia más criminal.

Pocos dias ántes de morir la madre, María se sintió afectada de extraña inquietud, y corrió asustada á la falda de aquella que reposaba bajo las avellaneras contemplando los frutos de la huerta.

—¿Qué tienes? la preguntó ésta.

María rompió á llorar.

—María, replicó la madre algo sorprendida, ¿no me contestas?

—Sí, mamá, sí... es que...; dame un beso que me voy á morir.

—¡A morir! Tú estás loca, ¿estás mala?

—Sí, sí, replicó María sollozando.

—Dime, dime, ¿qué tienes? ¿qué sientes?

María recorrió el bosque con la vista; se acercó al oido de su madre, y le dijo algunas palabras interrumpidas por los sollozos, con voz muy quedita y apenas inteligible.

¡Cuál no fué el asombro de María al oir la sonora carcajada con que respondió la madre á la confesion! Creyóse que estaba aislada en el mundo, y que áun su propia madre se reia de sus males.

—Anda, anda... pues me gusta, exclamó la madre con risueña calma dando un beso á María.

Esta, al principio sorprendida, comprendió por la alegre serenidad de su madre, que su afeccion no la pondria en peligro de muerte, y madre é hija, asidas del brazo, volvieron á casa, la madre transpirando el gozo por su semblante, la hija cuando miraba á su madre sonriendo dulcemente, y cuando no, triste y pensativa como sospechando que su madre afectaba tan risueña calma por tranquilizar sus temores.

Los dias festivos congregábanse en la ermita á oir misa todos los labriegos de los cármenes vecinos, y frecuentemente, despues de la ceremonia religiosa, promovian á la grata sombra de las frondosas avellaneras entre el murmullo de las fuentes, ruidosas y alegres fiestas al son de castañuelas y guitarras.

María bailaba, con singular gracia, el popular *robao*, con la gracia que prestaba á sus movimientos la flexibilidad, la esbeltez, la belleza y la modestia.

Este baile, cuyo nombre ya indica algo de su movimiento, es sumamente animado. Cada *mozuelo* invita á la *mozuela* que mejor le parece, y colocados uno enfrente de la otra, fórman-

se de este modo dos filas de varias parejas, los sexos alternados, de las que cada dos constituyen un grupo. Mientras nadie canta, el baile se reduce á un acompasado movimiento en el que nadie se sale de su fila, al son de los acordes de la guitarra; pero desde el momento en que se dejan oir los primeros acentos de una copla de malagueña, cada mozuelo se acerca á la pareja que tiene enfrente, la coge de la mano derecha, dá con ella una vuelta corriendo al compás de la guitarra, la deja y vá á coger en seguida de la mano izquierda á la mozuela que tenia al lado, dá de la misma manera con ella otra vuelta, y así de una á otra hasta que la copla termina, en cuyo preciso instante el baile vuelve á recobrar su primitiva serenidad, aconteciendo las más veces que cada mozuelo queda enfrente de la mozuela que tenia al lado y de aquí el nombre del baile. Esta es la primera figura. La segunda sólo se diferencia de la anterior en que en vez de una son dos vueltas. La tercera consiste en formar un gran anillo con todas las parejas; este anillo gira principiando su movimiento hácia la derecha y cambiando de

sentido á la terminacion de cada verso de la copla. La cuarta es bien sencilla; se reduce á coger cada pareja de los brazos é ir dando vueltas de suerte que la mozuela siempre corra hácia adelante. La quinta es la *estrella*; los mozuelos y las mozuelas alternadas con ellos se cogen de sus manos derechas formando una estrella ó una rueda, cuyo eje es las manos, y lo mismo que el anillo, gira cambiando de sentido á cada verso de la copla, para lo cual al terminar el movimiento en el sentido con que principia, todos sueltan las manos derechas y se agarran de las izquierdas, y así alternando hasta la conclusion de la copla. La sexta es el puente; cada uno coge con su derecha, de la mano izquierda á la que tiene enfrente y formando con sus brazos un arco, corren de frente; la primera pareja de este modo asida penetra sin soltar las manos y corre en opuesto sentido por debajo de aquella série de arcos á salir por la otra extremidad, en cuyo momento alzan los brazos para formar tambien arco y servir de puente; de este modo, conforme llegan las parejas al extremo, se van embutiendo por debajo de aquel puente de brazos,

continuando este movimiento hasta que cesa la copla. Por esta sucesion incesante de figuras, é incesante, pues estando regularmente concurrida la reunion no pasa un segundo de copla á copla, es raro que cada mozuelo conserve enfrente á la pareja que invitó, y esto mismo hace que sea más animado el baile, pues cada cual acelera el movimiento para que no se la quiten, aunque rara vez lo consigue. En la estrella, al cambiar de manos hay descoyuntamientos, significativos apretones, jaleo, risa y bullicio; en el puente cada vez que un mozuelo pasa por debajo del brazo de la pareja invitada, recibe de su mano su correspondiente coscorron, suave cuando el que se la robó y cuya mano tiene asida no toma parte en él, lo que no ocurre las más veces, y continuando el movimiento el aporreado se venga á su sabor. Al cuarto de hora todos los rostros sudan, todos los corazones palpitan, todos los pechos están agitados, todas las piernas flaquean; pero esto no obstante, el baile continúa. Puede una pareja dejar de bailar y los demás seguir; pero el cansancio de una introduce el desaliento en toda la

fila, y poco á poco se deshace. Al terminar, la mozuela se dirige al que tiene enfrente y le dá un abrazo como diciendo: aunque tú no me invitaste, al fin me has *robao* y he bailado contigo; en seguida se dirige al *tocaor*, que es seguramente el mimado anfitrion, y le da otro abrazo; despues busca á quien la sacó á bailar y le abraza tambien; despues á todos los que han bailado, y por último á todos los demás, es decir, á los *mirones*. Como se comprende, estos abrazos, que sólo consisten en poner tímidamente la mano sobre el hombro, sirven de motivo á animados diálogos de sátiras, chistes, bromas, requiebros, quejas y reclamaciones, con los que unos rostros se coloran y otros palidecen.

Concluido el baile, entra la segunda parte, que consiste en representar pasillos, narrar cuentos, recitar romances, hacer juegos ó algunas veces simplemente beber y conversar.

Los cuentos contienen por lo regular una pronunciada dósis de pimienta; pero el chiste suele pasar embozado, aunque no hasta los ojos, cuando un cierto respeto lo requiere.

Sentada en una silla María, que prestaba en-

canto con su amable presencia á estas reuniones, escuchaba atenta el cuento, observaba que con frecuencia el narrador se detenia, se rascaba detrás de la oreja, pronunciaba algunas frases y que todos los pechos estallaban en una estrepitosa carcajada. María miraba á todos con curiosidad, veia reirse tan alegremente y se sonreia. La mujer del labrador tosia, el narrador la miraba, se encogia de hombros de un modo significativo, y calmada la risa, continuaba, no sin dejarse oir un suave *chst* para lo sucesivo.

La reunion comunmente concluia con otra nueva sesion de baile, despues de la que cada cual se retiraba risueño y contento á su vecino hogar.

Cuando el padre de María asistió á la muerte de su esposa, quiso aprovechar la ocasion para sacar á la hija de aquel retiro. Indicóselo así á la mujer del labrador, que amaba á María como á hija propia y á quien la madre de ésta profesaba por ello singular cariño.

—Es preciso, mujer, es preciso, la dijo el padre de María. Mi esposa, contenta con su dicha y con la de María, se olvidaba de ciertas

conveniencias y yo he respetado ese olvido. Usted lo comprenderá así. Yo le agradezco muchísimo lo bien que lo han hecho con ámbas y tambien la agradeceria que influyese en María para convencerla á dejar un sitio que no puede ménos de recordarla contínuamente á su madre, cuya pérdida la ha afectado tanto. Yo puedo morir tambien, y María sola...

—Señor, contestó suspirando la pobre campesina, yo haré lo que su merced me mande. Su madre, ántes de morir, me dijo que sirviese de madre á María, sabiendo que habia de hacerlo bien, si María, en contra de lo que su merced dispusiese, se empeñaba en no salir de aquí... Yo, añadió la pobre mujer llorando, no tengo más que obedecer... pero... me quitan una hija... la quiero mucho, muchísimo.

—Vamos, mujer, vamos; ya vé usted que es mi hija; yo voy á buscar su felicidad...

—¿Su felicidad? interrumpió vivamente la campesina, cuyo rostro se animó; su felicidad está aquí... aquí... Créame su merced; que si ahora la aflige la muerte de su madre, si se la llevan, á donde quiera que vaya sentirá mayor dolor... porque además de la separacion de su

madre, se separa de sus flores, de sus fuentes, de nosotros... sí, sí, mucho más. Nosotros, nosotros solamente podriamos hacerla olvidar su pesadumbre.

El padre de María dejó asomar una ligera sonrisa de incredulidad, pero guardó silencio. Salió en busca de María, y despues de recorrer las avellaneras largo rato, la encontró con un libro, reclinada contra el tronco de un árbol. Era un libro de oraciones.

—María, la dijo su padre sentándose á su lado, vengo á interrumpirte tus oraciones que sin duda serán por tu madre; ¿la sientes mucho, verdad? añadió el padre dándola un beso.

—Sí, papá, contestó María sollozando.

—Es preciso resignarse á estas desgracias, hija mia. Así es la vida, y hay que conformarse con ella...

El padre no sabia cómo presentar la cuestion. Al fin, despues de algunos momentos de silencio, prosiguió:

—Pues sí. ¿Tú recuerdas mucho á tu madre? Es claro, cada árbol, cada fuente te la recordará á cada momento...

—Sí, sí, papá, interrumpió de pronto la niña.

—¡Pobre María! Estos sitios te destrozan el alma, y es preciso que la conserves, porque así lo ha mandado tu madre; sí, es mecesario que salgas cuanto ántes de estos lugares...

—¿Salir de estos lugares?.. ¿Y á dónde? preguntó como asombrada.

—A cualquier parte, María.

María se quedó algunos momentos pensativa; mas á poco el libro se le cayó de las manos y prorrumpió en amargo llanto.

—Vamos, habla, ¿por qué lloras? preguntó con ansiedad el padre.

—Porque me... van..., exclamó María entre sus profundos sollozos, me van á separar más de mi madre.

—¿Cómo más, si, por desgracia, no es posible?

—Sí, sí... ¡si ella viene á verme todas las noches!

—¿A verte?

—Sí, replicó María olvidando de pronto sus lágrimas; ella viene muy callando, muy callando... y... ¿no sabes? anoche, yo durmiendo, vino así, y me besó, me besó... aquí, añadió sonriendo con suprema expresion de candor, señalándose la barba.

María quedó algunos momentos suspensa en aquella posicion, mirando de hito en hito al padre; el padre la contemplaba extasiado. Sintió éste los ojos empañados, y sin poder pronunciar palabra, acercó sus labios á la barba de su hija, y estampó en ella un apasionado beso exclamando:

—¿Ahí?

Despues se levantó y se alejó de ella para dejarla rezar; y el padre, que iba pensando hasta en ser severo para lograr su fin, volvia pensando que aún se la podia dejar algun tiempo, puesto que durante el luto, no habia naturalmente que pensar en nada. Entretúvose en pasear un rato, y despues se dirigió á la casa.

Mientras esta anterior escena tenia lugar, la mujer del labrador habia tramado, sin darse cuenta de ello, una intriga para oponerse á los designios del padre. No fué tan pronto separarse cuando la buena mujer corrió á ver á su hija y á su esposo á avisarles de lo que se proyectaba, asegurando que si todos iban á una á rogar al padre, que lograrian detener á María siquiera algun poco tiempo. La noticia cundió, y una hora despues se hallaban

en la casa reunidas todas las campesinas de las inmediaciones.

Poco despues, vieron al padre de María que, de regreso de su entrevista con su hija, volvia pensativo y con paso lento á la casa.

Entónces la mujer del labrador se dirigió á sus convecinas y las advirtió que no dijesen que ella las habia reunido. La más atrevida salió del grupo, se dirigió hácia el padre, y á ésta fueron siguiendo poco á poco las demás.

—Señor, le dijo, perdone su mercé que le cortemos el paso...

—¿Qué se ofrece? preguntó aquél con amabilidad.

—Que... segun dicen... van á llevarse á la señorita María, y... veniamos á rogarle que la dejara... porque...

—Sí, sí, ya entiendo, ya entiendo. ¿Qué quieren ustedes? Que se quede, ¿no es eso?... ¿ó qué?

—Sí, señor, sí.

—Sí, sí, déjenosla Vd., dijeron todas.

—Pues, señor, no sabia que fuera tan querida por estos sitios mi hija; pues bien, sí, se quedará algun tiempo... algun tiempo, añadió

dando á sus palabras el acento de reconvencion. Vaya, hasta luego.

—Vaya su mercé con Dios, contestaron apartándose para dejarle paso.

No dejó de preocupar al padre el cariño que las campesinas manifestaban por su hija, pues luego que entró en la casa y se sentó á gozar de algun descanso, oyósele murmurar:

—¡Malditos negocios y afanes, y... tanto trabajar tambien!

Al dia siguiente, éste, despues de dejar encargada de María á la mujer del labrador, y de despedirse de su hija, se marchó.

Algunos dias despues, la mandó un pañuelo de seda y un traje negro de campesina, muy sencillo, pero tan elegante que desde que lo vestia causaba admiracion. Con aquel traje estaba soberanamente hermosa.

La ingénua solicitud de sus vecinas era tal, que apenas la dejaban un momento sola, y cuando se acostaba, entreteníanla con cuentos hasta que se dormia; siempre estaban organizando distracciones para ella, mas no de tal manera que llegasen á ofender lo respetable de un dolor tan justo como la pérdida de una

madre. Sin embargo, cuando se sabe que ciertas diversiones tienen por objeto distraer una estéril tristeza, el dolor perdona algunos contrastes demasiado pronunciados.

Al fin, despues de algunos dias de discutir qué se debiera hacer para despertar la perdida alegría de aquella criatura, agotados ya los ordinarios expedientes que podian causar cansancio, convínose en organizar una reunion, y todo se preparó con el mayor sigilo para que ésta tuviese lugar el inmediato dia de fiesta, para el que faltaban tres.

Durante estos tres dias la vida de María seguía siendo la misma. Amaneció el ansiado festivo al fin, y fuera que el temor de insultar con una fiesta ruidosa el recuerdo todavía demasiado reciente de la desgracia, ó fuera que, en realidad, María, sin querer fijarse, hubiese observado extraños preparativos de insólita animacion, ó fuera que alguna golondrina de las que anidaban en los techos de la casa hubiese enfermado, ó que se marchitase alguna de sus más queridas flores, lo cierto es que la mujer del labrador creyó observar que María se manifestaba aquella mañana más preocupa-

da, más tristemente distraida, más deseosa de la soledad que de costumbre, tanto que la buena campesina pensó en aplazar la fiesta.

—Veamos ántes, se dijo, qué efecto hacen en su ánimo los primeros momentos, que la reunion puede deshacerse cuando se quiera.

Poco á poco fueron llegando los invitados; las campesinas buscaron á María y se la llevaron divirtiéndola con juegos y chistes, mientras el banquete se preparaba, y cuenta que el banquete prometia ser espléndido, pues nada ménos que el padre de María, avisado del proyecto y aprobado por él, habia remitido, para mayor regalo, delicados y abundantes manjares y un número considerable de botellas de suaves licores.

A la puerta de la casa habia una explanada sostenida por un muro que servia de asiento, cubierta por un parral y rodeada de avellanos, acacias y laureles. En el centro elévase un soberbio surtidor en cuyo espumoso penacho el cristalino líquido jugaba inquieto manteniendo una empeñada querella con las hojas del parral.

Llegada la hora, labriegos y labriegas, tra-

yendo como presa á María, se arremolinaron en torno de aquella fuente, y sin más ambajes, comenzó la fiesta con el ya descrito baile. Cantáronse coplas alusivas á propósito para distraer el ánimo de María, y algunas tan disparatadas como esta:

Yo he visto á un monte volar
Y á una torre andar á gatas
Y en lo profundo del mar
A un burro asando patatas.

que la hiciera reir. Nadie quitaba los ojos de María, observando que su semblante, si no estaba tan sério como fuera de temer, tampoco estaba tan alegre como fuera de desear.

Concluida la sesion de baile, María, con gran sorpresa de los circunstantes, se levantó de pronto y entró en la casa; siguióla la mujer del labrador con ansiedad.

—¿Qué buscas? ¿Qué buscas? preguntaba corriendo tras María.

—¿Y la llave de la despensa? preguntó ésta volviéndose súbitamente á la campesina.

—¿Qué quieres?

—¿No queda nada en ella con que hacer un pequeño obsequio á estas buenas gentes?

—Sí, contestó la labradora con cierto recelo.

—Pues, saca, saca.

La labradora condujo á María á la despensa, y allí mostró el espléndido surtido de obsequios que durante tres dias habian acumulado.

Entretanto, á la desaparicion súbita de María, habíanse formado entre los rústicos comensales, grupos donde, comentando el hecho, se suponia que la copla tal ó la risa extemporánea de éste ó la broma de aquél, la habian disgustado; echábanse mútuamente en cara lo que suponian inconveniencias é íbanse agriando los ánimos con las disputas, cuando de pronto apareció María, seguida de la labradora, trayendo sendas cestas por cuyos bordes asomaban cuellos de botellas, patas de pavos, roscas y tortas.

—Ahora, á descansar y á comer, dijo María dejando en el suelo la cesta de que apenas podia tirar.

Todos se miraron con mayor sorpresa.

—Vamos, añadió María con el tono de dulce reconvencion.

A esta palabra las campesinas corrieron hácia ella, y cogida entre todas pasaba de una á otra aturdida por los besos, de abrazo en abrazo, de aquellos abrazos, llamados de *cortijo caido*, que sacian en uno la efusion más ferviente y que hacen perder pié y respiracion.

Desde este momento la alegría franca y resuelta no necesitaba del excitante líquido para llegar hasta la locura; pero en muchos casos conviene sustituir el espíritu humano por el del vino, porque si éste tiene sus vapores, aquél tambien tiene sus brumas. Más de una campesina, con la copa de licor en la mano, miraba alternativamente con cierta sonrisa picaresca, á la copa y á quien se la ofrecia, como diciendo: te veo. Conviene saber que el espíritu que anda, como el de Villena, embotellado, es un espíritu inteligente que tambien sabe mover no sólo ya las mesas, los veladores y los trípodes, sino las sillas, las butacas, los techos, las paredes, los suelos, la tierra y los cielos y hasta el mismo *medium*, capaz de establecer correspondencias, como por aquel país

se dice por vía de hipérbole, hasta con el mismo Dios.

Al ver á María concurriendo complaciente de aquel modo á la animacion del festin, la labradora, llena de contento, destapó una botella de licor, y mostrándola en alto á todos, aplicósela á sus labios y bebió; de la labradora pasó á su esposo, que en dos tragantadas concluyó con ella. El ejemplo dado por una persona de edad como la labradora no tardó en ser imitado ventajosamente por los alegres circunstantes, y las dos cestas, y otras cuatro que se trajeron, quedaron en algunos segundos completamente vacías.

Pero en vano se ofrecian licores á María, porque rehusaba con tan ingénua dulzura que nadie sabia insistir; hasta hubo quien, riéndose de los que no sabian ofrecer, apostó un cogotazo á que la niña beberia. Acercóse con una copa llena de licor á María que estaba sosegadamente hablando con otras jóvenes, y adoptando una expresion y actitud tan cómicas que la hicieron sonreir, la alargó la copa sin decir más. Sorprendida María cogió la copa, preguntando:

—¿Qué es?

—¿Que qué es? pues... *ten-con-ten* y *caldo de campanas*... muy rico... arriba, arriba.

Las que rodeaban á María al ver la seriedad del campesino rompieron á reir. María las miró, miró la copa y exclamó:

—Sí, ya entiendo... me quiere zumbar. No, por Dios, no hacedme tomar de esto, añadió como devolviendo la copa á quien se la ofrecia.

—Bueno... está bien, señorita, está bien; dijo el campesino como enfadado, alargando el brazo lentamente para agarrar la copa.

—No, enfadarse, no; exclamó María; yo la beberé, pero... no me quereis...

—¿Qué?-dijo el labriego al ver el semblante compungido de la niña.

—Sí, sí, añadió, me quereis ver enferma... bueno.

A estas palabras, el campesino subió los hombros, como si ya le hubiesen dado el cogotazo de la apuesta. María observó este movimiento y dijo dulcemente mirando con cierto temor la copa:

—Sí la beberé... sí, la beberé...

—No, dijo el campesino, rascándose la cabe-

za, si es que... habia apostado un cogotazo fuerte, muy fuerte, á que su merced se beberia esta copa... con aquel... que tiene buenos puños...; dijo señalando á otro campesino.

Las que rodeaban á María se sonreian maliciosamente tomando estas palabras por ardid, hasta que una de aquéllas, temiendo que en realidad pudiese caer enferma la niña, al ir ésta á acercar tímidamente sus lábios á lo copa, se la apartó preguntando al labriego:

—¿Es eso verdad?

—Sí, formal, muy formal, pero... venga la copa, que el cogotazo con la copa dentro, se siente ménos; y diciendo esto se colocó delante de María, cogió la copa de licor, se la bebió él mismo y se marchó muy ufano como quien está seguro que no le ha de faltar expedientes para huir el cogote á su rival, sobre todo, cuando vió la lamentable situacion de que el rival comenzaba á dar muestras, entre otras la de meter ambos pies en una de las cestas vacías y la cabeza en la fuente, de lo que todos holgaron mucho, y en especial el apostador.

—¿Estás contenta? preguntó á María la misma que la apartó la copa.

—Sí, contestó María, estoy contenta con vuestra alegría.

Principiaban á sentirse los efectos del opíparo festin. El uno agarraba á otro de la solapa, como para decirle algo, pero más bien para sujetarse, le daba un grito y se alejaba bamboleándose; otro queriendo espantar á las muchachas, echándolas agua, se caia en la fuente; una de ellas pide agua, y otro coge la cesta y la coloca bajo el chorro de un pilar cercano esperando pacientemente á que se llene, mientras sin mirarla la hace señas de que aguarde; la muchacha coge un jarro, lo llena en otro chorro, bebe y el resto se lo echa al de la cesta por la cabeza, y éste sin mirar, la tira un cestazo. La labradora lloraba de risa, y el labrador tosía gravemente como disimulando; sucedíanse mil escenas grotescas; la animacion crecia, y algunos momentos despues todo era broma, jolgorio, carcajadas, bullicio, voces, gritos desaforados, cantares disparatados, desentonos, bailes voluntarios é involuntarios, corridas, tumbos y gemidos aguardentosos.

Y como pasa en tales casos, formáronse

grupos de los diferentes estados: de los que estaban sérios, de los que reian sin hablar, de de los que reian y hablaban, de los que no podian hablar, de los que caian y se levantaban, de los que caian y no se levantaban y de los que roncaban. Las muchachas, pues, que no se habian excedido demasiado, eran del grupo de las que reian y hablaban, y cansadas ya del lugar elegido á la reunion, ó necesitando otro, se fueron alejando de él, de tal suerte que aquel grupo en que dominaba ya en absoluto el sexo bello, habia buscado un sitio llano, fresco, más próximo al rio donde holgar á su sabor. Allí los cuentos picarescos, las murmuraciones y comentarios jocosos que no debian oirse por los demás grupos que todavía podian oir.

María estaba aturdida, asombrada de los efectos del festin. La hablaban y se reian todas á la vez, sin darla tiempo á responder.

—Yo, les dijo señalando á un muro próximo, me sentaré aquí y os veré.

—¡A jugar! ¡á jugar! exclamaron todas.

—Estoy cansada, replicó María en tono de súplica.

—Bueno, pobre María, siéntate, siéntate; dijeron tambien todas.

María, cogiendo al paso una rama de avellano, fué á sentarse en el sitio que habia indicado, y mientras las demás danzaban, hablaban, cantaban y reian, la niña María recayendo á poco en meditaciones, siguiéndola con la vista, pasaba y repasaba la rama por el suelo. Si veia un insecto, le azotaba suavemente con la rama, como diciendo: «huye, que te mato,» y el insecto, aunque es de presumir que no la entendiese, corria á escape con todas las numerosas patas de que la naturaleza le dotara; seguíale con la vista, y al verle desaparecer se sonreia.

Así habia pasado un rato distraida, cuando deteniendo el movimiento de la rama, levantó la vista y giró una mirada por el bosque como para recordar donde se hallaba ó como para buscar á álguien que en aquellos momentos la entendiera y con quien tranquilamente conversar.

La algazara era en aquellos momentos más estrepitosa que nunca. María paseó su vista y vió de pronto como á unos cien pasos encima

del lugar donde se hallaba y entre los troncos de los árboles, una figura que no distinguió bien.

Fijóse un instante, y distinguió la figura como de un cazador, que echado sobre una de las ramas bajas de un avellano, parecia contemplarla ó contemplar el grupo de las campesinas. Despues le vió incorporarse, volverse y desaparecer.

Entónces María se levantó y, jugando con la rama de avellano, se dirigió hácia el sitio por donde el cazador habia desaparecido.

Las muchachas estaban tan aturdidas, que no observaron que la heroina de la fiesta se habia marchado.

Viniendo al cármen, el camino, bastante accidentado, se dirige hácia Levante, forma un recodo y penetra por debajo de las avellaneras, con un ligero declive hácia abajo, dejando otro á la derecha más pendiente todavía. Dentro del bosque y como si no bastasen los avellanos, el camino, limitado á su derecha por un muro de cerca de una vara de altura abierto en algunos lados formando portillos, y á la izquierda por una fuerte albarrada, está cubierto

por un parral y á trechos por el espeso ramaje de algunos laureles.

Aquel dia, un dia espléndido de primavera rebosando luz y aromas, era un dia de calor horrible, uno de esos dias de bochorno que hacen desear y presentir furiosas tormentas. El cazador, que era un jóven de unos diez y ocho años, de agradable semblante y distinguido porte, sin duda, combatido por el excesivo calor y la sed, y sobre todo porque quizás la caza adormecida bajo los matorrales del vecino monte se ocultase á su vista, y buscando, buscando, ya aburrido, viniese á dar en un sitio plácido donde apagar su sed y sestear sosegadamente, cuando dobló el recodo y escuchando el rumor de las fuentes se sintió bajo la fresca sombra del deleitable bosque, se quedó estupefacto. Quitóse su ancho sombrero, y abanicándose con él, siguió lentamente el camino mirando y remirándolo todo.

Conforme se iba acercando al cármen iba percibiendo más próximo rumor de voces y canciones. Fijóse un poco, y distinguiendo extraña algazara de gargantas femeninas, saltó el muro y se echó á andar en direccion al sitio

de donde partian los rumores. No tuvo que andar mucho, pues al salir al borde de una de aquellas planicies escalonadas, vió á un centenar de pasos un bullicioso grupo de campesinas jugando, riendo y cantando, y al lado una muchacha vestida de negro que le pareciera todo lo hermosa que era, á no ocultar su rostro encantador una rama de avellano que caia por delante de su frente. Llamóle, sin embargo, la atencion su aire como meditabundo y abstraido en medio de aquella algazara, y la extraña elegancia con que vestia el trage negro de campesina. Contemplóla largo rato hasta que, acordándose de su sed y su cansancio y no atreviéndose á turbar la franca expansion de aquel concierto femenino, fué á buscar otra vez el camino que se dirigia á la casa de la que ya distaba poco

A unos treinta pasos de ésta y conforme venia á la izquierda, la albarrada se interrumpe, se dobla en ángulo recto limitando una plazoleta cuadrada cubierta tambien por un parral, cerrada por una verja y en cuyo fondo, una cascada de riscos y conchas, cuajada de caprichosos surtidores, marea con la inextricable red de

plata que forma el agua en los aires y encanta y adormece con su grato murmullo. Enfrente de la entrada y á pocos pasos se alza en el muro de la derecha un portillo oculto por apiñados troncos de laureles cuyo espeso ramaje se extiende por el parral hasta formar un frondoso techo á uno de los ángulos de la plazoleta indicada.

Allí se detuvo el jóven cazador contemplando la cascada, vuelta la espalda al portillo, mudo y como en éxtasis. De pronto sintió detrás como el roce de un vestido; volvió la vista y se encontró frente á frente con María que le miraba tranquila, primero con sorpresa, despues con curiosidad, despues con cierto interés, y por último, no le miraba, pues habia bajado la vista al suelo.

María habia salido en su busca, y creyendo que ya habia llegado á la casa, iba á preguntar quién era; buscó el portillo más próximo y salió al camino por el de los laureles.

El jóven cazador, que venia de estupefaccion en estupefaccion, de asombro en asombro y de éxtasis en éxtasis, al ver á María se juzgó por un momento presa de un sueño y no supo ar-

ticular palabra; mas serenado un tanto, quiso como disculparse de su presencia.

—Yo no sé, dijo, cómo me he encontrado aquí... contemplaba esta cascada y... ¿es de... es tuya esta finca?

—No, respondió tímidamente María moviendo á un lado y á otro el pié derecho, con los brazos caidos y sin apartar la vista del suelo.

—¿Quién es el feliz dueño entónces?...

—Mi papá, replicó en el mismo tono María.

El jóven cazador se sonrió.

—Es un paraiso, dije éste, y..., preguntó sin saber qué decir: ¿habría una poca agua?

María hizo con la cabeza un signo afirmativo, y sin pronunciar palabra volvió la espalda y salió corriendo.

El jóven la contemplaba sorprendido, la vió desaparecer, y alzando las manos en actitud de asombro exclamó:

—¡Encantadora!

No sabia qué pensar de ella, sin embargo. Aquella fiesta orgiástica de ébrias campesinas entre las cuales se hallaba, la singular complacencia de la niña, la maliciosa duda del que de todo desconfia, le tenian perplejo.

—Ve, dijo Abraham, pensaba á pesar de todo para sí, y la que te dé agua será la esposa de mi hijo...

María habia penetrado en la casa que estaba desierta, ó como si lo estuviera, entró presurosa en la despensa, buscó y fué sucesivamente tomando algunos manjares, dulces y una botella, despues alcanzó un vaso, y cuando volvia con todo, la botella y el vaso chocaban en sus manos con rápido repiqueteo. Iba temblando.

El jóven se sorprendió al verla llegar con aquellos obsequios, y notando el vaso vacío, iba á preguntarla, cuando María hizo signo con la cabeza de que la siguiera. Echó á andar en silencio tras ella sin comprender nada.

Ambos seguian el camino por donde el jóven habia penetrado en el bosque, haciéndole la niña volver sobre sus pasos. Llegaron así casi hasta el límite del bosque, y siempre siguiendo á María, el jóven tomó el camino que al penetrar habia dejado á la derecha.

Este otro camino tiene una de esas pendientes que obligan á la más respetable ancianidad á apresurar el paso y á mover el cuerpo que

pide á crugidos toda la flexibilidad que le falta; pero en cambio la juventud luce toda la de que goza.

María bajaba sonriendo. El jóven, observando uno por uno todos los movimientos del cuerpo de la niña, en los que hacia su elegante vestido traidora delacion de su esbeltez, se sentia por instantes aturdido y bajaba forjando dichas como las forja en sueños la imaginacion solicitada por el más ardiente deseo.

De pronto María se paró delante de otro camino lateral abierto á la derecha, señalando con su mano á un precioso templete á unos cincuenta pasos escondido entre avellanos como un nido de amores ó sombrío confidente de íntimas melancolías. El jóven creyó que le indicaba el camino que debia seguir y el sitio en que debia esperarla, y fué á entrar por él.

—No, dijo María como asombrada sujetándole del brazo.

—¿A dónde vamos? preguntó el jóven como contrariado.

—A la *Fuentecilla*, respondió María con la más sencilla naturalidad y como si el jóven de-

biese saber dónde se hallaba el lugar por ella indicado.

Y diciendo esto volvióse y prosiguió el camino que traian.

El jóven se paró un instante, miró con cierto ceño á María, la vió proseguir la pendiente, y echó tras ella.

La *Fuentecilla* estaba debajo de aquel templete. En una cavidad cuadrada, cubierta tambien por un parral sostenida por fuertes muros sobre uno de los cuales se levanta el templete, brota por un viejo grifo de hierro y cae en una pequeña cavidad á manera de pilar, un manantial de clarísima agua. Alrededor un asiento de mampostería, y en uno de sus lados una escalera de tres peldaños. La *Fuentecilla* es la reina de todas las fuentes del bosque y su agua goza de renombre en la comarca. Se halla á unos sesenta pasos de la márgen del rio, en una explanada de tan poca elevacion sobre su nivel, que en sus crecidas ha solido invadirla. El desagüe pasa por debajo de la escalera y vá por una profunda zanja á salir al rio.

Llegados á este pintoresco sitio, María co-

locó bajo el chorro la botella, soltó el vaso en el asiento, y desenvolviendo los dulces y manjares que traia, sacó algunos y se los ofreció al jóven, diciéndole tímidamente con extremada dulzura:

—Toma... y siéntate.

El jóven se sentó. No sabia qué pensar ni qué decir; estaba aturdido. Tomó el obsequio, partiólo en dos porciones iguales, y á su vez ofreció una de ellas á María, diciéndola con el mismo tono de dulzura:

—Ahora, toma tú.

María estaba de pie y como abstraida contemplando el cristalino manantial. Volvió la vista, miró el obsequio, y fijándola despues en los ojos del jóven, replicó con una sonrisa como de súplica:

—No, tú sólo... tú sólo.

—No, yo sólo, no, si no tomas tú, no tomo yo.

María tomó entónces de entre los dedos del jóven un dulce y se lo llevó á la boca, fijando otra vez su tranquila mirada en las clarísimas aguas de la fuente.

Así pasaron algunos momentos de silencio,

en los que el jóven contemplaba extasiado á María.

—¿Cómo te llamas? preguntó, al fin, el jóven.

—María, contestó ésta tomando el vaso; y sacando de debajo del chorro la botella de licor, quiso destaparla, y no pudo.

—Dáme; dijo el jóven tomando la botella, y sacando un sacatrapos de escopeta, introdújolo en el corcho, tiró de él y lo extrajo.

María miró al jóven, se sonrió y diciéndole:

—Trae; le quitó la botella.

Despues tomó el vaso, se lo llenó, y se lo ofreció.

—Es mucho, María; le dijo el jóven.

María volvió una parte á la botella y se lo volvió á ofrecer.

—Bebe; la dijo el jóven.

María movió la cabeza, aplicó á sus labios el vaso, bebió un poco, y se lo ofreció. El jóven se bebió todo el contenido. Despues María lo llenó de agua y se lo alargó. El jóven se bebió una parte y se lo devolvió diciéndola:

—Bébete eso hasta la última gota, á ver si aciertas mis secretos.

María se lo bebió y volvió la cabeza al lado contrario del en que se hallaba el jóven. Este la tomó una mano, y trayéndola suavemente, la obligó á sentarse, sin soltarla. María fijó su vista en una de las puntas de su elegante delantal cogiéndola con su mano libre, mientras que sentia la otra cada vez más oprimida por la del jóven.

—María, la dijo éste con voz tiernísima, mírame.

La pobre niña alzó su vista temblando á los ojos del jóven.

Cuando los dos se miraron, parecia que las dos almas, cruzándose en sus miradas y hablándose en silencio, la de la niña decia á la del jóven: ántes de bajar á la tierra, yo te he visto en el cielo; y la del jóven: yo te he soñado en mis horas de insomnio y de delirio.

Contemplando la expresion dulcemente triste de María, el jóven preguntó:

—¿En qué piensas, María?

María se quedó algunos momentos pensativa, y dijo al fin balbuciendo:

—¿Te sentará mal... lo que has tomado?...

—No, ¿por qué?

—¿No?; preguntó María cuyo rostro se serenó, y despues, clavando su mirada en los ojos del jóven, como si quisiera sorprender en ellos la mentira, añadió con angelical sonrisa:

—Y si otra niña te hubiera dado estos dulces... y... ¿los hubieras tomado?; preguntó de pronto, cambiando de intencion con la volubilidad propia de las imaginaciones infantiles.

El jóven seguia con sorpresa sus palabras, y haciendo un signo negativo, exclamó resueltamente comprendiendo desde luego la intencion de María:

—No.

—¿Y si otra niña, añadió María, acentuando más y más la sonrisa en sus labios, desligando la mano de la del jóven y echándola dulcemente en su hombro; y si otra niña como yo con mi misma cara, con mis mismos ojos, con mi misma boca... te los hubiera dado? ¿tampoco?

—Tampoco.

María exhaló un suspiro; no podia contener el gozo que rebosaba en su semblante.

—Y si...

Pero aquí se detuvo; su risueño semblan-

te cambió de expresion tornándose melancólico y sombrío y á poco prosiguió:

—Y si yo me muriera, ¿qué harias?

—No sé... no sé, contestó el jóven sin saber qué decir, y añadió: ¿y si yo me muriera?...

—Chst, respondió María poniéndole su mano en la boca; no digas eso.

—¿Por qué?

—Porque el diablo, dijo María con voz quedita reclinando su barba sobre el hombro del jóven; y acercando sus labios al oido, el diablo lo oye y... se lleva á los que dicen eso.

—Y entónces, replicó el jóven sonriéndose, ¿por qué lo has dicho tú?

María fijó sorprendida su mirada en los ojos del jóven y dejó asomar una sonrisa que parecia decir: perdona si esto pudo hacerte daño.

El jóven estaba inquieto, muy inquieto, y no sentia la tierra que pisaba. Su semblante estaba encendido, sus inyectados ojos ardian, sus manos abrasaban y la sangre rebotaba hirviendo en su pecho.

Las seducciones de la inocencia son irresistibles, pues las más provocativas de la coquetería son seguramente las que consisten en imitar las de la inocencia. Pero al par le inspiraba repugnancia un abuso inícuo, se inspiraba á sí propio desprecio al imaginar un triunfo tan fácil; hubiera querido decirla: mi intencion es ésta, si la satisfaces te aguarda el menosprecio de las gentes, el sarcasmo y la burla; conoce el mundo, ármate de su ciencia, y ahora, defiéndete, aráñame, mátame. Pero lejos de eso la pobre niña le desesperaba con su ciega obediencia. Deslizó su brazo por la cintura de María, que tenia su vista fija en el suelo, la trajo hácia sí, acercó sus hirvientes labios al oido de la niña, que comenzó á temblar, y la dijo con apagada voz:

—¿Me quieres?

María sin mirarle hizo con la cabeza un signo afirmativo.

—¿Mucho?

María hizo dos rápidos movimientos afirmativos.

—¿Mucho, mucho, mucho?

María á cada *mucho* contestaba con tan rá-

pidos movimientos de cabeza que parecian convulsivos.

El jóven se ahogaba. Giró una mirada por el bosque y no vió á nadie. Hubiera querido que de pronto se hubiesen aparecido allí todos los parientes de la niña, todos sus amigos y deudos, algun mónstruo, algun gigante, ó que se hubiera abierto entre ellos una profunda sima; que se presentara, en fin, un obstáculo terrible que vencer; y sin embargo, él mismo ya no podia vencerse, y con todo su desden y su repugnancia á sí propio, se sentia sucumbir, envolviendo en su caida á aquella virginal inocencia sumisa y obediente que ignoraba todos los goces más supremos del mundo, pero tambien sus martirios más horribles.

De pronto el jóven, en medio del caos y confusion de su ánimo en que mirando á la niña sentia por ella lástima, cariño, admiracion, respeto, seduccion, encanto, temor y deseo, todo á la vez, escuchó un lejano rumor de voces tranquilas cada vez más próximas: poco despues, distinguiendo ya el timbre de ellas, escuchó rumor de pasos, y por último, volviendo la cabeza, vió á un grupo de labrie-

gos que por la misma ribera del rio marchaban conversando amigablemente, sin reparar en ellos; el jóven los miró con cierta sorpresa, los vió pasar de largo, y se quedó un momento pensativo.

María le sacudió suavemente el hombro y le preguntó:

—¿Qué piensas?

—¿Qué son esos labriegos? preguntó el jóven señalando al sitio por donde habian desaparecido.

—¿Esos?..., contestó María; esos... es que vuelven.

—¿Que vuelven? ¿á dónde?

—A sus casas... porque ya han dado de mano.

De nuevo volvió el jóven á quedarse pensativo y de nuevo volvió María á sacudirle suavemente el hombro, preguntándole con dulzura:

—¿Qué tienes?

—Que me voy, dijo bruscamente el jóven levantándose de pronto, desligando sus brazos del cuerpo de María y retorciendo el suyo como si quisiera desprenderse de serpientes arrolladas en él.

María se quedó sorprendida y sin poder articular palabra, mirando al jóven, que resueltamente tomaba su escopeta y sus pertrechos disponiéndose á partir.

El jóven iba á decirla «adios;» volvió la cara; mas al ver la expresion de triste asombro de su semblante, fué á sentarse otra vez al lado de María que no volvia de su estupor.

—Me voy, la dijo con cariñosa ternura, porque ya ves; las gentes vuelven á sus hogares y... debe ser ya tarde y... mi madre me estará aguardando...

—¿Tu madre? exclamó María, ¿tu madre? ¿te vive tu madre? ¿te vive tu madre? y añadió llevándose las manos al rostro y rompiendo en amargo llanto: vete... vete.

El jóven bajo la impresion del momento, no pudo apreciar bien qué parte tenia en aquellas lágrimas. Rodeó á María con sus brazos, y pasando uno de ellos por el cuello, puso su mano sobre la frente de la niña como queriendo levantar su cabeza, mientras con la otra mano pugnaba por apartar del rostro las de ella, sólo consiguiendo en sus esfuerzos que el nudo ya medio desligado del pañuelo se desatase por

completo descubriendo de pronto su agitado seno. El jóven contempló con ávidos ojos á María, y sintió que ya no era dueño de sí.

María, al escuchar las últimas palabras del jóven, sintió oprimirse su pecho, sintió acudir á su memoria el recuerdo de su madre; recordaba con amargura sus vehementes caricias, sus amorosos besos... cuando sintió de pronto el contacto de ardientes labios en su barba. Hizo una violenta aspiracion, y apartando las manos de sus ojos, fijando una mirada de espanto en el jóven, labios, lengua, pecho, corazon, espíritu y hasta una lágrima que surcaba su rostro, todo quedó de pronto suspenso en María; tenia sus ojos agrandados, sus cejas alzadas, la frente contraida formando tres grandes arrugas, la boca entreabierta, y el seductor hoyuelo de su barba más pronunciado que nunca. Le miró: ¡cuánta reconvencion brotaba de entre sus largas pestañas! ¡cuánta queja surcaba las arrugas de su frente! ¡cuánta amargura rodaba disuelta en sus lágrimas! ¡cuántas explicaciones suspensas en sus labios y cuánto gemido ahogado en su seno! El jóven fijó un momento su ardiente mirada en las pu-

pilas de María, y vió en ellas temblar su imágen flotando en lágrimas; bajó lentamente la mirada, fijóla otro instante en el hoyuelo, despues en el seno, despues la bajó al suelo indecisa y vaga como buscando espacio donde posar sus rodillas. María, vuelta al fin de aquel espanto, que embargaba sus movimientos, levantóse de repente y dió algunos pasos; pero sus piernas flaquearon, vaciló, y cruzando las manos en la actitud de esas vírgenes de Murillo, alzó al cielo sus ojos bañados en llanto, y prorumpiendo con voz ahogada por los sollozos:

—¡Madre!... ¡madre!; cayó inerte á tierra.

El jóven habia seguido con la vista los movimientos de María, y al verla caer se levantó, echó á correr sin saber por dónde, completamente aturdido, dando vueltas, azotado al paso por las ramas de los árboles, como si los árboles presentes á la escena quisieran vengarla. Serenóse al fin, se dirigió á María, cayó al lado de rodillas y la contempló. María tenia sus manos crispadas y sus lábios trémulos; las alas de su nariz se dilataban y contraian con los violentos suspiros de su pecho, y todo su cuerpo

se agitaba convulso. Inclinóse el jóven sobre ella, acercó sus labios al oido, levantándola suavemente sobre su brazo, y anudándola con la otra mano el pañuelo sobre su seno como para ocultárselo á sí mismo, la dijo con apasionado acento:

—Perdóname.., María, perdóname.

Abrió á poco María los ojos, miró al jóven, y en esa especie de aturdimiento y languidez que sigue á un accidente, reclinó su cabeza sobre el pecho de él.

—¿Me perdonas? preguntó á María con voz callada.

María hizo un signo afirmativo.

El jóven quiso entónces coger una mano á María. María la retiró. Quiso cogerla la otra, y la retiró tambien. Inclinó entónces su cabeza sobre la de María para ver la expresion de su semblante.

María miraba fija la mano del jóven, como esperando que insistiese en perseguir las suyas para retirarlas más, y esperando verla moverse, se sonreia. El jóven miró aquella sonrisa, y la sangre toda, refluyendo al corazon, le hizo dar tan fuerte latido, que María lo sintió,

alzó sus ojos y le miró con cierta sorpresa.

María quiso ponerse de pié; pero como sus fuerzas quebrantadas por las emociones no se lo permitieron, el jóven, con mucha suavidad, la dejó caer en el suelo, y despues se levantó diciéndola:

—¿Ves? ahora me tienes que dar las manos, quieras que no quieras.

María alargó sonriéndose sus manos al jóven. El jóven cogió á María de las manos, y mientras á sus esfuerzos iba levantándose poco á poco, su sonrisa íbase al mismo tiempo acentuando, hasta que al quedar en la posicion natural de pié, soltó una infantil carcajada.

Ambos se quedaron algunos momentos con las manos asidas, de pié, quietos y contemplándose mútuamente; al fin deslizó una mano el jóven, echándosela á María sobre el hombro, como queriendo penetrar más profundamente el alma de la niña en sus ojos; María alzó su mano colocando el dedo índice sobre el labio inferior, como quien tiene un recuerdo que teme confiar.

—¿Qué te entristece?; la preguntó el jóven.

María paseó una mirada vaga por el bosque,

que ya comenzaba á oscurecerse, y preguntó con triste acento:

—¿Te vas?

—¡Ah! exclamó el jóven, es verdad, es verdad. Sí, sí, me marcho; ya casi no se vé.

Y así, agarrados de sus manos, emprendieron silenciosos la pendiente arriba, á la tibia luz crepuscular que en la profundidad del valle lograba tamizarse por la enramada.

Seguramente el jóven iba pensando en el sacrificio que acababa de realizar. Ignoraba quién era María, niña á quien veia, como abandonada, vagar solitaria en el bosque; ignoraba si en aquellas soledades le habia precedido álguien en los obsequios y favores de ella recibidos, y esta duda le mortificaba; y la duda agrandándose, juzgábase juguete ridículo de una ficticia inocencia, ó un nécio que habia hecho el papel de enfadoso... y el acallado deseo despertaba entónces en las sombras que atravesaban. Despues recordaba, uno por uno, todos los incidentes de la inesperada entrevista; analizábalos rápidamente, y queria como recordar algun detalle que diese color á la negra silueta de la duda que en su espíritu comen-

zaba á dibujarse, pero nada recordaba. Era evidente que él necesitaba estar á solas consigo mismo, lejos del cármen, para ver con claridad, para dominar en su conciencia todo el cuadro de enérgicas impresiones que, tocando sus propios ojos, ni distinguia ni apreciaba. En la duda, sin embargo, no se arrepentia de su sacrificio, y hasta habia momentos en que se mostraba de ello orgulloso.

La malicia serpentea entre los más hermosos pensamientos, como el áspid entre las flores, buscando qué morder y qué envenenar con su mortal ponzoña; mas si el jóven á veces se atrevia á pisar su cabeza, no estaba seguro de que los demás lo hicieran, y acaso formando sérios proyectos para el porvenir, despues de haber reflexionado, aún incierto y dudoso se expresó así:

—María, no sé qué concepto habrás podido formar de mí; quien quiera que seas, guarda en tu memoria el recuerdo de un sacrificio que ignoras cuanto vale, porque, ó no sabes lo que es, ó tu alma gastada en la hipocresía no sabe acusártelo. No, no quiero que lo agradezcas si es que lo agradeces... lo sentí así y... lo he

realizado ahora no sé cómo, ni quiero averiguarlo...; pero te ruego que me digas..., te lo ruego con toda mi alma, dime, ¿qué has pensado de mí?...

En aquel momento salian del bosque, y un rayo de sol hirió de frente el rostro como asombrado de María El jóven la contempló bañada en luz. María no comprendia nada de aquel discurso acompañado de apasionados ademanes, y no sé qué llegó la niña á imaginarse al escuchar el acento de súplica, que le contestó como sobresaltada:

—Si te dije que sí.

—¿Que me dijiste que sí? ¿á qué? preguntó el jóven sorprendido.

—Sí, cuando me besastes aquí, replicó María señalándose la barba, te perdoné...

—¡Bah!; exclamó el jóven sonriendo. Es que necesito que me perdones otra vez.

—Sí, sí, dijo María sonriendo tambien y como si hubiese adivinado la intencion del jóven, tú querias hacerme llorar...

—María, dijo interrumpiéndola el jóven, no me has entendido y... me alegro.

—Dilo, dilo, ¿no querias verme enojada?

—¿Para qué? preguntó el jóven sin comprender la intencion de María.

—Pues te engañas, te engañas, exclamó la niña soltando una carcajada.

El jóven se confundia, pero aquella risa le pareció algo extemporánea, y se puso sério.

—Explícate, la dijo con cierta sequedad.

El tono algo áspero del jóven extrañó un tanto á María; le miró al principio sonriéndose y despues con ansiedad; le sacudió la mano que tenia asida, y como el jóven permaneciera sério, soltó la mano, se volvió y echó á andar sollozando con la más profunda amargura.

—María, María, dijo llamándola.

María se volvió de pronto. El jóven se aproximó á ella, y la preguntó con dulzura:

—¿Por qué son esas lágrimas?

Si el diccionario de la pobre niña hubiera contenido la palabra «infame,» le hubiera respondido; no conteniéndola todavía, se contentó con mirarle.

—En fin, exclamó el jóven de pronto, no me hagas caso; y despues añadió: pero oye, si álguien supiera que nos hemos visto y cómo nos hemos visto, nos podria hacer mucho daño, á

mí porque tú lo sufririas y porque me importa que nadie tenga que hablar de tí. Antes de marcharme te ruego que á nadie, *á nadie* digas ni que me has visto siquiera, ¿lo oyes?

—Bueno, dijo María mirándole como suspensa de sus palabras.

El jóven se acercó á ella, rodeó su cabeza con sus brazos y la dió un beso en la frente. El alma de la niña, sacudiéndose dentro, extremeció todo su cuerpo. Alzó ésta un poco su cabeza, y depositó en las mejillas del jóven un beso tímido de los que conmueven el alma hasta lo más profundo, sin conmover el aire en lo más mínimo, con los labios trémulos, convulsos como cuando se quiere contener el llanto.

El jóven se separó de ella. María miraba al suelo tan próximo al que pisaba que parecia tener los ojos cerrados, y estaba inmóvil, con los brazos caidos.

—Adios, la dijo; y despues de contemplarla algunos momentos con infinito y secreto placer, partió resueltamente.

María quiso responderle con la misma palabra; alzó sus ojos, cuyos párpados tembla-

ban, hizo un movimiento con su cuerpo como esforzándose para pronunciarla, y la palabra se ahogó en un convulsivo sollozo; llevóse una mano al pecho, se apoyó con la otra en un árbol y rompió á llorar.

El último recodo del camino está formado por el cauce de un torrente, mudo mientras el cielo con la voz del trueno no le manda lengua con que hablar derramándose directamente en el rio. El camino cruza su cauce y costea la opuesta ladera sin perder la horizontal; se dobla y con rápido declive baja serpenteando hasta el cauce de otro torrente mayor por el que más ó ménos ancho culebrea con holgura un cristalino arroyuelo cuando sus aguas pueden reflejar el claro azul de un cielo despejado. Ambos se dirigen de Norte á Mediodía á desembocar al rio cuyo cauce se extiende de Levante á Poniente. El camino del cármen, aunque describiendo curvas en diversos sentidos, sigue la misma direccion que el rio.

El jóven, llevando el sombrero en la mano, pasó el recodo y llegó al punto en que el camino se inclina; volvió su cabeza, y sin detenerse saludó con la mano. Su cuerpo comenzaba

á hundirse tras la ladera, y ya sólo su cabeza dejaba ver á María, cuando se detuvo á contemplarla por última vez. La tarde declinaba, y el soberano astro, tocando con su disco el horizonte, como apoyado en su barba parecia que moribundo queria enviarles tambien su último adios. En aquel instante la cabeza del jóven ocultaba el disco del sol á los ojos de María. Los tres séres, siguiendo cada cual la órbita de su destino, estaban en conjuncion. María vió un momento la cabeza del jóven circundada de la encendida aureola que envuelve al espléndido astro en Occidente. De pronto se descubrió la radiante faz del sol y un rayo de su frente moribunda vino á herir deslumbrándola sus ojos. Tambien el sol la besaba al despedirse.

II.

Las montañas que cercan el valle parecen un rebaño de monstruosas fieras como preparándose á un tremendo combate. La del *Pajarillo* semeja el lomo retorcido por la cólera de una que amenaza á las vecinas cumbres defendiendo las aguas del rio que como reposando bebe, y los cármenes y molinos sumergidos en el bosque que como hijuelos parece amamantar sobre sus faldas. Su hocico hace describir al cauce una violenta curva en figura de *ese*, en la que el rio trabaja y, socavando, ha formado un precipicio altísimo en la montaña de enfrente. Aquel socavon parece un tremendo mordisco del hocico

que la amenaza. Otro tiene un poco más abajo, ya entrada en la poblacion la misma montaña, porque ésta, la más alta y grande, parece la mayor de las fieras que, puesta de pie y recta en la direccion del rio, aguarda serena el embiste con la magestad del poderoso. Este otro socavon sobre el que se asienta el régio palacio de la Alhambra, amenazando su existencia, llamado *el Tajo de San Pedro*, es debido al singular talento de quien dispuso fuese construida la iglesia de este nombre, que sin duda por alardear de religiosa audacia edificó sobre el mismo cauce del rio rechazándole en curva de tal suerte que la iglesia y el monumental palacio están hoy por ella amenazados de muerte.

Costea el cerro del *Pajarillo* el antiguo camino de Guadix, vereda, mejor dicho, á cuyo lado se abren profundos precipicios cada dia mayores, porque hácia su vertiente opuesta á la del rio, el *terreno anda* ondulando, se desliza y quiebra, lo que contribuye á formar con tales accidentes un paisaje animado y pintoresco.

Entre estas cumbres, la tradicion cuenta

que el conde D. Julian escondió sus tesoros. Allí dicen D. Rodrigo, padre de la Cava, y es lo cierto que en las faldas de una de ellas existe un pozo, cuya profundidad se desconoce, que ofrece misteriosas singularidades. Todos los años, para evitar accidentes, se rellena de piedras hasta el nivel del terreno, y todos los años recobra su profundidad, como si las piedras que le hacen tragar le sirviesen de alimento, y como no hay tesoro sin guardian, puede calcularse la estatura del de éste por lo que traga, y sin duda por esto, en las tradiciones, se habla de un fantasma que ronda por aquellas vertientes, y á quien llaman el *Gigante*, que no debe ser muy amigo de pasear porque rara vez se le ve en sus excursiones y tampoco se habla de él mucho, aunque cuando se habla no se profiere su nombre sin el respeto que se debe á quien de una manotada puede aplastar un cármen ó un molino y andar por todos lados burlándose de las armas que el hombre ha podido inventar para defenderse contra los de su especie, que no es poco, y contra los de carne y hueso, y no contra los de sombra impalpable, por más que alguna vez

ocurra que no sea completamente impalpable, y que su parte palpable sea carne de presidio.

El terreno es de una fecundidad muy variada. Al lado de trigos pigmeos, que apenas llegan á media vara, trigos que ocultan perfectamente á un hombre á caballo; al lado del yermo una haza que no llega á la fanega de extension, llamada *de las cien fanegas* porque las produce de trigo; olivares, arbolados, monte alto y bajo, y por último, estériles pedregales, tajos, precipicios, torrentes y cascadas, alguna de las cuales alcanza una elevacion de treinta metros. Tal es la naturaleza del paisaje que desde la cumbre del *Pajarillo* se contempla hácia el lado opuesto al rio.

Ya dora su cima la luz crepuscular de la mañana, cuando de entre los bosques de su falda brota el grito agudo de una mujer llamando:

—¡María!..... ¡María!

—Aquí estoy..... en el jardin, contesta una voz argentina.

Momentos despues se escuchaban ambas voces indistintas en el lejano murmullo de una tranquila conversacion.

Eran María y la hija de la labradora.

—No sabes, no sabes, decia aquélla á ésta, qué triste estoy.

—¿Por qué?

—¡Qué noche tan larga!

—Ya me figuraba que no habrias dormido cuando viniste á llamarme tan temprano.

—Esta noche no ha venido á verme mi madre, ¿sabes?

—Porque estarias despierta.

—¿Despierta..... despierta? No, si yo..... recuerdo que..... no, es que la noche ha sido muy triste, muy triste.

—¿A dónde vamos?

—¡Ah! sí, allí, á lo alto del cerro. Mira, mis amapolas ya han abierto, y el dia no debe tardar.

María salia en aquel momento del jardin con un gran ramillete de azucenas, de las que una parte entregó á su amiga, y ambas comenzaron á subir la empinada pendiente, entretenidas en tejer guirnaldas.

Colocóse la suya María ciñendo su frente, sobre la cual caian en desórden sus oscuros cabellos.

La campesina no pudo ménos de contemplarla con admiracion.

Ya estaban en la cumbre, y asomadas al borde de un pedregal que formaba el lecho de un barranco sin agua, la campesina, mirando á María que, despreocupada de su propia hermosura, queria como sorprender el primer rayo de sol, exclamó:

—¡Qué hermosa estás!..... Yo no sé, yo no sé, María, cómo no tienes novio.

La aurora brillaba en Oriente entónces en su mayor esplendidez, y confundiendo con su color el encendido del semblante de la niña, no pudo distinguir la campesina el efecto de sus palabras.

María no apartaba su vista del enrojecido espacio por donde se anunciaba la salida del sol. María y la campesina asidas de las manos le esperaban silenciosas, y al fin asomó su disco esplendoroso derramando luz y vida. María seguia abstraida la lenta emersion del astro, recordando el fugitivo eclipse de su último ocaso, y preguntándose cómo entónces reapareció de pronto, miraba las filamentosas espirales de fuego que le circundaban y se-

guia todas las transformaciones como si viese flotar la figura de algun sér que allí, entre nubes de rosas dormido, soñando con ella sonriera.

Poblábase el aire de gorjeos de esas alegres algazaras que los pájaros mueven en la espesura al despertarles el dia; ya se escuchaba el lejano ladrar de los mastines, el lastimero balido de la oveja, el son de los cencerros del rebaño y el melancólico cantar de los labriegos. María oprimió la mano de la campesina señalando con la otra al pedregal.

—¿Qué? preguntó la campesina mirando al sitio señalado.

—¿No oyes? la dijo María.

Ambas pusiéronse en atencion escuchando brotar como de debajo del pedregal una extraña armonía como los acentos de un órgano lejano. La campesina la escuchaba con cierto asombro que hubiera sido terror á ser de noche. Aquella armonía iba acentuándose como si ahogada bajo tierra se aproximase á la superficie. María estaba encantada: la armonía brotaba ya del mismo pedregal.

—Oye, dijo María sonriendo ingénuamente,

¿será que las piedras cantan como los pájaros á la salida del sol?

—No, no, respondió la campesina poseida de miedo y tirando de María; es que el *Gigante* está de fiesta por ahí en su palacio subterráneo... Vente, vente.

Aquella música dulce y suave que se elevaba de entre los toscos pedruscos parecida, en efecto, un himno que saludando su presencia cantaban al sol, no con la voz estentórea de un gigante, sino con la voz melodiosa y argentina de una ninfa.

En los tiempos mitológicos los hombres llamaban á la tierra «la madre Tierra;» pero esta tuvo una hija predilecta con Tiresias el adivino, ciego desde jóven por haber mirado en su desnudez á la hermosísima Atena, la diosa de la sabiduría. Fué esta hija una ninfa, cuya belleza era proverbial en todo el mundo, y se llamaba Dafne. Apolo, el sol, se enamoró perdidamente de ella, y persiguióla incansable. La ninfa huia *delante de Apolo*. Este la alcanzó en su carrera al fin, y ya iba á triunfar de la casta ninfa cuando la tierra, oyendo el grito desesperado de su hija, abrió su seno para recibirla

y Apolo quedó burlado. En el lugar por donde Dafne desapareció brotó de pronto un frondoso arbusto, el laurel predilecto de Febo.

Aquella música que brotaba del pedregal parecia el canto que elevaba al enamorado Apolo la ninfa Dafne asomándose tímidamente para verle por entre los pliegues del manto fecundo de su cariñosa madre.

Pero María, que ignoraba este simbólico idilio y mucho más la lingüística, no sabia que quien cantaba podia ser Dafne y que Dafne podia ser la aurora. Unicamente sabia el poder de un beso ardiente y sospechaba que el del sol podia conmover á las piedras. Y así es: aquellas notas armónicas eran la obra del rocío y del sol. El llanto de la melancólica noche penetra hasta el corazon de las piedras, sobre las cuales vierte sus tranquilas lágrimas y el ardoroso beso del primer rayo del sol naciente, al enjugarlas, las hace estremecerse y vibrar, cantar quizás de alegría. Conocido es el fenómeno que, ántes de Tiberio, ofrecia la colosal estátua de Memnom en Egipto, á la que llamaban *estátua parlante*, que al salir el sol cantaba con melodioso y grato acento.

La ciencia conoce estas piedras con el nombre de *fonolitos;* resta saber si las piedras son piedras ó séres petrificados, pues á veces muestran ser ménos duras que algunos corazones.

La campiña se reanimaba y en la armonía de sus rumores iban entrando otros nuevos cual notas despertadas á la luz del dia, como los instrumentos de una orquesta suelen ir entrando en la musical composicion, con esas suaves inflexiones que imprime á los sonidos la volubilidad del viento. Al rumor de los ladridos del perro, de los cencerros, del rebaño, de los balidos de la oveja, de las canciones del labriego, de los gorjeos de los pájaros y de las risueñas cascadas, mezclábase el estridente de la cigarra, allí llamada *chicharra*, y el canto de los gallos repetido de cortijo en cortijo como un alerta de rencores y de inextinguibles celos.

De pronto, á estos rumores vino á confundirse el de una lejana detonacion repetida por el eco en las montañas.

—Madrugador es el que caza, dijo la campesina volviéndose hácia el espacio de donde se habia sentido la detonacion, y añadió fijándose en una nubecilla blanquecina que eleván-

dose en los aires se tamizaba por el ramaje del vecino monte, sobre cuya falda se proyectaba la sombra del *Pajarillo;* por el sitio en que está á estas horas, temprano debió salir de su casa.

—¿Dónde? ¿dónde está? preguntó María con cierta ansiedad.

—Allí, replicó la campesina señalando un estrecho chaparral sobre un inmenso precipicio. ¿No lo ves? ya sale, ya sale del chaparral.

María no veia nada que le pareciese un sér humano, y en vano agrandaba sus ojos y fruncia las cejas.

—Espera, espera á que tire otra vez. Yo lo veo muy bien; ahora sale del chaparral y toma la cuesta arriba. Ahora se ha parado... ¿no le ves allí en aquella clara del monte?

En aquel instante vieron otra nubecilla en el sitio indicado, y á poco se escuchó otra detonacion.

María vió allí moverse una sombra como un punto, y señalándolo, preguntó á la campesina sonriendo:

—¿Aquello?

Parecíale mentira que *aquello*, perdido en su pequeñez entre los pliegues de la montaña, no cupiese en su alma; porque si *aquello* era un cazador no podia ser otro que el que ella habia visto. Estaba asombrada de los efectos de la distancia, y á pesar de su duda, seguia sin perderle un instante de vista todos los movimientos de aquel punto.

La campesina, que ningun motivo tenia para aguantar el rigor del sol, despues de algunos momentos de silencio, dijo á María:

—Vamos para abajo, que ya le arde la cara á su señoría, y nos vá á quemar un poco más la nuestra.

—Espera, espera, dijo María con tono de súplica.

—¿Para qué? preguntó la campesina extrañada del tono de María.

—A ver si se vá, replicó la niña como pensando consigo misma.

—Pues claro que se irá; pues no, que se va á estar ahí. ¿Ves?, añadió la campesina observando el humo de otro tiro, ahora... ¡pum!

María sacó su pañuelo y comenzó á agitarlo por alto.

—Eso no lo ve, dijo la campesina quitándose su delantal y agitándolo tambien.

La reducida sombra se internó entónces en otro chaparral y desapareció á la vista de ambas.

—Ea, ya nos hemos despedido, ahora vámonos, dijo la campesina agarrando de una mano á María y tirando de ella.

María y la campesina echaron á andar la pendiente abajo no sin que aquélla volviese la vista al monte vecino en el instante de ocultarse tras ellas. Conforme bajaban la campesina delante, María detrás, sostenian la siguiente conversacion:

—¿Y sabes tú si nos habrá visto? preguntó María.

—¡Pse! ¿qué se yo?

—Y... ¿dices que... salió temprano de su casa? ¿eh?

—Sí, más temprano que tú.

—Y ¿por qué?

—¿A mí qué me preguntas, muchacha? El buen cazador no duerme, ó... duerme poco.

—¿Y toda la noche habrá estado despierto?

—Como que ha debido salir ántes del alba;

¡toma! mucho ántes... Así son los hombres, que por matar cuatro gorriones están desasosegados, y luego...

—Y... ¿será que habrá estado malo?

—Que se cure ¡bah! ¿á nosotras qué? ya lo ves que está bueno; y volviéndose á María sin detenerse, añadió riéndose: ¡pues no te ocupas tú mucho de la salud del cazador!

María se habia quedado algunos pasos detrás y jugando con una azucena cogida al paso, bajaba abstraida con la vista en el suelo.

—Si le hubiéramos visto más cerca... y fuera guapo y te gustara, podias echártelo de novio, decia la campesina; pero desde aquí... Pues, anda que si él supiera lo que te interesas por su salud, ya... ya... Mientras no se te acerque, déjale que le dé un dolor de muelas que reviente... Ya verás, ya verás cuando tengas un novio lo que es interesarse por su salud... Pero tú debes echártelo rico, un conde con muchos maravedises, muy guapo y muy... ¡vamos! con mucho *aquel* y...; añadió deteniéndose y echándola el brazo en el cuello á María; verás cuando te diga: «¿me quieres?» y

te dé un beso ahí en esa barba que parece que los pide.

María se detuvo; su semblante se puso encendido, y arreglando los pétalos de la flor con que jugaba, exclamó en tono de reconvencion y con voz temblorosa:

—Mi madre me besaba en la barba, ¿no recuerdas? y...

—¿Y qué? preguntó sonriendo la campesina. ¿Te crees que la barba es un lugar sagrado por eso? ¿te crees que si tu novio que te quisiese mucho y tú á él, te besase en ella le deberias reñir?

La flor se desprendió de las manos de María al escuchar las últimas palabras de la campesina.

—Por supuesto, prosiguió sin detenerse, que deberias ponerte como enojada; pero... despues, aquí no pasó nada, porque... es menester, es menester un poquito de seriedad de cuando en cuando ¿eh? y se les riñe de veras y así vuelven otra vez con las orejitas gachas más obedientes que borreguillos haciendo fiestas y caricias...

María, que desde el principio de este último

discurso habia principiado á sonreir, al llegar al término miró á la campesina y soltó una carcajada.

—¿Te ries? exclamó la rústica consejera.

—Sigue, sigue, replicó María agarrándose con ambas manos las puntas de su delantal y pugnando por contener su risa.

—¡Ah, pícara! ¡cómo te gusta que te hablen del querer!... Lo que es que para todas esas máquinas es preciso tener muchas picardías y cada ojo como un plato. Si tú tuvieras un novio, te engañaba como á una chotilla, ¡pobre María!

María frunció las cejas cuanto permitia la tersura de su frente, y preguntó como asombrada:

—¿Y cómo engañan?

La campesina miró á María, se sonrió y exclamó tomándola de una mano y obligándola á proseguir con ella la pendiente:

—La Vírgen querrá que no lo sepas.

Cuando llegaron al cármen, toda la gente estaba levantada y preparándose al trabajo. La labradora, viendo llegar á su hija y á María de su excursion al monte, exclamó:

—Ya decia yo que habia sentido abrirse las puertas. ¿De dónde venís?

—Del *Pajarillo*, respondió la hija, que María me despertó y me hizo que la acompañara. La pobre no ha dormido.

La labradora miró á María y frunció el ceño, recordando la alegre fiesta del dia anterior y los recelos que la inspiraban.

—¿Por qué no has dormido? preguntó á María.

—Sí he dormido, sí he dormido, contestó María temblando y sin poder contener la emocion.

—Pero ¿es que... te... disgustaste y... es que?.. ¡Vamos!... Si ya lo temia... Si ya lo temia... Si era demasiado temprano.

María estaba inmóvil, sin atreverse á decir palabra, temiendo faltar á lo advertido de que nadie supiese la escena de la tarde anterior.

—Acuéstate, hija mia, acuéstate; prosiguió la labradora; á ver si puedes dormir un rato. Anda, ven conmigo.

—Me acostaré allí, dijo María señalando un lugar del bosque, no léjos de donde se hallaban.

La labradora asintió, y haciéndola seña de

que esperase, entró en la casa, volviendo á poco con una almohada. Las dos se encaminaron la lugar indicado por María, y colocando la almohada cuidadosamente:

—Yo te llamaré dentro de un rato; adios, hija mia, dijo la labradora ayudándola á recostarse y, dándola un beso, se alejó.

María tenia, con efecto, necesidad de reposo, y apenas se quedó sola, sus párpados se cerraron. Parecia que habia esperado á dormir acompañada de la luz del dia.

Poco despues la pobre labradora decia á su esposo y á su hija:

—Ya veis, ya veis. Si su padre llega á saber que María no ha podido dormir porque nosotros la hemos atormentado con la fiesta de ayer... y que María se entristece y que no se distrae... Ya veis, ya veis.

—¿Qué? Hemos hecho mal, bueno. Vamos á remediarlo, decia el esposo.

—A buena hora. Y lo sabrá, es claro, porque si sigue tan triste, ¿cómo vamos á distraerla? Se la llevará sin remedio, se la llevará de aquí.

—En la ciudad, replicó la hija, se puede distraer mejor.

—Pero, ¿desde cuándo está así tan triste la pobre María? ¿No estuvo ayer con vosotras y se reia con vosotras y jugaba?; preguntó la labradora á su hija.

—Sí, todo el dia estuvo con nosotras; pero yo no recuerdo bien. Recuerdo que entre todas hicimos cama redonda, rendidas de jugar.

—¿Y María tambien?

—¿María?... ¿María? Ella estaba con nosotras, sí... tambien.

—Pues, señor, no comprendo, exclamó la labradora... Ella, cuando se la pregunta por qué no ha dormido, es claro, por no afligirnos no quiere decir lo que ella siente; y añadió de pronto como quien tiene una revelacion: ahora recuerdo, aunque yo estaba algo tiruleque, que sentí trastear en la despensa.

La buena de la labradora entró en la despensa, contó las botellas, hizo su cálculo, y volvió diciendo:

—Falta una botella... una botella y... ¿ella no bebió? Delante de mí no bebió.

—Yo recuerdo, interrumpió la hija, que ella se cansó de jugar y que se sentó al lado nuestro, y que no estaba muy alegre.

Al llegar á este término, la labradora dió una fuerte palmada y se echó á reir.

—Ya sé, ya sé. Ella estaba triste, ¿no es esto? y se dijo: «no quiero que por mí quede mal la funcion,» y vino á ponerse alegre. Pues, anda, que si se bebió la botella entera, no ha debido pasar muy buena noche.

—Eso es, eso es, interrumpió la hija, porque ella no sabe decir si ha pasado la noche despierta ó dormida.

—Es claro, dijo la labradora.

Los tres soltaron una alegre carcajada, y con paso muy quedito se dirigieron al sitio en que reposaba María y la rodearon.

María con los cabellos en desórden sobre su frente aún ceñida por su guirnalda, habia recogido sus manos cruzándolas sobre su seno, y en sus labios asomaba una ligera sonrisa. La labradora se inclinó sobre ella, la estuvo mirando un rato para persuadirse de que estaba dormida, la dió muy suavemente un beso en la barba é hizo señas á su esposo é hija de alejarse. María continuaba sonriéndose; llevó lentamente sus manos cruzadas á sus labios y despues las dejó caer exhalando un suspiro

lento, prolongado, profundo, como si hasta entónces le hubiera tenido ahogado mucho tiempo.

Los tres se alejaron silenciosamente.

—Parecia, dijo el esposo, que no estaba dormida.

—Eso me creí al pronto, contestó la labradora.

—Eso es, y cuando viste que estaba dormida tan tranquila, se te ocurre darla un beso para que despertase.

—¿Tú qué sabes? ya has visto cómo no ha despertado.

—Pero podia.

—Pues todas las noches la doy un beso y nunca la despierto, replicó la labradora animándose, y como anoche estaba yo más para besar la tierra que á ella, queria...tenia ganas de darla el beso atrasado... ¿sabes? Anda, anda tú á tus riegos y déjate de consejos de paredes á dentro.

—¡Ejem! exclamó el labrador tosiendo; y encendiendo un cigarro que habia ido liando por el camino, se alejó.

Aquel dia las campesinas de las inmedia-

ciones, como es costumbre al siguiente de una reunion, fueron á visitar á María y á preguntarla si habia ya descansado. Como á esto venian solamente, no querian regresar sin haberla visto despierta ó dormida, por lo que, prévias las explicaciones y antecedentes y la advertencia de silencio por la labradora, pasaban á donde se hallaba la niña.

La una se alejaba diciendo:

—Parece una niña muerta.

La otra:

—Parece un ángel.

Otra:

—La Vírgen la ampare, ¡qué hermosa está!

Una de las visitantes, de atezado rostro y penetrante mirada, agreste pitonisa de las vecinas cuevas del *Sacro-monte* donde viven los gitanos, en los que el don profético está vinculado como en la familia de los Hirpios de la antigua Roma, se limitó á mover la cabeza al ver á María; por ella fué por quien pudo la labradora cerciorarse de que en efecto la niña se habia bebido la botella que faltaba de la despensa.

—Yo recuerdo bien, dijo aquélla á la labra-

dora, que estando con nosotras se levantó y se fué hácia la casa; pero no creí que habia llegado... Creí que andaba por allí cerca.

—¿Pues sabes lo que fué? que ella, como ya viste, no estaba muy alegre, y creyendo que debia estarlo para no desalentar á nadie, vino... ¿á qué creerás que vino? pues nada ménos que á beberse una botella. Es claro, con poco que bebiera se privó, y ya ni triste ni alegre; pero ha pasado mala noche.

—¡Pobrecilla! murmuró la gitana.

—Como que no ha dormido, es decir, ha dormido así como cuando sienta mal lo que se bebe.

—Pues si se repite es menester no dejarla. Y el caso es que al principio no queria beber... El síno...

—Como ella veia á todos tan contentos..., interrumpió la labradora.

—¡Pobrecilla! volvió á murmurar la gitana.

—Esperaremos á que pase un poco tiempo y se repetirá la funcion, porque si no hubiera sido por eso, no hubiera pasado mal dia.

Y las visitantes, repitiendo los símiles y exclamaciones, se retiraban poco despues en gru-

pos, y comentando la belleza, la bondad y la modestia de la niña, pedian de todo corazon á Dios que la hiciese feliz, que la hiciese reina, que la diese un «buen amor» y un modelo de esposos, si, como parecia natural, pensaba alguna vez en casarse.

Entretanto, la brisa susurraba en la enramada; los pájaros revoloteaban en la plácida sombra sobre la frente serena de María, y las cascadas, riendo entre los riscos, convidaban al sosiego en sus murmullos, dulces como las canciones de la madre meciendo entre sonrisas la cuna de su hijo.

III.

Mirando rio abajo la vertiente izquierda, que es tambien la vertiente meridional, está formada por la montaña prolongada, recta y de uniforme altura, en cuyo extremo se asientan, primero el Generalife, y despues y un poco más abajo, el palacio de la Alhambra. La ladera, tambien mitad cubierta de bosque, mitad desnuda, tiene un declive tal, que es imposible trepar por ella sin agarrarse de los matorrales ó de los troncos de los árboles, y áun por muchos sitios de ningun modo, sino bordeando los declives casi verticales que forma. El límite del bosque está perfectamente marcado,

como si hubiese sido trazado á cordel, segun una línea sensiblemente horizontal. Fórmalo la famosa *acequia de la Alhambra*, de construccion tambien árabe, que atravesando túneles, bordeando precipicios y salvando torrentes, va á surtir con sus aguas al Generalife, á los tambien célebres algibes de la morisca fortaleza. Efecto de su posicion y de su declive, hiere el sol tan oblícuamente y tan poco tiempo á la montaña, nunca en algunos de sus pliegues, que los árboles de su suelo, huyendo de la sombra y buscando la luz, alcanzan una elevacion extraordinaria. Por esta ladera, que llaman *La Umbría*, serpentean los caminos de los cármenes de la otra márgen del rio, y el de las pintorescas fuentes *del Avellano*, de la *Salud* y *Agrilla*, de continuo visitadas por alegre y festiva concurrencia.

Como ambas vertientes del rio son tan declives, las aguas que recogen del cielo se vierten todas, casi de pronto, en el lecho de aquél, cuyas crecidas son por esto súbitas y de terribles efectos. En la ciudad, atravesada por el Darro, bajo bóvedas insuficientes á veces, ó retorcidas por violentas curvas que detienen

el libre curso, un dia de tormenta es un dia de ansiedad, sobre todo, para los moradores de las márgenes del rio, pues como dice una cancion de la egregia capital:

Darro tiene prometido,
al casarse con Genil,
que le ha de llevar en dote
Plaza Nueva y *Zacatin*,

es decir, lo más principal y rico del comercio granadino.

Antiguamente el casamiento se efectuaba á buen trecho de la ciudad; hoy, merced á una curva en ángulo casi recto que se hizo describir al Darro, el casamiento se efectúa en los mismos muros, por lo cual es probable que acelerado el enlace se acelere el dote. Por la bóveda de esta curva reventó el rio una vez, haciendo saltar por los aires un voluminoso sillar y tras él una turbia manga de agua como por la ancha nariz de una ballena, con cuyo incidente, hubo vecino que, al ir á acostarse, encontró ranas en su lecho, pues segun cierta parodia popular:

el rio sacó fuera
el pecho, la cintura,
las corvas y la pata,
y habló de esta manera,
(diz que al ayuntamiento):
en mal hora te goces,
injusto forzador, etc.

Otra vez se atascó uno de los embovedados, y el rio, hundiendo cinco casas, invadió la ciudad; mas lo raro fué que entró en una confitería vecina y no dejó un sólo dulce, por lo que, no sin triste gracejo, al arruinado confitero que surtió de dulces en las bodas de ambos rios, se le llamó *confitero del Darro*, equívoco de valor local que no honra ciertamente la memoria de sus elaboraciones.

Se conserva el recuerdo de terribles catástrofes causadas por las crecidas; pero lo extraño es que las mayores que nos relatan los cronistas, han ocurrido generalmente hácia el dia de San Pedro. Este dia es, por tradicion, un dia infausto que no amanece, por despejado que el cielo se muestre, sin despertar vivos recelos. La gloria, y esto es una observacion

curiosa que es preciso sorprender entre las creencias populares, la gloria tiene allí una fama especial de difícil, porque á la imágen del cielo vá naturalmente unida la de quien guarda sus llaves, y el labriego de Valparaiso tienes razones para imaginarlo, como el del Atica imaginaba, salvo plausibles diferencias, al temible Tifaon, la nube de las cien cabezas coronadas de relámpagos. Sin duda, por estas coincidencias la iglesia de su nombre fué construida sobre el mismo cauce del rio. En Pafos, segun Plinio cuenta, habia un patio, contiguo al templo de la diosa Afrodita, en el cual jamás llovia.

Poco ántes de llegar á la ciudad, el cauce del rio se estrecha entre sus dos márgenes, que se elevan como cortadas á pico, y de tal suerte en algun lado, que no se cabe con los brazos extendidos. A esta parte, que no es corta, llamada *las angosturas*, suele concurrir la gente á promover fiesta porque es, como ya se concibe, el sitio donde huyendo de los calores estivales, se goza de mayor frescura, excepto el dia en que la más leve nubecilla mancha el azul del cielo, porque las tales angosturas

son sitios poco socorridos para un trance acuático, y no se toma entónces un bocado ni una copa sin dirigir una mirada excrutadora rio arriba, ni se escucha susurro, ni áun de los más evidentes, sin recoger viandas, botellas y sombreros á toda prisa, y las carcajadas se contienen para poner los oidos atentos, lo que dá lugar entre alternativas de algazara y seriedad, de estrepitosas risas y silencios sepulcrales, á un goce á sobresaltos saboreado apenas entre sustos y alarmas.

A trechos, siguiendo el rio, suelen verse gigantescos peñascos redondos que parecen monumentos celtas, sobre los que se puede leer una inscripcion: *1867*; lo cual quiere decir: hasta aquí fué traido este *molondro* (que así llaman) por la corriente, en la tormenta del dia de San Pedro de 1867. La mayor parte están, como es natural, detenidos donde la corriente pierde fuerza; esto es, en las curvas. Basta verlos para comprender cómo un rio de tan escaso caudal, hace en sus crecidas temblar la tierra, llevando delante de sí el estrago y la desolacion.

La *ese*, que ya en la jurisdiccion del cármen

de nuestra historia describe el rio, comprende una porcion de sólida y desnuda tierra, de cerca de una hectárea, sobre la que se asentaba una casita, hoy arruinada y desierta por los extremecimientos que sufria en las avenidas. Se quiso, con inocencia científica, defender la casita poniendo delante del recodo, en donde el rio se ensancha, un fuerte murallon que fué barrido en la primer crecida; se redobló con igual éxito; se hizo, por último, otro murallon bajo fuertísimo, y de más de dos metros de espesor, y éste fué arrancado del primer empuje con sus mismos cimientos. El dueño vió el efecto y exclamando:

—¡Alabado sea Dios!; dejó la casa arruinarse y hacer al rio lo que su voluntad fuere.

El rio ha tomado cariño á aquel recodo formado sobre su márgen izquierda, aguas arriba, alejándose de la derecha. Esta, que tambien en parte pertenece al cármen, forma como una ancha lengua de tierra cubierta de avellaneras y surcada por una caudalosa acequia que va á dar vida y movimiento á un molino de la misma márgen.

Mas, basta de rodeos, y hé aquí que al re-

gresar de nuestra nueva excursion por el valle, en la que habriamos podido tardar poco más de cinco horas, nos encontramos enmedio del rio con María, hablando con un hombre.

Cinco horas, poco más, habria dormido María, cuando un rayo furtivo del sol, en complicidad con el céfiro, burlando la enramada, logró besar el semblante de la niña, que, llevánse sus manos al rostro, y apartando de su frente los desordenados cabellos, abrió sus ojos, giró una mirada vaga, inquieta, atónita por el bosque, y dejando escapar un suspiro, se incorporó. Púsose de pié y se dirigió hácia la casa.

Ya iba á entrar en ella, cuando se encontró con la labradora.

—¿Has podido dormir? preguntó ésta última.

—Sí, respondió María.

—Pero ¿quién te ha despertado?

—El sol, contestó la niña.

—¡Ah! Y ahora ¿dónde ibas?

—Iba... iba, respondió María, como reflexionando, á dar una vuelta hasta el rio y... ántes á ver á las palomas, y despues...

—Despues á nada, porque no te dá tiempo. El almuerzo está hecho mientras que vas al rio y vuelves.

—Bueno, bueno, volveré en seguida ¿eh?

Y así diciendo, salió á escape, y murmurando un monólogo de frases incoherentes, subió al palomar. Apenas entró en él, una de las palomas vino á colocarse en el hombro de María. Entónces ésta, con la paloma en el hombro, salió de la estancia y con paso lento para que aquélla no se cayera, tomó el camino del rio. La paloma de cuando en cuando picoteaba el zarzillo que veia brillar á su lado, y alguna vez en la misma oreja, lo que hacia á la niña exclamar un ¡ay! acompañado de una sonrisa de dolor que no duele.

Una de las veces picó el lóbulo de la oreja, y aunque María quiso separar su cabeza, la paloma no soltaba.

—Que me haces daño, la dijo tomándola en sus manos, y metiéndose el pico en su boca, sopló hasta hinchar el buche cuanto pudo.

La paloma sufrió esta operacion cerrando sus ojos sin mostrar la menor repugnancia, y concluida, irguió su cuello presentando con

orgullo su hinchado buche, como diciendo á María: ¿te gusto ahora?

Despues la tomó entre sus brazos apoyándola sobre el seno, y besándola la cabeza y mostrándola el zarcillo para que picoteara, llegó con su paloma al rio.

Allí vió á un hombre trabajando con una cazoleta de madera, y como le llamara la atencion, se acercó á él.

—Buenos dias, le dijo.

El hombre levantó su cabeza, la miró de alto á bajo dos ó tres veces, y contestó con visibles muestras de extrañeza, quitándose el sombrero:

—Buenos dias, señorita; con su perdon, voy á concluir mi trabajo, que ya falta poco y veremos lo que ha salido.

—¿Y qué trabajo es? preguntó María.

—Sacar oro.

—¿Oro? repitió María llevándose maquinalmente la paloma á su cabeza.

—Sí, señorita. ¿No lo habia visto nunca?... pues con esta cazoleta, dijo el hombre, se lava. Primero se hace un hoyo en el cauce, y esta cazoleta se saca llena de arena. Se cier-

ne la arena, como está viendo, y como el oro pesa tanto, con estos movimientos se va al fondo; se pone á la corriente para que esta misma, volcando poco á poco la cazoleta, se lleve toda la arena y el oro queda en ella. Ahora lo verá, si es que queda alguno, porque así pasa muchas veces, ¡toma! si no pasara... si no pasara, dijo el artesano señalando un lejano recodo del rio; desde allí, aguas arriba, hasta Sevilla, estaria el rio cuajadico de gente haciendo hoyos. *Menúo queso* de trompazos que se armaba aquí. Yo me he pasando haciendo hoyos y cerniendo arena pura dias enteros... Por supuesto, este trabajo lo tomo cuando me falta otro, como hoy.. Porque, ya se vé, como uno tiene mujer y chiquillos... si no se lleva qué mascar, hay que... despues hay que ir á que pongan dentadura postiza... es decir, á la mujer y á los chiquillos... ¿eh? ¿me entiende?

El hombre terminó su trabajo. En el fondo de la cazoleta relucian cuatro ó seis granos de oro del tamaño de una cabeza de alfiler.

—Aquí está el oro, dijo mostrándolo á María.

Al aproximarse el hombre á la niña, la pa-

loma que sobre la cabeza de ésta, daba vueltas inquieta y arrullando, remontó su vuelo dirigiéndose á la casa.

—¡Ay! exclamó María siguiendo con la vista el vuelo de su paloma.

—¡Dichosa ella! exclamó á su vez el artesano, que se asusta del oro.

En aquel momento se oyó gritar: «¡María!»

—Me llaman, dijo ésta; pero si ha concluido ya...

—¡Ah! ¿es á su merced? dijo el hombre disponiéndose á marchar.

—Sí, pero no importa; allí en casa tengo con que hacer algun regalillo, replicó María con tan persuasivo acento, que el hombre vaciló un instante, y encogiéndose de hombros, exclamó:

—Pues... como quiera.

No extrañó á la labradora ver á María acompañada del trabajador y de que se sentase á comer con ella, porque á esto estaba acostumbrada. El trabajador explicó á la labradora cómo la habia encontrado, los incidentes de la entrevista y la invitacion de María.

El trabajador se quitó el sombrero, porque

quitarse el sombrero es, en aquellos cortijos, imprescindible para comer, aunque sea en campo raso y nevando, y se dispuso á hacer agradable el almuerzo. Por su parte María rogó á la labradora trajese algun licor, con el que el buen artesano comenzó á charlar, y á narrar cuentos y ocurrencias con tal discrecion, que el almuerzo fué un rato de no interrumpido jolgorio y carcajadas, á pesar de que artesanos de la capital y campesinos no se miran muy bien, pues ni áun se consideran de una misma *clase*.

Concluido el almuerzo, María se levantó, entró en la despensa, tomó algunos trozos suculentos, y volviendo con ellos se los ofreció al trabajador, diciéndole con extremada amabilidad:

—Para los niños, de mi parte.

El trabajador se habia puesto un tanto mareado, y perplejo un instante, se decidió al fin á tomar los obsequios. En seguida sacó una navaja de medio metro, y haciéndola castañetear, la abrió como si fuera á batirse con alguien.

—¡Ave María Purísima! exclamó la labradora.

—¡Sch! dijo el trabajador haciendo señas de que callasen. ¿Está Vd. viendo? añadió dirigiéndose á la labradora y haciendo con la punta de su navaja una cruz en el suelo; pues lo mismo que he hecho en el suelo, haré en la panza del que falte á esta niña..... y.... dicho. No quisiera más sino que esta señorita que me está escuchando fuese un dia por la ciudad, y..... la catedral de vino..... Esta señorita es la Vírgen, y..... dicho. Esta señorita es..... la pastora, y..... y yo el buey..... y dicho.

—Bueno, bueno, dijo la labradora conteniendo su risa.

—¿La he faltado, la he faltado?..... Si yo la hubiera faltado, me daba una bofetada, y..... anda, que donde yo doy una, no nace pelo de barba en la vida..... ¿por aquí habrá alguna guitarra?.....

La labradora salió á escape por la que había en la casa, y volvió en seguida con ella. El trabajador, sin cesar de hablar, tomó la guitarra y comenzó á templarla.

María, aunque deseaba oirle cantar y tocar, le puso la mano en el hombro diciéndole:

—Pero ¿y los niños?

—Cuando este caballero,—contestó sériamente el artesano señalándose á sí mismo,—este *tio*, este *cura* canta, ni los pájaros se acuerdan de comer. No tenga cuidado y siéntese, que mi cama estará ya en la casa de empeño; y añadió cantando un aire popular, mientras apretaba las clavijas de la guitarra:

singuindingui que con su
singuindingui que con su
singuindanga.

Despues de haber tosido y de haber templado la guitarra, con voz flexible y sonora cantó al compás de malagueña:

María, para paloma
sólo te faltan las álas,
y á mí para gavilan
las patitas coloradas.

A esta copla, cantada con voz que llenaba el valle, contestó desde la casa otra cantada por la hija de la labradora. El artesano seguia

las inflexiones del canto, acompañando en la guitarra. El artesano replicó con otra y otra, y despues de una lluvia de coplas alusivas, cantó una que decia:

Cuando se muere un gitano
Y lo llevan á enterrar,
Los *flamencos* van delante
Los *flamenquillos* detrás.

—Ea, me voy; dijo al terminar la copla levantándose de súbito y echando á andar maquinalmente con tal impulso que, no viendo el terreno cortado á los dos pasos por una albarrada, desapareció tras ella.

Las dos corrieron al borde de la albarrada y vieron al artesano que hincado de rodillas frotaba con la mano un grueso peñon.

—¿Qué es eso? preguntó la labradora.

—A este pobre peñon que le he debido hacer mucho, mucho daño, contestó el artesano con lastimero acento; y añadió despues en el mismo tono y como reflexionando: ¡cuántos de éstos desde aquí hasta mi casa!

—Lo mejor es que se vaya por el camino

aquél, replicó la labradora señalándole el del cármen.

El artesano, despues de haber rogado que perdonaran y de invitarlas á visitar su casa diez ó doce veces, tomó el camino indicado con paso lento, pero firme, y desapareció.

—Estas botellas son muy traidoras, dijo la labradora mirando de hito en hito á María con intencionada sonrisa.

—¿Se habrá hecho daño? preguntó María sin comprender la intencion de la labradora.

—No ¡cá! pero te lo advierto, replicó ésta riendo y separándose de María.

Si la labradora se hubiera vuelto á mirar la expresion del semblante de María, hubiera puesto en duda que ésta habia sido la que secuestró la botella. Tan léjos estaba María de la intencion de la labradora, que no comprendiendo el sentido alusivo, tomó las palabras como una dulce reconvencion, no sospechando siquiera que la malicia humana pudiera llegar hasta á contar las botellas, con cuya falta estaba relacionado lo que habia de ser profundo secreto á tierra y cielo, mientras de sus labios no saliese una declaracion completa.

Tomó otra vez María el camino del rio algo pensativa y triste; le atravesó y fué á sentarse bajo las avellaneras, junto á la acequia que surcaba las tierras de la otra márgen, entreteniéndose en echar en la corriente las hojas desprendidas de la enramada, en azotar con su mano de cuando en cuando las cristalinas ondas.

El murmullo de una corriente adormece los sentidos y despierta en el alma otra de ideas; parece que cada gota de agua pasa diciendo al que la mira:—duerme, no te ocupes de á dónde irás, y ríete como yo.—¡Feliz la gota de agua que, arrastrada por la corriente, ya refleje en su límpido seno las sombras de los bosques ó el despejado azul del cielo, pasa y pasa siempre sonriendo! ¡cómo no ha de seguirla el alma acongojada por la inquietud del destino! ¡la sigue y la sigue con envidia! ¡la sigue y al suave acento que de entre la espuma brota, responde el alma con un suspiro! ¡cómo algunas veces se asoman tímidas las gotas de llanto para ver pasar por la corriente sus gozosas compañeras!...

Por esto desde la imaginacion más rústica

hasta la más culta y filosófica, todas se suspenden delante del rio ó del arroyuelo.

Véase á un científico que calado de lentes le contempla. Seria para agarrarle por la solapa y decirle:

—¿Qué pensais de esas gotas de agua que pasan murmurando á vuestro lado?

—Que cumplen, responderia, la ley fatal de su destino, es decir, que siguen la pendiente hasta llegar al mar.

—¡Fatal! ¡qué vanidad! fatalidad es la razon de una desgracia y casualidad la de una dicha. Hé ahí al hombre que no ve entre esos dos extremos lo único cierto, la razon verdadera para todos los hechos y para todos los séres. ¡Fatal! Asomaos, señor mio, tened á bien asomaros á la corriente. ¿Veis esa gota de agua que pasa ante vuestros ojos? Pues esa irá á dar vida y movimiento al cercano molino y á pulverizarse en los aires. ¿Veis aquella otra? Aquélla irá á extinguir la sed de algun viandante. ¿Y aquella otra? Aquella otra irá á dar vida y jugo á alguna planta útil. Aquella otra irá quizás á absorberse por la raíz de una azucena y subirá á su corola á disiparse entre sus perfu-

mes. Aquella otra de más allá, se filtrará en la tierra. Esta más cercana, irá á evaporarse al contacto de un rayo de sol al salir del bosque, y esta otra, girará eternamente en un remanso... y acaso, acaso ni una sola gota de las que habeis visto pasar, alcance el destino que habeis néciamente deducido. No decid que esas gotas de agua están sometidas á la fatalidad de la pendiente; decid sólo que esas gotas de agua viven en el mundo de *lo posible*... ¿Oís sus murmullos? Se van riendo de nuestra ignorancia y de vuestras leyes hidrodinámicas... Conque ahora, señor mio, examinémonos desde fuera de nosotros y veremos cómo puede decirse impunemente que esas gotas de agua sienten y quieren lo mismo que nosotros. Vuestro conflicto es grande al ver cómo en vuestros laboratorios haceis de esas gotas de agua algunas veces lo que quereis, y cómo en el seno de la naturaleza ellas hacen lo que quieren y lo que es peor, ni áun lo que podeis prever. ¡Oh! ¡la naturaleza que estudiais en vuestros laboratorios es bien pequeña, y el concepto que por ella formais de la verdadera, bien triste y ruin!... Os compadezco.

María estaba inmóvil contemplando la diáfana corriente, cuando su mirada se fijó en dos flores que sin descender flotaban en las aguas meciéndose entre rizos de espuma. Inclinóse sobre la corriente para mirarlas más cerca, y vió que ambas estaban sujetas por largos tallos al fondo, y que las dos pertenecian á una misma planta. Despues notó que ambas flores eran de distinta forma, y despues, que el tallo de la mayor era más prolongado y que una parte de él se desarrollaba sobre las aguas como tendido lánguidamente entre las ondas, mientras que el de la menor no extendia su tallo arrollado en espiral, sino lo suficiente para asomarse á la superficie. Parecia que las dos flores jugando sobre las aguas querian aproximarse tanto, que algunas veces casi se tocaban arrastradas por el vaiven de la corriente, y cada vez la distancia entre ellas disminuia. Al fin se tocaron, y desde entónces la distancia principió poco á poco á aumentar. Las dos flores se alejaban una de otra. La menor de ellas dejó á poco de asomarse en la superficie de las aguas como atraida al fondo por su tallo rehaciendo lentamente su espiral,

mientras que la mayor continuaba tendida en la corriente.

María seguia con la vista todos estos movimientos, cuya lentitud exasperaba su deseo de contemplar el desenlace, cuando notó de pronto que la flor que se mecia sobre las aguas, desprendida de su tallo, habia desaparecido.

Levantóse la niña siguiendo la orilla en busca de la flor y á pocos pasos la vió que, flotando sobre las aguas y revolviéndose juguete de las ondas, era arrastrada envuelta en sus espumas. Quiso cogerla, y la flor, rozando sus dedos, giró con rápido movimiento alrededor de su mano, y buscando el centro de las aguas, desapareció á su vista para siempre...

Volvió á donde se hallaba la otra flor; se inclinó sobre ella para contemplarla de cerca, y vió mecerse la flor entre su propia imágen temblando en el inquieto espejo de la corriente...

En esta actitud estaba abstraida, cuando oyó detrás de ella decir:

—¿Qué haces ahí mirando, María?

Volvió ésta la cabeza, miró á su interlocutor, que era un anciano labriego, y le dijo:

—Acércate, acércate, ¿sabes cómo se llama esta planta?

El labriego se acercó y fué á arrancarla para poder reconocerla. María puso su mano en la corriente como protegiendo la flor, y le dijo con dulzura:

—No, no; no la arranques; desde aquí.

El campesino se inclinó, la estuvo mirando un rato y exclamó:

—Eso es... una planta cualquiera; eso es arrayan de agua ó cosa así..; ahora se va á quedar poco ménos que en seco. Ven conmigo, que voy á quitar el agua.

—¡A quitar el agua! repitió sin moverse María.

—Y no te quedes ahí. Vénte conmigo, replicó el campesino en tono de mandato.

María á estas palabras se levantó, dirigió una mirada última á la flor y echó á andar en silencio tras el labriego.

Este, apenas llegaron al tomadero de la acequia, que no distaba mucho de donde se hallaba, cortó el agua.

—¿Y se va á quedar en seco la flor aquella? preguntó María.

—No; siempre pasa algun agua, como ves; contestó el labriego.

—Y ¿por qué cortas el agua?

—Lo que has de hacer ahora mismo es atravesar el rio y marcharte al cármen.

—¿Por qué?

—Porque ántes de nada vamos á tener una tormenta que habrá que sentir.

—¿Tormenta? exclamó María con asombro y terror.

—Anda, anda; ó te vienes á mi casa ó te llevo á la tuya.

María no esperó á más. Salió á escape, atravesó el rio, y ya llegaba á la casa, cuando á su puerta encontró á la labradora. Esta, que vió llegar corriendo á María, la preguntó sobresaltada:

—¿Qué tienes?

—¿Sabes... sabes, respondió María muy agitada, que va á caer una tormenta?

—¿Quién lo ha dicho?

—Ahora mismo me lo ha dicho Pablo, el del molino del Teatino.

—¿Pablo? Pues cuando ese lo dice no falta; replicó la labradora, saliendo á escape

y llamando á grandes gritos á su esposo.

María mientras tanto entró en la casa; subió á su cuarto, encendió una lámpara á una imágen, y saliendo poco despues sin ser vista de nadie, con paso lento tomó el camino del cármen á buscar la salida del bosque.

Al más leve anuncio de tormenta el valle cambia de aspecto. La gente corre inquieta de acá para allá á cambiar el curso de las aguas; despues los molinos se paralizan; no se ve á un alma; las casas se cierran, y en todo el valle domina un triste silencio esperando con ansiedad el primer trueno.

María, presa de mortal inquietud, interrogaba con su anhelante mirada el fondo del camino que seguia, en el que las sombras, saliendo á su paso como si quisieran disuadirla, la obligaban á detenerse. Veia moverse una rama y su agitada respiracion se suspendia.

Llegó por fin al límite del bosque; subió con suprema ansiedad la breve pendiente; se asomó al recodo, y en lugar del sol espléndido, envuelto en la encendida lumbre de la tarde, vió á una inmensa y oscurísima nube que, cerniéndose en los aires con imponente magestad

y extendiendo sus negras alas sobre un cielo sombrío, avanzaba sobre el valle. Elevóse sobre las puntas de sus pies; abrió sus ojos cuanto pudo apartando de delante algunos de sus cabellos suavemente agitados por una brisa cálida, y dirigió al horizonte una mirada ansiosa de súplica. El horizonte la respondió con una horrible fulguracion. María dió un grito, y sintiendo que las fuerzas faltaban á su cuerpo, se apoyó en el tronco de un árbol, en el mismo que la tarde anterior le habia servido tambien de apoyo. Su semblante respiraba terror íntimo y profundo; sus ojos reflejaban al par la nube que oscurecia el cielo y la incertidumbre que oscurecia su alma; pero la expresion de su rostro cambió de súbito, viéndose en él el terror en el fondo, surcado por una vaga alegría, como el íris en el fondo tempestuoso del horizonte. Echó á correr siguiendo el camino, cruzó el cauce del seco torrente, pasó el recodo, se asomó á la elevacion...

—¡Nadie! ¡nadie! murmuró sollozando.

Apenas si entre las sombras que envolvian el valle podia ya vislumbrarse el camino. Parecia una cinta blanca que serpeando, despues

de hacer un caprichoso giro, desaparecia en el fondo oscuro.

María se detuvo un instante conteniendo su aliento como si quisiera sorprender el más leve rumor de pisadas en todo el ámbito del valle, y sólo escuchó el eco grave de lejano trueno.

—¡No viene!... murmuró mirando atenta el límite del camino donde éste se perdia en la oscuridad.

Bajó al cauce del segundo torrente; subió por la opuesta ladera hasta el punto indicado, por el camino pensando que si oyese decir como de muy lejos la voz de quien buscaba; «estoy guarecida ¿voy ó no voy?» que no sabria responder; pero que al fin responderia: «no vengas, no; sigue hablando, que yo me guíe en la sombra por tu voz.» Miró y no vió á nadie. Extendió sus brazos en la sombra como quien quiere recibir entre ellos á un sér amado, y quiso gritar con todas sus fuerzas un nombre; ¡un nombre que hasta entónces no supo que ignoraba! En aquel instante rasgó un relámpago la oscuridad, y María, viendo de un sólo golpe á su siniestra luz la soledad que la rodeaba, ex-

clamó con supremo dolor llevándose las manos al rostro:

—¡Madre mia!

Gruesas gotas comenzaban á caer del ennegrecido cielo y la brisa cálida arreciaba por momentos.

María pensó de pronto que el que buscaba podia estar esperándola en la casa, á la que pudo haber llegado á campo atraviesa por el monte. Esta idea súbita no tardó en convertirse en conviccion, suponiendo que por huir de la tormenta, debia naturalmente haber acortado el camino cuanto pudiese.

María no fué tan pronto pensarlo cuando quiso correr hácia el cármen. Bajaba corriendo como despreocupada de las amenazas del cielo, hasta que llegó al cauce del torrente que acababa de atravesar y en el que la oscuridad era ya profundísima. Buscó el camino de la otra ladera, y no lo encontró, aunque se hallaba á muy pocos pasos de ella.

Parecia que la tempestad habia aguardado á que María, aterrorizada en medio del torrente, se desorientase para estallar con todo su furor. Desatóse la nube como una inmensa

catarata, y el huracan se desencadenó bramando con poderoso ímpetu. En breves instantes las aguas del torrente cubrian los pies de María, que se sintió desfallecer. Sólo la esperanza de que el que buscaba se hallase en seguro albergue aguardándola, rehabilitaba su espíritu. Un nuevo relámpago hendió los aires, y María, deslumbrada un instante, vió á su fulgor, por fin, la subida del camino. La tempestad, como contrariada, redobló su furor.

En medio de la cuesta, María creyó escuchar como un ronco mugido y rumor de pisadas detrás y no léjos de ella, y un terror súbito paralizó sus movimientos, recordando el fantasma del valle; pero otra vez la esperanza que alimentaba, devolviendo la energía á su cuerpo y sintiéndose libre un instante del pavor que la embargaba, echó á correr la pendiente arriba, y llegó al recodo.

El estruendo de la tempestad era entónces horrible, y ya en aquel sitio María comprendió lo espantoso de su situacion. El camino estaba cortado por las turbias y mugidoras aguas del otro torrente.

Entónces el cielo se abrió y, como si de una

vez quisiera saciar su furia, arrojando todo el fuego que en su oscuro seno hervia, estalló describiendo un gigantesco zig-zag un rayo que vino á herir la tierra extremeciéndola á pocos pasos de la infortunada niña, al que siguió un trueno seco y horrendo como el estampido de cien cañones.

A la luz del rayo pudo verse la figura de un hombre que, á poca distancia de María, se elevaba sobre una eminencia del camino caer rodando y perderse en la oscuridad. Era el artesano que, no pudiendo andar, se habia quedado dormido por aquellos sitios y á quien las primeras gotas despertaron.

María, con la vista extraviada y su semblante contraido por el pavor, prorumpió en un grito ahogado, y cayó inerte en el borde mismo de un precipicio; balanceóse un instante, pero al cabo cayó rodando al fondo del torrente.

La tempestad se contuvo un momento como espantada de su propia obra.

Entretanto, otras escenas tenian lugar en el cármen.

No bien se dejó escuchar el primer trueno,

cuando la familia estaba reunida en la casa cuyas puertas cerraron.

La labradora creia que María, aprovechando la ocasion de la tormenta, se habia acostado para reanudar su interrumpido sueño, y así lo contestó cuando su esposo y su hija preguntaron por ella.

Los tres estaban en una habitacion sentados, y así habian pasado un gran rato en silencio.

Como los truenos arreciaban, la labradora, que en un principio esperaba que la nube se alejara pronto, poseida de devocion, creyó que era llegado el momento de pedir á Dios mismo lo que el azar no la concedia.

—¿Y la vela del Santísimo? preguntó á su esposo.

La vela del Santísimo es una vela de cera, que tiene una inscripcion con caractéres rojos que dice: *Al Santísimo Sacramento*, y que se enciende durante las tormentas.

Su esposo, que en aquel instante encendia tranquilamente su cigarro, se encogió de hombros, y sonriéndose exclamó:

—Nunca te acuerdas de la vela hasta que truena.

La labradora se levantó á buscarla, y registrando las habitaciones entró de puntillas en la de María, donde vió arder, sin alumbrar, una luz agonizante debajo de un tosco grabado que representaba, segun indicacion de un letrero, á *San Rafael, abogado de los caminantes.*

—¡Pobrecilla! murmuró la labradora, de todo el mundo se acuerda esta muchacha.

Andando de puntillas se dirigió al lecho de María, y se inclinó sobre él; pero no escuchando la respiracion, no sabia dónde tendria la barba, sitio predilecto para sus besos como para los de la madre, y en esta actitud continuó algunos momentos, hasta que al fulgor de un relámpago, penetrando por la ventana, pudo ver que la cama estaba vacía.

Si se hubiera á la pobre labradora arrancado el corazon, y en su lugar se la hubiera puesto un puñado de nieve, no recibiera impresion más profunda.

Cómo entraria la labradora en la habitacion donde se hallaban reunidos, cuando su esposo, de suyo flemático y sereno, corrió á recibirla en sus brazos, preguntándola con ansiedad:

—¿Qué ha pasado?..... Habla.....

La pobre mujer no podia contestar.

—Que María..... que María, respondió al fin, no está en la casa.

La hija dió un grito; el labrador se mesó los cabellos, rechinó los dientes y crispó los puños.

—Es preciso..... es preciso, añadió sollozando la labradora, buscarla, buscarla ahora mismo.

Y esto diciendo, se avalanzó á la puerta de la casa y la abrió de par en par. El bosque entónces, en profundas tinieblas, se vió entero iluminado por cárdeno y sombrío fulgor, y la casa tembló á la espantosa detonacion del trueno. Acababa de estallar el rayo, á cuyo brillo deslumbrador y poderoso impulso, María, sobrecogida de espanto y aniquiladas las fuerzas por el desaliento, rodaba al fondo del torrente.

—¡Vírgen Santísima de las Angustias! ¿dónde estará María? exclamó la labradora levantando hácia el cielo sus manos cruzadas; y aturdida, sin saber á dónde iba, tomó la direccion del camino al cármen gritando con todas sus fuerzas: ¡María!..... ¡María!

En vano que el labrador la preguntara por qué tomaba aquella direccion, pues no le escuchaba, y convencido de que lo mismo era una que otra, echó tras de su esposa, advirtiendo ántes á su hija que permaneciese en la casa. Maquinalmente, sin embargo, echaban por el sitio que desde luego se ocurria, pues al ménos salian del bosque por el único camino entónces practicable, buscando una altura que dominara el valle, desde la cual pudiesen al ménos oir la voz de María, ó preguntar á los moradores de los cármenes cercanos.

Llegaron por fin al recodo del camino. El espectáculo era horrible. Los relámpagos brillaban sin cesar en los aires; parecian serpientes de fuego que en despiadada lucha se retorcian silbando furiosas en el cielo; los truenos rodaban retumbando con imponente acento en las concavidades del estrecho valle, por las que se desgajaban rugiendo impetuosos torrentes; el rio hinchado de turbias aguas hervia iracundo vomitando espuma y sacudiendo á su empuje las montañas, y el huracan bramando, cruzaba el bosque entre el áspero choque del ramaje, arrancando de los árboles prolon-

gados y estridentes gemidos. La tempestad ya no cabia en el valle, y sintiendo la tierra temblar bajo los pies, parecia que las montañas, rugiendo de cólera, se avalanzaban unas contra otras á morderse con salvaje furor en jigantesco y espantoso combate.

La labradora, muda de pavor y desaliento, al contemplar tal espectáculo, dejó caer llorando su cabeza en el pecho de su esposo. Este, con poderosa voz, gritó, como queriendo dominar el estruendo de la tempestad:

—¡María!

Pasaron algunos segundos, y como á unos quinientos pasos, se vió una pálida chispa brillar entre la enramada. Despues se oyó una voz ahogada contestar:

—María no está aquí; y despues gritar: ¡Pablo! ¡Pablo!

A poco se escuchó un rumor de gritos entrecortados por los rugidos de la tempestad, y otra voz, como saliendo de entre el espantoso hervor del rio, que gritaba:

—¡No está aquí!

La funesta noticia cundió de molino en molino, de cármen en cármen, y breves momen-

tos despues, el huracan llevaba entre sus bramidos en todas direcciones el nombre de María, arrastrándole por todo el valle con impetuoso furor.

María no contestaba por lado alguno, y la chispa que brillaba entre la enramada, se apagó al soplo de una violenta ráfaga, como si la tempestad, apercibida de aquella débil luz, acudiese á ahogarla, celosa del imperio de sus sombras.

El labrador, dejando asomar dos gruesas lágrimas en sus ojos, inclinó la cabeza, y su vista se fijó en el oscuro cauce del torrente que á sus pies rugia. A la luz de un relámpago vió dibujarse una figura negra al borde de las aguas, sobre un zarzal. Aprovechando con extraordinaria destreza la trémula luz de otro relámpago, tiró á su esposa á un lado, se arrojó por la ladera, y saltó á la otra orilla del torrente, con ese esfuerzo propio de la audacia desesperada y largo tiempo contenida.

Algunos minutos despues, rodeando el torrente, regresaba por la ladera que se extendia por encima de donde se hallaba la labradora, trayendo sobre los hombros el cuerpo

inerte y sin vida de la desventurada María.

Más tarde, cuando la tempestad, ya lejana, despedia sus últimos fugitivos relámpagos, y la serenidad se restablecia en el valle, tan rápidamente como habia sido turbada, una escena muda contrastaba con la que en aquellos momentos ofrecia la naturaleza. La labradora, inclinada sobre el lecho, apoyaba su frente sobre la de María; la hija apoyaba la suya sobre el seno de la niña, y el labrador, inmóvil á los pies, las contemplaba en silencio.

Ya no ornaba la ensangrentada frente de María la guirnalda de azucenas tejida á la luz de la aurora; ornábala otra de agudas espinas tejida á la luz del relámpago. Ni un asomo de sonrisa animaba sus labios lívidos, ni el más ligero extremecimiento que hiciese sospechar que dentro de aquel cuerpo inerte existia un espíritu.

Sin embargo, al fin el cuerpo de María, al calor, sin duda, del lecho y del aliento amoroso que la caldeaba suavemente, se reanimó. Entreabrió sus párpados, y exhalando un suspiro entrecortado, giró una mirada alrededor su-

yo. Los tres campesinos, ahogados por la emoción, contuvieron el aliento. María, esforzándose, alzó la cabeza y paseó con ansiedad su mirada por entre las tres figuras que la rodeaban. Despues dejó caer la cabeza otra vez en el lecho, y exclamando un ¡ay! seco y profundo como si se hubiese sentido rodar de nuevo por el torrente, comenzó un llanto débil, tan apagado, que parecia salir de lo más hondo de su pecho.

Un escalofrio unánime sacudió á los tres pobres campesinos, asombrados de la indiferencia con que los miró la niña. Se miraron, y en los tres se reflejó una misma idea y un mismo espanto. La labradora se abrazó á María, y sacudiéndola suavemente, como si temiese que la niña no respondiera, la preguntó:

—María, María... ¿qué tienes?

María, interrumpiendo un instante sus débiles sollozos, respondió con apagado acento y con voz temblorosa y entrecortada:

—Que me quiero morir..., que me quiero morir; y reanudó su llanto, ocultando su cabeza bajo las sábanas.

Apenas habia pasado la tormenta cuando

los campesinos de los alrededores acudieron presurosos al cármen á indagar el paradero de María, y en breves momentos se llenó la casa de gente.

Mientras la labradora y su hija vigilaban en triste silencio el desconsuelo de María, el esposo conversaba con sus compañeros imponiéndoles de todas las circunstancias del accidente.

—Pero, dijo uno, ¿á qué iba esa niña por aquellos sitios?

El labrador se quedó parado á esta pregunta.

—Pues mira, contestó despues de algunos momentos de reflexion, no habia caido yo en ello... Pero, no, ya sabeis que la pobre niña no quiere convencerse de que ha perdido á su madre, y dice que viene á besarla y... ya se ve, como nadie quiere desengañarla, ella sigue en su idea y... es un mal, porque estas cosas son las que resultan. La niña iria por aquellos sitios á buscar á su madre...

—¿Y daño, se ha hecho mucho? preguntó otro.

—¡Oh! tenia la cara llena de rasguños,

y cuando llegamos aquí todavía tenia clavadas muchas espinas. Debe tener calentura. Ahora poco nos miró y no nos dijo palabra, y luego echó á llorar diciendo que se queria morir...

A esta altura de la conversacion estaban, cuando la interrumpió la presencia de la labradora.

—¿Qué? preguntó el esposo.

—Hace poco ha preguntado quiénes son los que han venido; se lo dije, y se echó á llorar con más desconsuelo que ántes; y despues, añadió la labradora sollozando, se ha empeñado en que quiere irse... No se ha levantado porque esa niña es muy buena, y á pesar de que la calentura la ha trastornado, llora y llora, pero no se mueve...

El esposo la interrumpió preguntándola:

—¿Qué hacemos?

—Si mañana, contestó la mujer, sigue en la misma forma, habrá que avisar al padre... y...

La labradora murmuró una frase ininteligible llevándose la punta de su delantal á los ojos.

A este punto llegó la hija, y poniendo su mano en el hombro de la labradora, la dijo en voz baja:

—Se ha dormido.

Esta noticia, recibida con alegría en el grupo, fué la órden de dispersion, y los labriegos, preguntando al despedirse de la familia del cármen si se ofrecia algo, se fueron alejando poco á poco en distintas direcciones.

Algunos momentos despues el valle dormia en profunda calma, y aquella casita sumergida en las sombras del bosque en que no osaban penetrar los tímidos rayos de la luna, en el silencio de la noche, sólo turbado por el ya tranquilo murmullo del rio y el melancólico cantar del ruiseñor, parecia una ruina solitaria ó un génio de las sombras que, rendido de hastío, contemplaba su enlutado imperio, abandonado y triste. Dentro de su seno palpitante de suspiros y sollozos, la campesina familia rodea en silencio el lecho ensangrentado. María está dormida; por su pálida frente serpean los hilos de sangre que de las heridas mana; por sus mejillas ruedan límpidas gotas de llanto; contrae su rostro una tranquila y dulce expresion

de amargura, y una lágrima, surcándole al principio lentamente y acelerándose despues como si temiese que un gesto la detuviese ó la arrojase fuera, viene á posarse trémula en el pronunciado hoyuelo de su barba.

IV.

Dios es inmutable y eterno.

El mundo ántes de la creacion era un caos; pero Dios lo poblaba todo, y en medio de su reposo meditaba en su augusta soledad. Meditando cada pensamiento que de su seno surgia era un ángel, un querubin, un alma pura; y los espíritus puros, fueron hechos. Nubes de pensamientos revoloteaban en rededor de donde habian brotado, y el rumor de sus alas era un himno de suavísima armonía. El seno de Dios rebosaba de ángeles; pero el incesante aleteo de sus criaturas, se hizo al inmortal Espíritu monótono y cansado.

—Callad, dijo; cesad en vuestros giros; el rumor de vuestras alas me entristece; apartad.

Todos quedaron inmóviles y silenciosos; pero un pensamiento alado, más atrevido que los demás, continuó en sus revueltos giros.

—Aparta, replicó Dios.

Y como en vano repitiera su mandato, el infinito Espíritu fijó en él su atencion y le contempló un momento. Viéndole bello, olvidó su osadía, le retuvo y áun le acarició. Y exclamó Dios:

—¿Por qué has sido tan osado?

—Yo, respondió el altivo pensamiento, quiero ser como tú: pensamiento y todo tu pensamiento. Buscaba inquieto el seno de donde habia brotado para precipitarme en él.

—Aguarda; tú serás el alma de la epopeya que voy á componer. Voy á darte formas.

Todos los demás pensamientos, suspensos un instante en la mente de Dios, contemplaron á aquel atrevido.

—Señor, exclamaron á coro en ferviente plegaria. Todos te adoramos; todos te respetamos; ¿qué vas á hacer de ese atrevido?

—Yo sé, les respondió Dios, lo que vos-

otros no sabeis. Voy á hacer un mundo.

—Señor, replicó uno de los ángeles, y yo que tanto te he adorado, ¿me vas á postergar prefiriendo á ese soberbio?

—Calla, respondió Dios.

—Yo he sido siempre sumiso á tus mandatos...

—Sélo ahora, y apártate.

—Señor, no hagas ese mundo.

—Quítate, que me distraes.

—Invoco tu justicia.

—Tú eres más soberbio. ¿Quiéres impedirme mi obra? Apártate. ¡Maldito seas!..

Y á un simple esfuerzo de la voluntad divina, fué violentamente lanzado del seno del fecundo Espíritu, rodando al caos envuelto en la tremenda maldicion, y fué el ángel maldito.

Cayó y cayó lanzando una horrible blasfemia y jurando destruir lo que crease.

—Contemplad al alma, de mi obra, dijo Dios á los demás pensamientos; girad en torno suyo.

En medio de la dulcísima armonía que se alzaba en torno del pensamiento predilecto de Dios, fué surgiendo poco á poco la creacion.

A uno de los ángeles que con más rapidez revoloteaba en vertiginosos giros alrededor del pensamiento predilecto, y al que alguna vez rozándole con sus alas le besaba, le dijo Dios:

—¿Tú amas mi pensamiento?

—Yo le adoro, contestó.

—¿Porque yo te lo mando?

—Porque me lo mandas y porque le encuentro hermoso.

—Entónces tú penetrarás mi pensamiento.

—Sí, Dios mio, con todo mi amor. Yo lucharé con todas mis fuerzas contra el rebelde.

—Tú me has comprendido; tú eres el amor, tú eres la luz.

Y la luz fué hecha.

No habia acabado la creacion; faltaba el hombre.

—Dime, dijo Dios á su pensamiento predilecto, girando en mí flotarás sobre todos.

—Yo, le contestó, estoy cansado de volar á tu alrededor; yo estoy cansado de ser espíritu, quiero ver tu obra; revísteme de esa materia para que vea tu obra, para que la oiga, para qùe la toque, para que la sienta, para que la goce, en fin.

—Pero esa materia es masa de deseos, le replicó Dios, y la materia que te dé para ver mi obra, te cegará para verme á mí.

—Quiero sentirla, satisfáceme.

Y entónces Dios, que es clemente y misericordioso, sonrió, y su sonrisa fué la aurora.

Hizo la figura de barro. Mas como el ángel maldito vigilaba la creacion, ántes de que Dios inspirase á la figura el soplo de vida, penetró en ella y recorrió todo su interior impregnándola de su maldita sustancia.

—Aquí tienes, dijo Dios á su amado pensamiento, el vaso que te ha de contener, ¿quieres vivir en mí?

—No; tengo ánsia de sentir tu obra.

— Caprichoso eres.

—No sé. Hazme ver tu obra pronto.

—Te entrego ese vaso á tus caprichos; eres pensamiento mio, pero eres pensamiento libre.

Y el pensamiento de Dios penetró en el barro, y el hombre fué hecho.

Abrió sus ojos, y encontrándose enmedio del eden, quedó suspenso, atónito, encantado, contemplándole en profundo éxtasis; mas pron-

to se cansó de contemplarle en quietud, y echó á correr por todos lados escudriñando su vivienda; aquí gustaba el jugo de las frutas; allá aspiraba el perfume de las flores, más allá bebia el agua de cristalinas fuentes. Era dichoso. Mas á poco el hombre exclamó:

—Señor; soy muy feliz; pero no todo lo que pudiste hacerme.

—¿Qué te falta?

—Señor, yo estoy agradecido á tus bondades; pero siento un vacío.

—¿Cuál?

—No sé... no sé; una vaga ansiedad que no se sácia en los manjares que has prodigado en este eden, ni en los perfumes de estas flores, ni en el agua de estas fuentes, ni en el mismo sosiego de esta mansion de tus manos.

—Pero dime, ¿qué necesitas?

—Señor, no sé... no sé cómo formular; ello es vacío que por instantes se agranda.

—Explícate.

—No sé; tú, que eres Dios, adivínalo.

Y el hombre entónces, fatigado de buscar en qué saciar su afan y su ansiedad sin forma y sin nombre, se reclinó junto á un murmura-

dor arroyo, y en medio del eden, lloró; y llorando con profunda y misteriosa tristeza, forjandò en su ardiente fantasía dichas deseadas y no sentidas, halagado por tan placenteros ensueños, se fué quedando poco á poco dormido entre los murmullos del arroyo. Y cuando quedó completamente dormido, se dibujó en su boca una sonrisa bordeada de lágrimas, y Dios adivinó el pensamiento que expresaba, y sintió compasion del hombre.

—Antes que despierte y llore, se dijo, convertiré ese sueño en realidad.

Tomó Dios un rayo de luna, revistiólo de esplendor del cielo, y se dijo:

—Esto es casi su sueño, pero es preciso darle formas tangibles.

Y lo que ya tenia hecho lo revistió de fuego de tierra, á la que dió figura humana. Contempló un momento su obra y se sonrió, y su sonrisa se reflejó en su obra. Despues pensó que aún faltaba algo, y tomó dos rayos de sol y los echó en las pupilas. Pero en aquel momento se distrajo recordando la rebeldía del ángel; hizo un movimiento de cólera que á poco destruye lo que ya tenia hecho, y sin re-

parar en ello, introduciendo su crispada y omnipotente mano en su obra ya acabada, abrió en su corazon un antro profundísimo diciendo:

—Ya no satisfago más caprichos ni me entretengo en rehacer lo deshecho. Vive...

A esta voz, el ángel de la luz descendió de los cielos revoloteando en torno de la última obra del Creador, y cubriéndola con sus expléndidas alas, imprimió un ardiente beso en sus lábios. La figura de tierra se estremeció, y dejó exhalar un suspiro.

Despertó el hombre, y vió á su lado las formas tangibles de su sueño ideal. Contemplólas extasiado formulando en sus trémulos labios una plegaria de gratitud profunda á Dios, y por vez primera se hincó de rodillas.

La mujer estaba hecha.

*
* *

Era Eva, la mujer ya hecha mujer.

Es de preguntarse, qué hubiera hecho Eva si hubiese sido creada ántes que el hombre; es de presumir que lo primero que hubiera he-

cho, hubiera sido correr al árbol y coger la manzana, por lo mismo que la estaba prohibida, porque esta es la manera en lo general de concebir la mujer las prohibiciones; pero ¿y despues? despues la hubiera devorado en silencio y hubiera dicho á Dios tímidamente, haciendo un gracioso gesto:

—Tus manzanas no saben á nada; planta otro manzano, Señor.

Y Dios hubiera optado entónces entre reducir á caos otra vez toda su obra ó cruzarse de brazos, como diciendo:

—Pues haz lo que quieras, hija mia.

Por eso es de creer, que mejor que de una costilla fué hecha la mujer de un rayo de luna, pues los rayos de la luna, no tan sólo vierten dulce melancolía en el alma, sino que tienen una influencia decidida en los locos, y locos son, segun la opinion de los más competentes doctores, todos aquellos séres que tienen la desgracia de pensar y sentir. Por lo demás, si es perdonable esta heregía por evitar la prosáica palabra «costilla» que pudiera interpretarse por «suculento bocado,» las analogías de naturaleza, no se encontrarán inaceptables, pues

como Eva formada en el Eden surcado por el Havilah, el rio que lleva oro, María se formaba tambien en otro eden, surcado por el Darro, el rio que lleva oro.

*
* *

Dos dias trascurrieron desde la caida, y María, á pesar de no ser tal la opinion de la labradora, que al fin se habia decidido á llamar al padre noticiándole el suceso, consintió en que se levantara y que con el doble objeto de procurarla distraccion á su tristeza y apoyo á su debilidad, la acompañara en los paseos su hija.

—Tú dirás por dónde vamos, dijo ésta á María asiéndola del brazo.

—Por allí; contestó María señalando el camino.

Al llegar á la altura de la cascada que entónces muda y sin vida á pocos pasos le adorna, se detuvo delante de los laureles que ocultan el portillo abierto enfrente. La campesina, juzgándolo cansancio, sentó á María en el muro, observando á poco los ojos de la niña empañados por las lágrimas. La campesina movia la

cabeza y buscaba un asunto de conversacion capaz de divertirla; pero la misma lástima que la pobre niña la inspiraba la impedía trabar uno á propósito. Contentóla, pues, de la mejor manera que pudo, y reanudado el paseo, siguieron en silencio el camino de la Fuentecilla indicado por María. Ya cerca de este sitio, la campesina creyó encontrar asunto con que divertirla, recordando las risas que dias ántes habia provocado en María.

La campesina principió su discurso así:

—Tú estás muy triste, y en el mundo no se debe estar tanto, porque entónces no es vivir. Piensa en que irás á la ciudad, que allí te rondarán y que al verte tan hermosa la gente se irá detrás de tí. ¡Dichosa tú que podrás elegir! ¡Qué de cosas no oirás!

María se detuvo de nuevo y la campesina suspendió su discurso.

—Oye, dijo María despues de algunos momentos de silencio, con voz trémula y apagada y oprimiendo maquinalmente el brazo de la campesina, ¿cuándo vuelven como tú digiste?

La campesina, que no se acordaba ya de su propia frase, se sorprendió de tan inesperada

pregunta. María la sacudió suavemente el brazo diciéndola:

—Dí.

—Pero si no sé qué me quieres decir, contestó la campesina.

—Sí, sí; me digiste que se les reñia y que volvian sumisos.

—¡Ah! ya recuerdo ¡hola! ¡cómo no se te olvida! ¿eh? y tú, ¿para qué quieres saberlo?

María miró al suelo y tiró dulcemente de la campesina diciéndola:

—Anda, anda, dímelo.

—¿Pero tú quieres á algun hombre?

María, en una de esas distracciones del alma, abstraida en risueños recuerdos y como si oyera otra voz distinta de la de la campesina, contestó haciendo con la cabeza un signo afirmativo.

Llegaban en aquel instante á la Fuentecilla, y la campesina se desasió de pronto de María preguntándola asombrada:

—¿Tú? ¿tú? ¿cómo, dónde le has visto?

El estupor más profundo sobrecogió á María, y como si en aquel instante temiese escuchar con airado acento: «¿es así como guar-

das el secreto?» exclamó de pronto asustada:

—No, no, si no le he visto, si no le he visto.

Pero no pudo pasar desapercibido á la campesina el secreto que guarbaba la niña, que se sentia por él cada dia más oprimida, y el secreto, supuesto que existiese, dada la completa inexperiencia, el deseo de conservarlo y el susto pintado en el rostro de la niña, principió á inspirarla vivos recelos. Propúsose, pues, hábilmente y ante todo saber quién era el hombre, y principió su sonsaca rompiendo en estrepitosas carcajadas. María, desasida de la campesina, buscaba un sitio donde sentarse. La Fuentecilla estaba sepultada bajo una capa de arena de más de cuatro metros, y María, al fijarse en esta triste trasformacion y oyendo las risas de su amiga, se echó llorando con profunda amargura sobre el suelo.

La campesina se sentó á su lado.

—¿Por qué lloras? la dijo condolida del efecto que sus risas habian producido en María; ¿lloras porque me he reido? pues me he reido, añadió con intencionada sonrisa, porque veo que guardas con tanto cuidado un secreto que yo conozco.

La campesina, sin apartar los ojos del semblante de María, pronunció estas palabras con tal acento de conviccion, que la pobre niña, ni se atrevió á negar, ni á afirmar, ni áun á levantar su mirada del suelo.

María, sin embargo, sentia necesidad de comunicarse con alguien, esperando que la explicase todo lo que ella no sabia explicarse. Pero aunque no comprendia la razon de guardar secreto, conteníala el temor de que quizás aquella misma tarde tuviese que rendir cuenta de la mal cumplida promesa, y tanto era más grande su temor cuanto que, aun esforzando su memoria, no recordaba haber oido plazo alguno determinado.

Por esto, en el fondo, la agradaba que la campesina supiese su secreto, sin tener ella que decir palabra.

María, preguntada de frente por cuanto la habia ocurrido, no hubiera podido responder aunque no la contuviese temor alguno. Lo que ella sabia, era ya un recuerdo envuelto en esperanzas, sueños, ilusiones, incertidumbres y martirios, entre cuyas vaporosas nieblas sólo era en su alma un risueño celaje, el más bri-

llante, pero vago, indistinto, sin contorno y sin forma fácilmente expresable.

La campesina no veia bien clara la razon de los temores de María, ni el motivo de sus lágrimas, y á un tiempo mismo de la inocencia de la triste niña esperaba una declaracion completa, y temíala funesta. Dispúsose, pues, á escuchar la narracion de sucesos graves, con todos sus precedentes y detalles; mas no queriendo comprometerse en suposiciones que diesen á entender á María que ignoraba completamente el secreto, esperó á que ella contestase.

Pasados algunos momentos en silencio, María volvió á su pregunta, cuya respuesta deseaba conocer ántes que dar explicacion alguna, y ya suponiendo que la campesina lo conocia todo, la dijo:

—Pues dime, dime, ¿por qué no vuelve?

—¿Por qué no vuelve? repitió la campesina moviendo la cabeza como quien adquiere la certidumbre de una triste noticia, y sin saber qué responder; ¿le reñiste?

—Sí, contestó suspirando María, sí.

—¿Por qué?

—Porque... porque...

María se detuvo, se puso encendida, y comenzó á sollozar. La ansiedad de la campesina llegó al colmo, y esperando de los inocentes labios de la niña la confesion temida, la echó el brazo por encima de sus hombros como para animarla, diciéndola dulcemente:

—No temas, no temas nada; cuenta, estamos solas; y despues de girar una mirada escrutadora por el bosque, acercó su oido á María, y añadió, haciendo un movimiento de visible y extraña inquietud: habla.

—Porque... me besó... aquí, contestó sollozando y en voz baja María, señalándose la barba.

La campesina la miró algo extrañada, como si quisiese convencerse de que la niña no mentia.

—¿Y qué hizo él?

—¿El? ¿él?, repitió María como esforzándose en recordar; entónces...; añadió entre sollozos, mientras doblaba y desdoblaba una punta de su delantal; se quiso marchar, y luego... volvió... y despues... nos fuimos los dos juntos... y se fué, y yo me quedé... sola y... ahora, continuó rompiendo en amargo llanto, no vuelve... no vuelve.

—Ya se le hará volver, replicó, para animar á María, la campesina, cuya extrañeza iba aumentando conforme escuchaba.

—¿Y cómo?

—Ya veremos, y si no, se olvida.

—¿Se olvida?... si yo no quiero olvidarle, replicó María creyendo que la campesina conocia algun arte tambien para olvidar.

—Ya veremos todo eso... pero, dime: él te habrá dicho que te quiere con toda su alma... con toda su vida... en fin, que te quiere.

—No, contestó María suspirando despues de algunos instantes, como si esperase que la campesina viera en esa falta la razon que ella deseaba conocer.

—Pues entónces...; pero ¿quién es? ¿cómo se llama? preguntó la campesina sonriéndose con cierta compasiva ironía.

—No, si yo... no sé... no sé cómo se llama.

Si otra distinta de María hubiera dado las mismas contestaciones, la campesina hubiera creido sencillamente que mentia. Siendo María, contentóse con mirarla, y al ver en ella la celeste serenidad de que goza la inocencia áun enmedio de sus más crueles tormentos y la

negligencia con que la ingenuidad se expresa sin sospechar lo que la malicia pueda entender, y toda ella traspirando el candor y la tibia claridad de un alma pura temblando en el fondo de sus ojos, la campesina, dudosa en un principio de que hombre alguno existiese en la tierra capaz de no volver al lado de María, despues de haber arrancado de su alma las más límpidas lágrimas que vierte una doncella, no encontrando explicacion al suceso, tal como lo habia contado, sospechó que la niña habia sido víctima de una alucinacion.

Si la campesina hubiera hecho otras preguntas y no contuviera á María el temor de hablar, hubiera podido convencerse de que en realidad María habia conocido á un hombre, aunque ella no se explicase cómo éste no habia abusado de la ingenuidad de la niña á él sólo abandonada con todos los incentivos de la hermosura y sin la defensa de que, áun enmedio de la soledad, dispone cualquier mujer de mundo, ántes á su capricho entregada con toda la espontaneidad del instinto; ó hubiérase convencido al ménos de que el hombre de María conocido, era un hombre que sin fijarse en

ella habia causado en su alma una impresion profunda casi inexplicable.

Quedóse reflexiva la campesina contemplando á la pobre niña cuyo desconsuelo la interesaba vivamente, hasta que al fin, incierta y dudosa todavía, la dijo:

—Pero, no llores, dime: ¿tú le has visto?... pues si le has visto, añadió observando los signos afirmativos de la niña, recordarás sus señas, y cuando sepamos quién es, haremos que vuelva. Vamos á ver, ¿qué señas tiene?... ¿cómo tiene sus ojos? ¿son negros ó castaños ó azules?...

María no respondió.

—¿No sabes cómo son tampoco?... ¡pobre María!

María hizo un movimiento negativo con la cabeza, y la campesina, viendo que su sospecha se confirmaba, exclamó:

—Pero si no es posible que le conozcas y no le hayas visto sus ojos... porque te habrá mirado, ¿eh?

—Sí, sí, contestó la niña, pero yo no le he visto sus ojos porque... cuando él me miraba, yo... no le miraba... no sé... no lo recuerdo.

—¡Pobre María! exclamó sonriendo la campesina, que ni aún sabe mirar de soslayo. ¿De suerte que tú ó has de mirar serena ó no has de mirar?... pero eso es porque todavía no has tenido que mirar asoslayada. ¿Vamos hácia la casa, que ya es tarde?

Levantáronse y tomaron en silencio el camino del cármen; mas como María mostrase deseos de continuar el camino hasta salir del bosque, y la campesina se sintiese dominada de impaciencia por contar á su madre lo que habia descubierto en la niña, recomendando la campesina á María que volviese á casa cuanto ántes, se separó de ella y se volvió sola.

Apenas llegó la campesina á la casa, buscó á su madre y la dijo moviendo la cabeza como quien tiene una triste noticia que dar:

—María viene detrás de mí. ¿Sabe Vd. lo que pasa con la niña?

La labradora se estremeció.

—Pues, que creo que la muerte de la madre la ha trastornado. Dice que ha visto á un hombre que la ha interesado, pero á un hombre que dice que la habló y que ni conoce ni sabe cómo se llama... ¿Vd. sabe de alguno? ¿Usted

recuerda haberla visto hablando con álguien?...

—¿Yo? replicó la labradora reflexionando, yo no he visto que aquí hayan venido más hombres que los que ella y todos conocemos... y no creo que ninguno de ellos sea... Desde la muerte de la madre, no hace más que llorar, y en vez de ir perdiendo el recuerdo de su desgracia, le tiene más presente cada dia... ya, ya lo vengo observando, pero no sabia eso que me dices. ¿Qué te ha dicho?

La campesina hizo el relato á su madre de cuanto habia pasado.

—Me asombra, exclamó la labradora; y ella ¿por qué lo callaba? si no puede ser, ¡callar María una cosa así!... Eso no es más que un sueño de la calentura de estas noches... ¿Tú has reparado si ella sigue con calentura?... ¡eh, si eso no es más que un disparate, sin pies ni cabeza!...

—No es otra cosa, exclamó la hija; anoche estaba yo velándola, y como tenia mucha calentura, no hacia más que sollozar y hablar palabras de que yo no hacia caso; pero recuerdo que la oí decir, de no sé quien, que queria llevárselo á que le viera y le conociera su madre;

ese seria el de su sueño. Así no sabe ella decir, ni cómo, ni cuándo ha visto á semejante hombre.

—Sí, eso se pasará... Eso es que todavía está acalenturada. Ya la dije que no saliera, pero como se puso tan triste... Anda, anda á buscarla que ya es de noche, y no ha venido.

María estaba sentada, entónces, en el recodo del camino por donde dias ántes habia caido al torrente.

Apenas el sol habia desaparecido como arrastrando magestuoso en su descenso por el horizonte, los últimos pliegues de su régia púrpura, cuando el astro de las melancolías se asomaba por oriente. Un momento hubo en que ambos astros se miraron, momento en que la infortunada niña miró con ansiedad al que huia y con amargura al que asomaba. El sol se hundió; María se dejó caer en tierra, y la luna comenzó á ascender serena en el cielo, derramando su pálido esplendor por el apacible valle.

La noche era tranquila y sosegada. En la misteriosa sombra murmuraba el rio; acá y allá, escuchábase el monótono compás de los bata-

nes, y el continuo rumor de los molinos; el céfiro aleteando lánguidamente, embriagado con los perfumes de la floresta, venia á dormirse suspirando en la enramada; el ruiseñor elevaba sus melancólicos gorjeos de entre la amena espesura, y la luna parecia, suspensa en éxtasis, sonreir en el cielo contemplando la imágen del eden, y que, envuelto en su tranquila mirada, descendia invisible el límpido rocío como lágrimas desprendidas de sus ojos.

Era la hora augusta de la plegaria en el íntimo culto del ideal, cuyo suntuoso templo alumbraba su argentina lámpara, ya suspensa de la estrellada bóveda, esparciendo esos tibios resplandores que parecen reflejarse en el alma como en tranquilo lago, quebrándose en brillantes destellos sobre la suavísima onda levantada al surgir un pensamiento que agrandándose, viene á morir suspirando en los lábios. Hora de forjar esperanzas vanas, locos delirios, absurdas ilusiones, de anhelar sin fin, de despertar recuerdos, de fingir dichas, de evocar el espectro de un bien perdido, ó la sombra trasparente é intangible de un deseo; hora de meditar y so-

ñar, de sonreir y llorar, ahogando sonrisa y llanto por no turbar el silencio de la noche, sin más testigo que la luna, única que contempla la cristalina y silenciosa lágrima cómo desciende rodando al suelo despues de haber sido forjada entre las nubes más altas y entre los celajes más risueños del alma, límpida gota de rocío que de una esperanza, por falta de luz marchita, cae sacudida al soplo de un suspiro. Hora de esperar llorando y de abatirse sonriendo. Hora suprema de la melancolía.

María, llorando en silencio, hincada de rodillas y reclinada sobre una eminencia del camino, parecia recogerse bajo la luna entre los trasparentes pliegues de su blanco tul como en las faldas de amorosa madre. Atento el oido, no escuchaba sin extremecerse rumor atraido ó alejado entre perfumes por la caprichosa brisa; y cuando apenas sonreia engañada, se convencia de que el rumor era el lejano cantar del labriego ó el susurro del bosque, reanudaba su llanto con un sollozo, exclamando con amargura cada vez más profunda:

—¡Madre mia!

Su fé no se debilitaba; pero en tales mo-

mentos recorria en su memoria una por una las escenas de la Fuentecilla, revelándose en su semblante cuando recordaba la de la muda reprension, porque entónces miraba á todos lados con suprema inquietud como buscando á álguien á quien decir: «por la Vírgen te suplico que vayas á avisarle que le espero,» y no encontrando á nadie, volvia su vista á la luna que, como si quisiese despertar una esperanza en la infortunada niña, sonreia tranquila contemplando su amargura y desaliento. Y es que una fé cualquiera se enciende, renace ó se vivifica en el martirio. Una fé le busca siempre por instinto como si en él encontrase un goce, porque en el fondo de un martirio hay un placer misterioso, como hay un martirio misterioso en el fondo de un placer.

Al fin María sintió rumor de pisadas que se acercaban. Púsose atenta de pie conteniendo sus sollozos, y á poco escuchó una voz vibrante gritar á corta distancia:

—¡María!

Tan profunda emocion causó en su ánimo este grito repentino y agudo enmedio de su silenciosa soledad, que la respuesta no pudo

salir de su agitada garganta, y ántes que ella pudiera contestar ni hacerse cargo del lugar de donde habia salido la voz, sintió posarse dos manos delante de sus ojos y una voz hueca decir detrás:

—¿Me conoces?

Y diciendo esto, aquellas dos manos oprimiendo sus ojos la hicieron inclinar la cabeza hácia atrás hasta que sintió apoyo donde posarla. Entónces las dos manos se apartaron de sus ojos que abrió asombrados al escuchar la voz de la campesina con su natural acento:

—¿Y ahora, me conoces?... Vente, vente; ¿qué haces aquí? ¿no ves que estás mala y te vas á poner peor con el relente?

La campesina asió de un brazo á María, que no pronunciaba una palabra, y ambas tomaron el camino hácia el cármen.

María, apenas andaron algunos pasos, comenzó de nuevo á sollozar y la campesina á sonreir con dulce y compasiva expresion. Acompañábalas en su camino el canto de las ranas en discordante concierto entre las sombras del rio. Una de ellas cantaba de cuando en cuando con tan grave acento, que la campe-

sina llamó la atencion de María diciéndola:

—¿No oyes esa rana que parece un canónigo? Oye, ¿si estará cantando vísperas?... (1) Anda, que hoy es víspera de mañana, y á ver si la rana canta que mañana estarás ya buena.

Llegaron por fin al cármen, y la labradora, llevándose á María, la hizo acostarse y la dijo con triste acento:

—Mañana vendrá tu padre.

—¿Mañana?... ¿y á qué? preguntó María.

La labradora movió tristemente la cabeza, y variando de conversacion, comenzó á contar cuentos de duendes y amoríos, en uno de los que, al terminar con un casamiento, María se quedó sonriendo dormida.

---

(1) *Vísperas* en lenguaje popular significa *presentimientos*.

V.

Al dia siguiente, bastante despues del mediodía, por el camino del cármen escuchábase el rumor de una conversacion cada vez más cercana. Era uno de los que hablaban el padre de María, y el otro, D. Cosme, el doctor de la familia, hombre de ciencia al par que de mundo, persona altamente distinguida y estimada en la capital.

—El mal de María, venia diciendo el padre de ésta, para ponerle en todos los antecedentes, no consiste en la caida de la que por fortuna no he tenido noticia hasta que ha pasado su gravedad; el mal de mi hija es más bien

moral, y ocasionado por la pérdida de la madre, á quien queria locamente. Es una tristeza que, segun me dijo el labrador, vá aumentando, aumentando de tal modo, que ya con nada se distrae. Yo, lo estaba previendo, pero por consideraciones... dilataba tomar una resolucion...

—¿Cuál?

—La de llevarme á María á la capital.

—¡Oh! lo aconsejaria de buen grado.

—Y si eso es claro. Su madre se oponia, y yo me callaba, por no disputar estérilmente.

—Pero... es que yo lo aconsejaria por egoismo.

—¡Por egoismo!

—Sí, por cierto; para ocupar la plaza de María. Lo digo con perfecta sinceridad: esto es un paraiso, y no sé hasta qué punto seria una resolucion ventajosa, sacar á una persona del paraiso...

—Sí, pero es necesario tener en cuenta muchas cosas. María, en primer lugar, y ya tendrá ocasion de comprenderlo, se halla en un estado deplorable respecto á formas sociales; delicada, sí, es por naturaleza, cortés sin la

más rudimentaria etiqueta, caritativa, buena, virtuosa, todo cuanto se quiera; pero que no sabe dar siquiera los «buenos dias»... siendo una muchacha que, como ya sabe, y no porque sea mi hija he de callármelo, puede figurar con mucha brillantez en la sociedad... Pero así, en esta especie de salvajismo... A su edad, la mujer debe haber entrado ya en el mundo y conocerle de cerca, porque á su edad ciertas ignorancias tienen ciertamente sus encantos, pero tienen tambien muy graves inconvenientes. Toda la educacion de la mujer se reduce á enseñarla á ser buena esposa y buena madre, dejando á ella que se dé ingenio y maña en buscar con quien serlo, ¿no es esto. Pues bien, ese ingenio y esa maña son, en resúmen, un arte práctico que no se puede aprender, sino dentro del mismo mundo... y si ayer deseaba que lo aprendiera, puesto que es preciso, hoy... hoy pudiera ser muy distinto el precio de las lecciones. Ayer no hubiera vacilado en llevármela, y hoy me encuentro casi perplejo.

—Pero, ¿en tal estado se halla María?

—En tal, que pudiera estudiarse en ella la

mujer primitiva. María es la mujer al natural, digámoslo así, tal cual es, y no tal cual la hacen ser, para evitar su caida ó para que sepa evitarla, y por cierto que si mi hija faltase, y le hablo como pudiera hablarle á un sacerdote, le juro que la absolviera, porque la falta no seria de ella, que lo ignora todo, sino de su madre y mia.

—Triste reflexion se me ocurre hacer sobre ello.

—A mí tambien, y por desgracia triste para mí, pues dudo mucho de que la virtud no sea las más veces interés... quizá el de no perder tanto que se pierda el ganar. Pero acepto el mundo tal cual es, y hay que aceptar esa virtud y áun enseñarla, aunque sea perdiendo la mejor.

—¿Y qué piensa Vd. hacer con María?

—Este año pienso llevármela á Lanjaron.

—¿A Lanjaron?

—Llevo, como Vd. sabe, cuatro años yendo á ese punto por su propio consejo, ¿no opina que debo ir éste tambien?

—Sí..., pero ántes... Hay medidas que deben siempre tomarse, aunque sea con antici-

pacion ridículamente exagerada. Yo he tenido esa precaucion...

—Entiendo, pero ¿tan grave me encuentra?

—No señor, no. Lo grave es que María quede de pronto huérfana, lo cual en cualquier momento pudiera suceder, porque los que somos de carne y hueso, tenemos todos la circunstancia de no acertar el tiempo que nos queda... Yo, para mí, he previsto el caso con no ser las consecuencias de un accidente de tal especie, ni mucho ménos de la gravedad que entraña el que á Vd. le ocurriera.

—Usted me recuerda que tengo una enfermedad muy grave; lo sé, y tambien he pensado en ello.

—Yo no recuerdo lo que no es, le repito. Yo tampoco estoy gravemente enfermo, y sin embargo, tomo mis precauciones. Ha hecho Vd. bien en pensar en ello, y supongo que tendrá calculada toda su gravedad; eso es lo que queria recordarle, ni más ni ménos, ni ménos ni más.

—Como Vd. comprenderá, tengo pensado, pero dejo pasar el tiempo, porque me aflige considerar la suerte de María en caso semejante.

—Resuelva como si hubiera de morirse en la semana. Es mi sistema, porque en todo caso siempre hay tiempo para dilatar y modificar. Si yo hubiera ignorado todas esas circunstancias que me acaba de referir, con seguridad no me hubiera ocupado de llamar la atencion sobre tales precauciones; pero siendo así, no es posible dejar al azar que disponga como se le antoje de una muchacha como María. Que su aprension no interprete como tema creyendo oir lo que no quiero decirle, ni le digo. Ahora siento, al verle tan triste y pensativo, haberle dicho...

—No..., no..., no estoy triste por mí solamente. Es que... no sé..., no sé..., porque ya ve usted, un convento... y María tan hermosa..., no, no...

—No veo la necesidad de recluirla. Hay mil medios.

—¿Cuáles?

—Un tutor, por ejemplo.

—No, no; un tutor, lo he pensado bien. Un tutor es un tirano con todas las tiranías de un padre, y sin su abnegacion ni cariño. No, no; mejor es un convento.

—No lo veo así.

—Los que se mueren no ven lo que hacen los tutores que dejan; pero los que vivimos, sí lo vemos. Yo no digo que no los haya tan buenos como un padre ó mejores, pero dificulto que se distingan lo bastante para elegir con acierto ántes de esperimentarles.

—¡Hum!

—¿No lo cree así?

—¡Pse!

—Yo tenia pensada una medida... una medida que... quisiera ver realizada natural y espontáneamente...

—El matrimonio.

—Cierto.

—¿Con quién?

—Eso, eso es lo que queria dejar al tiempo; mas como...

—Ya sabe lo que puede ocurrir.

—Necesito ántes ver, estudiar y hablar á María.

Llegaban en aquel momento á la cascada, y María, sin ser vista, entró tras ellos en la plazoleta, y poniendo dulcemente sus manos en los hombros de su padre, le dijo:

—Sé que has venido á verme á mí... y no á ver á la cascada.

El padre de María y el doctor se volvieron de pronto.

—Aquí tiene Vd. á María, dijo el padre de ésta al doctor.

El doctor se puso los lentes, y mirándola con cierto aire de enfático asombro, exclamó:

—¡Hermosa enferma!

María llevaba entrelazado con sus cabellos el largo tallo de una flor de forma extraña, que pendia sobre su frente inclinada y enrojecida por el rubor. El padre se acercó cariñosamente á María, y al darla un beso, reparando en la flor, la dijo:

—Pero, ¿qué flor es esta tan rara?.. Quítatela, que aquí te traigo otra cosa más bonita que ponerte, añadió queriendo desentrelazar el tallo de los cabellos de María.

—No, no; déjamela, dijo ésta en tono de súplica, y en tono tal que el padre, respetándola, exclamó:

—Dejada; pero encuentro más gracia á esto, y sacando de un estuche un precioso ade-

rezo de oro y brillantes, añadió: ¿ves? de oro y brillantes... mira qué aguas tienen.

—¿Aguas? Sí, es muy bonito, exclamó María, y añadió tomando sin arrancarla la flor en su mano y mostrándola á su padre; pero tambien de entre oro y brillantes como esos, he sacado esta flor.

El padre de María se sonrió, y el doctor, que no pestañeaba mirando al través de sus lentes la flor, exclamó:

—Tiene su hija de Vd. razon. Esa flor es de una planta acuática que no recuerdo bien su nombre; pero que conozco su historia.

Y el doctor refirió entónces de ella, la extraña historia que María habia visto desenvolverse entre las cristalinas aguas de la corriente, diciendo que las flores de la planta eran de distinto sexo, que ambas se besaban, y despues, que la flor masculina se dejaba arrastrar por las aguas, mientras que la femenina se arrollaba en el fondo para germinar.

—No sabia, añadió el doctor, que esa planta existiese en España. Sí, sé que se cría en Francia y en Italia. Yo veré su nombre. Merece guardarse.

—Una idea se me ocurre, exclamó el padre de María; y es que, entrelazado con los brillantes de esta diadema, el joyero se encargue de hacer un tallo como este de oro esmaltado, y una perla imitando la flor. Esta misma noche quedará encargado... Venga la flor y la guardaré en el estuche.

Y entónces María ayudó á su padre á desentrelazar el tallo, y le entregó la flor, no sin cierto disgusto.

—Y vamos á cuentas, dijo despues el padre, me habian dicho que estabas triste.

La labradora entraba en este momento en la plazoleta acompañada de su hija, y despues de saludar, contestó con cierto simpático despecho:

—Sí, estaba triste; pero desde que anoche supo que Vd. venia á llevársela, está contenta... Ya no se acuerda de nadie...

—Doctor, exclamó el padre sin poder contener su alegría, Vd. me dispense algunos momentos.

—Ya entiendo... sí, sí. Yo entretanto me quedo aquí con estas dos buenas mujeres, que me acompañarán.

El padre de María tomó á su hija de la mano, y se la llevó por el bosque.

—¿Es cierto, la dijo, que deseabas salir de aquí?

—Sí, contestó María; aquí ya no me quieren.

—¡Qué no te quieren! ¿Cómo es eso?

—Sí, sí; se rien, se rien de mí... no me hacen caso... Pero es que yo estaba contenta porque... porque... tú no te reirás de mí, ¿eh?

—Claro que no. Pero, ¿por qué no me lo has escrito? Yo, que sabes que tanto deseaba que de aquí salieras...; y añadió con cierto misterio, porque tú no sabes... tú no sabes...

—¿A que me traes una buena noticia? interrumpió María, soltando una alegre carcajada.

El padre estaba tan aturdido de alegría, que áun cuando llevaba hasta pensado el discurso que habia de dirigir á su hija, no recordaba una palabra, ni se le ocurria qué decir. Hizo esfuerzos por recordar, pero no se atrevia á exclarecer demasiado su pensamiento, aventurando quizás su éxito. María viéndole reflexivo y silencioso, le sacudió suavemente el brazo diciéndole:

—Vamos; habla, habla.

—Sí, sí, te traigo una noticia, la dijo al fin el padre. Ya verás, ya verás... Pero no te la digo... ni te la puedo decir hasta que todo quede arreglado... ¿me entiendes?... ¡pícara! á ver la inocente.

María se reia con toda su alma sin saber por qué, quizás porque creia haber sido adivinada aún en lo que ella misma ignoraba. Extrañaba el padre la extraordinaria intuicion de su hija, y sospechando que ella aguardase una noticia distinta, quiso con temor averiguar lo que su hija habia entendido, y con cierta seriedad la dijo:

—No, no, es preciso hablar sériamente.

—¿No me engañarás?

—Buena hora es de engañar... La verdad es que si yo algun dia te llegase á faltar... ya ves... sin nadie al lado... pues tú misma dices que la gente que te rodea no te quiere...

—No me quieren tanto como tú... y como yo les quiero...; exclamó María siguiendo atenta el entrecortado discurso del padre.

—Pues bien... es preciso pensar en todo... y pensar en que tú sola en el mundo... no pue-

de ser ¿eh? porque si hubiera... porque si hubiera...

El padre no se atrevia á decirlo de una vez; pero María, aunque triste, no mostraba extrañeza alguna sino ántes bien impaciencia, y esta circunstancia le daba á entender que su hija reflexionando en su soledad habia pensado de igual modo que él. Continuó diciendo:

—Pues sí, como digo, si hubiera una persona que... tú tuvieras al lado... y que... en fin ¿me entiendes?... ¿á que no me has entendido? preguntó por último para cerciorarse de una vez, pues dudó al ver que la niña callaba sonriendo tristemente.

—Sí, replicó esta en voz baja.

—Vamos á verlo. Habla. Díme lo que has entendido.

María acercó sus lábios al oido de su padre y despues de algunos momentos de silencio le dijo en voz muy quedita:

—Que quieres... casarme.

El padre la miró con infinita fruicion y asombro, y no extrañó la tristeza de María, puesto que el proyecto que él meditaba era más la solucion reflexiva y forzada de un problema es-

pinoso y estudiado que la consecuencia de una natural inclinacion instintiva y espontánea, y más por tanto para ser aceptado con resignacion que solicitado con entusiasmo. Esto, pensando sin embargo, no quisò tampoco quedarse en la duda y preguntó á María:

—¿Por qué esa tristeza? Háblame con sinceridad.

—Porque... dices que para cuando tú faltes...; respondió María; no... no quiero eso.

—Pues qué quieres si los mortales no disponemos...

—¡Chst! ¿no pudieras arreglar esto muy pronto, muy pronto?

—¡Ah! ya, ya entiendo. Pues verás qué pronto se arregla; pero guarda el secreto de lo que hemos hablado; replicó el padre levantándose, y echando á correr cuanto su cuerpo le permitia seguido de su hija, reunióse á poco con el doctor, la labradora y su hija que estaban conversando.

El padre echó una mano en el hombro del doctor y le dijo:

—Podemos marcharnos. Nada hacemos aquí por hoy.

El doctor volvió á calar sus lentes, se acercó á María la miró y la remiró, la pulsó y dándola una cariñosa palmadita en la mejilla la la dijo sonriéndose con intencion:

—Adios, enferma; mucho cuidadito con lo que se sueña ¿eh? Vaya, hasta otra visita...

La labradora y su hija riendo saludaron al doctor.

—Adios, hija mia; la dijo el padre y dándola un beso, él y el doctor se alejaron.

María se quedó triste é inmóvil mirando al suelo. La labradora se acercó á ella preguntándola:

—¿Otra vez tristeza?

—Estoy, contestó María sollozando, muy enfadada, muy enfadada con vosotras... porque ya no me quereis... porque os reís de mi.

—¡Eh! replicó la labradora, son tonterías del médico... ¿Y tú por qué quieres irte de aquí? ¿por qué estabas hoy tan contenta?

—Yo no me quiero ir... estaba contenta porque... ya vereis, ya vereis lo que hace mi papá. Hoy quiero ir á ver á todas mis amigas... hoy quisiera que tuviéramos otro dia como el pasado.

—Pues se tendrá, hija mia, se tendrá, replicó la labradora.

El padre de María y el doctor, apenas se alejaron algunos pasos del femenino grupo, reanudaron su conversacion.

—¿Por qué la dijo Vd. á María que mucho cuidado con lo que soñaba? preguntó el primero al segundo.

—Porque la buena labradora me ha contado algunos detalles de la enfermedad de María. Parece que durante la calentura ha tenido algun delirio y en ese delirio ha debido soñar qué ha visto á uno, que la ha hablado y hasta que la ha besado tambien... buena prueba de que ya los juguetes y sonajas dejaron de servir de distraccion á la niña.

—Pues yo, como le dije, la he hablado y... una de dos: ó alguna persona de talento la ha aconsejado, ó ella tiene un talento verdaderamente extraordinario. Estoy sumamente contento porque la cuestion está resuelta. Todo estaba preparado... solo faltaba su aquiescencia, que deseaba obtener por no molestarla en lo más mínimo.

—Por fin, ¿se resuelve por un matrimonio?

—Lo ha aceptado.

—¿Y le ha dicho á Vd. con quién?

—No. Elegido está, y áun creo que por ámbos puede darse por aceptado...

—No debe echar en olvido lo que ya le he dicho, y tambien debe tener en cuenta, que esa solucion no se realiza con la premura que seria de desear. ¿Piensa Vd. dejar su candidato en calidad de prometido de su hija huérfana y sin apoyo? Yo reflexiono para Vd., como acostumbro reflexionar para mí, y en su caso, francamente le digo que por mucha confianza que tuviera en la probidad del prometido, yo no la dejaria entregada á sus veleidades y caprichos. ¿Piensa Vd. casarla? Pues bien, es mi deber y lo digo: María tiene el desarrollo físico; pero, á mi entender, no tiene el desarrollo moral suficiente para ser esposa, ni ménos para ser madre.

—Tengo mi opinion respecto á ese asunto.

—¿Cuál?

—Que la naturaleza sabe más que el mejor doctor.

—Es cierto; mas creo... creo que María tiene hoy su corazon predispuesto á amar. Pero

la razon que me dá Vd., algo especiosa y poco científica, no resistirá al maduro exámen de su propia conciencia, cuando esta noche lo medite sériamente. La naturaleza no sabe nada de moral ni de deberes y no le ilustrará en lo más mínimo cuando Vd. se pregunte si María sabe lo que es ser esposa y lo que es ser madre. La naturaleza tiene esa ventaja; no tiene que dar cuenta á nadie de lo que hace y le importa tanto tragarse al sér más justo de la tierra, como tragarse á una ciudad. No tiene, que se sepa, la más ligera nocion de la doctrina cristiana.

—Y bien ¿y qué?

—Que María, diga lo que diga la naturaleza, es una niña moralmente hablando, es una niña y nada más.

—Así, así hablan los tutores; siempre para ellos son menores los sometidos á su tutela.

—Haga Vd. lo que quiera. Reconozco, tengo que reconocerlo, que en la disposicion en que se halla su María, el candidato que usted elija se hará á poco coste querer de ella, y reconozco, por tanto, que la ocasion es propicia

para que cualquier hombre de mediana discrecion la interese; pero...

—Y aunque al pronto no la interesara, ¿qué? el verdadero cariño se engendra en el seno del hogar con el trato delicado y á fuerza de sacrificios. La hija se enseña á ser hija siendo hija, se enseña á ser esposa siendo esposa, y madre siendo madre. Vea Vd., yo no contaba con la circunstancia favorable de que Vd. me habla. Contaba, sí, con el concurso del tiempo. Y... ¿Vd. cree que la ocasion es propicia?...

—La mejor sin duda para su proyecto. Los gustos de la niña han cambiado por completo... Hoy, vuelvo á repetirle que está dispuesta á amar, y en esa misma aquiescencia é intuicion que admira en su hija, puede verse perfectamente que ya considera el matrimonio como ideal de todas sus aspiraciones... probablemente sin concretarse á hombre alguno, y sin tener una idea moral exacta de lo que es el vínculo. Eso no es más que el instinto propio de la mujer, sin mezcla alguna de raciocinio; es lo que siente, no lo que piensa, y por eso ese instinto es hoy fácilmente gobernable.

—Pues entónces, he logrado cuanto deseaba, y hoy me alegro de no haber tenido que exhibirla. Despues de todo, hubiera podido encapricharse de un cualquiera, y ahora hubiera tenido que luchar con esa contrariedad, porque el capricho es ciego y obstinado.

—Es lo mismo que si al hambriento, presentándole un manjar cualquiera, se le dijese: «come;» comeria y daria las gracias. Pero si presentándole muchos manjares se le dijese: «come de este ó ninguno,» comeria; pero no daria las gracias, si el que se le hiciera comer fuera indigesto á su estómago... ¿Y Vd. dice que ya tiene elegido esposo á su hija?

—Sí, pero... todavía no la he hablado de ello, al ménos directamente; él indirectamente me ha manifestado deseos... y yo ya le tengo observado y bien estudiado. Vd. le conoce bastante; pero Vd. me dispensará que no se le nombre todavía... Cuento, sin embargo, con Vd. y su familia para el dia de la boda. Paréceme que serán las únicas personas que asistirán al acto. Mucha gente, mucha crítica; y además que con el luto...

La conversacion fué interrumpida por la

presencia de un grupo de artesanos, guitarras y bandurrias en mano, y botas de vino al hombro, que por apresurar el paso, ahogados por el cansancio, subian en silencio las pendientes del camino.

—¿Es este el camino, preguntó uno de ellos al padre de María, por donde se vá al cármen... á un cármen donde vive una señorita que se llama María, si Vd. sabe?

—No he de saber, respondió aquél, si vengo de ese cármen, y esa señorita es mi hija. Sigan ustedes este camino.

—Le diré, le diré, replicó el locuaz artesano, yo he andado ya este camino, es decir, lo he rodado y medido con todas mis costillas... pero...

—Pues entónces, tenia Vd. motivo para conocerlo; observó el doctor.

—No, no lo crea Vd.; yo no me enteré; porque estoy en que era el camino el que se me subia encima y yo no lo podia barajar; si aquello era la fin del mundo... Como que tengo señaladas en el cuerpo todas estas lomas... Lo que es, que yo no sé distinguir la loma que...

—Que más le deslomó, observó de nuevo el doctor.

—Eso es, eso es. Dígame Vd., ¿y la señorita está buena, buena?

—Sí, ¿por qué?

—Porque así, así, como que me habia parecido soñar haber visto á la señorita caer tambien... por un barranco...

—Sí, sí; ella fué. Se cayó por este barranco... pero ya está buena, ¿y Vd. dice que la vió?.. A ver, cuénteme.

—Sí, señor. Me acuerdo que yo subia... subia por aquí... cuando ¡zás!, atiza el cielo un latigazo de fuego vivo, y al mismo tiempo un zambombazo, caballeros, que caí para atrás lo mismo que si me hubiera remachado el cerro las narices... y despues... despues... averigüe Vd. adonde iria yo á parar; bueno. Yo con la luz del rayo ví á una mujer que me pareció ser la señorita, la ví caer y... nada más.

El artesano contó en seguida, cómo fué conocer á María, y cómo, agradecido á sus obsequios, habia organizado con otros compañeros una buena serenata, con cuyo objeto se dirigian al cármen. El padre de María y el doc-

tor, deseándoles mejor regreso que el que habia tenido el artesano, se despidieron de ellos.

—A ver, á templar, dijo el artesano.

Unos, á esta órden, comenzaron á templar los musicales instrumentos, y otros descolgaron sus botas y comenzaron á beber.

—Si no he dicho á beber... pero venga de ahí, dijo el artesano echando un trago.

—Como habias dicho «á templar,» templamos los cuerpos tambien.

Terminada la operacion, el artesano, que parecia dirigir aquella fiesta, dió la órden, y la comitiva se puso en marcha penetrando en el bosque al son de bandurrias y guitarras.

Era aquella comparsa un nuevo contingente de algazara inesperado para la buena labradora, que apresuradamente habia dispuesto un segundo dia de fiesta, aprovechando la deseada ocasion con que brindaba el buen ánimo de María, avisando á los vecinos cármenes, molinos y hasta cuevas, para que los que pudiesen, vinieran á la hora de dejar sus respectivos trabajos.

El camino del cármen, cuando sale al antiguo de Guadix, costea las faldas de las mon-

tañas que forman la vertiente septentrional del Darro, y toma el nombre de *camino del Sacro-monte*, camino de una cima coronada de bosques, en que se asienta una magnífica iglesia-colegiata y seminario de gran nombradía que como austero monumento de la fé cristiana, orgulloso de guardar diez y ocho siglos en sus catacumbas las cenizas de San Cecilio, patron de Granada, parece contemplar frente á frente, con altivo desden los elegantes torreones de la Alhambra, monumentos de una fé vencida y exterminada. El camino del Sacro-monte seguido con las aguas del rio, se desliza entre cármenes y jardines á su izquierda, y cuevas de gitanos á su derecha.

Si los gitanos no son egipcios ó egiptanos, al ménos viven como las hormigas, á la manera de los primitivos *hicsos* del Egipto, de la época que llaman del *pastoreo*. Lo cierto es, que por Norte, Oriente y Sur, la ciudad está circundada por una zona de gentes de esta raza, con vida aparte en aislada sociedad, en la que puede verse un tipo de la elemental cultura de las edades prehistóricas, mejor dicho, segun lenguaje técnico, de las edades *de hierro*

y *de piedra*, no sólo por su carácter, sino juzgando por las fraguas que por allá hervir se ven, y por las pedradas con que suele peligrar el descuidado transeunte.

Al principio, el camino costea precipicios y barrancos, deslizándose por debajo de las aguas, cruzándolas sobre ruinosos puentes; despues penetra en el terreno en forma de ancha zanja tapizada de yedra, y atraviesa bajo verdes bóvedas acompañado del murmullo de riente acequia. Deja á la derecha la empinada cuesta que sube á la colegiata del Sacro-monte, y llegando á un altar sobre el que apenas se vé la imágen de Cristo entre lirios y azucenas, el *Cristo de las Azucenas*, que es fama hizo reverdecer unas de estas hermosas flores que marchitas por olvido impío nadie se habia cuidado de renovar, penetra en la ciudad despues de atravesar la zona de las cuevas, de éstas bordeado largo trecho, y seguido del símbolo de la fé cristiana representado por las cruces de piedra alzadas á su orilla en prolongado *Via-crucis*.

En dia festivo, aquel camino trasporta la imaginacion al siglo XVII. La muchedumbre estudiantil de bonete y beca se desgaja de las

alturas del Sacro-monte por cármenes y molinos, ávida de luz y expansion, turbando el monótono sosiego de aquellos agrestes lugares, como hambrienta bandada de gavilanes precipitada sobre el tranquilo palomar. No se ve corro sin bonete, ni donde no se ria y se juegue, olvidando las asperezas del latin para recordar las mejores suavidades del castellano, allí de suyo bastante suavizado.

Si en un tal dia se recorre el camino en toda su longitud, mejor que en los historiadores se recorre en él todos los siglos, «desde los tiempos más remotos hasta nuestros dias,» como dice cualquier compendio de historia, desde la ausencia del hombre de las edades antidiluvianas, si bien para llegar «hasta nuestros dias» hay necesidad de prolongar el camino hasta internarse buen trecho en la capital, teniendo cuidado de hacer este estudio de historia con la luz del dia, porque ántes de llegar á la edad-media es posible quedarse en cueros.

Comenzaban á llegar las campesinas de los cármenes más cercanos, y María contenta y alegre como nunca salia á recibirlas con el ca-

riño espontáneo y natural que de ordinario las manifestaba. Poco á poco la reunion fué aumentando en número y bullicio, contándose entre ellas alguna que otra gitana con su característica peineta, pañuelo de color al talle, vestido corto de franjas, y zapatillas.

Toda la reunion era risas y alborozo, cuando se oyeron los acordes de bandurrias y guitarras y á poco una voz formidable gritar de pronto:

—¡Vino!

—¡Venga! contestó uno de la reunion en el mismo tono.

El artesano, que no era otro el del extraño saludo, se acercó al grupo.

—No; si lo que he dicho es que ya vino; que ya vino este *tio*, dijo señalándose. ¿Dónde está la señorita María?

María salió del grupo; y en seguida recordó al artesano.

Preguntóle que si le habia hecho daño el obsequio de dias pasados, á lo que el artesano contestó que no sabia y que no podia responder, porque si se habia hecho alguno, que no lo habia sentido.

—Cuando cayó aquella tormenta... lo que sentia era que se aguase lo que llevaba dentro; decia el impertérrito artesano.

Despues contó cuanto ya habia referido al padre de María, y por último tiró de su bota de vino, y sin dar respuesta á las mil preguntas que le hacian sobre la caida de la niña, se administró una dósis; y como le reprochasen su silencio, dijo:

—Si ya tenia seco el gaznate, señores de mi alma, y es que ya no me acordaba dónde tenia la boca.

El grupo de artesanos se confundió bien pronto con los demás concurrentes. Labriegos, artesanos de la capital y gitanos andaban ya confundidos, y todos juntos con estrepitosa algazara, despues de tomar de la casa cada cual algun refrigerio, emprendieron la marcha hácia la explanada de la Fuentecilla.

La Fuentecilla, que habia sido cuidadosamente desenterrada, volvia á lucir sus aguas, y toda la gente se agrupó en torno del cristalino manantial.

—Oigan, oigan, dijo el artesano, este agua parece que murmura del vino que llevo.

—Bebe agua alguna vez, le dijo uno de sus compañeros.

El artesano se descolgó la bota y sumergió en el manantial un poco de su fondo diciendo:

—Es lo más que puedo hacer.

Despues tomó la bota entre los brazos, é imitando las paternales caricias que se hacen á los niños, acercó sus labios á la espita con mucho mimo.

—¿Qué tienes, qué? preguntaba á la bota y oprimiéndola con fuertes apretones haciéndola producir un ruido de gorgoteo, añadia:

—¿Por qué lloras? Ea, sana-sana-cucarrana.

Hasta que despues de mimarla y acariciarla, aplicó sus labios á la espita y apretándola en sus brazos como en un trasporte de cariño, haciendo surgir el líquido, la dió nn *tiento* regular. Despues continuó:

—¡Si supiérais lo que me ha dicho esta criatura! Pero ya, ya lo sabreis dentro de media hora.

Corrieron botas de vino y botellas de mano en mano, y á sorbos sazonados de chistes y risotadas, dejáronlas, en ménos de un minuto, en la mitad.

Las muchachas, no consintiendo que tomase una sola gota, rodeaban á María, que tenia á un lado la labradora y al otro á la hija.

La tarde declinaba, y aquel sitio, el más profundo del valle y el más sombrío del bosque, era ya del dominio de la noche.

—Que ya el sol no alumbra, exclamó uno.

—Por eso nos alumbramos, replicó otro.

—Vámonos á donde haya luna, dijo otro.

—A la era, gritó una muchacha.

—¡A la era! ¡á la era! gritaron todos.

Y emprendieron el camino hácia la lengua de tierra en forma de *ese* de que se hizo mencion, anchurosa explanada desprovista de bosque, muy á propósito para estas festivas y alegres reuniones, donde ya la luna comenzaba á iluminar.

Llegaron á la explanada, y el artesano sacó sus bolsillos y los mostró tristemente vacíos al astro de la noche, porque es fama que por este acto se captan las simpatías de la luna, que á lo mejor suele inspirar el descubrimiento de un tesoro.

—Estoy más perdido que un tapon, gritó el artesano á la luna; pareces un duro de her-

mosa... Si eres de plata, alúmbrame con tus rayos mis bolsillos y...

Al llegar á este punto, cortóle la palabra una insinuacion de uno de los de su grupo diciendo:

—¿Te quieres callar ya? El *tio* éste es capaz de hablar hasta debajo del agua. Vamos á tocar, á bailar y á cantar.

Principiado el baile, la algazara comenzó á convertirse en estruendo. Copla vá, copla viene y mudanza tras mudanza, el baile era ya una estrepitosa algarabía en medio de las carcajadas y gritos infernales de la alumbrada muchedumbre.

Uno de los artesanos habia sacado á bailar á la hija de la labradora. Los dos desde un principio se habian entendido, por medio de expresivas coplas, sonrisas, miradas y guiños, y ya rendida de aquel vértigo de saltar y correr más bien que bailar, dió á su pareja su correspondiente abrazo acompañado de una bien significativa sonrisa y fuese á sentar otra vez al lado de María que contemplaba desde una eminencia la extraordinaria animacion de la gente. El *él* fuese tras la *ella* á ofrecerla un sorbo de su bota

de vino, y tras *él* el artesano en jefe, llegando los tres casi á un mismo tiempo al lugar donde se hallaba María. El artesano echó á su compañero la mano en el hombro y le dijo:

—Dame *tela*.

—Pero ¿y tu bota?

—Me la he bebido.

—Pues toma, contestó alargándole su bota.

María le advirtió que podia hacerle daño, pero el buen camarada contestó señalando al artesano:

—No tenga cuidado; déjelo, déjelo que el tio éste es capaz de beberse la omnipotencia de Dios.

Por fin, el artesano, despues de atizarse un buen *latigazo*, se alejó de aquel sitio para meter ruido en otro lado, y su compañero se sentó junto á la hija de la labradora, que so pretexto de que el terreno no ofrecia comodidad, fué á buscar otro mejor á espaldas de su madre, lo más léjos posible de ella.

—Vaya aceite de macasar, la dijo su pareja dándola la bota; porque ya sabe Vd. que sin aceite no lucen los *quinquéses*.

Los dos *quinquéses* se alumbraron.

—Pues sepa Vd., continuó, que Vd. y yo somos dos... y yo y Vd... podemos ser tres.

—¿Sí?...; replicó la muchacha; pues el hijo de la vecina por madrugar se halló un costal.

—¡Olé, serrana!; más madrugó el que lo perdió.

—¿Y á mí qué? exclamó la campesina con cierta intencion.

—Vaya otro trago; replicó el artesano.

—No, yo no bebo... que voy á rodar por ahí.

—Bueno, avíseme Vd.

—¿Para qué?

—Para ponerme debajo.

—No; replicó la campesina con cierta zalamería, porque le voy á hacer daño.

—¡Jem! exclamó el artesano sacudido por un repeluzno; daño... Vaya otro trago.

Volvieron á beber.

—Ea, continuó el artesano; es que me ha hecho Vd. *tilin*... vamos... y... si Vd. no lo toma á mal... Vaya otro trago.

—Pero, ¿para qué tanto trago?

—Porque me tiene Vd. puesto en el gaznate un nudo que... jem, jem...

—¿Yo?

—¡Ay! este es el último escalon de la horca... En fin... yo la pido *compromiso*.

—¡Ya! exclamó la campesina, como haciéndose de nuevas, y despues haciendo como que se iba á levantar añadió; pues... yo no sé... se lo diré á madre...

—No, dígamelo Vd. á mí que es lo mismo, y yo le diré si conviene y... en fin, yo diré cuanto pueda decir madre, y un poquitito más.

—¡Qué suave! para que se vaya luego á la ciudad y allí... que tendrá su compromiso...

—Serrana, si yo no las he visto en mi vida más gordas.

—¿De verdad? ¡pobre hombre!

—De verdad.

—Si los hombres no dicen verdad nunca.

—¿Yo? replicó el artesano con seriedad cómica, yo digo verdad hasta cuando miento.

A este punto del diálogo, volvió á presentarse el camarada, pidiendo más *tela* y parte en la conversacion, y tambaleándose delante de la amartelada pareja dándole la luna de frente, dijo:

—Pastora, no le haga Vd. caso, que este es un *filímbustero*; y dirigiéndose á su camarada, señalando á la pareja, añadió:

—Compadre; encomiéndate á «Dios nuestro,» que él perdonará nuestros *pescados*, amen.

El interpelado, escuchando el consejo cuya hiperbólica intencion sólo se comprende persignándose, contestó:

—Anda, anda, véte de aquí; que si te apalean echas bellotas.

Efecto del estado en que en aquellos momentos se hallaba el buen artesano, tenia sus ropas bastante descuidadas, y con los movimientos de la risa que inopinadamente le acometió, más cada vez se acentuaba el descuido.

—¡Ay!, dijo sin poder contener su risa agitada y convulsiva; ya tengo las mandíbulas despegadas...

—Eh, amigo, interrumpió la campesina, no se ria Vd. así, que abre tanto la boca que se le está viendo la campanilla.

En esto la algazara de la reunion se convirtió en gritería tal que para entenderse hablaban todos á voces, entre las cuales pudo á po-

co distinguirse una casi unánime que decia:

—¡A la lata, á la lata!

Todos, mujeres y hombres, estaban sentados á la usanza árabe en el suelo formando un ancho y animadísimo círculo de rostros alegres, palmas batientes, risas, exclamaciones de entusiasmo, enmedio del cual una graciosa gitana con sus enjutas y atezadas carnes, su mirada ardorosamente vivaz, con su flexibilísima cintura se agitaba retorciéndose como serpiente poseida de vértigo que se enrosca y salta que canta y silba, que mira, fascina y aturde. Con el son de las panderetas la ilusion era perfecta; parecia una serpiente de cascabel bailando al compás de las guitarras, castañuelas, panderos, gritos, palmadas y entusiastas *oles*, entre cuyo estruendo resonaban las voces desgarradas de los gitanos cantando:

A la lata y mas á la lata
Las tiriyas de tu camiseta
Tú me das con la tuya polaina
Yo te doy con la mia muleta
Ole y con güeno
Ole y con guana

Que al amó de una gitana
Toma güeno
Toma guana.

Entusiasmado el artesano con el espectáculo del baile, atropellando el círculo, penetró de un traspiés dentro, y vociferando como lo que era, pidiendo á grandes gritos *tosino* (1) tiró su sombrero á los vertiginosos pies de la *bailaora*.

La *bailaora* sonriendo se subió encima del sombrero y en ménos de un segundo lo hizo una *pacharreta*.

—¡Olé, por el tosino y la carne! exclamó el artesano más entusiasmado, ¡olé por la polaina y la muleta y el espinazo y las pezuñas!; y contoneando su cuerpo dando palmadas añadió cantando con el aire de una copla de Nochebuena:

Que esta noche es Noche-buena,
Y á mi mujer y á mi suegra
Las voy á dejar sin muelas.
Olé y con güeno...

(1) La palabra *tosino* que equivale á *allegro vivace* es procedente del provenzal; de *Toque-sin*, toque de arrebato.

Al llegar á esto, sintió un manotazo en la cabeza con tal fuerza, que él, que le faltaba ya poco para caer, se vió de pronto en las faldas de una de las muchachas que cerraban el círculo. La bailaora habia recogido del suelo el estropajado sombrero, y de un revés lo habia colocado en la cabeza del artesano.

En aquel momento cantaban el estribillo con más entusiasmo que nunca:

Toma güeno,
Toma guana.
Y á lo que me querí ji pa (1)
Ver si la vuelvo chuca,
Y eya como me queria
Me hiso un arró con asúca
Y me lo jizo con poco
La dijí china por Dió
No me menees el arró
Que me estás volviendo loco.

(1) El gitano concluye en *í* los pretéritos terminados en *é*, y tambien en los irregulares. *querí* dice por *quise*; y *dijí* ó *decí* por *dije*. El verso, pues, quiere decir: Y á lo que me *quise ir para*.

A la lata, y más á la lata.
Que si viene la polisía
Está á pique de meter la pata.
Ole y con güeno
Ole y con guana
Que al amó de una gitana
Toma güeno
Toma guana.

Suspendida la danza para descansar algunos momentos, reanudóse al cabo con otro aire y otras canciones dialogadas entre los *cantaores*, como las *guajiras*, tan fácilmente asimiladas en Andalucía como era de prever, porque Cuba no es más que la Andalucía de América, como Andalucía, páseseme el retruécano, es la Cuba de todo el mundo. Principiaron los cantares y con ellas el tiroteo de animadas preguntas y respuestas entre los que cantan, que son varios á la vez, y tan interesantes como la que sigue:

—¿De *onde* vienes—De Boyuyo,
—Rasca aquí, pica allí que *to* es tuyo.

Así siguió un buen rato sin disminuir un

punto la alegre animacion de la improvisada fiesta sobre aquel pedazo de tierra ceñido por las aguas del rio é iluminado por los rayos del astro de la noche.

—¡La buenaventura! dijo de pronto una voz, á la cual todos como á una órden se levantaron gritando la misma palabra y haciendo á gritos cesar el son de los musicales instrumentos, canciones y bailes.

Una de las gitanas, la que dias ántes, al ver á María dormida en el bosque, habia movido la cabeza como quien tiene algo grave que decir, salió de entre ellas preguntando:

—¿A quién quereis que le diga la buenaventura?

—A María, á María primero.

María estaba en aquel momento rodeada de campesinas, que acariciándola á porfía adornaban su cabeza de guirnaldas de caprichosas flores. La gitana, seguida del grupo murmurador de curiosos, llegó adonde se hallaba María, y tomándola una mano, la dijo:

—¿Quieres que te diga la buenaventura, hermosa de mi alma?

Aunque María, al pronto sorprendida, no

habia contestado, todos los del grupo, aguijados por la curiosidad, contestaron por ella á una voz afirmativamente.

La atezada sibila miró la palma de la mano de María y murmuró algunas frases. Despues fijó sus penetrantes ojos en los asombrados de la niña, y la dijo con triste acento, acariciando la mano que tenia entre las suyas:

—Tú, hermosa niña, no vas á hacer muy feliz... ¿quieres á álguien?... No quieras, no quieras, niña mia... Tú querrás á un hombre con toda tu alma... á un hombre de ojos negros, de ojos negros y...; añadió la profetisa despues de algunos momentos de silencio con profunda fé de sí misma y dando palmaditas en la mano de María como para alentarla; el hombre de los ojos negros, más negros que su alma... no te querrá... no te hará caso... y cuanto más le quieras, ménos te querrá...

María la escuchaba sin pestañear; pero sin muestra alguna de inquietud.

—¿No me haces caso?, añadió la gitana; mejor... Ojalá se equivoque tu sino y se equivoque conmigo.

—Aciertas, buena gitana, y te engañas; ex-

clamó sin poder contenerse María; ¿á que te engañas? añadió sonriéndose.

Las curiosas miradas del grupo pasaban alternativamente de la niña á la gitana y de la gitana á la niña cuando

—¡María! gritó de pronto una voz inesperada, que conmovió á todos, haciendo volver los rostros hácia el sitio de donde se habia escuchado.

Agitó el cuerpo de María un rápido estremecimiento de esos que indican hallarse en un estado de gran tension nerviosa, cuyo motivo no pasó del todo desapercibido á la penetracion de la gitana, que ya sospechando algo, estrechó dulcemente la mano de María con cierta compasiva sonrisa, y la dijo:

—Acuérdate de mi buenaventura y la Vírgen Santísima te bendiga.

Apenas habia vuelto María su cabeza, como todos, hácia donde se habia percibido la voz, cuando ántes de que movida de ansiedad hubiese tenido tiempo para correr en aquella direccion, la labradora la presentó una carta. María temblorosa y agitada, sin poder contener dentro de su seno los saltos de su corazon,

no se atrevia á tomarla en sus manos, pero la miraba en la de la labradora con la estupefaccion del placer, como debe mirar el codicioso la primer moneda de un tesoro revelado.

Al fin María tomó tímidamente la carta en sus manos y la abrió temblorosa.

—Cada mochuelo á su olivo, exclamó la labradora. Se acabó lo que se daba.

A esta voz comenzaron á desfilar los concurrentes El *comprometido* artesano fué á colocarse al lado de la hija de la labradora, esto es, más al lado de lo que estaba, diciéndola mientras iban marchando lentamente:

—Pero, serrana, todavía no me ha dicho usted que vá á ser de mí en este mundo; y ando por aquí con más *fatigas que el gallo.*

La *serrana* le miró sonriéndose y contestó con una tosecilla suave é intencionada.

—No hable Vd., que se vá Vd. á resfriar, la dijo con cierta ironía el artesano.

—Y si me resfriara... ¿á Vd. qué? Buen caso haria Vd...

—Se equivoca Vd., pastora, replicó el artesano tomando de una mano á la campesina; que yo vendria con el baho á calentarla la ca-

ma... con el baho.... con mi baho que es lo *mesmo* que el de una *colomotora*.

—¡Arre! exclamó la campesina dando un suave empujon á su impaciente interlocutor; que estamos en verano.

—No; no me aparto, que se vá Vd. á resfriar.

La campesina permaneció silenciosa algunos momentos moviendo la cabeza y golpeando el suelo con el pié, fingiendo fastidio y enojo con graciosa coquetería, hasta que al fin dijo sériamente:

—Tengo sueño y... mañana será otro dia.

—¿Qué tiene Vd.? preguntó el artesano algo receloso de la afectada seriedad de la campesina.

—Que con la enfermedad de María hemos pasado muy malas noches, contestó la campesina dejando asomar una ligera sonrisa; no he pegado los ojos en estas noches pasadas...

—Pero, hija mia, replicó el artesano, ¿cómo los iba Vd. á pegar si están por medio las narices?... En fin, pastora, dígamelo Vd., mire Vd. que no me voy y en una de estas acequias me quedo á dormir.

—Quédese Vd. y se lo comerá á Vd. el perro. ¿Qué quiere Vd. que le diga? Como yo no vea más que buenas palabritas... como yo no vea otras cosas... no puedo decir nada, nada...

—Pero, serrana, si me echa Vd. el perro... las cosas... ya ve Vd.

—Si no habla Vd. con formalidad... En fin, si viene el domingo... ya veremos.

Continuó de este modo el altercado, en el que la campesina alternando la sonrisa con la gravedad, se sostuvo inflexible, logrando así que el artesano, mantenido en cierta agradable incertidumbre cada vez más interesado, prometiese volver el indicado dia.

Entretanto María, subiendo con paso lento á la zaga del grupo la pendiente del camino, leia y releia la carta, iluminada con la pálida claridad de la luna. La carta decia así:

«Queridísima María: Con mucha prisa y solo para que duermas tranquila te escribo. Tus deseos se verán satisfechos muy pronto, pues la principal dificultad, que consistia en encontrar á quien ha de hacer tu dicha, está completamente vencida sin perjuicios ni bajezas. Es una persona digna de todo tu cariño.

Un dia de estos iré á esa con un sujeto que me ha manifestado deseos de ver el cármen.

Antes de terminar, tengo que decirte que el doctor ha averiguado el nombre de la planta que ya está en casa del joyero. Se llama la *Vallisneria*.

(A pesar del éxito obtenido hasta el dia, sigue guardando secreto.)

Adios, María, espero que te dé la felicidad que deseas, quien ya te ha dado el sér y el nombre.—Tu padre.»

La reunion disuelta, la familia del cármen seguida de María como nunca alegre y contenta, volvieron á la casa. Mientras que, segun costumbre ya adquirida, ayudaba á desnudarse á María, la campesina, sin poder dominar su curiosidad é indignada de su reserva, la dijo:

—Ya he visto que ha traido esa carta un criado de tu padre... cosas muy buenas debe haber en ella...

—Muy buenas, muy buenas... si supieras... replicó riendo María.

—Como ya has perdido la confianza en mí... no me atrevo á preguntarte.

—No, no digas eso. Tengo confianza... si es que en la carta papá me manda guardar secreto; pero te lo diré... Verás... á tí sola, sola... ¿eh?

La labradora hizo un vivo movimiento de cólera y exclamó sin poder contenerla:

—Tu padre, tu padre... Ya, ya comprendia que no eras tú. María, fíate de los que te quieren... mira que tu padre con ser tu padre, no te quiere tanto como nosotros. Acuerdáte de lo que te digo.

—No; interrumpió dulcemente diciendo María; y aproximando sus lábios al oido de la labradora, dió á ésta una palmadita en la megilla y añadió en voz baja: si es que... que me voy á... á casar.

Y al decir la palabra *casar*, asió con su mano la cara de la labradora de modo que mientras con dos dedos la hacia fruncir los lábios con otro la oprimia la nariz.

—¿Con quién? preguntó la labradora sin preocuparse de la expresión grotesca que á su semblante daba la mano de la niña.

—Con uno que me quiere mucho, mucho, como yo á él, replicó ésta sonriendo y balanceando su cabeza.

—¿No me engañas?... Bueno. Le veremos, y quiera Dios que seas dichosa. Y ¿cuándo podremos saber su nombre y conocerle?

María contestó leyendo la carta entera, que hizo á la buena labradora alzar varias veces las cejas y fruncir los labios.

—¿No adivinas quién es ese sujeto que desea ver el cármen? preguntó la labradora despues de reflexionar algunos momentos; pues cuando venga, mírale bien.

—¿Quién es?

—¡Pse!... Uno que viene á ver el cármen, como otros muchos que ha traido tu padre con el mismo deseo; contestó la labradora arrepintiéndose de haber ido quizás demasiado lejos en sus suposiciones. Vaya, buenas noches.

La labradora se alejó silenciosa y meditabunda, mejor dicho, triste y contrariada.

María, apenas se quedó sola, cerró sus parpados como fingiéndose á sí misma que dormia y como si quisiera engañar á los astros queriendo decirles: «pasad, que estoy dormida, pasad sobre mi frente con la misma rapidez con que pasais cuando duermo;» y apenas tenia sus ojos cerrados algunos segundos, abría-

los ansiosa, creyendo ver ya en los aires temblar el primer albor del dia. Repitió esta ficcion tres ó cuatro veces, y extrañada de no tener resultado, deslizóse del lecho, asomóse á la ventana, pasóse la mano por la frente, y permaneció un rato con el codo en el alfeizar y la barba en la mano contemplando el lentísimo movimiento de la luna, cuya claridad confundia con la del alba. En vano golpeaba el suelo con su precioso pie y movia la cabeza mirando al astro con suplicantes ojos. Poco á poco fué cesando en ella todo movimiento, dejando lánguidamente entreabiertos sus párpados. Un ligero celaje pasó bordeando el argentado disco que, pareciendo precipitar su carrera, hizo abrir sus ojos á María; pero el celaje se disipó al momento en la pálida atmósfera y la luna recobró su serenidad, burlándose con su impasible sonrisa de la soñadora impaciencia de la niña. Volvió ésta á cerrar sus párpados y algunos momentos despues, bajo la misteriosa influencia de los rayos de la luna, inmóvil en la actitud en que se hallaba, se quedó profundamente dormida.

VI.

Al dia siguiente, el padre de María presentaba á su hija un caballero que le acompañaba en su excursion al cármen.

Era Emilio de Monsenda, marqués de Monsenda, uno de esos nobles indigentes de frac, que todavía saben hacerse respetar por su distinguido continente, y acaso más que por otra cosa, por la habilidad de su brazo. Derrochador, tramoyista, noble y pródigo, su vida se habia deslizado en la crápula y era una historia de amorosos triunfos en toda la escala social. Era un hombre, con muchos resabios pueriles, arruinado de fortuna, cuerpo y alma, aun-

que apenas tenia treinta años, pero cuya triple ruina no se adivinaba bajo su perfecta y natural despreocupacion. Esto, sin embargo, seguia vistiendo bien, comiendo y disfrutando, pues muchos de sus acreedores eran de los que pensaban que los marqueses tienen *siete vidas*, como los gatos, que cuando más arruinados están, sobreviene de pronto el fallecimiento de un pariente rico ó un inesperado enlace, y entónces, si se les ha molestado repetidas veces recordándoles sus créditos, pagan mal y tarde y cambian de proveedores, sobre no poder pagar cuando no tienen con qué, por muy buena que sea la voluntad, siendo estériles, por tanto, importunos recordatorios. El marqués, sin embargo, no era hombre de engañar á nadie, y no ocultándoles su situacion, les invitaba á tomar las medidas que quisiesen. El acreedor recordaba lo mucho que habia prosperado con la liberalidad del marqués, cuya estóica resignacion contemplando, se contentaba con mover la cabeza, sin atreverse á negarle sus servicios, y el marqués continuaba aprovechándolos con perfecta despreocupacion.

Su estrella comenzaba á eclipsarse, y aquel hombre, con cuya conversacion ó intimidad se envanecian las más distinguidas damas, principió á ver que ya no era recibido con el acostumbrado entusiasmo, y que otros le iban al asalto del trono de gloria que ocupaba, del que se sentia descender paulatinamente; de ese trono, al cual se sube por una escalera de oro en medio de nubes de incienso y entusiastas aplausos, y del que se desciende por el otro lado por otra escalera de mármol húmedo y sombrío, en medio de sátiras y silbas, escalera tapizada de musgo, que conduce á ese gran mausoleo de hielo, que se llama hastío.

Hubiérase dicho que el mundo, corriendo de cara al sol y pasando por delante del marqués, principiaba á presentarle el lado sombrío. El marqués, percibiéndole así, iba poco á poco sin sentirlo modificando su carácter. De sus prácticas sociales quedábanle sólo las maneras distinguidas, la experiencia y la hipocresía; de su valor, la indiferencia á la vida; de su vehemencia, la susceptibilidad; su lengua, ántes de irresistible fuego, íbase convirtiendo en acero; su chiste en sátira, su con-

versacion en crítica mordaz. El marqués principiaba á ser en el mundo, como de las ruinas de un templo griego consagrado á Vénus, una grotesca cariátide asomando entre abrojos.

Una noche salia de un sarao desabotonándose el abrigo con violentos ademanes, y sacando su reloj le estuvo mirando algunos instantes con cierta sonrisa siniestra.

—¿Qué es eso, marqués, que tan temprano se retira? Vd. se vá desprestigiando, oyó decir de pronto tras él; ¿cómo es que dejais tantas damas?... Vamos, alguna conquista, ¿eh? perdone mi indiscrecion.

Era el padre de María.

—¡Pse! exclamó el marqués sin reparar en él.

—Amigo marqués, ¿cuándo entrais en caja?

El marqués miró con amarga ironía á su interlocutor, que echó á andar y le dijo con cierta despreocupacion poniéndose á su lado:

—A eso voy. Ved cuán buena conquista la del sosiego. ¿Y vuestra hija? Creí haberle oido decir que intentaba presentarla en el gran mundo.

—Eso intento, pero más adelante.

—Creo que hareis mal. Consejo por consejo. Aceptad el mio.

De aquí se originó una discusion en que el padre de María salió defendiendo al mundo de los sarcasmos con que en breves instantes le habia cubierto la mordacidad del marqués.

—Extraño, amigo mio, dijo el padre de María; extraño vuestro modo de expresaros. Sin duda vuestro carácter se modifica... así modifiqueis la vida... ¿Por qué no os casais, marqués?

—¡Casarme! exclamó éste riéndose sarcásticamente.

—Seguramente que con la vida que llevais no podreis despertar interés en mujer alguna de órden... ¿quién sabe si alguna muchacha se lamenta por ahí escondida de no poder hacerle dichoso?

El marqués se quedó algunos momentos pensativo, y dijo al cabo:

—¿Acaso creeis que un hombre arruinado, sin saber administrarse ni administrar y con cierta fama poco favorable, modificando su vida, lograria más sino que la gente viera en ello una virtud forzada? Desengañaos, la car-

rera está marcada desde que se principia. Puedo aseguraros que habeis despertado en mí una idea que jamás se me habia ocurrido, que acaso, á medida que la considero, la encuentro más agradable, tanto, que ahora noto que tengo, con pesar mio, que renunciar á ella. Seria una apostasía.

—Sin embargo, sin embargo, ¿por qué no probais?

Volvióse á quedar el marqués pensativo, y al fin exclamó:

—¿Sabeis que seria un golpe magnífico que se dijera: el marqués de Monsenda se ha casado? Y despues de todo... no está mal pensado eso. Un mundo es que yo no conozco el de la vida conyugal... Siempre la tuve por el mundo de los imbéciles... y acaso es el mejor... mejor que el que conozco desde luego. Conozco á varios compañeros que están casados, y dicen que son felices los malditos. A ver, indíqueme un medio... Habeis sembrado en mí una esperanza... y por cierto que llega á tiempo.

—Lo que es preciso es que fructifique.

—Si el mal es que yo... ¡bah! Vd. no conoce cómo estoy... necesitaria empezar por el A

B C... Saber hacer algo útil... En fin, irme á su lado, que es hombre de órden... ¿Cree usted que yo puedo salir un buen secretario, por ejemplo?

—No tengo inconveniente en que os vengais al lado mio, no como secretario, por más que el trabajo honra siempre, sino como lo que sois, como amigo. Cuando querais podeis ir por casa; ya sabeis que es vuestra. Vaya, adios, marqués.

—Adios, amigo mio. Hasta... otro dia.

—Pues hasta otro dia.

Fuera por lo que fuera, al poco tiempo el marqués se aisló. Comenzó á ir todos los dias por la casa del padre de María, de quien se hizo íntimo amigo, y con quien acostumbraba á almorzar y á comer. Poco á poco fué recobrando su humor habitual, amable y festivo, ayudando, algunas veces, al padre de María en la gestion de los negocios; mas con frecuencia su semblante se tornaba sombríamente reflexivo; recordaba su pasado, comparaba su presente, y algunas veces se ocupaba de su porvenir; medía sus fuerzas; pensaba en recuperar lo perdido, y bien pronto se con-

vencia de su imposibilidad; comprendia que no recuperarlo era renunciar á toda aspiracion, condenarse á vegetar, y... crispando los puños y mesándose los cabellos, tomaba el sombrero y se iba. El padre de María seguia observando en silencio esta lucha íntima; conocia que la suerte estaba echada; que la lucha era de vida ó muerte; que la victoria seria completa ó no seria; que seria entregarse á discrecion en sus manos, ó en las de la muerte, y dejaba hacer al marqués sin decirle palabra. Una vez dejó de ir el marqués cuatro dias seguidos. Al cuarto, el padre de María, al sentarse á la mesa, preguntó al criado si habia venido el marqués. Como el criado contestó que llevaba cuatro dias sin verle, el padre de María hizo un gesto de desden, y exclamó trinchando un entremés:

—Pues si viene, díle que no estoy.

A buen tiempo dió su órden, porque apenas la habia pronunciado, cuando el marqués llamó á sus puertas. El criado, repitiendo maquinalmente las palabras célebres de Beltran Duguesclin, cumplió la órden recibida.

Salió el padre de María á la calle, y á poco

encontró al marqués con el sombrero echado hácia atrás, riendo á carcajadas y rodeado de mujeres de mala vida. El padre de María le miró y pasó de largo. El marqués le vió; ni más ni ménos que como un muchacho que vé á su preceptor, se separó del alegre grupo, y echando á andar detrás, le alcanzó al fin, diciéndole:

—Amigo mio, vengo de vuestra casa.

—¿Sí? Como llevábais cuatro dias sin ir, no os esperaba. Sospeché que os habíais cansado.

—Con efecto. ¿No es ridículo aprender á administrar, cuando nada se tiene que administrar? Gastar los sesos en balde.

El marqués hizo esta observacion sinceramente; pero el padre de María, creyendo haberse dejado adivinar, no la vió tan sincera, y sintiendo toda su superioridad sobre él, le respondió, encogiéndose de hombros:

—Lo que querais. Me limito á aconsejaros, porque os estimo; y añadió alargándole la mano: adios, si os empeñais en saltaros los sesos por no gastarlos...

—Un momento, exclamó el marqués un tanto inquieto.

Los dos se quedaron mirándose silenciosamente algunos instantes, y el marqués añadió:

—Desde mañana..... iré todos los dias.

El padre, al escuchar esta respuesta tan espontánea como pueril, dejó asomar una sonrisa de ironía, y acentuando su impenetrable frialdad, replicó:

—Repito que podeis hacer lo que querais. Adios, marqués, tengo prisa.

Desde aquel dia principió á hacer violentos esfuerzos por dominar sus distracciones, ahogando la horrible lucha de su espíritu, que le disputaba la completa posesion de su voluntad, que al fin, con el repetido ejercicio, llegó á hacer bastante poderosa, para dominar, ya que no acallar, el no extinguido fuego de sus pasiones, cuando las sentia encenderse á la más leve chispa, y á su ardor abrasarse sus entrañas bajo su calma aparente y forzada.

El marqués, como quiera que fuera, iba cambiando de carácter. No se le veia en paseos ni en reuniones de género alguno; rara vez se le veia reir; buscaba los sitios poco concurridos; se alejaba de donde escuchaba carcajadas; huia de sus amigos; y, en fin, se encer-

ró en sí mismo, que es á veces el peor sitio donde puede una persona decente encerrarse.

Mientras esta profunda y violenta trasformacion se efectuaba en el ánimo del marqués, ocurrió la muerte de la madre de María y los sucesos ya referidos, y el padre, que no perdia de vista un solo gesto del marqués, creyendo que era llegado el instante de calcular las conveniencias que debian resultar de la solucion que proyectaba, la noche que escribió á María, celebrando ante el marqués las delicias de su finca concluyó por proponerle hábilmente le acompañara en otra excursion.

El marqués estaba entregado al misticismo del tédio, por el que corroido, sentíase á veces Prometeo encadenado al mundo. ¿Qué aguardaba? Él mismo no sabia responderse á esta pregunta, pues aunque se habia resignado á cambiar de vida con su objeto, ya le faltaba iniciativa para buscarle. Principiaba á vivir como á él le horrorizaba, es decir, principiaba á vegetar; vivia por costumbre mirándose y mirando al mundo con tal indiferencia que ni alimentaba esperanzas ni le atormentaba la desesperacion.

A este hombre dijo el padre de María con cierta sonrisa de satisfaccion:

—Aquí teneis, señor marqués, á mi hija María.

El marqués tendió su indiferente mirada á María, y sus párpados se dilataron rápidamente. Al ver á aquella niña, cuya hermosura á su pesar inspiraba vértigo, el marqués sintió renacer el fuego escondido entre las cenizas de sus triunfos y cundir por sus venas una oleada de insólito calor como si en aquel instante le hubieran dado á beber el filtro de Mefistóteles. El padre de María, que todo lo tenia calculado, creyó oportuno dejar solo al marqués algunos momentos para que pudiese libremente reflexionar.

—No sé si os dije que María no tenia sociedad, dijo, disculpadla de su silencio; y echando cariñosamente un brazo á su hija, añadió dirigiéndose á ella primero: llévame á donde está la labradora; y dirigiéndose al marqués: tened la amabilidad de esperar breves momentos, y entretanto podreis descansar.

El marqués á presencia de María se habia

quedado suspenso, ni más ni ménos que un principiante en amores; bien es verdad que el brusco sacudimiento de su alma para salir de su ya habitual indiferencia no le habia dejado tiempo suficiente para producirse una idea, ó de otro modo, tan profundo era su tedio, y tan profunda la conmocion, que habia tardado en llegar al fondo el tiempo suficiente para que desaparecieran á su vista María y su padre.

Miró en derredor de sí, se sonrió, y mientras se arreglaba el traje que por no esperar tal sorpresa llevaba con desaliño, principió á hablar consigo, diciendo:

—¡Preciosa muchacha! ¡Qué dulzura en sus ojos!... ¡qué candor en su expresion!... ¡Mil diablos!... Otra vez me siento el de siempre... ¡Modificar la vida... y me trae á ver á su hija!... Esto parece un sarcasmo... si no un martirio... ¡Pse! me vengaré... Despues... despues ¿qué me importa?...

El marqués, vuelto en sí de su primera impresion, se creyó trasportado á sus más brillantes dias de gloria, y principió á concertar su plan de conquista. Pero ignoraba que el pa-

dre de María era hombre experto en el arte de leer en los ojos, y que habia leido en los suyos la emocion que le habia causado su hija, y el género de esperanzas que le habian despertado de su indiferencia.

María habia mirado al marqués con cierta curiosidad, y cuando abrazada á su padre le preguntó por el recienvenido, cuando no podia ser oido de aquél, el padre la contestó:

—Es un marqués, el marqués de Monsenda, que... es una persona muy estimada, y... que deseaba ver el cármen. Es preciso que le acompañes para enseñarle el cármen, mientras yo dispongo lo necesario para restaurar un poco el estómago. Anda, anda, y sé amable con él... tutéale si quieres... En fin, sé como eres.

María dió un paso, y se quedó parada mirando á su padre.

—¿No lo oyes? la dijo éste.

—¿Por qué no vienes conmigo? dijo María con suma dulzura á su padre; y echándole una mano en el hombro, añadió cariñosamente: ¿es un amigo tuyo? ¿eh?... dame un beso.

—¿Qué? preguntó el padre dándola un beso.

María sentia vivo deseo de preguntar á su padre por quien suponia que hablaba en la carta; mas no se atrevia por temor á que le reprochase su impaciencia.

—Vamos, habla; añadió el padre impaciente.

—Que ese hombre..... no le conozco..... y no.....

María se detuvo, balanceando su cabeza con la vista en el suelo. El padre, interpretando en otro sentido la cortedad de su hija, la dijo:

—No, no tengas cuidado; anda, anda.

María se alejó contenta y gozosa, arreglándose una azucena que ostentaba sobre su pecho y cuya blancura resaltaba sobre el traje negro.

El padre, que sin duda conocia la vehemencia de las pasiones, ó moralmente dicho, la flaqueza humana, vió á su hija alejarse, y vigilando sus pasos, se dió tres golpecitos en el bolsillo en que llevaba el revólver.

Acercóse, pues, María sonriéndose al marqués que, sentado frente á la cascada contemplando sus caprichosos saltos de agua, estaba abstraido en lo mejor de su plan. María, colo-

cándose entre el marqués y la cascada y mirando alternativamente á uno y á otra, preguntó á aquél:

—¿Te gusta?

El marqués, sorprendido, aunque no extrañó el tuteo, se quedó un tanto desconcertado, creyendo tener delante, al verla al pronto sola y con tanto despejo, no á una niña candorosa y tímida como al principio creyó, sino á una jóven que, confiando en sí misma, no le temia. Esto no obstante, miró alrededor, y como no vió al padre, la preguntó:

—¿Y tu papá?

—Se ha quedado en la casa arreglando unas cosillas mientras que te enseño el cármen.

—¡El cármen! repitió el marqués maquinalte. Con mucho gusto.

—Ven conmigo. Entra, entra, que desde aquí no se ven las figuras.

Y esto diciendo, María abrió la verja de la plazoleta y penetró seguida del marqués.

—Se me habia olvidado, dijo éste, que me preguntaste una cosa y no te respondí.

—¿Qué?

—Que si me gustaba...

—Sí; pero como cuando yo llegué, te ví que estabas mirando como encantado, comprendí que era que te habia gustado.

—¿Quién me habia gustado?

—Que te habia gustado he dicho.

—Por eso pregunto yo que quién comprendiste que me habia gustado.

—No te entiendo, exclamó María mirando con las cejas fruncidas al marqués, que recibió aquella mirada de interrogacion con una expresion tan significativa, que María, reflexionando un momento en la pregunta, comprendió el sentido alusivo. Bajó la vista, dejó asomar una sonrisa de satisfaccion, y respondió riéndose con la más ingénua inocencia:

—Yo no te habia dicho eso.

Era la primera vez que María comprendia una frase con sentido indirecto; es verdad que era tambien la primera vez que, aunque de lo más rudimentario, se la dirigian; se miraba con satisfaccion de haberla comprendido y se sonreia con inocente malicia del modo de decirla, de tal suerte que semejante modo de expresarse excitó en ella viva curiosidad.

Natural era que la agradase oir que gusta-

ba; mas lo primero en que pensó al oirlo, fué en el placer que recibiera el ausente, si lo hubiera escuchado, creyendo que á cuantos más lo oyera decir, más le cerciora el testimonio de las gentes de que queria á una muchacha agradable, ignorando que probablemente hubiera pasado al contrario, pues María, que alcanzaba á comprender por vez primera el sentido indirecto de una frase sencilla, no se hallaba en estado de alcanzar la intencion con que se acostumbra decir y tomar por los hábitos sociales de la más rudimentaria galantería.

El marqués, deseando que la íntima satisfaccion que asomaba á los lábios de María en forma de sonrisa, saliese en forma de palabra, replicó:

—Eso no importa para que yo te lo diga; mas si te enfada, no volveré á repetirlo... y hasta no seguiré hablando...

María hizo con la cabeza un signo negativo; pero el marqués guardó silencio y fingió como que se distraia contemplando los surtidores de la cascada. Sin embargo, era demasiado viva la curiosidad que el marqués habia despertado en María para que ésta la pudiese contener.

Acercósele, pues, y mirándole como extrañada, le dijo:

—Tú te crees que me enfada porque me he callado, ¿eh? No, si yo me he callado... no es porque me enfada.

—¿No? preguntó el marqués dirigiéndose á la puerta de la verja.

—No.

—Pues entónces... replicó girando una mirada por el bosque, sigue enseñándome el cármen.

El marqués salió, y tomó resueltamente la direccion del camino, contraria á la de la casa.

—¿Por ahí? preguntó María siguiéndole. ¿No quieres ver la casa y las fuentes que hay por este lado?

—Es lo mismo, replicó el marqués; pero lo primero es ver lo que esté más lejos para venir luego acercándose á la casa.

—Es verdad, dijo María sonriendo ingénuamente. Entónces..., añadió con cierto énfasis, ahora verás la Fuentecilla.

Cuadraba tan mal este diminutivo al tono en que lo habia pronunciado María, que el

marqués se preguntó con cierto recelo: ¿qué será la Fuentecilla?

—Ahora, dijo éste, andará por ahí la gente ocupada.

—Como es dia de riego...

—Y ¿por dónde están regando?

—Están en el otro lado del rio regando con una acequia que... luego verás... Desde aquí no se vé.

—¿No se vé? Pero desde esa Fuentecilla sí se verá.

—Tampoco. Es menester atravesar el rio.

—Entónces... primero veremos la Fuentecilla, y despues... atravesaremos el rio, si te parece.

El marqués, deseando perder de vista á la casa cuanto ántes, apresuraba un tanto el paso, obligando á apresurar tambien el de María, de tal suerte, que en breves instantes consiguió lo que deseaba.

—Tengo, iba diciendo el marqués, verdadera impaciencia por ver esa fuente, pues creo, por el tono con que me la has anunciado, que deberé prometerme de aquel sitio una impresion agradable. Cuando penetré en estos bos-

ques, aunque por tu papá venia preparado á la emocion, no esperaba hallar tanta ni tan profunda, ni tan grata...

El marqués volvió sus ojos hácia atrás, y no vió la casa; despues los fijó en María, y observó que su respiracion era un tanto agitada por el cansancio.

—Perdona, prosiguió diciendo el marqués, acortando el paso, si por no poder contener mi impaciencia te hice que apresuraras. ¿Estás cansada? ¿eh?, si quieres nos detendremos...

—No, replicó María, seguiremos por ahí; si ya no falta nada.

—¿Me quieres preparar una sorpresa? Muy bonita debe ser la fuente para que me guste.

—Muy bonita es.

—Lo será; pero ya no puedo recibir sorpresa.

—¿Por qué?

—Porque no me coge desprevenido... por muy hermosa que sea.

—¿Porque te hablé de ella?

—No.

—Ya la verás.

—No; si la mayor hermosura la estoy viendo... pero una hermosura que marea...

María se detuvo de pronto, bajó la vista al suelo, dejó tambien otra vez asomar una sonrisa, pero su rostro se encendió, y sin atreverse á alzar sus ojos, los fijó en la azucena que se mecía sobre su pecho, todavía agitado por el cansancio.

—¿Por qué te detienes? prosiguió el marqués, acercándose á María. ¿Te detienes á contemplar tu azucena? Es más graciosa tu sonrisa que la de esa pobre flor.

María dejó de sonreir, deslizó lentamente un pie hácia atrás, y sin alzar la cabeza, elevó tímidamente sus ojos al marqués, volviéndolos á bajar en seguida.

—Déjame, prosiguió el marqués aproximando su rostro al de María y cogiéndola de una mano, déjame que aspire el perfume de esa sonrisa...

—No, dijo María dando un paso atrás y ocultando el rostro con su brazo.

—El de la azucena entonces, replicó el marqués avanzando un paso é inclinándose con tal rapidez, que María no pudo evitarle.

El marqués sacó amarilla la nariz del cáliz de la azucena. María dió dos pasos atrás, levantó sus ojos, miró al marqués y al ver el color de su nariz, no pudo contener un sacudimiento de risa. El marqués entónces avanzó á ella resueltamente. María escondió su semblante con sus manos, con tanta oportunidad, que el marqués sólo consiguió besarla en una de ellas. María apartó las manos de su rostro, miró al marqués de alto á abajo, como si quisiera medir por su estatura la del pensamiento que abrigaba, é impulsada de inexplicable instinto de repulsion, dió rápidamente media vuelta y salió corriendo.

A los veinte pasos apenas se detuvo, no atreviéndose á volver á su padre sin llevar al lado al marqués. Volvió los ojos y le vió inmóvil en el mismo sitio en que le habia dejado.

—Estoy asombrado, la dijo, de verte correr.

María se quedó tambien inmóvil, sin saber qué decidir.

El marqués se adelantó hácia ella.

—No, no; exclamó María huyendo instintivamente.

Tampoco á éste le gustaba volver á casa sin llevar al lado á María; pero aunque ignoraba que le pasase otro tanto á ella, tenia el suficiente aplomo para no temer lo que de las circunstancias resultase, y para esperar, sin impaciencia, que María volviese espontáneamente á él, buscando para ello cualquier excusa; y así esperándola siguió, aunque lentamente, el camino de la Fuentecilla.

—Me apresuré, murmuraba; por supuesto que estos candores... agrestes se parecen mucho al capricho... Nadie los entiende... y sea como sea, interesada se ha quedado... de esto no me cabe duda.

María, viéndole alejarse, se iba tranquilizando é intranquilizando á la vez. Por fin se decidió á seguirle de puntillas, y observando que el marqués no se inquietaba por ella lo más mínimo, le dió á entender que le seguia, produciendo ruido con sus pasos. El marqués la sintió, pero continuó su marcha sin darse por entendido. Despues, pensando que aquella persecucion no debia prolongarse hasta lo enfadoso, se sentó en el muro del camino, apoyó los codos en sus rodillas y escondió la cara en-

tre sus manos, fingiéndose enfermo de melancolía ó súbita y profundamente afectado de tristes y silenciosas preocupaciones, cuyo misterio excita el interés del ánimo ménos curioso.

Cuando le vió sentarse, María se detuvo, vaciló, y por último, se acercó hasta colocarse á dos pasos de él, permaneciendo ambos en sus actitudes completamente inmóviles.

—¿No quieres ya que te acompañe? le preguntó dulcemente María.

El marqués guardó silencio, y María se aproximó un paso más.

—Pero... ¿qué tienes? ¿estás malo? ¿por qué no me respondes? ¿estás disgustado? ¡Dios mio!

El marqués, aunque esperaba que María volviese, no esperó que su comedia ejerciese tanto efecto y despertase tan vivo sentimiento. Levantó lentamente su cabeza, la miró como queriendo indagar en sus serenos ojos la razon de tan inesperado éxito y volvió á su actitud. María movió la cabeza, y dando con su pié un golpecito en el suelo, prosiguió:

—¿Te has disgustado?... Y yo no quiero que estés disgustado... Yo sé por qué, yo lo sé...; y queriendo apartar las manos del rostro del

marqués, y poniendo una de las suyas entre las de él, añadió:

—Toma mi mano.

El marqués no pudo ménos de sonreirse al ver la pueril ingenuidad con que venia á contentarle; pero por sus ojos, por sus palabras, por su expresion, observaba con disgusto en toda ella que sus actos no eran inspirados por el ardiente sentimiento que se prometia despertar. Tenia para él algo de glacial la ingénua solicitud de María, cuyo corazon buscaba herir de algun modo, en lo cual el marqués era implacable; porque él gozaba en hacer derramar lágrimas; gozaba en anudarse la corbata en el espejo de unos ojos suplicantes, y en ver de rodillas ante su capricho al sér que más quisiera. Su amor era amor propio; era amarse desde el corazon de una mujer.

El marqués tomó entre sus manos la de María y levantando la cabeza la dijo, resignándose á imitar su puerilidad y apelando á su compasion, ya que á otras insinuaciones no respondia con la premura que deseaba:

—Es verdad que estaba disgustado... y que principiaba á sentirme muy mal del corazon...;

tú has comprendido y no has comprendido bien lo que yo siento; pero puesto que vienes á contentarme, será porque habrás entendido que hacias mal en huir de mí... como que huyendo de mí huias de tu propia felicidad... ¿me entiendes?...

—¿De mi felicidad? exclamó María mirando profundamente al marqués; y despues de reflexionar algunos instantes añadió:

—Ya entiendo; tú eres amigo de mi padre... pero tú serás bueno y no le dirás nada ¿eh?

El marqués abrió los ojos cuanto abrirlos podia la más profunda consternacion.

—¡Decirle á tu padre!... exclamó completamente desorientado.

—¡No le digas nada, por Dios!... ¿Sabes?

—¡Hum! exclamó el marqués sin saber qué decir. Explícate.

—¿No se lo dirás?

—No... es decir... puede ser... sí, ¡cá!... de ningun modo... claro que no.

El marqués respondia sin saber á qué, y por el efecto que sus respuestas producian en María concluyó por cerciorarse de que lo que convenia decir era que no resueltamente.

—Pero, ¿tú comprendes, prosiguió, que estuviera tan loco que le fuera á decir nada?

—Ni de que te has disgustado, tampoco, ¿sabes?

—Claro, nada, ¿qué quiere decir nada?... pero ¿me quieres decir por qué es ese aviso?

—¿Por qué? exclamó sonriéndose María; porque si llega á saber que por culpa mia te has disgustado... se va á enojar conmigo... ¡Dios mio! ¡Tú sabes lo que podria hacer si se enojasè!...

—¿Que tu padre se enojaria? A ver, cuenta, ¿qué te ha dicho tu padre de mí? preguntó el marqués concibiendo una sospecha.

—¿Qué me ha dicho?... En el rato aquel en que te quedaste solo, me dijo que eras marqués... que venias á ver el cármen... y que... que eras amigo suyo.

—¿Nada más? ¿y de intenciones suyas?... ¿No te ha hablado de mí varias veces... y mucho... y bien... y...?

—No; contestó María moviendo la cabeza lentamente á un lado y á otro. La primera vez ha sido ahora y..., ya sabes todo lo que me ha dicho

El marqués se encogió de hombros y murmuró:

—No lo entiendo.

El marqués era un carácter de los que no sufren que se les empuje ni áun á su propia felicidad; queria ir á la gloria ó al infierno, pero por su propio pié, y le bastaba sentir una presion que le obligase á marchar en un cierto sentido para dirigirse al contrario, aunque dejase lo que dejase; y viceversa: le bastaba sentir la presion de un obstáculo, para empeñarse con todas sus fuerzas en dirigirse en el sentido que se le impedia. Toda impulsion exterior era para él un motivo de desencanto; escéptico á su modo, era de los que creen que la felicidad no existe si no se hace, en cuya obra su amor propio no consentia que interviniese más persona que la suya; y habiendo aprendido en su experiencia que la dicha que más se goza es la que más dificultades presenta, hasta se complacia él mismo en provocarlas cuando de por sí no se presentaban.

Pero nunca se habia visto el marqués más desorientado que entónces; tanto, que hasta hubo momento en que sospechó que el padre

de María le habia tomado como preceptor de su hija. Esta, viéndole reflexivo, le dijo con acento de súplica:

—Tú me haces este favor... ¿eh?

—¿Pero tanto miedo tienes á tu padre? la preguntó el marqués.

—Mucho.

—¿Mucho?

—Sí, mucho; pero ahora... muchísimo más.

El marqués hizo un gesto de desden.

—¿De suerte, la dijo, que tú has venido á mí no porque yo te inspire sentimiento alguno, sino por el de miedo que te inspira tu padre?

—¿Eh? exclamó María sorprendida.

—No; pues por mí no tengas cuidado; puedes irte ó quedarte y hacer lo que quieras sin temor de que le diga palabra alguna á tu padre... En cuanto á mí, ya he visto del cármen lo suficiente. Creí que en los campos habia algo más; pero veo que no. Al contrario, me he convencido de que en las ciudades hay mas... más hermosuras, más amabilidad, más... y sobre todo hay corazon.

Y diciendo esto, soltó la mano de María con profundo desprecio, se levantó, cruzó las su-

yas á la espalda y echó á andar lentamente camino de la Fuentecilla.

María, que desde las primeras palabras del marqués le escuchaba con ansiedad, cuando sintió su mano despedida de entre las de él, y le vió levantarse resueltamente volviéndola la espalda de aquel modo, no pudo contener sus lágrimas. Representósela la indignacion de su padre por no haber sabido ser amable con el marqués y las consecuencias que podrian resultar, y juntóse con esto el profundísimo efecto que en ella producia el primer desden que recibia en su vida. Se levantó; dudó si echar ó no detrás de él; pero no se atrevió á seguirle, la dió vergüenza de sufrir un nuevo desden, y traspasando el muro del camino, se escondió en el hueco de una avellanera, y allí, ahogando como podia con su delantal sus sollozos, rompió á llorar con toda su alma. De cuando en cuando levantaba su cabeza y echaba una mirada al marqués, que se alejaba lentamente, una mirada tal que si la hubiera sorprendido, viniera á pedirla perdon. Pero le vió desaparecer y ya no pudo contenerse, pues para ella, que sentia con toda la vehemencia de un alma

vírgen la profunda impresion del desprecio no podia resistirla. Se levantó y tomó el camino en busca del marqués.

Este, aunque todo pretendia hacerlo con su cuenta y razon, no habia dejado de influir en su conducta, exagerándola, un cierto movimiento de despecho. Sintió tras sí los sollozos de María y mentalmente se frotó las manos. Llegó á la Fuentecilla, en la que ni siquiera reparó, y se sentó en el muro.

—¡El miedo al padre! se dijo; es lo primero que he oido... pues lo que es ahora se ha de conocer si está interesada ó no... y lo está... Ella vendrá, es fuerza que venga... es fuerza que la mariposa se queme... ¿Qué tal que lo del miedo al padre hubiera sido una excusa para volver?... Pues con todo su aspecto de inocente, bien podia ser una muchacha de discrecion... y yo estar pasando á esta fecha por imbécil...; pero, que muy bien podia ocurrir... ya lo creo... Por supuesto, mejor. Más suave vendrá. Lo hecho... está bien hecho... Taa tarirarí-tarirarí-tarirarón..., añadió, meciendo una pierna sobre otra y dando al compás taconaditas en el suelo.

A este tiempo, María apareció en la Fuentecilla y le vió sentado donde dias ántes lo habia estado el ausente.

El marqués, sintiéndola cerca, adoptó un aire de triste indiferencia.

María se aproximó al marqués; y como vió que no la hacia caso, le puso una mano en el hombro.

—¿Qué? exclamó el marqués alzando desdeñosamente su cabeza. Ya sé por qué vienes... Déjame.

—No.

—Bien. Puedes quedarte. Ya sé que no es por mí.

—No, repitió María, dando con el pié un golpe en el suelo.

—¿Entónces es... que no vienes por temor..?

—No... no, interrumpió María, fijando un instante sus empañados ojos en su mano despreciada por el marqués.

—Vaya, exclamó éste de pronto con intencionada sonrisa, levantándose; ¿es verdad eso del miedo á tu padre?

María, á quien la dura leccion recibida enseñó á ser más cauta, guardó silencio.

—Me habrás tomado por un estúpido, y con razon, continuó el marqués. ¡Bah! perdóname, no ha sido mi intencion desairarte... Ya veo que tienes algun corazon, puesto que tu idea al venir aquí no puede ser otra que probarme que tienes corazon... y que te has condolido de mi mal... ¿no es esto? Ya que tú provocas el mal, justo es que lo cures... ¿no es verdad?... y harás bien, porque... porque te quiero con toda mi alma... ¿sabes? ¿y tú, me quieres, añadió, deslizando sú brazo por la cintura de María.

Esta hizo un signo negativo con la cabeza, apartándose suavemente de él.

—¿No me quieres?... ¿y por qué? preguntó con dulce acento el marqués.

—Me haces sufrir mucho, respondió María suspirando.

—Es verdad, exclamó el marqués, dejando asomar una sonrisa de voluptuosa fruicion; pero yo te daré la gloria en cambio de tus lágrimas... Dame un beso... para devolverme la vida que me quitas con tus ojos...

María le miró; volvió la vista al suelo; levantó la cabeza varias veces; se pasó otras

tantas las manos por los labios, se acercó, se volvió á apartar, miró á todos lados con profunda ansiedad, y por último, se llevó una mano al pecho y la otra al rostro y exclamó rompiendo á llorar:

—¡Madre mia!... no puedo... yo no... yo no.

¡Cuánto gozaba el marqués contemplando el sufrimiento de María!

—Mira que me siento peor... tú, por tí sola... ven; que me siento muy mal...

María no apartaba su vista de él; temblaba, pero no se movia. El marqués la miraba, y viendo en ella el efecto que la causaba, creyó comprender que su flaco más vulnerable era la compasion. Sabia el marqués fingir con perfecta propiedad todos los efectos de los más violentos espasmos, y principió á simular un temblor, convulsivo que daba más realce á su expresion.

María no podia ver sufrir al marqués tan vivamente.

—¿Qué tienes, qué tienes? le preguntó acercándose.

—¡María, María! exclamó el marqués cogiéndola de una mano; y forzando su convul-

sion, doblando las piernas, añadió con voz ahogada:

—¡Ay!... ¡Ay!... si no me dás un beso... me muero...

—¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó María llorando, pero sin atreverse, contenida en su vacilacion por misteriosa repugnancia.

El marqués, que se habia empeñado en arrancarla esta prueba, dejándose caer de pronto en el suelo, principió á imitar una verdadera convulsion. Movia los ojos y la boca, adoptando una expresion horrible; asomábale por entre los lábios una ligera espuma, que no era otra cosa más que saliva, y abria y cerraba los puños crispados, golpeándose con todas sus fuerzas el pecho.

María se quedó inmóvil y muda de espanto; pero repuesta un instante, echó á correr aturdida de acá para allá, pidiendo con ahogados gritos socorro. A pocos pasos estaba la Fuentecilla, corrió hácia ella, metió las manos en el límpido manantial y volvió hácia el cuerpo convulso del marqués con un puñado de agua. El marqués, sintiendo venir á María, redobló sus sacudimientos, y María, colocándose á su

lado, de un golpe arrojó toda el agua que traia sobre el agitado rostro del marqués. Este volvió en seguida en sí, y mirando de hito en hito á María, muy dudoso de que, con todo su aspecto de inocente, no se estuviese burlando de sus pantomimas, prometióse para en adelante ser más cauto en el empleo de ellas.

—Gracias, María; exclamó con cierta expresion de amargura, pero mordiéndose los labios; gracias, hermosa. He vuelto en mí; mas no ha sido por el agua, sino porque este agua que me has echado en el rostro ha pasado por tus manos.

María, que le escuchaba atónita, exclamó tristemente:

—Pero, ¡Dios mio! ¿yo qué daño te hice? ¿por qué sufres así?

El marqués, enardecido por aquella encantadora expontaneidad, creyó que le decia: ¿á qué vienen esas comedias? ¿no me tienes aquí?, desdeñando pantomimas, se levantó y corriendo ciego hácia la niña, la elevó en sus brazos.

María quiso huir; pero sintiéndose de pronto asida, dió un grito, y en el mismo instante

se escuchó cercana una detonacion de arma de fuego.

Era el padre, que oculto tras un avellano y no sabiendo cómo indicarse de modo que no se conociese que habia estado ejerciendo el espionaje, echando mano al revólver, disparó al aire un tiro.

El marqués soltó á María, que tan luego como puso los pies en tierra echó á correr, poseida de profundo miedo, en direccion hácia el camino por donde, con aire como de distraido, bajaba su padre á la Fuentecilla.

Cuando el marqués se serenó un tanto, se preguntó qué era María, y no supo formarse un concepto fijo. Habia creido ver en ella rasgos contradictorios: rasgos de completa inocencia, rasgos de discrecion, rasgos de veleidoso capricho, y hasta rasgos de equívoca seriedad. La clave de las contradicciones que él notaba, ciertamente, no habia estado á su alcance; pero así hay muchos caractéres, cuyas contradicciones se tienen por cosas de bobos ó locos, y es que á veces la clave de tales contradicciones está en espacios donde para verla es preciso elevarse ó profundizar, trabajo que para

los más suele ser molesto, cuando no imposible.

El marqués se apresuró á salir á recibir al padre de María, el cual haciéndose de nuevas, miró á ámbos como con sorpresa, diciendo:

—¿Cómo? ¿Estábais aquí? Venia precisamente en busca vuestra. Habreis oido un tiro. Pues nada; que me incomodaba el revólver en este bolsillo, y fuí á arreglármelo en otro; la baqueta no estaba en el seguro, y se disparó... No ha sido nada, pero por poco si me pego un tiro.

María, mientras su padre hablaba, fué rodeándole su cuerpo, hasta que se puso detrás sin apartar la vista del marqués.

—Pues venia, añadió el padre, para que comiésemos, porque yo tengo que hacer en la capital y necesito volver temprano.

La mesa estaba preparada en el bosque en medio de fuentes y surtidores. Durante la comida, María miraba al marqués cuando éste no la miraba, y el marqués, temiendo una explicacion de lo ocurrido de lábios de la niña, contó que se habia sentido un poco malo de un desvanecimiento, que María le habia cuidado

y que al ir á ayudarla para atravesar una zanja fué cuando se oyó el tiro, lo cual contó á satisfaccion de María con el mismo aplomo con que el padre de ésta lo escuchaba sonriendo seráficamente. Terminada la comida, durante la cual María no se atrevió á rehusar obsequio alguno del marqués, el padre se levantó, y la niña, viéndole alejarse, se levantó y se fué tras él. Llevóse el padre á su María á una habitacion del cármen.

María sabia que los novios se casaban. Oíalos nombrar frecuentemente, y conocia muchos cuentos de novios que se casaban. Una niña oye por primera vez la palabra *novio*; pregunta su significado, y en lo sucesivo no pregunta más. Para ella es el nombre de un presentimiento. Si dias ántes de las primeras escenas de la Fuentecilla se hubiera preguntado á María qué era un novio:

—Un novio... un novio; hubiera contestado tropezando con las dificultades de una definicion: un novio... es un hombre.

Momentos despues de aquella escena hubiera respondido:

—Un novio es..: un huésped, un huésped á

quien se dá agua y se obsequia con los mejores manjares de la casa, se le agasaja, se le acaricia... y despues deja cuando se vá mucha tristeza.

Cuando estuvieron en la habitacion, el padre preguntó á la hija:

—Veamos. ¿Tú sabes lo que es un novio?

A esta pregunta el corazon de María se hinchó rebotando de júbilo en su agitado seno. Creyó que su padre abordaba la cuestion y le iba á hablar de quien ella suponia la hablaba en su carta.

—Sí, contestó al momento con una sonrisa indefinible.

—¿Sí? Pues veamos.

—Es, replicó la niña, dándole con su mano golpecitos en el hombro á su padre, un hombre que... se llora mucho cuando no está al lado.

—Muy bien; exclamó el padre soltando una carcajada, pues haremos que esté al lado siempre. Todo quedará arreglado muy pronto. No nos ocupemos más de este ásunto... Conste que eres muchacha de alma y de discrecion.

María, conteniendo sus sollozos de alegría,

se abalanzó al cuello de su padre colmando su semblante de besos.

Volvió el padre con su hija llevándola de la mano al lugar donde la esperaba el marqués, y le dijo:

—Marqués, cuando querais.

El marqués se aproximó á María, y tomándola una mano, la dijo con extraño acento:

—Adios, María.

—Adios; repitió ésta, y sonriendo dulcemente, añadió: que te alivies.

El padre, al oir esta última frase, tan fácil de interpretar como burla, contuvo un pujo de risa, y el marqués frunció un tanto las cejas y se mordió los labios.

El padre y el marqués se alejaron.

El marqués comprendió que lo que habia inspirado á María, ó lo que ésta habia manifestado, era un sentimiento entre compasion y miedo; pero ni un soplo de amor; y como le constaba por experiencia propia que es más fácil fingirse inocente que serlo y aún más fácil siéndolo parecerlo que fingir no serlo, bastábale un rasgo ambíguo para juzgarla mujer de discrecion, pues tuvo la suficiente

para entretenerle é interesarle. De todos modos, el marqués estaba vivamente contrariado, y ya se sabe lo que es vanidad burlada y amor propio herido en almas como la del marqués; es amor.

Nunca el marqués se habia sentido tan interesado en empresa alguna como en conseguir la conquista de María, aunque necesario fuera entregar ántes el alma al diablo.

La voz del padre de María vino á sacar al marqués de sus reflexiones.

—¿Qué os ha parecido el cármen? preguntó aquél á éste.

—¡Ah! ¡sí! se me olvidaba hablar de ello. Pues me parece una finca preciosa. Esta abundancia de aguas bajo tan agradabilísima frondosidad, trasportan el alma. Es un amenísimo retiro donde sin inconveniente alguno me pasaria el resto de mi vida... Pero ¿sabe usted que tiene Vd. una hija soberbiamente hermosa?

—¿Hermosa?

—Muy hermosa; pero muy virtuosa.

—¿Cómo «pero» muy virtuosa?

—Muy virtuosa quiero decir; el pero es un

pero de verano, es decir, una equivocacion. ¡Mil diablos!.. Si yo estuviera de otro modo... á ojos cerrados haria que timbrara como mis timbres.

—¡Pse! es muy virtuosa, sí. No extraño que le guste.

—No, no es sólo gustar. Es que es una muchacha que vale muy bien la pena de renunciar al mundo por ella.

—Y luego renunciar á ella por el mundo; conozco esa teoría, ó mejor dicho, esa práctica, y además conozco á Vd., que es casi lo peor.

—Pues se equivoca Vd. de medio á medio, porque le juro que si consintiese... por supuesto, esto es casi absurdo. El recelo que el criminal inspira, ahoga todo arrepentimiento en el corazon. Confieso que creo natural que los precedentes de mi historia inspiren recelos... recelos absurdos, que por huir de un arrepentimiento verdadero, vienen á ser burlados por la honradez fingida. La fama hace al hombre, porque todavía hay personas para quienes la fama de honradez es la honradez misma.

—No, yo no soy, amigo marqués, de esas

personas, porque, como Vd. sabe, le he tenido á mi lado algun tiempo y... he podido juzgar de un modo bastante claro. Por el contrario, si juzgase por la fama... ya veis.

—Y bien...

—Que no está Vd. arrepentido; lo que está es imposibilitado.

—Y entónces...

—Que debe Vd. renunciar á ello. Yo no creo que Vd. me engaña; lo que creo es que Vd. se engaña.

—Póngame á prueba; oblígueme á cualquier sacrificio; enciérreme ó suélteme; abofetéeme... pero no me haga renunciar á lo que yo juzgo mi última esperanza, no me haga renunciar á la posesion de su hija... porque los brazos del que se ahoga, ahogan tambien... dispensadme, esto os puede parecer una estúpida amenaza. No las acostumbro. Fué sólo expresar que estoy dispuesto á todo, excepto á renunciar á su hija.

—Llévese la mano á su corazon al guna vez, ¿qué le dice?

—Me dice que hará Vd. la felicidad de su hija y la mia.

—¿Eso le dice su corazon? Bien, ¿y el de mi hija, qué se dirá?

—¿Qué se dirá?.. Por hoy, no lo sé. En dia no lejano, acaso, le juro que se dirá lo que me dice el mio.

—Muy segura tiene Vd. su conquista.

—Y tanto. El marqués de Monsenda, rompiendo con su historia, se consagra á la conquista del cielo, conquistando el corazon de un ángel. ¿Por qué, pues, empeñarse en cerrarle sus puertas? La llave de ese corazon la tendré yo, ó la robaré á pistoletazos, ó... acaso irá á fundirse al infierno; pero en la tierra será mia ó de nadie.

—En lo que juzgamos, prevaricamos... El marqués no rompe con su pasado. Dejaos de pistoletazos, y consagraos en todo caso á haceros digno del corazon de mi hija. ¿Creeis, tal vez, que es lo mismo conquistar el corazon de una querida que conquistar el de una esposa? ¿Creeis que el hogar doméstico debe convertirse en polvorin? Para que yo os pudiera prometer algo, seria preciso que renunciaseis á todas esas tonterías y que todo ese celo que demostrais lo consagraseis á defender los in-

tereses y el honor de la que pretendeis hacer esposa feliz. Una cosa es el hogar, y otra el burdel... Supóngase, señor marqués, que mañana mismo os entrego mi hija...

—¿Mañana?

—Hombre, no. Poco á poco; es una suposicion que quiero establecer tan sólo para que os pregunteis: ¿mi firmeza pasará del primer dia? ¿Será mi arrepentimiento bastante firme para durar toda la vida? Porque esto, suponiéndolo así para mañana, parece que se vé más claro en qué estado se halla en el instante la revolucion del espíritu, sorprendiéndola de pronto ántes que nos engañe. Ya veis que me dirijo á Vd. como á hombre honrado, y de tal honradez, que ni me engañe ni se engañe.

—¿Qué me ha de decir?... La pregunta hecha tiene la respuesta que es de suponer, y ni me engaño, ni engaño.

—A pesar de todo. Dejemos esto, y hablemos de otra cosa.

Y fué tan brusco el acento con que pronunció estas últimas palabras, que vió al marqués agitado por un ligero extremecimiento. El padre de María habia echado el anzuelo en el al-

ma del marqués, y al sacarlo de pronto, conoció que habia agarrado en el corazon.

El marqués seguia el camino, meditabundo y silencioso, con una mano á la espalda y otra en la abertura del chaleco. El padre de María le acompañaba como distraido con la perspectiva de los campos.

El marqués no tenia al principio esperanza alguna, con respecto al consentimiento del padre de María, ni habia pensado en proyecto formal; pero en el curso de la breve conversacion que sostuvieron, la idea de la posesion de su hija comenzó por revestir en su imaginacion formas legales, y partiendo del objeto indigno de su deseo, para conseguir el cual estaba dispuesto á transigir con lo legítimo, concluyó por trasladar su objetivo á lo legítimo, y en pensar en el mundo, para él desconocido de las delicias conyugales; en otros términos, al principio pensó en casarse con María, pura y simplemente, por poseerla, y despues, acaso solicitado por la confianza del padre, pensó en casarse, y despues, más solicitado por la resistencia, no sólo ya pensó, sino que resolvió. De aquí, pensó en la tranquilidad del hogar y en

sus íntimas y sosegadas dichas, y de esto pasó á pensar en María como esposa. Esto ya era difícil de resolver, porque María, como esposa, significaba María feliz, lo cual entrañaba una cuestion árdua, fecunda en incertidumbres, que necesitaba serio exámen. Momento hubo en sus reflexiones en que, comparándose con María, se compadeció de ella, el momento precisamente en que el padre terminó la conversacion de tan inesperada manera, y en el que el marqués enmudeció, pensando en lo más recóndito, como un eco lejano de su propia conciencia, que el padre de María era un verdadero padre.

En todo el resto de aquel dia, ni el padre de la niña ni el marqués se hablaron más; es decir, sí se hablaron.

Al despedirse el marqués, dijo al padre de María:

—Adios.

Y el padre de María, entónces, contestó al marqués:

—Adios.

Mientras que éstos iban conversando, María bajaba á la Fuentecilla; se reclinaba junto al

manantial, y contemplando sus cristalinas burbujas y oyendo sus sosegados murmullos, caia en ese éxtasis de felicidad, en que el alma se eleva absorbida por el cielo en un torbellino de sonrisas.

Se inclinaba sobre el móvil espejo de sus aguas, y multitud de pompas venian sobre su imágen trémula á romperse suspirando como un continuo rumor de besos surgiendo bulliciosos de su límpido seno. Miraba en rededor, y escuchando los suspiros del bosque, creia que el viento susurraba en sus oidos misteriosa hablilla que halagaba su secreto. De todos lados, de la fuente, del bosque, de la floresta, venia en sus rumores, grata murmuracion, y hasta creyó que la naturaleza, sorprendiendo en las lágrimas su secreto, la enviaba en sus misteriosas armonías, un eco en que reconocer los violentos latidos de otro corazon.

—Aquí, pensaba María, me preguntó cómo me llamaba; acá, me ofreció un obsequio; allí, me dió un beso... ¡un beso, Dios mio!.. Cuando mañana le vea, le diré: «en el beso que te dí al despedirnos, sentí á poco que te habia entregado mi alma; devuélvemela, porque sin

ella no sé sonreir...» Y me la devolverá, porque recuerdo que le gustaba verme sonreir... ¡Dios mio, qué felicidad!...

Y se mesaba los cabellos con febril impaciencia, como si quisiera apartarse de su frente un cabello obstinado; y metia las manos en el manantial agitando sus aguas, como azotándolas porque no reian bastante. Al fin, no pudiendo soportar la quietud de su inquietud, se levantó. Fué á la casa, y apenas entró, volvió á salir, se alejó de ella, comenzó á vagar, y cantando, cantando con voz ahogada por el contento, fué á visitar á sus vecinas como si necesitase verter en otros corazones la alegría que rebosaba del suyo.

Se ha dicho que la soledad es la patria de las almas fuertes. En ella, al ménos, se fortifica el sentimiento por el martirio. La mujer que principia amando á todos los hombres, concluye por no amar á ninguno, la que principia no amando á ninguno, concluye por amarlos á todos; pero la que principia amando á uno, será su recuerdo como la sombra de su alma en cuyo fondo, el rumor del primer beso será nota dormida en lágrimas, que no

despertará sino con ellas, porque como expresa un romance inmortal del siglo XV,

el amor comprado
con tan ricas prendas,
no saldrá del alma
sin salir con ella.

VII.

La palabra *amar* es contraccion de la palabra *animar*. Siempre puede traducirse atraccion, repulsion y vibracion, por simpatía, antipatía y extremecimiento. Por algo tiemblan los astros á la aproximacion de otro, se combaten y destrozan por la serena posesion de la luz de un sol; por algo, á un gesto del rey de los astros, gime extremeciéndose la tierra; por algo, la luna y el sol conmueven sus mares, en cuyas ondas se miran; por algo, las plantas se visten de hojas y se engalanan de flores derramando al viento sus perfumes; por algo, los peces cambian luminosas las cristalinas olas del

Océano; por algo, la nocturna luciérnaga llama en las sombras de la noche á su amante pareja con sus pálidas fosforescencias; y cuando el ciervo del Tibet busca la suya apasionado entre las montañas, por algo es gratísimo el penetrante perfume del almizcle, mensajero de su afan; por algo, el mísero gusano se convierte en crisálida, y la crisálida, rompiendo su prision, brota convertida en mariposa sacudiendo á la luz del dia sus alas de brillantes colores; por algo, las aves pueblan de gorjeos la amena espesura, labrando en ella sus nidos, y por algo aquella del Paraiso, que lo edifica en tierra en forma de pequeña choza, adorna sus umbrales con césped, granos, flores y conchas; por algo, hasta las piedras se cambian en cristales que se adhieren y enlazan, y el pobre trozo de carbon, vendido á vil precio, se torna trasparente quebrando el rayo de luz en su límpido seno en mil radiantes destellos, negro esclavo de la naturaleza que asciende á rey, como Mycetes, para nadar deslumbrador en el lujo y la opulencia...

El amor es la suprema aspiracion de todos los séres, la energía universal, el soplo divino,

el principio de vida, el secreto del movimiento, la esencia única y desconocida del calor, la luz, la electricidad, el magnetismo, la afinidad, la cohesion, la gravedad y la atraccion universal... Él es causa íntima del conflicto y de la armonía; razon superior y objeto de la creacion, y alma de la naturaleza entera... Y lo que principia por ser una verdad científica, una necesidad moral, un dogma inquebrantable del sentimiento y supremo principio de belleza, bien puede concluir por ser un dios. No Dios el increado; *Eros* resucitado como el ave Fénix de las cenizas á que le indujo estúpido escepticismo; un dios que se infiltra en la naturaleza, que la anima, la vivifica, la mueve, la impulsa, la enciende; el dios que asienta su espléndido trono así en el centro de un sol radiante de luz como en el limbo de las flores cuajado de aromas; el que mueve desde la mariposa hasta el astro; el que pasa, llevando delante de sí el esplendor de la primavera y dejando tras sí la tristeza del otoño, despertando al paso los corazones palpitantes y encendiendo las pupilas con el brillo de la fascinacion; el que aturde, conmueve y arrastra... No

un dios inmutable y absoluto, el Dios de la justicia, fuera de sus criaturas; un dios que encarna en ellas, y que entre ellas se reconoce dios, y ellas le reconocen adorándole áun á su propio pesar hasta morder la tierra, como se adora al déspota que atropella, incendia, destruye y saquea sin perder un punto de su magnificencia y esplendor.

Nadie sabe qué género de fuerza será la suya; mas lo que sí se sabe, es que cuanto ménos se satisface, más se engrandece.

Nadie cantó la luz como el ciego Milton, ¿qué hizo con sus cantos sino asomarnos al abismo que el deseo de sentirla habia abierto en su corazon? Y es que no hay vacío sin aspiracion, y cuanto más el vacío se profundiza, más se agranda la aspiracion; pero el que abre la soledad, abismo es impenetrable y profundo al que ni el pensamiento puede asomarse sin sentirse aturdido por el vértigo. Todos los séres le sienten: desde la planta del bosque que se adelgaza y extiende buscando los rayos del sol y el animal que aislado, muere de tristeza, hasta el hombre que llora y se desespera.

La madre-perla, rebosando vigor y lozanía, escondida y aislada en las profundidades del Océano, cria excrecencias que, con el tiempo y su aislamiento, gota á gota, se agrandan; y son sus perlas. Así cria el corazon las suyas, lágrima á lágrima, que acaso dormirán en su interior eternamente sepultadas en el olvido, ó acaso un dia derrame por los ojos arrancadas por horribles tempestades; pero si alguna vez encuentra otro en el mundo, y acaso con perlas mucho más grandes, cuando ambos se sientan palpitar juntos y se miren arder en las pupilas y broten las perlas sacudidas por el extremecimiento de un beso, habrá unos lábios sedientos que las recojan y las engarcen en sonrisas... El hombre ha dado valor á las perlas; siempre ha llamado perlas á las lágrimas; ¿qué atractivo tendrán las perlas á los ojos humanos? Quizás el parecido entre su color y el del rayo de luna... y el del rayo de luna y unos ojos melancólicos!... Hay que dar valor á algo más que á lo científico, porque el científico nos dice que las perlas son carbonato de cal, y las lágrimas, cloruro de sódio disuelto en agua... Y es que hay dos clases de sabiduría; por pro-

fundidad, que es camino del infierno; por elevacion, que es camino del cielo; la sabiduría que trabaja en la sombra y la sabiduría que trabaja en la luz, la sabiduría de la razon y la sabiduría del sentimiento, la ciencia y el arte. Ambas son la explotacion del misterio, sólo que la una abre los ojos que ciega la oscuridad, y la otra cierra los ojos porque se deslumbra... El amor es de los misterios que deslumbran; pero el corazon humano es el misterio de ese misterio.

Dícese que llaman *bobos* á los de Coria porque cerca de este pueblo se eleva un enorme y sólido puente, bajo el que ya no pasa el rio. Así pasa con el enorme edificio de la ciencia, que despues de haber sido trabajado durante siglos enteros, para traspasar un obstáculo, se encuentra siempre delante la corriente de las dudas... Por el camino del cármen, el doctor don Cosme y un sacerdote profesor del renombrado seminario del Sacromonte, venian hablando del siguiente modo:

—Déjeme Vd. de fantasmas, señor cura.

—No, no, señor doctor, pues ¿qué Vd. no me admite que aún queda por descubrir más

mundo material de lo que vemos y sentimos? ¿No se ensancha de dia en dia el conocimiento del mundo material?

—Bien; pero eso nada me dice, señor cura.

—A mí me dice que el campo de nuestros sentidos es relativamente reducido y que dentro de él convenimos, pero de un modo arbitrario, en que en la escala de séres y cuerpos por nosotros conocidos, se llame á los que le traspasen por su grandeza infinitamente grandes, y á los que le traspasen por su pequeñez, infinitamente pequeños. Pero esto, señor doctor, no existe en absoluto; es que nos parecen pequeños ó grandes relativamente á nosotros mismos y segun nos dan la magnitud nuestros propios sentidos...

—Y bien, ¿y qué?

—El campo de la vision se ensancha inventando el telescopio y el microscopio, y al ensancharse, el hombre ha percibido nebulosas, nuevos astros, nuevos cuerpos, nuevos mundos pequeñísimos, células y núcleos. Usted me admitirá en buena lógica que á medida que se ensanche se irán percibiendo más nebulosas y más astros, más cuerpos, más célu-

las, y en los núcleos más núcleos... ú otra cosa, que no serán núcleos, pero que se sabrá de ella tanto como hoy de los núcleos...

—Admitido.

—No hay razon para no admitirlo, á ménos que Vd. suponga que hoy se ha llegado al límite y al elemento. Pues bien; si esto sucede con la vista, se puede esperar que pasará otro tanto con el oido, y cuando el campo de este sentido se ensanche, irá percibiendo nuevos rumores, nuevos acentos, nuevas armonías. Cuando se ensanche el del olfato, se percibirán nuevos aromas, nuevos perfumes. Cuando el sentido del tacto se ensanche, se irán percibiendo nuevas fuerzas, nuevos cuerpos, nuevos séres...

—Es posible, y tal creo que será la obra del progreso.

—Pues si puede ser que exista tanto ignorado, y que lleguemos á descubrirlo, ¿con qué razon, señor doctor, se rie la ciencia cuando habla el sentimiento de *ignotas armonías*, de *séres intangibles*, de *fuerzas desconocidas* y de *goces* superiores á los del instinto? ¿con qué razon se rie la ciencia de lo que llama creacio-

nes de la fantasía? ¿Qué sabe Vd. si lo que hoy sueña el poeta es lo que pensará mañana el científico? ¿No piensa hoy, en el fondo, lo que soñó Lucrecio?

—Es posible.

—Y tanto como es posible. Todo el mundo lo sabe; ser poeta no es más que tener gran sensibilidad. No se mezcle en nada el espíritu; el poeta no espiritualiza, canta lo que siente, lo que siente, lo que siente, ¿lo entendeis bien? A nosotros nos conmueve, buena prueba de que algo de lo que él siente, sentimos tambien los demás; porque es posible reirse de lo que se siente, pero no es posible que conmueva lo que no se siente.

—Luego entónces, si no es posible que conmueva lo que no se siente y es posible reirse de lo que se siente, es posible reirse de lo que conmueve.

—Pues eso es lo que hacen los científicos: reirse de lo que les conmueve, en vez de preguntarse por qué razon les conmueve; y que esto lo haga el vulgo, bien, porque no tiene obligacion de saberlo, ni aspira á título alguno; pero que lo haga el hombre que aspira á

llamarse filósofo, y sólo por darse aire de sábio con su sonrisa desdeñosa ante el vulgo... yo no sabré calificarlo. La verdad es que fé es creencia, y creencia todo lo que nos mueve; y preciso es convenir en que desde el primer filósofo hasta el más rudo labriego, todos se mueven por el sentimiento con más prontitud y vehemencia, con más firmeza y energía que por la razon. La filosofía no es más que un engaña-muchachos y saca-dineros con que distraer el ócio del escepticismo, divertir el ingenio y halagar la ambicion de nombre. Ni una palabra práctica, ni un precepto cumplido por el mismo que la imagina. Esto es al ménos ridículo. La filosofía ha venido á ser la charlatanería de la gente culta. ¿Que rinde beneficios? Sí, como el charlatan que tambien saca las muelas al corro que le admira. Todo el mundo la lee y habla de ella; pero cuando llega el momento de obrar, consulta su propio sentimiento y no al filósofo que ha leido. Dicen que van en busca de la verdad, y lo que ménos les importa es la verdad. ¡Qué suprema tontería! ¡Qué delirio de charlar de todo lo creado y lo increado! ¡Qué de ironías, de

sarcasmos, de burlas, de chistes! ¡Qué lucha tan sangrienta para ahogar todo sentimiento! ¡Qué minar lo que se ignora para echar el sombrío escombro sobre lo que se siente! ¡Qué modo de hablar de células que piensan, como si el fenómeno de pensar fuese más explicable en la célula que en todo el hombre, y tanto y tanta suprema tontería como se tiene la desfachatez de escribir! ¡Dios de Dios! ¡Cómo veo en el fondo de estas luchas renacer las mitologías, si es que alguna vez han muerto, en fuerza de ser las que privan groseras, brutales y enfáticas sin un soplo de poesía, que hable al sentimiento, que conoce más pronto que la razon, sin un símbolo que sintetice, pues sin síntesis no hay ciencia, ni una palabra de certidumbre que aliente, ni una idea que arrastre al espíritu á algo grande que sirva de norma y guía; ántes ahogando toda aspiracion en la profunda amargura de la duda que amamanta en el fondo de las conciencias el hastío ántes de vivir y la desesperacion sin tregua y sin grandeza siquiera!... Eso es el encono contra el poder; ¿creeis que si se borrase de todas las conciencias el cristianismo los

mismos que hoy le atacan no crearian otro acaso extraviado en lo más absurdo del misticismo? Lo que es que, por fortuna, el mismo que crea una filosofía principia por no creer en ella, por no regirse por ella, manifestándose inconsecuente con sus propias creencias...

—Poco á poco, señor cura, porque en ese caso tambien se podria dudar de la sinceridad del sacerdote, cuando predica á sus feligreses. Convendreis conmigo en que las doctrinas no se propagan sino en un terreno abonado para ello, y dejo á vuestra consideracion si pudo ser posible que preparase el terreno al descreimiento; la inconsecuencia de los vuestros mismos con la doctrina moral de Cristo. Yo no digo que filosofía alguna sirva de base á creencias, no. Digo únicamente, que con arreglo á la ciencia, es necesaria una filosofía práctica para la vida para no molestar á nadie, pero para no ser molestado tampoco, porque es sabido que en el mundo, que es un continuo conflicto de séres y fuerzas mecánicas ó inteligentes, como Vd. supone, cada cual vive como puede, y no como quiere... ni acaso como cree.

—Habeis dicho mal, no con arreglo á la ciencia, sino con arreglo á la moral.

—Posible, á la moral posible; predicad lo posible, que es lo que permite la naturaleza humana y el estado social del hombre, y que es la moral que practica el mismo sacerdote, y lo lograreis. ¿Qué importa la teología? ¿Necesitó Jesucristo hablar del *yo* y del *no-yo*, ni explicar metafísicas, para que los mártires diesen su sangre por sus doctrinas? ¿Habrá nada más intolerable que los latinajos y los pruritos de erudicion de que se hace gala desde vuestros púlpitos? ¿habrá nada más insufrible, si no ridículo, que el abuso de vuestros anatemas, desde una ignorancia que no es inferior al ménos á la de la ciencia? ¿Creeis que la doctrina de Jesucristo necesita más de razones que de ejemplos? El racionalismo, señor cura, se enamora de los hombres grandes y no de los dioses pequeños. Por hablar del Antecristo, os olvidais de hablar de Cristo; por hablar de teología, os olvidais del Evangelio. Habladnos de aquel sacrificio, de aquel sublime ejemplo de heroismo y abnegacion que irradia desde el Gólgota á todas las conciencias... ¿No deciais

que la verdad está en el sentimiento? Pues bien, yo lo siento así; para admirar, respetar y seguir á Cristo, no necesito de la teología para nada. Alegraos, señor cura, de que el hombre que se consideraba separado de Dios por la barrera infranqueable de su naturaleza, sólo vea que le separa la diferencia que existe entre el heroismo y la vulgaridad, que se acorte la distancia entre Dios y el hombre, no porque Dios se empequeñezca, sino porque se engrandezca el hombre, porque es natural que éste, caminando á su perfeccion moral, se vaya considerando más Dios, conforme le vaya sintiendo más cerca. Alegraos, señor cura, porque esto representa un progreso moral... Lanzais excomunion por fútiles motivos y no quereis que las conciencias se turben y se indignen. Sois vosotros los que invadiendo terrenos que no os pertenecen, preparais por vuestra intolerancia el descreimiento. Nos condenais con nuestra misma ciencia, y cuando se os vuelve en contra, que ha sido siempre, y pasando el tiempo habeis visto vuestro error, entónces se os ocurre pensar que la ciencia es móvil, voluble, temporal, incapaz de servir de

base á la moral. Dirigíos al corazon, preocupaos de las cuestiones de moral, no condeneis doctrinas que por vuestra misma incertidumbre científica ignorais si serán ó no verdad, porque si no lo son, caerán sin necesidad de vuestros anatemas, y si lo son, subsistirán á pesar de vuestros anatemas, que caerán envueltos en el desprestigio y en el ridículo.

—Señor doctor, señor doctor, ¿es filfa la revelacion divina?...

—Déjeme de revelacion divina, pues siquiera su interpretacion es obra de la razon humana. Yo no la niego, lo que niego es que pueda interpretarla la razon. Yo no la ataco, pero dudo de sus interpretaciones.

—Yo os presentaré diez mil pruebas...

—Hélo ahí; ya invadís el terreno científico; pues bien yo os presentaré noventa mil...

—Y yo cien mil...

—Total: doscientas mil pruebas que mientras que se dicen ó se escriben pasa un siglo en la duda y en la incertidumbre con tanto triunfo para la crítica científica, que es nuestro terreno, cuanto olvido y desprestigio para la moral, que es el vuestro ó debe serlo.

—¡La duda! ¡la duda!... ¡siempre la duda! el cáncer de nuestra edad, la hija adulterina de lo absurdo y de la razon...

—La duda. El voraz cancerbero colocado á las puertas de la conciencia...

—Con razon la llamais cancerbero, porque guarda el infierno. ¿Qué veis tras ella sino tinieblas? ¿por qué no os vendais los ojos ántes que el vértigo se apodere de vuestras conciencias?... ¡Oh, si á nosotros se nos debe el fanatismo, á vosotros se os debe la desesperacion!

—No tanto, señor cura...

—¡Ah, no lograis completa victoria porque vuestras ironías y sarcasmos se embotan en el corazon! ¡porque se sacude latiendo de vuestras garras ántes que le ahogueis! el corazon os rechaza; si no os rechazase no habria necesidad de infierno en la otra vida; lo habriais hecho de ésta.

—Amen.

—Amen.

Así hablaban estos dos personajes para los cuales parecia haber dicho Jesucristo que entregaba el mundo á las disputas de los hom-

bres. Entretanto, venian tambien hablando por el bosque el marqués y el padre de María.

—Esta finca es más de recreo que de produccion. Quinientas fanegas de avellanas produce á lo más; bien poco es. Debereis conservarla tal como está en arrendamiento. Es de las que forman parte del dote.

—Bien poco tiene que administrar.

—Las composturas se llevan las rentas. En cambio tendreis que moveros bastante por otras fincas. Ya sabeis que en la legítima de su madre entra una que no dá ménos de cinco mil fanegas de aceituna. Es preciso estar con cien ojos y no confiar en capataces. Además, aquel monte que ya habeis visitado, que es de oro... Mil cabezas de ganado pastan holgadamente en él. Es un monte que dá dineros hasta con las piedras.

—¿Las piedras?

—Y no hay que perder de vista esa rentilla que no baja de quinientos duros.

—¿Las piedras quinientos duros?

—Sí, se vende la retama sobrante como leña, se arriendan cinco hornos de cal, y se deja el usufructo de las piedras á los caleros, que

sacan muy buena cal de ellos. Total: quinientos duros. Ya se irá acostumbrando á estos detalles. La administracion del campo no consiste más que en los muchos pocos, y hay que estar sobre estos pocos.

—Vaya, vaya diciendo.

—¡Ah! me olvidaba de lo más importante. Hay que tener un fondo en metálico constantemente dispuesto para cualquier negocio repentino, como, por ejemplo, comprar una finca que se presenta en buenas condiciones, porque el dinero al contado siempre gana la partida... Este fondo no baja de un quinto del capital. Así lo tengo yo; y así lo dejaré. Ya tendremos tiempo de hablar sobre el terreno. Es una administracion complicada; ya veis, lo que os he mencionado, junto con los cereales y huertas, no baja de veinte mil duros de renta, conque prepárese á hacerse cargo de todo, que yo en cuanto se efectúe el casamiento, salvo si necesitais mi consejo, pienso dejarlo enteramente á vuestro cuidado.

—Cuento con vuestro consejo porque yo empiezo á instruirme de todo esto.

—Supongo que no tendreis inconveniente

en vivir en mi casa. Despues de todo, es una economía.

—Por mi parte, lo que María determine. Me es indiferente vivir en el campo ó en la ciudad.

—Malo es empezar por abdicar de un derecho. Sabed que os está confiada su educacion y ved cómo la educais. No la acostumbreis á que su capricho determine en lo que os toca resolver.

—Bien. Ahora, cuando la vea, hablaremos.

—Esperándonos estará, y vestida.

—¿Vestida? ¿Usted dice que la escribió la prisa con que resolví efectuar el enlace?

—Yo la escribí, con la brevedad que los asuntos exigian, que hoy y á estas horas llegaria con su futuro, con el sacerdote y con el doctor, advirtiéndola que, para no hacer esperar á nadie, estuviese preparada.

—Es un matrimonio al vapor.

—Pues mucho me prometo de este enlace para ambos. La mayor parte de los matrimonios felices se han realizado así. Verse, gustarse y casarse. Los demás que andan con muchos ambajes, ó es que no se casan en seguida porque no pueden, ó es que se andan bus-

cando las salidas para escaparse, y si al fin no se escapan, es porque otras razones les obligan.

—Así creo; y sentiria que ella quisiera dilatarlo.

—Un detalle puede dárnoslo á entender, y es que si ella está vestida, no hay que dudar que está *dispuesta*. Yo comprendo que tanta prisa ofende, en cierto modo, al pudor femenino, y á ella acaso algo más, porque es más pudorosa que lo que de ordinario se suele ver, y porque al fin no la habeis visto más que una vez... Así es que no me extrañaria que esperase á nuestra llegada para vestirse... ó verla vestida y resistirse, aunque como hija, es de una sumision irreprochable, y... nos esperará vestida, con seguridad. Yo me encargo de esto.

—Hé ahí una resistencia inesperada, contra la cual no puedo formarme una línea de conducta, porque en medio de mis deseos, la encontraria casi agradable.

—Con efecto; pero vencerla hasta la bendicion es asunto de familia, de la que aún no forma parte el futuro; despues de la bendicion, es asunto conyugal.

Así terminaron la conversacion, pasando á monólogos mudos y calladas digresiones que cualquiera puede suponer; mas no es propio concluir con asunto conyugal, y aún queda algo por decir de cuanto antecede, que pues no se trata ménos que de misterios, es preciso dar al misterio lo que es de él, si misterio es lo que está en boca de todo el mundo.

Cosas hay de que el hombre ha cantado en sus poesías que son realmente misterios; pero se han aplaudido las poesías, y sin embargo, los motivos de ellas no han ganado por esto más veneracion que la que ántes se les tributaba; parece como que las gentes tienen ya formado acerca de determinados puntos su concepto de la realidad, que no pueden velar los tules de la poesía inspirada en el más puro sentimentalismo... Sentimentalismo, esa es la palabra con que se califica; y ¿qué se aplaude, en suma? ¿el ingenio ó las excelentes intenciones del poeta? Trátase, póngase por caso, de una descripcion poética de la espléndida primavera, en la que, por ejemplo, lo más sencillo y ordinario, salen á relucir los indispensables perfumes de las flores con

el correspondiente calificativo de *embriagadores*. ¿Por qué embriagan agradablemente?—Yo qué sé, responde desdeñosamente el poeta; yo lo digo porque lo siento así.—¡Bravo! ¡buena idea! ¡buen fondo! ¡buena intencion! es un poeta de sentimiento.—Estúpido, puede replicar para sí el poeta frotándose las manos; el poeta de sentimiento en todo caso eres tú; yo soy el que le dá formas. Viene el científico, analiza los *perfumes embriagadores*, y exclama sañudo:—Son sustancias balsámicas, compuestas de carburos, etc. Explícame por qué me agradan esas sustancias.—Porque te gustan muchas mentiras.—¿Dónde está la mentira en que me agradan los aromas?—En tus sentidos.—¡Sábio! ¡mala idea! ¡mal fondo! ¡mala intencion! Tú no eres poeta de sentimiento, no sabes una palabra, eres un asno, vete al infierno con tus carburos.—¡Estúpido! ¡país de cafres ignorantes, lleno de preocupaciones absurdas! ¡Estos poetas malhadados llenan de viento las cabezas!—¡Bárbaro! exclama el poeta.—¡Ignorante! responde el científico.—Basta, señores, no pelearse; señor poeta, siga cantando los perfumes; señor científico, dígame qué sustancias son y

cómo se extraen.—Yo canto sin saber por qué, dice aquél; yo canto lo que siento.—Se extraen de las flores, dice éste, oprimiéndolas, destilando el jugo, etc.—¡Mil gracias! exclama el industrial.—¡Público, hé aquí un frasco de esos aromas!—¡Bravo! ¡cuánto sentimiento en el poeta y cuánto progreso en la ciencia! ¡Bravo, bravo, cien veces bravo!

Alentado el poeta, dice por rimar con espléndida estacion, que los perfumes penetran hasta el triste corazon.—¿Por qué penetran?—Yo qué sé; yo digo lo que siento.—¡Bravo! ¡buena idea! ¡buen fondo! ¡buena intencion! eres un poeta de sentimiento.—Tú lo eres; yo le doy formas. Viene el científico, estudia el asunto y exclama sañudo:—Se absorben por los pulmones, se combinan con la sangre.—¿Por qué penetran?—Estos perfumes no pueden penetrar en el corazon; el corazon es un saco de carne con dos ventrículos y con dos aurículas... y yo no entiendo cómo se pone triste un saco.—¡Fuera! ¡Fuera! ¿Por qué no me explicas por qué me hieren el corazon?—Esos perfumes hieren tan sólo la pituitaria....—¡Fueraaa! ¡Fueraaaa! ¡Sábio! ¡mala idea! ¡mal

fondo! ¡mala intencion! Tú no eres poeta de sentimiento.—¡Estúpidos! estos poetas os embaucan con ideas absurdas.—¡Bárbaro! exclama el poeta.—¡Ignorante! exclama el científico.—Basta, señores, no pelearse; señor poeta, siga diciendo que penetran hasta el corazon; señor científico, dígame cómo se falsifican los perfumes penetrantes.—Yo canto lo que siento, dice el poeta.—Se falsifican mezclando con una disolucion etérea bálsamos tales, etc.—¡Mil gracias! exclama el industrial.—Público, hé aquí un frasco barato de los estimados perfumes.—¡Bravo! ¡cuánto sentimiento en el poeta y cuánto progreso en la ciencia! ¡Bravo, bravo, cien veces bravo!

Despues de haber dicho que los perfumes son embriagadores y que penetran hasta el triste corazon, da un paso más en la peligrosa senda de la embriaguez, y dice que los tales perfumes inspiran el amor.—¿Por qué inspiran el amor?—Yo qué sé; yo lo digo porque lo siento así.—¡Bravo! ¡buena idea! ¡buen fondo! ¡buena intencion! eres un poeta de sentimiento.—Tú lo eres; yo soy el que le dá formas. Viene el científico, analiza los efectos y exclama

sañudo:—Son partículas que se absorben, se combinan con el oxígeno, lo arrebatan de la sangre.—¿Por qué no me explicas por qué me inspiran el amor?—Porque te inspiran muchas mentiras.—¿Dónde está la mentira?—En tus ilusiones.—¡Sábio! ¡mala idea! ¡mal fondo! ¡mala intencion! Tú no eres un poeta de sentimiento; no sabes una palabra, eres un asno, vete al infierno con tus ilusiones sensoriales.—¡Estúpidos! estos poetas alimentan tus nécias ilusiones.—¡Bárbaro! exclama el poeta.—¡Ignorante! responde el científico.—Basta, señores, no pelearse; señor poeta, siga diciendo que inspiran el amor; señor científico, dígame cuáles son las especies de plantas que mejores perfumes producen y cómo pueden cultivarse.—Yo canto sin saber por qué, dice el poeta, yo canto lo que siento.—Las especies que dan mejores perfumes son tales y cuales, y se cultivan en invernaderos con tales condiciones.—¡Mil gracias! exclama el industrial.—Público, hé aquí un jardin de flora donde bailar y enamorarse.—¡Bravo! ¡cuánto sentimiento en el poeta y cuánto progreso en la ciencia! ¡Bravo, bravo, cien veces bravo!

Despues, por un capricho del sentimiento, llama pura á la azucena. Viene el científico y se renueva el debate; se llaman estúpidos, bárbaros é ignorantes; pero la ciencia protestando busca, estudia y analiza á solicitud del público cómo puede sacarse de la flor toda su pureza, y un dia exclama: ¡Eureka! ¡gran descubrimiento! Seguidamente el industrial expone un frasco que dice:

Esencia de azucena para inspirar pureza.

Numerosas falsificaciones.—Exigid la etiqueta. Grand succés.

El público exclama: ¡Bravo! ¡cuánto sentimiento en el poeta y cuánto progreso en la ciencia! ¡Bravo, bravo, mil veces bravo!

Sigue cantando el poeta de otros sentimientos; le escucha el científico, se lanzan improperios.—Basta, señores; no pelearse; señor poeta, yo os premiaré con rosas de oro; señor científico, dígame cómo puede construirse una plaza fuerte.—Yo canto lo que siento, sigue exclamando el poeta.—Yo estudiaré fórmulas, exclama el científico, tiraré líneas, mediré distancias y calcularé fuerzas y resistencias.—¡Muy bien! ¡País! ¡aquí tienes tus sagrados

lares defendidos!—¡Bravo! ¡cuánto sentimiento en el poeta y cuánto progreso en la ciencia! ¡Viva la patria! ¡Bravo, bravo, un millon de veces bravo!

Habla el poeta de romper cadenas y servidumbres. ¡Bravo! ¡buena idea! ¡buen fondo! ¡buena intencion! eres un poeta de sentimiento.—Tú lo eres; yo le doy formas. Viene el severo magistrado, busca los orígenes, estudia las causas y exclama sañudo:—Son derechos adquiridos por enfitéusis ó herencia.—¿Por qué no me explicas por qué quiero deshacerlos?—Porque tú quieres deshacer todas las leyes más respetables.—¡Sábio! ¡mala idea! ¡mal fondo! ¡mala intencion! ¡tú no eres un poeta de sentimiento! ¡no sabes una palabra, vete al infierno con tus «leyes respetables!» —¡Estúpidos! estos poetas exaltan tus perversas pasiones.—¡Bárbaro! exclama el poeta. —¡Ignorante! responde el magistrado.—Basta, señores; no pelearse; señor poeta, siga cantando la libertad; señor filósofo, dígame qué derechos son los que tiene el hombre.—Yo canto lo que siento, exclama el poeta.—Yo he estudiado la ciencia, he penetrado en

la naturaleza humana, y he comprendido que si los hombres tienen un mismo orígen, todos los hombres son iguales.—¡Muy bien!—¡Pueblos, regocijaos! ¡hé aquí la democracia! ¡hombres, gozad de vuestros derechos, pero creed en Dios si quereis ser iguales!—¡Bravo! ¡bravo! ¡bravo! ¡mil millones de veces bravo!

Cuán sensible, cuán sensible y doloroso es que la ciencia tenga que descender de su grave severidad para componer aleluyas, y que, saliendo de sus abstracciones sublimes, venga humildemente á subordinarse al arte, y que por todos lados se vean las razones siempre subordinadas á los gustos, los pensamientos á los sentimientos. Es sensible, pero verdad; pues mientras la ciencia vive escondida y replegada en la gran ciudadela de la abstraccion, es inexpugnable; mas desde el momento en que pretende hacer una salida, tiene que capitular con la naturaleza.

En el fondo, cuanto se llama idealizaciones del poeta, son tan realidades como las realidades más filosóficas, pues fuera de otras consideraciones, basta recordar que, corazones

ahogados hay muchos en la tierra, muchos los que sueñan silenciosamente, muchos los que aspiran y muchos los que se aman sin saberlo; porque lo que sueña uno será lo que sueña otro, y siempre para uno que dá en lo que se llama forjar dichas, hay otro que le sucede lo mismo, de modo que ambos sin conocerse se aman y se sueñan, y ambos existen y son realidades. Porque hay una verdad de indudable certidumbre que, como ninguna, reune las condiciones de verse, sentirse y desearse á la vez, y es la gran verdad de la tierra, y el dogma soberano de todos los tiempos y de todas las gentes: el amor.

«Tú has amado mucho,» dice Jesucristo á Magdalena. Despues dice presentando la mujer al hombre: «aquí tienes á tu compañera; no la desees, ámala.» Y concluye, por último, diciendo: «amaos.» La religion cristiana tenia forzosamente que imponerse, porque es tambien la religion de la naturaleza. Por eso el hombre al sentirse enmedio de ella, tambien la admira y la ama, pues el hombre no es en un principio el rey de la naturaleza; el hombre es su esclavo. La mujer es la que es la reina

de la naturaleza; pero el hombre sale por ella de su abyeccion, y desde el momento en que la ama se eleva hasta sentirse rey. Así es el hombre el rey de la naturaleza.

VIII

Era el dia ansiado, el siguiente al de la entrevista de María y el marqués. La ermita del cármen estaba espléndidamente adornada. La puerta de la casa era un entrar y salir continuo de gente que discurria por todos lados. Extraordinaria animacion cundia desde la casa á todas partes del bosque, refluyendo desde éstas á la casa, y todas las cascadas y fuentes derramaban agua con inusitada profusion. El cármen estaba vestido de dia de fiesta, y en lo más agradable de todo él se elevaba una mesa para un banquete de Heliogábalos.

María vestia enlutado traje nupcial, y esta-

ba más que nunca alegre y gozosa. La familia del labrador rodeaba á María; la labradora sonreia aunque con las lágrimas en los ojos; el labrador la divertia con mil chascarros y ocurrencias, y la hija la pellizcaba.

A poco llegaron el padre de María y el marqués juntos primero, y el doctor y el cura juntos tambien despues.

—Ya estamos todos, les dijo á éstos el padre de María; todo está preparado segun ordenó Vd., señor cura, para que se efectúe ahora mismo.

—Prevenido está por los Concilios que la ceremonia del matrimonio debe tener lugar por la mañana. No ha sido capricho de romper con costumbres.

—Voy á ver si María está ya dispuesta, dijo el padre entrando en la casa en busca de su hija.

—¿Estás ya? Pues vamos, que están esperando, dijo al encontrarla.

—Pero ¿está ya ahí?... preguntó temblando María.

—Claro, muchacha.

—¿Dónde? ¿dónde?

El padre de María llevó á su hija á una ventana y la dijo señalando entre un grupo de tres personas al marqués:

—Mírale.

—¿Aquel? ¿aquél?... aquel no es, respondió María volviendo la cara hácia su padre con cierta expresion de desencanto.

—¿Cómo que no es? preguntó el padre á su vez con extrañeza.

—Que aquél no es, te digo; no es, repuso María frunciendo las cejas.

—Sí es, María, ¿estás ciega? exclamó el padre un tanto irritado.

—Te digo que no, que ese es el de ayer, replicó María.

El padre se quedó suspenso; pero bien pronto, tomando una resolucion, exclamó:

—¡Bah! vamos, que no estamos para entretenernos.

—¿A dónde? preguntó María con expresion de profundo terror.

El padre agarró de una mano á María, y la sacó de la habitacion.

—Papá, exclamó la niña temblorosa con acento de súplica, no es... ¡Dios mio!

El padre no hacia caso de la resistencia de su hija, y llegándose con ella hácia el marqués, le dijo presentándosela:

—Ahí teneis á esta novia tímida, que de vergüenza no queria salir.

María se quedó delante del marqués, mirándole como una imbécil. Mortal palidez cubrió su semblante. Ni decia no, ni sí; ni hablaba, ni sonreia, ni lloraba; ni se extremecia una sola fibra de aquel cuerpo, inmóvil como si le hubieran de pronto arrancado el alma, y sin volver, de su estupor, movió sus brazos, para cruzarlos sobre su seno, é inclinando su frente, prorumpió en llanto de profunda amargura.

El sacerdote y el doctor se alejaron, y el padre, acercándose á su hija que vaciló como para caer presa de vértigo, la dijo al principio con dulzura, y despues en tono de reconvencion:

—¿Se te ha pasado ya?... Pues bien; ¿á qué vienen esas lágrimas? ¿Qué te ha pasado?... ¿te van á comer, quizás?... ¿qué significa ayer tan contenta y hoy de este modo? Pues qué, ¿te crees que esto es burla? Vamos arriba... á concluir cuanto ántes.

María, se sintió tan desfallecida que apenas se podia mover; pero ayudada por el marqués y por el padre, reuniendo todos sus esfuerzos, echó á andar sin pronunciar una palabra, ahogada por los sollozos.

—Señores, vamos; exclamó el padre llamando al sacerdote y al doctor.

María se apoyaba en el brazo del marqués y caminaba sin saber ni cómo, ni por dónde, ni á dónde, aturdida al golpe mortal que acababa de recibir.

No llegó á oidos de todos lo que habia sucedido, pues la mayor parte de los concurrentes se habian aglomerado á la puerta de la ermita para ver llegar á María.

Llegó ésta, por fin, del brazo del marqués, sin atreverse á mirar á nadie, murmurando entre sollozos palabras sin sentido. Subió el escalon, penetró en el reducido santuario, y delante del altar se paró cuando sintió pararse al marqués; allí alzó su vista empañada, la fijó un instante en una imágen de la Vírgen, y murmurando:

—¡Vírgen de mi alma! se echó á llorar otra vez.

Los circunstantes movian las cabezas y se miraban, sonriendo de un modo significativo.

El sacerdote se colocó delante de María, diciéndola cariñosamente y con cierta admisible malicia:

—Vamos, no hay que llorar, que á todas pasa lo mismo. Es preciso... Ea, ¿empezamos?

El padre contestó detrás por ella:

—Sí.

Empezó la ceremonia; mas cuando el sacerdote preguntó con voz solemne: ¿Quereis á este hombre por esposo? María se extremeció de pies á cabeza; se quedó suspensa, silenciosa, pero sin llorar, como quien quiere decir algo grave y no se atreve. María estaba en aquel augusto instante, como nunca, hermosa. Sus alhajas chispeaban sacudidas por el temblor que agitaba su cuerpo; sobre su palpitante seno se balanceaba una mariposa de esmaltes; ceñia su cándida frente esplendorosa diadema, en la que enlazada una *Valisneria* de perlas y diamantes, se extremecia en su tallo de oro. El sagrado recinto estaba en completo silencio; ningun pecho respiraba y todos los ojos miraban con anhelo á la niña.

María volvió lentamente la cara hácia la puerta de la ermita para mirar hácia el camino del cármen, cuya última parte se veia; se inclinó un poco para ver más allá, y como á nadie divisaba, subió un momento su mirada suplicante á los ojos de su padre, que la observaba impaciente, y despues á los del sacerdote. Hecho este movimiente, bajó la vista al suelo y no respondió.

El sacerdote volvió á preguntar:

—¿Quereis á este hombre por esposo? ¿Sí ó no?

El mismo extremecimiento y el mismo silencio por respuesta.

El sacerdote cerró el libro, y con acento solemne exclamó:

—En el nombre de Dios suspendo este acto.

Y diciendo, esto bajó las escaleras del altar y se encaminó á la puerta.

El sacerdote pasó enmedio de un silencio sepulcral. El padre le siguió con una mirada de cólera; el marqués con otra de despecho; el doctor con otra de sarcasmo; todos con una de asombro; sólo María le siguió con una mirada de bendicion y gratitud.

Momentos despues la concurrencia se habia diseminado en grupos como un oleaje de hablillas que venia á morir susurrando á los pies de María. El sacerdote, el doctor y el padre formaban uno, que era en aquel oleaje como el centro de la tempestad que se cernia iracunda sobre la frente de la niña.

—¿Me quiere Vd. decir, señor cura, preguntaba el padre, qué modo de suspender es ese un acto acordado? ¿Hemos venido aquí todos para que nos ponga Vd. en ridículo?

—Sí, os lo voy á decir. Ese matrimonio no puede efectuarse. Yo, que represento la moral y la religion, no lo consagro.

—Y yo, añadió el doctor, en nombre de la ley y la ciencia, tambien lo rechazo.

El padre de María se extremeció, y, dejando asomar una sonrisa irónica, exclamó:

—No esperaba de Vds. semejante salida; pero yo, en nombre del honor, de la paz y de la felicidad de una niña, reclamo ahora de vosotros vuestra ayuda, y para conocerla entrego su porvenir á la moral y á la religion, á la ley y á la ciencia por Vdes. tan dignadamente representadas. Hablad.

Y se cruzó de brazos como quien está en completa posesion de sí mismo. El doctor y el sacerdote se quedaron un momento reflexivos, hasta que este último dijo:

—Y bien; ¿qué necesidad hay de casamiento?

—Veamos, dijo el padre.

—Pues bien, mientras Vd. exista, no veo necesidad de cambiar.....

El doctor hizo un movimiento significativo de cabeza, y replicó:

—Eso es aplazar la cuestion. Alguna vez hay que resolver de la suerte de María; resuélvase á presencia del padre y no á última hora.

—Entónces, añadió el sacerdote, no veo más que..... llevarla á un convento y.....

—Rechazo esa solucion en nombre de la felicidad de mi hija. Mi hija, estoy desde ahora seguro, no la hallará en la reclusion de un convento.

—Reclusion temporal, dijo el sacerdote.

—¡Temporal! exclamó el padre. ¿Es decir, que no os oponeis á un matrimonio? Es claro; es la natural aspiracion de la mujer. Pues bien, ¿creeis que mi hija, que ahora desconoce

el mundo y no puede discernir el esposo bueno del malo, podrá discernir, desde el rincon de un convento, quién habrá de ser el que la haga dichosa? ¿No veis que eso es entregarla sin defensa, sin amparo alguno, á las maliciosas artes de la perfidia humana?..... Esto, aceptando, que no es poco aceptar, que una vez dentro del convento pudiera salir de él, toda vez que al salir ménos sabria que al entrar.

La ley y la ciencia, celosas del crecimiento de la poblacion, y disponiendo para el caso de mejor recurso, estaban en esto de acuerdo con el padre de María. El doctor, pues, asintió; el sacerdote, recordando las palabras de San Pablo: *Más vale casarse que arder*, guardó silencio, que fué tanto como asentir.

—Y ahora os pregunto: ¿qué es de vuestra mision de procurar la paz y la felicidad en las familias? ¿La habeis olvidado?

—Señor mio, exclamó el sacerdote con altivez, sintiéndose herido en lo más vivo, yo no olvido mi deber. Mi deber no es sólo procurar la paz y la felicidad en las familias. Mi deber es el que enseñó Jesucristo cuando dijo: *yo no vengo á poner la paz en las familias, sino la*

guerra. Mi mision es más alta, mucho más alta; es procurar la paz y felicidad de las almas, no aquí en este mundo, sino en el cielo.

—Señor cura, replicó el padre de María, si yo quisiera redimir el alma de mi hija, si yo quisiera darla la felicidad, no aquí, sino en el cielo, yo tengo mejores recursos que Vd.

—¡Mejores! ¿Cómo?

—Saltándola los sesos.

—Se os pediria cuenta muy estrecha de ese recurso, exclamaron el sacerdote y el doctor á una vez.

—Y yo, replicó el padre de María, que no aspiro á la inmortalidad del héroe, os responderia con el más solemne desprecio, y subiria al patíbulo, y desde él al trono de Dios, á quien rendiria cuenta con la frente mucho más alta que vosotros. Y yo diria á Dios, si ya no lo supiera, que su representante en este mundo me habia puesto á elegir para mi hija, entre la felicidad de la tierra y la del cielo... ¡Oh, qué infames seriamos si teniendo para nuestros hijos, á cada hora, su salvacion en nuestras manos, no los ahogásemos ántes de delinquir en la tierra!... Señor cura, reflexio-

nad que esa inocente tiene acaso delante su perdicion ó su desdicha; y meditadlo bien, porque es posible que de vuestros labios penda su vida.

—Vd. la expone á su perdicion en la otra vida; ¿qué idea tiene Vd. del Sacramento?

—Una cosa es el Sacramento y otra las conveniencias sociales. Reformad la sociedad y obraremos de otro modo.

—Mas cuestion tan sencilla, ¡cómo se abulta! replicó sonriendo el doctor.

—Hablad, dijo el padre de María.

—Pero, señor mio, ¿qué razon se opone á que legueis un tutor á vuestra hija, cuando si murieseis sin declararlo, la ley se lo legaria?

—Ninguna, exclamó el padre de María con sorpresa del doctor.

—Entónces...

—Las mismas razones que teneis para oponeros á este matrimonio. Yo me adelanto á la ley que me quiere sustituir con quien yo no quiero. ¿Me proponeis un tutor? Yo os propongo dos. Tutor y esposo á la vez. La ley tiene derecho á imponer á un hombre extraño como padre; pues bien, ¿por qué me negais á mí, al

padre, el derecho de imponer un esposo como tutor?

—Porque no hay *consentimiento de ella*, replicaron á la vez el doctor y el sacerdote.

—Yo lo arrancaré.

—Será nulo el matrimonio.

—¿Por qué?

—Porque habrá *coaccion*.

—Señores, ¿acaso hacemos en el mundo lo que libremente queremos? ¿Llamais coaccion á la que ejerce la reflexion fria y razonada cuando todos, todos sufrimos de ella? ¿No os prestais á darme un consejo? ¿Pues qué venís á ejercer con vuestro consejo sino una coaccion tambien? ¡Y qué coaccion! ¡En nombre de qué! ¡En nombre del capricho inconsciente de una niña sobre la reflexion razonada de su padre!! Señores, señores, ¿qué manera de sentir la moral y la ley es esa?... Mas por ahí viene María, que espero ratificará su consentimiento, y juzgareis.

En efecto, la infortunada niña se dirigia sollozando hácia su padre.

María, cuando vió al sacerdote salir y tras él todos los concurrentes, exhaló un suspiro

prolongado, y su corazon oprimido se hinchó, saltando de júbilo en su seno.

La labradora y su esposo, que habian permanecido en la ermita, la contemplaban en silencio colocados detrás de ella.

María, fatigada por tan rudas emociones, se apoyó sobre el borde del altar. Volvió la vista, y reparando en la labradora, la dijo con desfallecida voz:

—Sosténme... ¿Se han ido?... Ayúdame á ir... á mi cuarto... y á ver á mi padre...

La labradora la cogió de un brazo, y el esposo de otro, y comenzaron á descender las escaleras del altar.

—Pero, María, la dijo la labradora, ¿por qué te has negado á dar el *sí*? ¿es que te turbaste? ¿No estabas tan contenta porque te ibas á casar?...

—Con ese no, con ese no; exclamó María.

—¿Y ahora te acuerdas á negarte? ¡bah! por supuesto... siempre es tiempo...

—Con ese no, con ese no, repitió María; es que ese no es el que yo quiero...

—¿Pues quién es el que tú quieres?

—¿El que yo quiero? preguntó María fijando

en la labradora una mirada indefinible; ¿el que yo quiero?... ¡Dios mio! ¡todos me preguntan lo mismo y yo no sé responderles!

—¿Pero tú quieres á algun otro?...

—Sí, sí..., ¡¡y no vuelve!! ¡no vuelve, madre mia! exclamó la niña dejando caer su cabeza en el hombro de la labradora.

—¡Caramba! ¿á quién?... ¡ah!... sí, sí, ya sé, ya sé; ¡pobre María! ese no es el hombre que tú has soñado, ¡pobre María! ¡pobre María! ¿dónde ir á buscar á ese hombre á quien quieres? ¿ni cómo ha de volver, María, cómo ha de volver si es una figuracion de un sueño?... ¿Y vas á vivir siempre soltera por esa figuracion, por ese hombre que no vive, tonta?

Pronunciar esta palabra la labradora que iba sonriéndose y sentir desplomarse el cuerpo de María sobre su brazo, fué todo uno. María cayó desfallecida de tal modo que, sujeta por los dos campesinos, quedó entre ellos hincada de rodillas con la frente inclinada al suelo. El labrador que tenia en frente el semblante de María y no habia perdido un sólo gesto suyo, comprendió que las palabras de su esposa habian producido en ella impresion profunda.

Acercóse al oido de su mujer y la dijo:

—Tus palabras lo mismo que un rayo.

—María, exclamó la labradora inclinándose, hija mia; no... no tengas cuidado... ese hombre que tú quieres, le verás... sí, le verás... Pero el marqués... ¿no me dijiste que no le querias mal? ¿le quieres, dí?

María contestó encogiéndose de hombros.

—Pues cásate, cásate con él. No temas. Corre á decírselo á tu padre...

—¿Con él?

—Sí, con el marqués. Anda, levántate, la dijo la labradora, ayudándola á levantarse.

—¿Y aquél? ¿y á aquél, cuándo le veré?

—¿A áquél?... ¡toma! Aquél... cuando estés casada... ya veremos... que delante de Dios que nos vé juramentos no sirven.

—No... no, no quiero. Yo quiero estar al lado del otro...

—María; ya sabes quién es tu padre... Corre y no seas tonta, á avisarle que estás dispuesta; mira que he visto sus ojos llenos de rabia contra el cura y contra tí.

—¿Contra mí? ¡Vírgen de mi alma! Dime, dime, por Dios, ¿qué vá á hacer de mí?

—Mira. Tú te casas con el marqués..... ahora, ¿eh? y luego ya veremos... Te callas y dejas hacer y corra la bola... ¿Encuentras á ese otro? y entónces... te vas con él.

—¡Zambomba! murmuró para sus adentros el labrador rascándose la cabeza.

—Si no lo haces así, prosiguió la labradora, tu padre te llevará de aquí y te encerrará y ni verás á este ni al otro. Anda.

—Sí, sí, si lo diré; ¿dónde, dónde está papá? preguntó María dirigiéndose con fatigoso paso á la puerta del templo seguida de los dos campesinos.

La labradora, señalándola un lugar del bosque, la mostró el grupo en que se hallaba su padre, y María se dirigió á él.

—Oye, dijo el labrador á su esposa, ¿sabes que el consejillo es regular?... ¡Pues no dicen que las mujeres teneis recurso para todo! ¡zambomba! de esos recursos los encuentro yo tambien...

—Pareces tonto... y que no conoces al padre... Además, ella concluirá por querer al marqués... que si fuera cierto lo que es sueño, te aseguro que como lo digo lo siento. Un mar-

qués tronado casi con canas llevarse á una muchacha como un sol. ¿Qué? ¿te parece fuerte el consejo?

—No, ¡cá! fuerte no; pero fuertecillo. Fuerte llamo yo... al trompazo que te daria si lo hicieras conmigo.

—Pues mejor seria para vosotros los hombres que las mujeres que tienen ciertas intenciones, se fueran.

—Tú dirás por qué, vida mia.

—Porque las que tienen intenciones de irse con otros no se van... pero se quedan.

María, que habia escuchado con agrado el consejo, se separó de la familia del labrador, contenta de haber hallado fácil recurso para aplacar las iras de su padre, aunque contrariada por no lograr su esperanza tan completa como habia soñado. Creia que su padre se habia engañado involuntariamente tomando al marqués por quien no era, y esperaba disuadirle de su error tan luego se lo dijese. Recordaba la conformidad de pareceres que habia reinado entre ella y su padre, y juzgaba que éste ignoraba que ella amaba á alguien, pero temia que, como ella, ignorase tambien quién era ese alguien,

pues nunca habia escuchado de su padre el nombre del esposo que la habia elegido. Esta duda obligaba á María á detenerse en su camino. A medida que avanzaba, su temor crecia, y la incertidumbre la mortificaba tanto, que pensaba de pronto retroceder, para decirla á la labradora:

—Anda, ve tú, pregunta por Dios á mi papá si se ha engañado, y si no se ha engañado, haré lo que me aconsejas.

La pobre niña presentia que se acercaba al centro de la tempestad, y el espanto se apoderaba de ella.

Veia á su padre, á poca distancia ya, gesticular, dar voces y mover los brazos como encolerizado, y no se atrevia á avanzar más, cuando volviendo aquél la cara la vió y la indicó que se acercase.

María se aproximó temblando al grupo. El padre estaba enmedio, el sacerdote á la derecha y el doctor á la izquierda. Parecia el tribunal formado con todos los poderes de la tierra para juzgar á la inocencia. Era evidentemente para ella un tribunal, y el inocente mismo tiembla ante cualquier tribunal, por justo que

sea, al pensar que su dicha pende de un fallo inapelable. La niña se acercó, y aunque dispuesta á consentir, se detuvo silenciosa, paseando una mirada suprema de interrogacion, conteniendo sollozos y suspiros. El tribunal, delante de aquella mirada, se estremeció creyendo comprender que algo se escondia tras ella.

—María, la dijo el padre con cierta expresion de disimulada cólera, ¿es cierto que estabas conforme en casarte?

María hizo un signo afirmativo con la cabeza, y casi se dibujó en su boca una sonrisa, mientras su padre miraba al sacerdote y al doctor, para quienes ya perplejos principió á perder la causa de María.

—¿Es cierto, añadió, que confiabas en que yo te elegiria esposo digno de tí, y que estabas conforme con mi eleccion?

A esta pregunta un temblor convulsivo agitó el cuerpo de María. Quiso entónces aproximarse á su padre para decirle á él sólo lo que tenia pensado decirle, pero el padre, conteniéndola con un ademan ,la dijo:

—No, desde ahí me contestas para que lo

oigan estos señores todo lo que tengas que contestarme. Vamos, responde. ¿No es cierto que el otro dia al conocer al marqués te pregunté si estarias conforme con casarte en breve tiempo y tú me respondiste que sí y hasta me besaste, llena de alegría? ¡Vamos, dí! ¡cuidado con estas veleidades!

Profundo desconsuelo y desaliento se apoderó entónces del corazon de María, que llorando cayó de rodillas delante del padre sin poder articular palabra.

El doctor y el sacerdote conmovidos se acercaron á la niña, pero el padre conteniéndoles exclamó:

—No; dejad un momento á la niña. Dinos pronto, ¿estás ó no estás ahora conforme en casarte? Habla que estamos aquí todos detenidos...

—Sí, sí. Venia á decirte que sí, exclamó al fin de pronto María, recurriendo entónces á la eficacia del consejo de la labradora y enjugándose las lágrimas.

El doctor y el sacerdote que á las razones del padre se habian quedado más meditabundos que convencidos, aunque perplejos un ins-

tante, encogiéndose de hombros y con significativos movimientos de cabeza dieron á entender que consentian el proyectado matrimonio, creyendo ver en la fugaz resistencia de la niña la timidez del pudor ó la veleidad del capricho más que una razon bastante sólida que la justificase, enfrente de las conveniencias que del enlace debian resultar.

El padre, á quien extrañó un tanto la súbita transicion de María, se acercó á ella, la tomó de una mano, y, alejándose un poco del grupo, la preguntó:

—Dime, María: ¿pudiera saber por qué son esos cambios en que unas veces quieres y otras no quieres casarte? ¿No sabes que con tu silencio has ofendido al marqués, y á mí, y á todos, y á tí principalmente? ¿Qué concepto formará de tí tu esposo con esas veleidades, y qué desconfianza no le inspirarás? Corrígete, porque una vez casada, no sé qué podria ocurrir.

—¿Que yo he ofendido?... Bien, si yo sé que he hecho mal; pero yo no he querido hacer daño á nadie. Yo quiero que estés contento y que estén todos contentos... Yo queria decirte

que deseaba casarme, pero... con uno que me quisiera.

—El marqués te quiere.

—¿Me quiere? ¿Que me quiere dices?... Sí, sí, sí me querrá; pero... si tú no sabes, no sabes... ¡Dios mio! yo quisiera casarme con uno que... que... ¿No quieres? ¿No quieres oirme? ¡Padre de mi alma! no te enojes, no te enojes... no, no, yo me casaré con quien tú mandes... ¿Y tú me quieres mucho? ¿Qué harias conmigo si no me casara con éste?

—No puedo decirte lo que haria, porque te casarás; pero nada bueno sería. Eres una niña; cuando seas mayor y veas más mundo, tú apreciarás en lo que vale mi eleccion. Ahí tienes en el marqués tu felicidad; te la entrego á tus caprichos. Él es jóven, es una persona digna, es marqués y te quiere... Si sabes de otro que reuna iguales condiciones, desde este momento tienes mi permiso. Si no, es tontería pensar en otro. Tú te casas; despues verás lo que has de hacer; porque si tú no corresponde á su cariño, no te quejes de tu desdicha, que es obra completamente tuya. No te canses en buscar quién la procura; serás tú,

tú misma. Mira, María; si conocieras el mundo, conocerias á muchos hombres que andarian buscándote porque eres rica; acaso alguno te querria á tí por tí, quizás tú le querrias tambien; pero esos cariños de la adolescencia que nacen sin saber por qué, se desvanecen pronto, tambien sin saber por qué. El verdadero cariño ha de tener su razon y su por qué; la conciencia ha de saber esa razon para darle consistencia: cuando en las reflexiones íntimas se pregunta al sentimiento por qué ama á tal persona y no sabe contestar más que porque le agradan los ojos ó la boca ó las narices, es un cariño de pura forma; eso es cariño, sí, pero cariño que, en su mayor grado de exaltacion conduce á la demencia estúpida, perfectamente estéril, más pronto que á la abnegacion y al sacrificio. Es preciso que cuando se pregunte al sentimiento, sepa responderse: yo quiero á esa persona porque la he visto hacer por mí cuantas veces se ha ofrecido el sacrificio de sí misma. Entónces es cuando la conciencia acusa el remordimiento de una falta. Pues bien: el marqués, yo lo sé y te lo aseguro, te quiere, principia á quererte con ese

cariño; si tú no sabes dirigirlo, si no sabes corresponderle con tu buen talento y tu mejor corazon... en ese caso el marqués, por grande que sea su cariño, se aburrirá, acabará por cansarse de tí, que es lo mejor que puede pasar, y, por último, irá á buscar á otros lados la dicha que en tí busca, sin permitirte por dignidad propia la revancha. Hoy está dispuesto á hacer lo que tú le digas... Mira si hay diferencia á que cambie hasta el punto de estar dispuesto á hacer lo contrario de lo que le digas. ¿Quieres quedarte? Se lo dices y te quedas. ¿Quieres irte? Y él dirá que sí. ¿Quieres tener esto ó aquello? Se lo dices y lo tienes. ¿Qué más? Es una persona que hará de vuestro hogar una casa que merezca de las gentes el respeto y la consideracion, y de tí una esposa que inspire veneracion: es marqués, y tu vanidad no se verá humillada por ninguna otra; es jóven, con la juventud de la reflexion, cuando el hombre puede amar y sabe amar. Vuelvo á repetírtelo; el marqués te ofrece amor, nobleza y dignidad... ¿Quién será ese otro de quien te prometes mejor porvenir de felicidad? Nadie, nadie. Yo no digo que quieras

al marqués de pronto, yo deseo que le quieras conforme se porte, y nada más, porque él es bastante discreto para esperar que se vaya haciendo merecer todo tu cariño. ¿Qué dices de esto? Que acabarás por quererle con toda tu alma, porque, por fortuna, no eres tonta. ¿No es verdad?

—No, si yo no le quiero mal; pero ¿por qué no esperamos dos dias? Yo no sé lo que me pasa, y yo... y yo... yo voy á llorar mucho, ese hombre me hizo sufrir ayer mucho, le tengo miedo, y yo sé, padre mio, que hay uno que me quiere más, mucho más.

—Puede que alguno haya que te quiera más; pero si esa no es la cuestion; la cuestion es que sea lo que el marqués; la cuestion es que tú estés segura de su cariño para siempre.

—Tambien.

—¿En dónde está?

—¿En dónde? ¿En dónde? No sé, no sé; pero yo le veo en todas partes por donde voy.

—Pues entónces, poco trabajo te cuesta verle en el marqués.

—¿Cómo? No, no es ese, no.

—Sí es, sí.

—¿Y si yo le viera en otra parte?

—Tú verás lo que has de ver, y tu esposo lo que ha de hacer. Desde hoy, el dia que no le veas en el marqués, procura no verle en ningun lado. Esto te aconsejo, y no perdamos el tiempo. Adios.

Encaminóse el padre en direccion de la casa, y María, suspensa algunos momentos como queriendo comprender toda la profundidad del consejo, tomó al fin la direccion de la ermita. La labradora, que habia estado escuchando el interrogatorio de la niña, le salió al paso al padre, diciéndole con acento de ruego:

—Señor, no la case su mercé.

—Usted no entiende de eso. Usted tiene la culpa de muchas cosas, y le advierto que ciertos cariños son inconvenientes.

—Ya me temí que su mercé habia de creer que yo tengo culpa en esas cosas, y yo le advierto que, en la negativa, no tengo arte ni parte.

—Está bien; pues siga usted no teniéndola nunca, y será mejor; exclamó el padre prosiguiendo su camino.

La labradora se reunió á poco á María.

—Ya te he visto, María, la dijo; ya te he visto llorar. ¡Qué tonta! Tú no tienes más que callarte y callarte; dejar hacer tan sólo. ¿A qué lloraste?

—Se me saltaron las lágrimas sin poder remediarlo.

—Habrán dicho que eres una tonta. También dice tu padre que yo tengo la culpa de que te niegues á este casamiento, y si esto lo sabe el marqués, nos va á tomar ojeriza. Tú guíate por mí y ríete de todos esos fariseos. Y cuidado con que le digas al marqués una santa palabra de nada ni mucho ménos vayas á hablarle de ese otro.

—¿Por qué?

—Tú haz lo que digo, y ya veremos.

—Mi padre dice que este me quiere.

—Sí te quiere, mucho. Yo te aconsejo que le quieras, porque puedes ser dichosa con él. Vamos á la ermita, que la gente andará hablando por ahí.

Las dos se encaminaron juntas al sagrado lugar indicado por la labradora, y el padre, que se dirigió á la casa, ya iba á penetrar en una de las habitaciones, cuando vió abrirse la

puerta, encontrándose de pronto con el marqués.

—¿A dónde ibais? preguntóle el padre.

El marqués se detuvo en el umbral, y girando una mirada vaga alrededor, se encogió de hombros exclamando:

—No sé.

—Le advierto que ahora mismo va á tener lugar la ceremonia.

—¡La ceremonia! repitió el marqués con cierta ironía, y despues elevando poco á poco su cabeza y mirando á su interlocutor frente á frente, añadió: no habreis querido decir ceremonia; pero me parece un altar sitio demasiado sério para repetirla.

—¿Y habeis estado, exclamó sonriendo el padre de María, tanto tiempo encerrado en esta habitacion para salir con esa? ¡Tiene gracia! ¡bah! salid cuanto ántes, porque tenemos, á lo que creo, poco tiempo que perder.

—Dispensadme. No ha sido eso sólo lo que he pensado; lo que he pensado, añadió el marqués crispando los puños, es que puede ser que yo haya perdido el tiempo y gastado el alma en estériles aventuras; pero todavía no

he perdido la vergüenza y mucho ménos la dignidad.

—Cualquiera que le oyera, señor marqués, pudiera pensar que yo os obligo á casaros con mi hija. ¿No me solicitasteis su mano? ¿No os la negué tambien? ¿Por qué accedí á ello sino porque hincado ante mí de rodillas me hablasteis esta mañana de única esperanza cifrada en el sosiego de la vida conyugal y de consagraros por entero á la dicha de mi hija?

El marqués se cruzó de brazos y no pronunció palabra.

—¿No me deciais, prosiguió diciendo el padre de María, que teniais confianza en conquistar el corazon de mi hija? ¿Acaso no comprendiais que para ello tendriais que pasar por este sacrificio?... No, yo estimo en lo que valen vuestros arranques de dignidad; pero, señor marqués, ved bien que no estamos en los tiempos de la andante caballería. Ahora, libre teneis la puerta; pero resolved pronto. Creo que no me podreis reprochar la más ligera presion en vuestra voluntad.

—¿Qué he de resolver? exclamó el marqués mesándose los cabellos.

—Lo que os convenga más.

—¡Lo que me convenga más! ¡Qué sarcasmo! ¡Como si ignorárais lo que me conviene!

—Y bien...

—Vamos.

—Sí, salgamos del paso cuanto ántes.

Entretanto, en los diferentes grupos, despues de recitar cada cuál lo ocurrido, conforme habia creido verlo, comentábase la tácita negativa de María.

—Algun disgustillo con el novio, decia uno.

—Que la daba vergüenza decir que sí, decia otro.

—Parece que estais tontos, decia un tercero; pues ¿no estais viendo que es un casamiento á disgusto? No ha habido amonestacion, ni velatorio, ni confesiones... ni nada; ¡qué guisado de casamiento va á ser ese!

—Quita de ahí, ¡un casamiento á disgusto y ayer me dijo mi mujer que María rabiaba de contenta!

—Que rabiaba, puede ser...

—Te empeñas en que es á disgusto, y no es. El compadre del sobrino de mi suegra me dijo que á su prima la habia dicho ayer la se-

ñorita María que se iba á casar y que estaba muy alegre...

—Yo la ví, y es verdad.

—Pues ya vereis cómo eso se compone en seguida.

Y con efecto, segun lo preveia este último la campana de la ermita anunció con sus inesperados tañidos que la interrumpida ceremonia volvia de nuevo á empezar.

Pero aquella vez no hubo obstáculo, ni detencion alguna. Solamente al dar la mano al marqués para recibir la bendicion, se notó que María vaciló algunos instantes, y que otra vez volvió su vista, con inexplicable afan, hácia el camino del cármen. Terminada la ceremonia, comenzó el opíparo banquete, el festin mónstruo con que el padre celebraba el glorioso fin de sus penosos trabajos. Jamás se habia visto cosa semejante de prodigalidad y abundancia. La agreste muchedumbre gozó, á sus anchas, de manjares que jamás habia probado; no habia más que llegarse al depósito y tomar lo que se deseara. Nunca pudo decirse con mejor motivo que se nadaba en la abundancia, aunque á esta expresion objetó el

padre de María, que con más propiedad podia decirse que algunos nadaban en vino. La labradora, que no se apartaba de la niña para infundirla aliento y sostener su ánimo, bebió y brindó con maliciosa sonrisa delante del marqués «por la felicidad de María;» pero fuese que bebiera más de lo que su naturaleza permitia, ó que bajo la presion del alcohol no pudiese soportar en su pecho la indignacion, lo cierto fué que á poco, viendo al doctor, al marqués, al sacerdote y al padre de la niña reunidos algunos momentos, conversando amigablemente, se encaminó al grupo.

El grupo estaba entónces dividido en dos, formado el uno por el padre de María y el doctor, y el otro por el marqués y el sacerdote.

En aquel momento, el doctor decia al padre de María:

—Yo le digo que me parece demasiado pudor.

—Vd. no conoce á mi hija. Mi hija llora con cualquier cosa. En fin, el hecho es que su carrera está concluida. No se puede quejar.

—¿Qué carrera?

—La carrera de la mujer: casarse, y ella se ha doctorado.

—La carrera de la mujer entiendo yo que es amar y hacerse amar, y despues de haber mostrado su aptitud, entónces se doctora.

Entretanto tambien hablaban el marqués y el sacerdote.

—María no se ha casado con entusiasmo, decia el sacerdote, pero tampoco con repugnancia. Ahora, echada la bendicion, sólo deseo que sea para bien de ambos.

—Así lo espero.

—Y yo tambien, porque María es una inocente que á poca costa puede hacer feliz á cualquiera.

—Con efecto.

—Sólo siento haber prescindido de algunas formalidades eclesiásticas, pues no contaba con incidentes de esta naturaleza; pero en fin, yo creo bien lo que dice el padre: María no queria que esto se verificase con tanta celeridad, y buscó un medio de aplazarlo sin arrepentirse. *Peccata minuta.*

—Entónces y propósito de *petacas*, tome Vd. un cigarro.

En este momento de ambas conversaciones, se acercó la labradora, y dirigiéndose al padre, exclamó con energía:

—Lo que se ha hecho con la niña ha sido una infamia.

A estas palabras se volvieron los cuatro á la campesina, que, encarándose con el sacerdote, le dijo:

—Sí, señor cura, una infamia. Eso no es de cristianos, eso es de fariseos.

El sacerdote se sonrió.

—No se ria Vd., que lo digo muy séria, que no es menester estudiar teología para decir que esto no ha sido obra de cristianos. Ese casamiento ha sido una heregía...

De este modo prosiguiera hablando la audaz campesina, sin encontrar eco ni réplica en ellos, si no fuera porque el padre de María, algo irritado de tan inesperada procacidad, no la indicara con una mirada que debia callarse; mas, lejos de obedecerle, se irguió, como si hubiera recibido un ultraje, y exclamó:

—Su merced puede hacer lo que guste de mí, que no por eso dejaré de decir que ha sido una heregía.

—¿Sí? Pues mire Vd., desde hoy puede buscar colocacion en otra parte, la dijo el padre de María. Vd. ha venido aquí á labrar y no á predicar.

Alejóse la campesina comprimiendo su ira por no escandalizar, y de allí á poco, el grupo se disolvió. El marqués y el padre de María se fueron juntos, y se metieron en una habitacion de la casa, mientras que el doctor y el sacerdote hablaban con la recien casada.

—Tengo que presentarla á Vd., dijo el doctor respetuosamente á María, á mi hija Elena, porque creo que ustedes dos han de ser muy buenas amigas.

—¿Cuándo? ¿cuándo? preguntó María.

—Cuando se quiera.

—¿Se ha casado?

—Sí.

—¡Casada! exclamó María con extraña expresion, llevándose un dedo al lábio inferior en actitud reflexiva; ¿hace mucho tiempo? ¿Y qué tal?...

—¡Ah! muy bien, muy bien. Ya, ya tendrán ustedes tiempo de hablarse. Yo ya he terminado aquí. ¿Os venís, señor cura?

—Nos despediremos del marqués y del padre.

Despidiéronse de María y se encaminaron á la casa. Entraron en la habitación donde aquellos dos se hallaban, que les recibieron suspendiendo ocupaciones.

—Venimos á molestar, pero será poco tiempo.

—¡Ah, no, no! exclamó el padre. Nos ocupábamos de esos detalles necesarios, para dar publicidad al acontecimiento... etc.

—Sí, sí, ya entiendo, anunciar el enlace...

—Es claro, eso es...

—Bien, bien; exclamó el sacerdote, vaya, que dure mucho la luna de miel.

—Por lo ménos zánganos no faltan, objetó el doctor, como si no pusiera intencion en sus palabras, alargando la mano al marqués.

El doctor y el sacerdote se alejaron, y el padre de María y el marqués volvieron á su ocupacion.

—Lee, dijo el primero al segundo, lee lo que va escrito.

El marqués comenzó á leer un papel que decia así:

—«La hija del rico capitalista...»

—¿Del rico? No me gusta, observó el padre de María, que comenzó á dar paseos por el cuarto. Pon «del acaudalado propietario y capitalista,» y además «la bellísima hija.»

El marqués escribió y despues continuó:

»...contrajo... (aquí ayer ó cuando sea) matrimonio con el marqués...

—¿El marqués? marqués con *eme* grande; ¿lo has puesto así?

Volvió el marqués á escribir y prosiguió:

»...tan ventajosamente conocido en los altos círculos aristocráticos...

—No está bien eso. Bien, ya se arreglará. A ver, pasa á lo del luto; ¿cómo dice? La verdad es que no encuentro cómo justificar la rapidez con que se ha llevado á cabo este matrimonio. Cualquiera puede maliciarse otra cosa... porque ya ves, sin aguardar al término de un luto tan riguroso como el que sufrimos...

El marqués leyó:

»...La circunstancia del lamentable luto que...»

—A ver... No se me ocurre modo...

El marqués, que repiqueteaba el papel con los dedos, se quedó mirando al padre y le dijo:

—No veo la necesidad de enterar á nadie...

—Es preciso; porque de hablar del enlace es menester obviar las murmuraciones...

—No, si es que yo no veo la necesidad de hablar del enlace.

El padre de María, que conforme iba paseando se frotaba las manos, al oir al marqués suspendió todo movimiento, volviéndose como con sorpresa hácia él, y exclamó:

—Pues no faltaba más. Bien, bien, si no quieres escribir más yo escribiré. Trae la pluma y vete con María.

El marqués se levantó y echó á andar en direccion á la puerta.

—Oye, le dijo el padre; además es preciso que se establezcan las libreas de los lacayos... Ya están hechas.

—¡Hechas! dijo el marqués asombrado volviendo la cara y deteniéndose; ¿cómo con tanta rapidez?

El padre de María bajó la vista al papel y no respondió; pero el marqués pudo observar que se le pusieron las orejas encendidas, y salió sonriéndose.

Aquella noche ya toda la gente se habia re-

tirado; el padre de María y el marqués hablaban sosegadamente, y aquél decia á éste que se sentia bastante mal y que se iba á acostar, mientras la campesina despojaba á María de sus vestiduras nupciales, cuando oyeron la voz de la niña que decia:

—Que no entre, que no entre ese hombre. No quiero que entre.

El padre de María y el marqués suspendieron su conversacion y se quedaron mirándose en silencio algunos instantes, hasta que el primero, esforzándose por sonreir, dijo al segundo:

—Te dejo. Buenas noches; y dicho esto, se alejó.

El marqués se quedó sólo, inmóvil como una estátua. Al fin, cruzando las manos hácia atrás con paso lento se encaminó hácia el cuarto de María, cuya puerta abrió de un puntapie y penetró. Dió dos pasos en la habitacion, y señalando la puerta, indicó á la campesina que saliera. El marqués echó una mirada lenta por todo el ámbito de la sala cuya sombra se disputaban el ténue fulgor de una lámpara moribunda que alumbraba poco más que el

techo y los pálidos rayos de la luna, que penetrando por la ventana alumbraban poco más que el pedazo de suelo sobre que se proyectaban. Sobre una silla de antigua talla semejando á una concha, estaba María recogida en sí misma como si quisiera volver al seno de su madre, medio desnuda, silenciosa é inmóvil de espanto.

Salió la labradora, y alcanzando al padre de María, le dijo:

—Señor; su merced me dispense...

El padre de María se volvió un momento, y continuó su camino seguido de la labradora.

—Quisiera decirle, prosiguió ésta, que la niña...

—Ya he oido.

—Pues... es un martirio.

—¿Y qué me quiere Vd. decir con eso?... Ya entiendo la intencion. Pues bien; sepa Vd. que si es martirio, tiene Vd. en él la mayor culpa.

—¿Yo?

—Sí, Vd. Y si á alguien se debe que algun dia no sea todo lo dichosa que yo espero... será á Vd., á Vd., que con un cariño que yo

no entiendo, trata ó ha tratado con sus consejos de que se oponga á este matrimonio... á éste y á cualquiera, sea con quien sea.

—Señor... más vale callar, porque lo hecho hecho está; yo quiero que sepa su merced que ni siquiera me he ocupado de este matrimonio, ni para preguntar quién habia de ser su esposo... La veia contenta, y sabia que el marqués y ella se habian hablado, y ella misma me dijo que no le queria mal... Pero despues... he visto...

—Pues como si no hubiera Vd. visto nada; ya sabe Vd. lo que le toca hacer.

—Sí, sí. Ya sé; pero como si no hiciera nada... Yo venia á decirle á su merced lo que ella me ha dicho; que por Dios y por la Vírgen que no entre en su habitacion, y que Vd. fuera á verla... Señor, solamente la idea de que el señor marqués se entre en su cuarto es para ella un martirio atroz... Además ella quiere á otro.

—A otro, ¿á quién?

—¿A quién? ella no sabe decirlo, ni yo sé todavía quién es.

—¿A otro? Eso no es más que un pretexto

de ella, ó una intriga de Vd., y mal urdida.

—¿Intriga?

—Claro. Si ella hubiera conocido á algun otro, Vd. que se precia de vigilante madre, le hubiera conocido tambien, y me lo hubiera Vd. avisado como era su deber.

—No, si podrá suceder que sea un sueño...; pero...

—Una excusa completamente importuna, que si la ha inventado ella, bien se conoce de quién es.

—Lo que quiera que sea, como Vd. no ha visto cómo se ha quedado la pobre... si el señor marqués no respeta esa excusa y su estado, con ó sin la bendicion, lo que cometerá será un atropello... y si este matrimonio pudiera disolverse hoy, ahora mismo, que es tiempo, seria un motivo de alegría para ella. Esto es lo que yo he comprendido.

—El marqués sabrá lo que ha de hacer y Vd. le respetará, y punto concluido. Vuelvo á repetirla que Vd. no entiende de eso... y buenas noches.

El padre de María se alejó, y la labradora se quedó algunos momentos dudosa sobre qué

partido tomar; pero reflexionando bien sobre la impresion que podia producir en su ánimo lo que percibiese, movida de una curiosidad, alguna vez disculpable, pero siempre importuna, optó por lo que suele ser el partido más prudente y peor recompensado: el de irse á llorar en silencio.

El padre de María con el aviso de la labradora se acostó preocupado, de tal suerte que pasó muy largo rato sin poder cerrar los ojos.

Ya iba conciliando al fin el sueño, cuando sintió un golpe y á poco un ruido como de pasos. Quedóse atento escuchando como si alguien quisiera abrir la puerta, y despues no volvió á sentir rumor alguno. Le extrañó y se levantó con mucho sigilo; fué registrando habitacion por habitacion, y todas las encontró completamente silenciosas. Al fin, por no dejar ninguna sin revisar, entró en la cocina y encontró al marqués con los puños crispados delante de una mesa cubierta de frutas, iluminada por la luna, cuyos rayos penetraban por una ventana.

El padre de María frunció las cejas y exclamó:

—¿Qué haces ahí delante de esas zanahorias? ¿A qué has venido aquí?

—¿Eh? dijo el marqués volviéndose de pronto.

—Te sentí trastear en la puerta de la casa, ¿qué es esto?

—Nada; que habia venido por unas... unas.. ¿cómo se llaman? unas manzanas, eso es.

—¿Manzanas? ¿manzanas ahora si todavía faltan tres meses?...

—María las pidió y...

—¿María? pues, hijo, temprano empieza.

—No, si no son manzanas, son naranjas.

—¿Naranjas? Hace ya tiempo que han concluido.

El marqués que á medida que escuchaba á su suegro, requeria su aplomo, un tanto irritado exclamó:

—Pues serán cuernos.

—Eso es más posible, replicó el padre de María. Pero ven acá, ven acá, añadió agarrando al marqués por la solapa. No se debe descubrir de esposo defectos que no se descubre de amante. ¿No sabes lo que sucede? El primer dia la esposa perdona, el segundo la extraña,

el tercero la cansa, el cuarto la irrita, el quinto piensa en quien no los descubra, y el sexto... Anda para arriba.

Y así diciendo, quiso obligarle á salir.

—Poco á poco, exclamó el marqués apartando bruscamente la mano de su suegro.

—¿Entónces qué? ¿Qué ha pasado, qué es esto? Explícate.

—Nada, nada. No ponga Vd. esa cara de asustado. Que he creido conveniente bajarme... á echar un cigarrito y un párrafo con usted.

—¿Un cigarro? ¡Dios de Dios! Me... me... me espanta tu calma.

—Pues ahí verá Vd. Pero haga Vd. el favor de bajar la voz, no se vaya á escandalizar el género humano.

—Pero, ¿te parece momento este oportuno para conversar?

—De lo que no es momento oportuno es de alzar la voz. Vámonos al cuarto de Vd...

Encamináronse á la indicada habitacion, y cuando el marqués y el padre de María hubieron penetrado y tomado asiento en sendas butacas, este último, que esperaba explica-

ciones con impaciente espectacion, exclamó:

—¿A qué hemos venido al fin? ¿A mirarnos? ¿Quieres reventar ya?

—No es nada, le digo, no es nada; no se alarme Vd. Nos hemos venido ¡pse! por evitar que el ruido de la conversacion despierte á la gente... Tome Vd. un cigarro... y dígame: ¿en qué mes maduran las avellanas?

—¡Bah! exclamó el padre de María dirigiéndose á su lecho; bien haces en temer que despierte la gente en estos momentos para escucharte hablar de avellanas. Buenas noches.

—No, es que no es conveniente que resulte ridículo lo que tiene bastante de sério.

—¿Eh? ¡Ja! ¡Ja, ja, ja! Hombre! ¡Hombre! Esto puede parecerte sério á tí; pero... á los demás... ¿y á mí, y á mí que te he oido hablar de conquistas seguras? añadió el padre de María con irónica y marcada intencion de ofender.

—¿A Vd.? replicó el marqués conteniendo un estremecimiento de cólera... Vea Vd., añadió dejándose caer en el respaldo, vea Vd. por qué le hablaba de las avellanas.

—¿Por qué? preguntó el padre de María con cierto desden.

—Porque, á lo que veo, es de agricultura de la única cultura que entiende Vd.

—¡Hola! Te advierto que algunos yernos suelen no entender de ninguna.

—Pues... entónces, querido suegro, por no parecerlo al ménos, cultivemos alguna... y así, siéntese Vd. y hablemos de lo que Vd. quiera; aunque no sea de avellanas.

—Como comprenderás, de lo que yo quiero que hablemos, no tengo que proponértelo siquiera, pues supongo que me concederás el derecho de saber lo que aquí pasa.

—Sí; quisiera concederle el derecho de saberlo, mas no el de ofender, pues Vd. tambien comprenderá que cuando me encuentro aquí, será por razones y no por necedades.

—¿Quién tiene la culpa de que tú te ofendas?

—Hay maneras de decir que ofenden, porque se supone á aquél con quien se usan en un estado deplorable de imbecilidad.

—Sin duda es que vienes de mal humor, y todo se te figura ofensivo.

—No vengo de mal humor; no vengo de mal humor, le digo á Vd.

—Bueno, hombre; no te alteres por eso. Veamos tus razones.

—No, no crea que vengo á solicitarle consejo, pues me parece que tengo edad para saber lo que me hago.

—¿No me decías que me ibas á hablar?

—Eso sí. Hablaremos; busque Vd. un motivo cualquiera de conversacion. Tener razones, no significa decirlas.

—Satisface, al ménos, mi curiosidad; esto no supone el desconocimiento de tu derecho á callarte, pues tan celoso te muestras de él, que casi me alarman la razones que te guardas para no hacer uso de otros derechos más importantes.

—¡Le alarman!

—Tan mala oportunidad es de razones, que el saber que hay alguna, me sorprende.

—¿Qué me quiere Vd. decir con eso? ¿Que es hora de violencias?

—Es hora de violencias discretas y oportunas.

—Déjeme Vd. de tonterías. Caricias, razones y violencias hasta persuadirse de que inspiran repugnancia.

—¿Crees haber ejercido la suficiente?...

—He ejercido la suficiente para conocer que sólo se ejercen cuando no importa lo que se siga, cuando las consecuencias pueden eludirse con sólo encogerse de hombros. Yo he reflexionado con un poco más de egoismo, que no debo encogerme de hombros.

—¡Bah! Es un egoismo que te honra.

—Por lo ménos me satisface.

—¡Vamos! Tú te desprendes generosamente de tus derechos. ¡Admirable! Esa es una generosidad que te honra tambien.

—¿Qué importa un dia? yo cedo gustosamente un dia en cambio de la seguridad de toda la vida.

—Yo te responderia... sí, te responderia, si no temiera que creyendo escuchar un consejo, cambiases de conversacion y volviésemos otra vez á la agricultura.

—Le escucho. ¿De qué se trata?

—Se trata... se trata de... de *corazonicultura*.

—He cosechado...

—Abundantes cosechas, pero de mala calidad. En este género de cultivos, no pasas de

ser un practicon de ínfima ralea. Dispénsame. Ser entre ciertas gentes afortunado, tiene el inconveniente de no dar á conocer el corazon humano más que por el forro, pues se posee sin penetrarle. Dime, si se te entrega fácilmente, ¿te ocuparás de penetrarle?...

—Poco á poco; la fortuna me la debo á mí, que yo he luchado...

—¡Buenas luchas!

—¡Pse! Pero es que ahora no se trata de un pudor ridículamente respetado.

—Lo que no logra la amabilidad en un año, lo consigue el temor en cinco minutos.

—Sé que es Vd. consecuente con esa conviccion, me consta, y tambien me consta que no siempre ha obtenido Vd. lo que se promete de su severidad.

—¿De María?

—De María.

—Hasta ahora no tengo el menor motivo.

—Ahí está el mal, que como á mí me consta y á Vd. no, me hace temer que me dé idéntico resultado. Quiero ser esposo y no alcaide.

—Lo que veo es que he obtenido cuanto deseaba...y si tú heredases mis convicciones...

—Veo que Vd. tambien, á pesar de sus pujos de profundidad, se deja seducir de la apariencia.

—Lo único que te digo es lo que ya te dije esta mañana. En tus manos está la educacion. Vé lo que haces, no sea que la eduques de tal modo, que las mismas razones que te han obligado á salirte, te obliguen toda la vida.

—Precisamente es otra de las cosas que he reflexionado, pues saltar por encima de todo es dar á entender bien claro que por encima de todos está ese deber conyugal.

—A la misma altura.

—Algo queda hoy sacrificado.

—Indudablemente.

—Pues eso es sencillamente sembrar para que recoja otro.

—Respetuoso te hace ser casado.

—¡Pse! Conozco algunas casadas. Yo tengo treinta años, y ella trece; calcule Vd. los resultados de la educacion en el porvenir.

—¡Cuánto has reflexionado en tan poco tiempo! Ahora te digo que hay algo que dejar al buen sentido y virtud de la mujer.

—Yo no quiero dejar nada.

—Eso sí que no lo entiendo, eso sí que no lo entiendo. Yo comprendo que se desconfie, comprendo que nadie debe dormirse, que se esté vigilante, que estas vigilancias se ejerzan sin faltar al respeto ni prescindir de la cortesía y del cariño, que se dude interiormente del cariño y de la mejor virtud, sin que la duda se trasluzca..... pero ¡no dejar nada como tú pretendes! ¡es decir, no permitirse dudar! ¡esto tiene mucho de pretencioso!

—Ahí tiene Vd. la razon de por qué si mucho me contraría esta situacion, mucho me complace tambien. A mí me toca dudar ahora de su cariño... ahora sí que necesitaria ser en exceso pretencioso para no dudar. Solo que ahora dudo tranquilo porque veo natural lo que sucede... No me inquieta... la puedo educar para mí, toda ella para mí, para que me haga todo lo dichoso que necesito...

—Se conoce que esa empresa la has tomado con calma.

—Como se toma una empresa decisiva... Espero resarcirme á su tiempo de lo que me cuesta. Hoy si quisiera pudiera hacer de María una fiera...

—¿De María una fiera? ¡Tú estás loco!... ¿acaso la has visto asomar las garras?

—Yo no la he visto más que asomar lágrimas. Digo, al contrario, que es un corazon dócil, docilísimo... y que espero gozar modelando á mi gusto... Haré vida de amante ya que por mi mismo atropellamiento no la hice á su tiempo.

—¡Bah! estamos hace ya un buen rato hablando de este asunto, y á esta fecha yo no sé qué te pasa ni qué piensas. Hablemos con claridad, si es posible.

—He pasado un mal rato...

—Pero á pesar de eso, tú eres mi yerno... mi yerno *in partibus infidelium*. Todo lo sospecho; súplicas, lágrimas, sollozos...

—Y por último, perder el conocimiento y el sentido, encolerizarse, desesperarse, arrojarla al suelo lleno de rábia, y salir.

—Ella hace la muerta y tú el tonto. Bien se vé que no has tenido que luchar con grandes pudores. Si los desmayos te enternecen, vas á hacer un esposo lucido.

—No es que me enternezcan, sino que me contienen, pues para ciertos casos es indis-

pensable tener el conocimiento y el sentido.

—Tenerlo, sí; pero parecer tenerlo, no; por lo ménos no del todo. Parece mentira... parece mentira...

—¿Qué?

—Que tú tengas treinta años y ella trece... que ella se conduzca con la discrecion de una mujer y tú con la bobería de un niño.

—Me dá risa de oirle.

—¿Por qué?

—Porque Vd. quiere hacerme ver que María finge con perfecta propiedad los accidentes más graves, y que ruega, solloza y llora por una especie de pudor exagerado... Ya recuerdo que Vd. me advirtió esto último, recuerdo el incidente del acto del casamiento... todo lo tengo presente; pero á pesar de eso dudo mucho de que esa niña sepa, no fingir, sino lo que es fingir. Es verdad que yo mismo llegué á figurarme lo contrario; pero hoy tengo ya mi concepto formado de ella.

—¿Sí? Pues á pesar de tu concepto te repito que estás haciendo el tonto, que lo hiciste el dia que os visteis y que sigues haciéndolo; sólo que el dia que os visteis podias hacer un

tonto interesante y hoy es hacer un tonto deplorable.

—¿Cómo un tonto interesante?

—Sí, en la primera entrevista; recuerda bien.

—Pero... ¿Vd. sabe nuestra entrevista?...

—¡Pse! Lo que te digo es que andes más listo, porque les trece años suelen engañar.

—Explíquese Vd., haga Vd. el favor.

—Algun incidente de la entrevista te escuece.

—No.

—Sí, hombre, sí, confiésalo. Confiesa que fué una buena burla.

—¿Cómo burla?

—Sí, burla. Se ha reido de tí.

—¿Que se ha reido? ¡que se ha reido! ¡Quiá!

—Lo que es llorar y lo que es saber llorar. Debajo de una buena lágrima suele á veces esconderse una risa maligna. No te ofendas por esto; pero pues que me obligas á hablar con sinceridad, te advierto que mañana se vá á reir mucho más.

—Bastante me importan las risas de mañana.

—En ese caso, hasta tal punto puedes llegar á ser importuno, que para poder reir más libremente no tendria nada de particular que resolviese volver á su completa libertad.

—Amenaza tardía.

—No te lo creas. Matrimonio no consumado puede disolverse cuando se quiera... y si mañana me lo indicase, yo, por doloroso y sensible que me fuera, y créeme que habria de sérmelo, tendria que satisfacerla.

—¡Disolverlo por conceptuarme importuno!... Es imposible... si yo la he visto llorar... la he visto lágrimas de verdad; es una niña... ¿estoy yo tonto? ¡Bah! Si hasta pensar en ello es ridículo.. Naturalmente si se lo oigo decir á Vd., que es su padre, que la conoce mejor que yo... y que ningun objeto se lleva al decirlo... claro... pero si yo creo que Vd..., en fin, puede ser, puede ser... ¿Vd. se calla?... puede ser. ¿Vd. se rie? Voy á verlo, voy á verlo con mis ojos.

El marqués salió de la estancia encaminándose hácia la de María, y el padre de ésta, viéndole alejarse, exclamó:

—Dadme un poco de tacto y al lado un

carácter vanidoso, y moveré... zaragata. Ninguna razon le decide como el temer que María se burle. ¡Qué niño es! Allá vá con cinco mil demonios.

La labradora se habia acostado sin desnudarse. A medida que el tiempo pasaba, imaginándose escenas repugnantes, su indignacion crecia. Lloraba de rábia, y á veces contenia sus silenciosos suspiros, para escuchar atenta, por si percibia algun rumor, gemido ó sollozo que la indicase que estaba sucediendo lo que ella se imaginaba. Una de las veces sintió los mismos ruidos que habia sentido el padre de María, y con mucho cuidado se deslizó del lecho, y salió dirigiéndose al cuarto de la niña. Se detuvo algunos momentos en espectacion, y al fin se decidió.

Entró la labradora. En medio de la habitacion estaba María tendida en el suelo; con los cabellos, adornos y todas sus ropas en desórden, se retorcia presa de profunda convulsion; sus ojos giraban en sus órbitas como poseidos de vértigo; con sus débiles manos nerviosamente crispadas se golpeaba su seno extremecido por violentos suspiros; y en aquel instante ex-

tendia su cuello, movia la cabeza á un lado y á otro, y se llevaba, con horrible ansiedad, las manos á la garganta, como si quisiera arrancarse alguna serpiente que á ella enroscada la estuviese estrangulando.

—¡Hija de mi alma! exclamó la labradora abalanzándose á María; ¿qué te pasa? ¿qué tienes?. . ¡Vírgen mia de las Angustias! ¡que se muere!... ¡María! ¡María!... ¡hija! ¡que te destrozas!...

Y abrazándose al agitado cuerpo de la niña, le alzó en alto, le llevó al lecho y le apoyó sobre él. Durante algunos momentos, ambas abrazadas, parecian como luchar; la labradora protegia con su cuerpo al de María, evitando que ésta se desgarrase con sus propias manos. Al fin María lanzó un profundo suspiro, y su cuerpo cayó desfallecido sobre el lecho. Despues fijó sus ojos en la labradora, y rompió á llorar.

La labradora despojó de sus ropas á María, y con mucho cuidado levantó el embozo del lecho para cubrirla con él, lo cual efectuó, no sin recorrer ántes con la vista toda la reluciente blancura de las sábanas.

Un buen rato pasó sin que María pronunciase más, entre sus sollozos, que de cuando en cuando, y con voz cansada: ¡madre mia! —exclamacion favorita suya, así en sus momentos dolorosos como en los alegres—hasta que la labradora, inclinándose sobre ella, la preguntó:

—¿Qué te ha pasado? ¿Por qué lloras?

María levantó su brazo, le apoyó en la cabeza de la labradora, y acercándola á sus lábios la dió un beso, y respondió con voz fatigosa y apenas perceptible:

—Sácame, sácame de aquí... por la Vírgen...

—¿Sacarte?

—Sí, te lo pido por caridad... ántes que vuelva, llévame.

—Pero, ¿cómo?

—¡Madre mia de mi alma! Si no me sacas... yo no sé lo que será de mí...

—(¡Corazon de fiera!...) Espera, espera un momento...

—No, no te vayas, por la Vírgen te pido que no te vayas.

—No, María, si es un momento.

—¿Y si viene? No quiero que te vayas... llévame contigo.

—No, si está con tu padre, y para salir, necesita pasar por donde yo le vea. Espérame.

—Bueno. Vuelve pronto, vuelve pronto.

María se arrebujó en las sábanas, y la labradora salió corriendo, bajó á su habitacion, se acercó á su esposo que dormia tranquilo, y le preguntó precipitadamente:

—Oye, oye, ¿serias tú capaz de una obra de caridad? ¿Serias tú capaz de ayudarme á sacar de esta casa á María?

El labrador dió un terrible ronquido, se restregó las manos por los ojos, y exclamó:

—¡Buh! Duerme, duerme, y cállate... ¿á quién se le ocurre?... estaba ya en siete sueños...

Lo que el labrador siguió hablando no pudo oirlo su esposa, pues en un santiamen salió del cuarto, viendo que de allí debia esperar poca ayuda. Pero fué el caso, que bien pronto echó de ver que sacar á María no era otra cosa que la empresa de un demente, y lo que es arraigarse una idea, cuando en la soledad y en el silencio de la noche nadie viene á disua-

dir; la idea se agranda y toma proporciones gigantescas. La labradora entró en la cocina y cogió un cuchillo con mano temblorosa, pero resueltamente; se volvió y se entró otra vez en el cuarto de María. Se acercó al lecho y la dijo:

—Puedes descansar sin temor.

Con tal acento de decision pronunció estas palabras, que María, juzgando que la labradora habia escuchado del padre y del marqués que habian resuelto dejarla, observando al propio tiempo que ningun ruido acusaba la aproximacion del marqués, su alma, contenida hasta entónces en excitacion por profunda inquietud, se entregó á la fatiga del cuerpo, y tomando entre sus manos la de la labradora, poco á poco se fué quedando dormida. Durmióse al fin, y la confianza que revelaba su sosegado sueño fué un nuevo estimulante á la ya exaltada imaginacion de la campesina, que al lado de la niña dió en pensar en lo que habia de hacer cuando viese presentarse en el cuarto al marqués. La labradora temblaba, y su temblor se propagaba al lecho de María, con tanta intensidad que temiendo despertarla,

con mucho cuidado deslizó suavemente su mano de entre las de la niña, que ocultas bajo las sábanas, quedaron como á intento cruzadas. Se apartó y miró su cuchillo, que á pesar de sus alarmantes dimensiones, sólo habia servido hasta entónces para partir modestamente los frutos de la huerta; le miró y se extremeció. Se imaginó que si el marqués en aquel momento apareciera en el cuarto le diria: lo que está haciendo su merced es indigno, y si dá un paso más le parto el corazon; que él exclamaria: ¿quién es Vd.? que ella le responderia: yo soy una pobre mujer... yo no soy criminal, pero yo no soy ahora una campesina, ¡yo soy ahora la madre de María! que el marqués entónces—pues ella sabia que era hombre á quien no arredraban amenazas masculinas, ni femeninas mucho ménos—se reiria, daria un paso hácia ella para sacarla del cuarto á viva fuerza, y que entónces por entre la quinta y sexta costilla del marqués penetraria el cuchillo y... la infeliz labradora sentia en su pecho una opresion horrible y se apoyaba temblando en el borde del lecho. Estaba poseida de la fiebre del crímen, y ya se halla-

ba en tal estado su imaginacion, que ni podia disuadirse de la necesidad de cometerlo ni dejar de pensar en el momento del asesinato. Estos instantes en que la imaginacion, puesta en efervescencia por nobles sentimientos, se desata para forjar crímenes y se complace en idearlos lo más sangrientos que puedan ser, son instantes crueles. La imaginacion presenta escenas que se contemplan con profunda fruicion, como si fueran escenas exteriores de una novela terrible; pero desde el momento en que se recuerda que la imaginacion hace de uno el actor principal de un drama inminente, la conciencia reaparece y la fruicion se convierte en inquietud; la efervescencia sigue, la imaginacion parece que cincela el crímen y la conciencia no viene más que á aclarar los semblantes de los actores, y no tiene entónces más que el humilde papel de advertir que no es aquél ni el otro los personajes que actúan, sino uno mismo, pues ni apaga el entusiasmo de la accion, ni sosiega al exaltado sentimiento, ni hace otra cosa que añadir á la emocion que despiertan las escenas la fiebre de un remordimiento prematuro.

Mas como sólo las circunstancias hacen al héroe, pues muy bien puede un héroe morirse sin haber cometido heroismo alguno en su vida, la labradora, que temia y esperaba con febril inquietud al marqués, viendo que éste no llegaba, se fué tranquilizando, y poco á poco disminuyendo su exaltacion, dió en pensar en su tardanza, de tal suerte, que creyéndola abdicacion de indisputables derechos, principió á conceptuarle ménos merecedor de ódio, despues ménos merecedor de la ignominiosa muerte que le preparaba, despues más digno de consideracion, y hasta de cierto espectante aprecio; mas cuando se imaginaba por un momento estar en presencia del marqués y dirigia su vista á la inocente María, que sosegadamente dormida parecia decirla: me falta el aliento, el valor y las fuerzas, protégeme, que yo duermo sólo confiada en tí; la labradora sentia correr por el cuerpo una oleada de indignacion que pasaba dejando un sudor glacial y una agitacion convulsiva. Sin embargo, más calmada la fiebre, sin renunciar á sus propósitos de proteger á María, calculó que lo mejor era, si volvia, quedarse á la espectativa

en la duda de los móviles que le obligaban á volver. Y no bien lo habia calculado, cuando sintió los pasos del marqués que, por volver de puntillas, por evitar que se apercibiera la gente, sólo pudo escuchar cuando ya le tenia muy cerca, y cuando era imposible salir sin encontrárselo cara á cara. La labradora, sorprendida al pronto, trató de ocultarse, y apagó la lámpara en el mismo momento en que el marqués pisaba el umbral de la puerta. El marqués dió un paso y se detuvo, colocándose en actitud de atencion; no escuchando ruido alguno, se inclinó sobre el sitio donde la labradora al entrar habia visto á María; tocó el suelo con su mano, describió con ella una ancha semicircunferencia, y no encontrando obstáculo, se levantó. La labradora, que temia que los violentos latidos de su corazon delatasen su presencia al marqués, se deslizó por la pared, y encontrando el vano de la puerta, escapó corriendo de puntillas. El marqués sintió un rumor que le pareció susurro del bosque, pero dudando, se acercó hácia á la puerta, y con voz callada exclamó como quien quiere seguir una broma de que se ha apercibido:

—Que no se me han perdido agujas ni dedales.

A estas palabras respondió tras él un profundo suspiro entrecortado de los que extremecen el pecho en repetidas conmociones cuando principia á calmarse el llanto, y el marqués entónces, deseando salir de dudas, encendió la luz. Miró hácia atrás, y vió á María dormida.

—Lo que he perdido, pensó, ha sido la aguja de marear... Pues si está acostada... ¿Quién habrá sido?... Ella está tranquila... y yo he sentido ruido... habrá sido el viento... el viento que apagó la luz tambien... y ¡qué oportunamente!... Nadie, aquí no hay un alma. Veamos, ante todo, si realmente duerme la que se ríe.

Se acercó al lecho; la miró y la remiró. María continuaba sosegadamente dormida, y el marqués se quedó reflexivo.

—Y esto dice el padre que se ha reido de mí—se decia—y ¡que se reirá mañana!... ¡Ay! ¡qué gracia! ¡Esta cara se rie de mí!... Una niña... edad de niña... cara de niña... ojos de niña... maneras de niña... lágrimas... lágri-

mas puede ser que no sean de niña, pero... ¡fingidas y tan bien fingidas! ¡Bah, bah! el padre está tonto.

El marqués se separó del lecho, y se acercó á la ventana.

—Y despues de todo, continuó reflexionando, bien puedo ser yo el tonto... Ella ha contado á su padre nuestra entrevista, y si, como parece, se lo ha contado todo, no ha pasado de ser una indiscrecion... muy propia de una niña, y entónces no es ella quien se burla, sino el padre... ¿Y qué intencion puede animarle á decirme que ella se rie? ¿A qué vendrá mentir, y mentir en favor de mis propósitos?... Por supuesto que por estos retiros suele hallarse cada lagarto vestido de niña... La verdad es que el padre tiene más motivos de conocer á su hija que yo... y decirme que se rie, es un buen modo de decirme, en los términos que un padre puede usar de su hija: ten cuidado, porque mi hija es una niña procaz, atrevida, hipócrita y descarada; ha nacido así con estas excelentes disposiciones, y es preciso que seas como ella, porque os habeis juntado tal para cual, porque así le gustas á ella, y si no te

conduces como eres, dejarás de gustarla... y lo que se sigue, y lo que le sigue, que es lo que queria decirme con que á mi cuidado estaba su educacion. ¡Pobrecita! ¡es un ángel!... Todo puede ser... esto y más. Veámosla otra vez.

El marqués se separó de la ventana y volvió á acercarse al lecho.

—¡Vive Dios!, exclamó para sí, su cara me desconcierta.

En aquel momento una ligera sonrisa contrajo suavemente los lábios de María y el marqués sintió un escalofrio, extendió su mano, levantó un poco la orilla del embozo, y viendo cruzadas las manos de la niña en tal actitud que parecia como suplicarle, se quedó como indeciso. Despues se sonrió él tambien, dejó caer blandamente el embozo volviéndole á su posicion, tomó una butaca, la colocó al lado de la puerta frente á la ventana, puso una silla delante, se reclinó en la butaca, de espaldas á María y echó los pies en la silla murmurando:

—Si finge porque finge, y si no finge porque no finge, veremos quién se cansa ántes.

Ahora que sople el diablo, que como la estopa no la acerque, ya puede soplar.

El marqués tenia la feliz disposicion de distraerse cuando queria de sus preocupaciones, lo cual le permitia las más de las veces juzgar con claridad y ejercer en circunstancias críticas el señorío de sí mismo. En cierta ocasion, hablando de las damas, dijo que el cariño le enamoraba pero que el despecho le envanecia; que cuando él sentia su corazon demasiado interesado, le mandaba callar, y se callaba; que si no lo sentia lo suficiente, le mandaba interesarse y se interesaba; que en vez de ser el corazon el que le mandaba pensar, él era el que mandaba á su corazon palpitar; que él hablaba de su propio corazon como de la India porque veia que hablar de ello era cosa interesante, y por último, que sospechaba que no lo tenia porque la mayor muestra de doloroso sentimiento que él habia dado en su vida, salvo en la edad de la denticion, fué cierta vez que en presencia de lágrimas contuvo respetuosa y oportunamente la risa. Pero sin duda porque en su vida se habia visto casado, no le preocuparon desvios ni lágrimas, pues ya estándolo sintió

que tenia comprometido más amor propio y áun dignidad que en el triunfo de un simple capricho, lo cual si no le dejaba pensar en otras cosas con la perfecta libertad de que él solia disponer, le dejaba pensar en las circunstancias con la atencion necesaria y calma suficiente para formar su composicion de lugar y su línea de conducta sin exaltacion ni negligencia. Estando en ello le sorprendió el ruido de la cerradura, cuya llave sintió correr, escuchando al propio tiempo tras la puerta decir en voz baja y con cierto énfasis: «ajajá.»

—¡Ah, vamos! pensó el marqués; el suegro, el suegro que viene á hacer el papel de diablo; ¡pobre diablo!

Con efecto, el padre de María, aunque ya se habia acostado, no podia dormirse con el rescoldo que le habia dejado la inesperada entrevista con su yerno. Se levantó, subió al cuarto, aplicó el oido á la cerradura de la puerta, echó la llave, se la llevó, volvió á su cuarto y se acostó:

—Un abuelazgo ganado á pulso, murmuró frontándose las manos, y echándose el embozo, añadió: ¡qué regocijo para la humanidad!

Nunca la conciencia se adormece tanto durante el sueño, que á las veces no advierta las mentiras que el dormido forja, y no lo advierte cuando son más absurdas, sino precisamente cuando en dolor ó en dicha son demasiado exajeradas; en el fondo, si no hay conciencia clara de lo que pasa, hay una cuasi-conciencia de lo que no pasa; hay individuos que soñando hablan con la más completa familiaridad con personajes de este mundo y del otro, ó con difuntos que, sabiendo que lo son, no extraña oirles hablar; individuos que vuelan moviendo los pies, y suben, suben hasta ver la tierra del tamaño de una nuez, para arrojarse sonriendo con pasmosa impasibilidad; individuos que en cruel y terrible combate pierden brazos que siguen braceando, piernas que siguen moviendo, y á veces que les cortan la cabeza, la cual, viendo caida en el suelo sonreir de un modo grotesco, les hace soltar la carcajada, y si á la carcajada despiertan, no se extrañan de verse con su cabeza en su sitio, sabiendo que, para verla en el suelo, necesitaban tener otra con que verla, que no puede ser otra que la que encuentran des-

cansando en la almohada; á veces parece como que se tiene la intencion decidida de seguir soñando, y á veces molestado por escenas que desagradan, se despereza la voluntad para que, despertando, se desvanezcan. Pero en los individuos, en quienes los sueños suelen hacer más profunda impresion, tal como los sintieran si efectivamente sucediesen, es en aquellos que, por educacion y cultura ó por inexperiencia, carecen de un concepto claro de la realidad. Más de un sacerdote se ha visto en grave aprieto sosteniendo terribles altercados con almas devotas, por hacerlas entender desde el confesionario que confesasen sus pecados, y que no se olvidasen de confesarse de ellos por referir sus entrevistas nocturnas con los santos y vírgenes de su devocion, que por no ser pecado debian callárselo para regocijo propio, como buen anuncio de la gloria que les espera, y en consideracion á la paciencia con que los demás esperan el turno para confesarse, recomendacion perfectamente estéril, pues cuantas veces se confiesan, y son las que con más frecuencia lo verifican, han de referir una nueva visita, hasta que el sacerdote, observando que

no por disputar dejan de referir, queriendo ganar el tiempo de la disputa se resignan á escucharlas, pues no escuchándolas sólo consigue exponerse á ser tildado de mal confesor, regañon, antipático, mala cara, cejijunto, y al fin, mal sacerdote, pues principia por no mostrar paciencia y resignacion cristianas.

María continuaba durmiendo, pero en medio de su sueño tenia una cuasi-conciencia de que no sentia entre sus manos la de la labradora. Soñaba entónces que estaba viendo unos ojos que la miraban y la atraian, de tal suerte que sus pies no tocaban ya al suelo; se sentia subir y no podia hablar; veia aquellos ojos fijos, asomando, al principio, por entre nieblas de rosa, que, desvaneciéndose poco á poco, dejaron ver un semblante risueño, circundado de una aureola espléndida, que de pronto cambió de expresion, se tornó interrogante y despues irritado; que ella gritaba y su débil voz se apagaba en aquella atmósfera vaporosa; que, por último, aquellos ojos ántes risueños, despues iracundos y siempre irresistibles, lanzando un relámpago siniestro, se desvanecieron con nubes y aureolas; y que, perdida la atraccion que

sobre ella ejercian, se sintió caer precipitada al suelo, quiso dar un grito, no pudo, y entónces una ansiedad creciente se apoderó de ella, como si de su pecho se escapase la vida. Cayó al suelo casi inerte, y... extremeciéndose de una violenta sacudida, despertó con la horrible ansiedad, semejante á la de la agonía que precede y acompaña á las palpitaciones. Levantó silenciosamente la cabeza, se llevó la mano al corazon, vió la del marqués asomar un poco por encima del respaldo de la butaca, miró á todos lados y se quedó como aturdida, sin saber á qué debia dar más crédito. Despues se dejó caer sin mover ruido; con mucho cuidado extendió el embozo, escondió su cabeza bajo él, retrajo su cuerpo cuanto pudo, se arrebujó entre las sábanas, y ahogando con ellas su boca, comenzó á llorar en silencio, á un tiempo atemorizada por el sueño y por la realidad. Vencida, sin embargo, por la fatiga, volvió á poco á quedarse dormida; pero su sueño principió á ser intranquilo, y como deslizándose en lucha entre el cansancio y el sobresalto.

El marqués, que sintió el extremecimiento de María, hizo un gesto picaresco, prometién-

dose, como la oyera toser, no esperar más insinuaciones, y dar por terminada la prueba. Pero esperándola oir toser ó suspirar, pasaba el tiempo en el más absoluto silencio, y se quedó perplejo, sin saber qué resolucion tomar, pues él queria escuchar de ella una insinuacion suficientemente clara y significativa para eludir excusas á una resistencia exagerada por sistema ó por capricho, en exceso soberbio, que él juzgaba vencer y rendir de aburrimiento.

Pensando en ello el marqués, con la cabeza reclinada en el respaldo de la butaca, fingiendo dormir, tenia su mirada fija en la luna.

—La verdad es, se decia, que si no es capricho, ni lo que me dice el padre, es un misterio que no entiendo. Lo que yo tomé por virtud, no lo es, porque ahora que no tiene razon de ser, persiste; ni es pudor, porque el pudor á lo que entiendo no llega hasta las lágrimas y las convulsiones...; no es amor ni ódio, porque no es bastante mujer para querer ni odiar; no es por carácter tal ó cual, porque su carácter no está formado... Es una puerilidad... ¿pero y si me levanto? Si me levanto es para terminar definitivamente este asunto. ¿Y

si todavía se resiste? Otra vez no me declaro en fuga. Sea como sea... ¡vive Dios! ¡inaugurar la vida conyugal con una violacion humillante! ¿Y por qué he de obtener en lucha brutal lo que puedo conseguir con discrecion y dulzura? ¿por qué he de deshacer en capullo aún no formado mi propia dicha, cuando puedo gozar la flor fragante por mí y para mí educada?... Tambien es exigir la última prueba de cariño quien ninguna dió; lo que ella debe querer es que alcanzarla me cueste trabajo. Su resistencia es discreta, justa y hasta agradable... Ella hace bien; ¿pero y yo? ¿y si hoy cedo? ¿y si cedo y hago el tonto y?... Si cedo... no sé... no sé qué podrá ocurrir... ¿Qué hago? ¿me lo quieres tú decir, luna?

Y aunque la luna continuaba silenciosa su carrera en el firmamento con la cara misteriosamente inmóvil de siempre, el marqués creyó observar que se sonreia con irónica malicia y hasta escuchar que le contestaba:

—Preocupado te miro.

La luna y las almohadas absorben las mejores reflexiones; las segundas porque son de trapo; á la primera se las confian porque

aunque parece que toca al horizonte, no se sabe que haya descendido alguna vez á la tierra, circunstancia recomendable que inspira cierta confianza. La luna es un astro cuyos secretos no están bien averiguados; sólo se sabe que es un astro de historia; malas lenguas dicen que es una hija natural de la tierra, habida en sus amoríos con el sol probablemente, y otros dicen que ántes iba muy peripuesta recorriendo los cielos, y que encontrando al paso la tierra, se quedó prendada de ella; se sabe que siempre presenta la misma faz á la tierra, sin que ésta tenga motivo para quejarse desde que se conocen de que la haya vuelto la espalda ni un sólo momento, pues por no volverla la espalda no le importa no ver el sol semanas enteras; se sabe que entretanto la tierra vá despreocupada bailando, la arrasta en los espacios, la acerca, la aleja y la zarandea, y que sus sonrientes facciones provienen de contracturas, sacudimientos y convulsiones íntimas; se sabe... es decir, no se sabe, pero indicios hay de presumir lo que debió pasar entre la tierra y la luna el dia que se conocieron, y desde aquel dia lo que entre ámbos pasa,

para presumir que á la tierra diga la luna con su bondadosa sonrisa:

—Llévame contigo y haz de mí lo que quieras, que yo nada te pido; pero déjame ir tras tí, que yo seré eternamente tu esclava, tu satélite por los espacios y aunque me sacudas y me arrastres, no lloraré; voy contenta, mírame sonreir.

Y se sonrie; pero ¿cómo ha de ver con agrado á la tierra bailar y hacer contorsiones y figuras con tanta coquetería delante del sol y delante de ella, que se está mirando en astro tan caprichoso y casquivano? La luna se sonrie, pero su sonrisa es como la del que se siente morir de frio en el abandono de la soledad, la sonrisa de una tristeza íntima que traspira en silencio por todo su misterioso semblante, cuyas arrugas podrán escudriñar los telescopios; mas por mucho que el hombre las estudie, no llegará á penetrar el corazon, no el de la luna, que está á millares de leguas, ni el de él mismo que le tiene dentro, pues á veces, para ver bien, hay que apartarse en vez de acercarse.

El marqués contestó á la sonrisa de la luna

con otra sonrisa ligera é indefinible, y como la duda no es las más veces otra cosa que la cobardía de la negacion que desalienta la iniciativa y quebranta el arranque, narcotizando la voluntad con el grato veneno de la pereza, para cuya accion sentir basta sólo probar una sóla gota, el marqués volvió á su primer acuerdo, y un tanto despechado de su propio insomnio y de que la luna le hiciese advertencias discretas, cerró sus párpados y probó, no ya á fingirse dormido, sino á dormirse de veras hasta otro dia, en que con mejor y más claro conocimiento de causa, resolviese el asunto convenientemente. Mas como su hora de dormir no habia llegado aún, el marqués cerraba los párpados en vano; volvió á abrirlos y comenzó á buscar un narcótico mental suficientemente cómodo y activo. Un rosario es un narcótico devoto que suelen emplear muchas almas piadosas, así en el lecho como en la iglesia. El marqués conocia la sustancia del rosario, mas entónces no recordaba bien el órden de las palabras; quiso recitar el *Credo* y se atrancó en «Criador del cielo y de la tierra;» despues quiso recitar la *Salve* y se detuvo en

el «valle de lágrimas;» concluyó un *Padre nuestro* con *Kirie eleison*, y observando que un rosario bien rezado y con buen órden podia servir de narcótico, pero disparatado más le despertaba que le dormia, buscó otro, pasando revista á todas las jaculatorias que en su niñez aprendió con tanto despejo, y sólo recordó aquella de

Con Dios me acuesto,
Con Dios me levanto,
Con la Vírgen María
Y el Espíritu Santo.

Jaculatoria que al recitar mentalmente halló el marqués en aquellos momentos de irónica oportunidad. Entónces recurrió á un medio muy sencillo, á la numeracion, á recitar la série de números que el sueño permita, que es medio muy expedito cuando los números son abstractos. Principió á contar: uno, dos, tres, etc., y poco á poco los labios se iban negando á pronunciarlos; desde el seiscientos dejó de ver la luna y el sueño comenzó á desconcertar la contabilidad, si bien muchos números

anteriores repitió, á pesar de su despreocupacion, doce y catorce veces; del seiscientos sesenta y seis, que salió apenas de su boca en imperceptible soplo, pasó los umbrales de la realidad y se internó en lo desconocido; de suerte que por el número seiscientos sesenta y seis, número cabalístico con que se despidió del mundo y que representa la suma del valor de las letras que, segun el Apocalípsis, han de componer el nombre del Antecristo, saltó de una cabezada de lo finito al infinito.

El marqués, de lleno iluminado por la luna, se quedó completamente dormido. María despertó en un sobresalto, y apenas abrió sus ojos los fijó en la butaca del marqués, observando que la silueta de su cabeza, que sobresalia inmóvil por encima del respaldo, continuaba en la misma actitud en que la habia visto algunos momentos ántes. Con mucho cuidado se fué levantando poco á poco, se deslizó silenciosamente del lecho, tomó su vestido, se lo arregló y se dirigió de puntillas hácia la puerta; la empujó con suavidad y volvió con inquietud su vista al marqués; se le acercó, se asomó por encima del respaldo, le estuvo mirando

un rato, y viéndole dormir, rodeó la butaca y se colocó casi frente de él, de cuyos párpados no apartaba los ojos. Entónces, contemplándole cara á cara, se preguntó cómo le veia allí en vez de la labradora que se habia marchado, y como le veia tan sosegadamente dormido, despues de haberle visto irritado contra ella y de haberse sentido entre sus manos de hierro, sacudida como juguete de su cólera, de una cólera más parecida á la saña, que léjos de amortiguar las súplicas, la exaltaban. Para María, el cambio del marqués obedecia á que la cuestion habia quedado arreglada; pero tambien para ella el marqués cerró la puerta, cuya llave debia tener guardada en sus bolsillos, y esto la confundia. Tanto deseaba explicarse su situacion, que tentada estuvo por despertarle; pero al momento se le ocurrió pensar si él la habia dejado descansar por creerla enferma, qué haria si la viera despierta y de pie; María se contuvo; fijó su vista en los párpados cerrados del marqués, como si quisiera, á su través, adivinar lo que haria; los vió moverse soñolientos y se extremeció. Con mucho sigilo buscó un asiento, le colocó junto al lecho y se

subió á él sin dejar sentir el más leve rumor; y conforme estaba vestida, echándose el embozo sobre medio cuerpo, consiguió, despues de largo rato de confusion y recelos, reconciliar su desasosegado sueño. El marqués entornó inconscientemente sus párpados, y sintiendo la claridad de la luna, los volvió á cerrar; suspiró murmurando algunas sílabas sin conexion, inclinó á un lado la cabeza y continuó durmiendo.

Aunque el marqués no era hombre impresionable, sin duda por haber cenado, no el cotidiano chocolate, sino alguna tragantada de bilis, y porque, quien no cena, dicen que luego *vé la procesion*, dió en soñar aquella noche. Soñó que escuchando el canto de un gallo, volvió la cara y se encontró con una señora vestida de negro, con velo y con una especie de mitra ó cucurucho que se movia sobre su cabeza; se acercó á ella, la levantó el velo, y vió una cara risueña y como fosforescente; la preguntó quién era, y ella le dijo que era la luna; la buena señora acercó sus lábios, y él el oido, y entónces escuchó que le decia: racamandaca-artiquilla-la-golinflor, lo cual, aun-

que no entendia, le indignó; entónces la señora dió media vuelta, se alejó haciendo muchos contoneos y la vió esconderse en una perrera. Allí fué tras ella á buscarla. La misteriosa dama inmediatamente y con cara de páscuas, le ofreció de lo que comia:—Come cerezas, le dijo. Principió á comer y:—No son cerezas, replicó, son áscuas, ¡qué maldita! así decia yo: cómo me escuece la boca, y qué rescoldo tengo en mi cuerpo; pero ¡quién me habia de decir que hoy iba á conocer á la luna tan de cerca! Eres muy hermosa; sal de ahí. La dama, cuyo semblante, por esas mágicas transfiguraciones de los sueños, principiaba á parecerse al de María, le miró, se levantó, y al levantarse, dejó la mayor parte de sus ropas en el suelo.—Tú eres una señora, la dijo, de cabritilla. Él, en realidad, sentia que el efecto del contacto era el mismo que el de la cabritilla. La señora, que descubrió ser de una belleza escultural y que era de un color ceniciento parecido al del esmeril, en cuyo transparente abdómen se veian perfectamente las cerezas que acababa de comer, se acercó á él y le echó los brazos; y aunque él quiso estrecharla contra su seno,

sus manos, cortando el cuerpo de ella como si penetrasen en una figura de vapor, no hacian presa; la hermosa, con su cara risueña y fosforescente, se acercó contoneándose y envolviéndole en el singular fulgor de su semblante; se dejó caer lánguidamente en sus brazos, y sacudiéndose con suave dulzura entre ellos, se deslizó ondulando y se elevó en los aires como nube de humo. El marqués se removió en su butaca, y murmurando:—raca-mandaca, etc. —se volvió á quedar dormido. Era el momento en que María estaba al lado.

El sacerdote y el doctor salieron del cármen, y apenas tomaron el camino, promovieron discusion. Hacian lo que la humanidad. El camino lo daba el terreno, la direccion el camino, solo les restaba discutir. Ellos volvian á sus lares; ¡pero la humanidad! ¿Dónde estarán sus lares?...

—En la Arcadia, señor doctor, iba diciendo el sacerdote; esto es vivir en la Arcadia. Este cármen fué palacio edificado por un príncipe de Fez, y á él vino para reconstituir su quebrantada salud el gran cardenal Jimenez de Cisneros...

—Y bien, aquí para *inter nos*, ¿qué pensais del matrimonio de María?

—¿Yo? Yo no pienso ya en ello. He cumplido echando la bendicion deseada y mútuamente consentida.

—A mí me extrañó y sigue extrañándome el llanto de María, que el padre achacaba á exagerado pudor. La verdad es que un padre puede siempre arrancar de su hija un consentimiento negado sin necesidad de apelar á violentos recursos. Un padre llama á su hija y la dice cuando ménos lo espera: «tal sugeto será tu esposo.» La hija se niega, llora y patea, y el padre la vuelve la espalda. Es claro, la hija, que suele entender de novios, pero no de esposos, viéndose entregada á su propia inexperiencia, entra en miedo de no acertar á elegirle mejor, y un dia, despues de haber reflexionado no sé qué cosas, vuelve á las rodillas de su padre diciéndole cariñosamente: «lo he pensado, y... me conviene.» Estos matrimonios son siempre por sorpresa.

—Puede ser así alguna vez. Pero es terrible la lógica de un padre cuando dice: reflexionad que si no sancionais un matrimonio, quizás

suscribís á la desdicha de mi hija. Es un *quizás* que siempre intimida.

—Ese *quizás* es la trampa; ¿creeis, señor cura, que María ha consentido espontáneamente á este casamiento?

—Claro es que lo creo desde el momento en que eché la bendicion. María se acercó á nosotros con temor; pero la ví dispuesta á consentir, es decir, á ratificar un consentimiento que ya habia prestado, y no extrañé que se defendiera, porque en las condiciones en que se realizó el casamiento, no era para resolver en seguida. Su consentimiento, tambien lo comprendí, ha sido el resultado de una decisiva reflexion no sé por qué arte.

—La filosofía de la resignacion, con ser cristiana, es la más flexible de las filosofías.

—Resignarse es convertir la esperanza al cielo.

—La serpiente del paraiso, temerosa de que cumpliéndose la maldicion hollaran su cabeza, penetró por el oido y se escondió en el corazon de la mujer. Ya enroscada dentro, se dijo: «para que aplasten mi cabeza tendrán ántes que destrozar este corazon,» y desde él inspi-

ró á la mujer el poder de la fascinacion y el arte de arrastrarse, la hipocresía. Señor cura; el consentimiento de esa niña me prueba sólo que la serpiente ha penetrado en su corazon. Convengamos en que resignarse es alguna vez arrastrarse. La buena de la campesina, aunque descordada, nos llamó *fariseos* y hasta *herejes*... O yo no comprendo bien, ó hay un mal muy grave que consiste en querer arreglar los pueblos escuchando más pronto el grito de las muchedumbres que el gemido de las familias... Acá y allá gritan contra los despotismos de los tronos por los derechos inviolables del ciudadano... ¡ay! ¿y los derechos inviolables del corazon? ¿quién se atreve á pronunciar en su nombre el grito de libertad en contra del despotismo más bárbaro y sangriento que se ejerce en el silencio y en la sombra desde el trono más sagrado, desde el trono del amor, el lecho nupcial?... Por eso el corazon ha buscado su libertad conspirando á la sombra. No entiendo cómo cuando el silencio se rompe, despertais la alarma... ¿quién puede estar más interesado en alarmar y sofocar el grito que los culpables? Porque, pensadlo bien,

señor cura, imponer silencio es proteger á la culpable que goza, y abandonar á la inocente que sufre... y si es esa vuestra justicia no debeis mostraros tan satisfechos de ella.

—Claro que sí; como que «bienaventurados los que sufren, porque de ellos es el reino de los cielos.»

—¡Ya! Admiro vuestras excelentes intenciones, pues á favor sin duda de las bienaventuranzas, habeis flagelado á la humanidad con el meritorio fin de que toda ella gane el reino de los cielos. Es loable.

—Pues á mi vez admiro vuestras contradicciones. ¿Por qué, si lo pensabais así, no protestasteis contra el enlace de María?

—A sinceridad os gano, señor cura. Yo tengo la de declarar que soy de mi tiempo, que vivo en el mundo, que vivo en la sociedad, y que vivo de ella. Me encojo de hombros como los demás. Mi deber no es ser redentor. El vuestro, sí.

—Pero, ¿es posible que Vd. crea todavía que en el cielo no hay más que estrellas y constelaciones, y que no hay almas que conviertan su vista á él sin estudiar astronomía? ¿Qué con-

cepto habeis formado de la virtud de la mujer?

—Bien sencillo. La mujer ama la virtud, porque sabe que el hombre la estima. La mujer que se convence de que un hombre la ama, y de que es amada ella misma, no su virtud, deja de ser fuerte. La mujer está, no diré organizada, mas sí educada para amar al hombre, no para amar las abstracciones.

—Os podria citar en contra esos miles de mujeres que viven constantemente abstraidas en el rezo y la plegaria...

—Mahoma lo pensó de otro modo. Imaginad un pueblo donde hay cuatro veces más mujeres que hombres; ¿qué se hace de tres partes de mujeres?

—El cristianismo dispone entónces de conventos.

—Eso es. El *harem* es un convento donde la mujer, en vez de destinarse al amor divino, se destina al amor humano.

—Hombre, ¿á dónde vais á parar? Eso es brutal, por Dios.

—Y vosotros, ¿de dónde partís? Yo cito lo que tiene la sancion de doce siglos y de cuatrocientos millones de almas.

—Decid cuál es más digno.

—Lo cristiano es siempre lo más digno; pero lo más digno no es siempre lo más natural. Hay pueblos que tienen el matrimonio como contrato temporal (1). En otros hay el matrimonio á los *tres cuartos*, es decir, un dia, de cuatro, la mujer es libre (2). En otros la novia debe prostituirse para pagar á la familia, ántes de casarse, lo que su mantenimiento costó (3). En otros se toma mujer «como se coge una espiga de trigo» (4). En otros la mujer se casa, no con un individuo, sino con toda su familia... (5).

—Haceis bien en buscar argumentos y razones entre los salvajes.

—Es verdad. El mal es que lo que pasa entre los salvajes se parece mucho á lo que pasa entre los civilizados.

---

(1) Entre los judíos marroquíes.

(2) Entre los *Hassyniych* de la Nubia.

(3) Entre los *Tuaregs*, la raza más bella de Africa, de donde se sacó la *Vénus negra*.

(4) Entre los *Yarritas*.

(5) Entre los *cingaleses* (de Ceilan).

—Casos particulares nada me dicen.

—Señor cura, no me crea un hombre tan vulgar que me guie por lo que veo en nuestros círculos, demasiado reducidos para deducir consecuencia alguna.

—¿Y entónces os guiais solamente por vuestra malicia?

—Sí, solo que á veces los números se empeñan en defender mi malicia, y duéleme tenerla tan bien defendida...

—A ver.

—¿No habeis echado la vista sobre un cuadro estadístico? Pues bien, señor cura, espantaos; hay años en pueblos cristianos en que nacen tantos hijos naturales como legítimos, esto es, que de cien nacidos durante el año, cincuenta son hijos de matrimonio, y los otros cincuenta no son hijos de matrimonio, lo cual quiere decir que en algunos pueblos cristianos algunos años el matrimonio tanto sirve como no sirve.

—¿Y qué importa, señor doctor, con tal de que sirva á cien personas honradas? Además, ¿prescindís de su carácter de sacramento?...

—¡Pch! la razon no discute jamás con la

fé. No discutimos la naturaleza religiosa del matrimonio, sino su resultado social. De otro modo yo seria el primero en hacer lo que se debe. ¿Creeis que se debe consentir una lucha entre dos, uno con los ojos abiertos y otro con los ojos vendados?

—Dispensadme; cuando se me reta, me despojo de la venda porque no se tome por miedo... y despues me vuelvo á vendar.

—¿Sí? Pues entónces contemplad con los ojos abiertos y analizad, si podeis, ese profundo misterio que encierra, consagrar la indisolubilidad del vínculo y perdonar á la adúltera.

—Una cosa es la moral y otra la misericordia.

—Optad, ministro de Cristo.

—Perdon, supone delito.

—Perdon, supone delito... perdonable.

—En la grandeza de Dios cualquier delito es perdonable.

—Segun eso, ¿optais por su pequeñez? ¿O es que vosotros creeis que no existe el infierno más que para los filósofos?

—Alguna vez.

—¡Alguna vez! Reconozco en Vd. toda una historia de cinco siglos. Sois consecuente, al ménos, venerable paladin de la Inquisicion... Volvamos al asunto, que aún queda algo por decir.

—¿Todavía?

—Con muchos matrimonios, llamémosles *de reflexion*, ¿no creeis que de los cincuenta hijos legítimos se puede decir algo?

—Se puede decir cuanto se quiera, y se puede probar muy poco, señor doctor. Ahí os dejan los números.

—Sí; pero me queda el sentido comun. Si de cien mujeres faltan cincuenta solteras; ¿cuántas de estas cien faltarán casadas? El sentido comun me responde: entre las que se casan á disgusto, contad.

—¿Cuántas restais, malicioso doctor, de esta última suma para la virtud?

—En buena lógica, la mitad. No puedo daros más, señor cura. ¿Quereis fijar entre las cincuenta casadas un número discreto de las casadas á disgusto?... Pensad cualquiera; de ese número me quedo con la mitad; soy prudente como una aritmética. ¿Quereis fijar en-

tre las cincuenta casadas y entre el número de las casadas á gusto, el de las que se cansan y el de las que se casan por despecho, por vanidad, por recurso, etc.?... Pensad otros números; de estos números no os dejo ni una. Ahora... ¿Quereis fijar entre las cincuenta casadas un número discreto de las casadas muy á gusto, pero abandonadas por sus maridos? Pensad otro número; de ese número... de ese número tambien la mitad... Y otra mitad de las que no saben lo que es casarse...

—Pues, señor, de todo quereis la mitad.

—Es la lógica, es la lógica. ¿Hay tantos hijos naturales como legítimos? Pues bien; esto quiere decir que la virtud y el vicio están equilibrados. Por esto, señor cura, por esto tomo de esos números la mitad, y me callo, porque en realidad, la virtud y el vicio no están equilibrados. Los frutos del adulterio no tienen representacion legal entre los legítimos; es preciso inquirirla y dársela lo ménos que se pueda.

—Pues entonces lleváoslos todos.

—Algunos años son fatales.

—Pues idos al infierno con vuestras cuentas.

—Liquidemos ántes de llevarlas, que á Vd. le tocan más cerca que á mí.

—¿A mí?

—Claro; y lo más curioso es que ántes de llevarlas allá las bendecís aquí.

—¡Bah! tal como las haceis os las cedo gustoso, que tales tiempos alcanzamos que hay necesidad de dar la razon á los hechos.

—Mil gracias, señor cura, mil gracias. Yo las acepto con muchísimo gusto para responderos cuando repitais que busco argumentos y razones entre los salvajes. El hecho es siempre un hecho. No hay nada más natural que un hecho, ni nada más lógico que lo natural.

—Digo que se da razon á los hechos, pero los hechos no tienen sancion alguna contra la conciencia. Parece mentira que teniendo una hija casada y tan virtuosa se exprese Vd. así.

—Mi hija Elena. Es cierto. El que cree que en el mundo se obtiene lo que se merece, jamás goza; por el contrario, el que, como yo, cree que no siempre se obtiene lo que se merece, cuando el mérito obtiene el favor de la fortuna goza y se regocija. Yo gozo y me regocijo

cuando veo á mi hija con tanta fortuna casada; buena prueba de que gozo es que ya veis que me rio y no rabio.

—Mas no os reireis del mismo modo ante ella que ante mí.

—No; si se puede tener setecientas mujeres y trescientas concubinas y escribir *Proverbios*, y hasta del que tales escribe puede decirse en los catecismos que era *algo* aficionado á las mujeres. No priva, señor cura; ya veis cómo hay risas más ruidosas que las mias...

A aquí llegaban de su distraida conversacion, cuando el sacerdote, señalando el camino del seminario contestó:

—En fin, señor doctor, otra vez continuaremos. Me retiro.

—Si no tuviera mucho que hacer en la capital le acompañaria. Acompañadme...

—No puedo, señor doctor...

—Breve espacio al ménos. Otra vez le acompañaré yo.

—Con muchísimo gusto lo haria si no fuera porque allí, dijo el sacerdote señalando un ángulo del colegio que se eleva en la cumbre, hay uno que necesita de mi presencia.

—¿Algun enfermo de muerte?

—Puede. Un estudiante, que sospecho que ha de dar que hacer, y en quien presiento más de un Abelardo.

—Entónces ya comprendo su enfermedad. Dejadle con su Eloisa... y prosigamos.

—Su Eloisa es... lo que desconoce. Yo me voy al ahogado que no me ahogue. Adios, señor doctor.

—Pues lo siento. Adios, señor cura.

Ya habian andado algunos pasos, cada cual en direccion á sus respectivos hogares, cuando el doctor, volviéndose de pronto, exclamó:

—¡Ah! me olvidaba, señor cura...

—¿Qué? preguntó deteniéndose el sacerdote y volviendo la cara al doctor.

—Que mi deber es acompañaros.

—¿Para qué?

—¿Para qué? repitió el doctor con una sonrisa irónica; ¿no temeis que os persiga el *Gigante*, el fantasma de estos lugares?

—No, no temais por mí. Cuidad, señor doctor, replicó el sacerdote, de no llevar en vuestra propia conciencia un fantasma más gigante que el de estos lugares.

—¿Cuál?

—Vuestro escepticismo.

Alejáronse. El doctor se internó en la sombra de frondosa y verde bóveda, y el sacerdote subió la escarpada cuesta de la cumbre, saludado cariñosamente por cuantos encontraba al paso, y se internó en las bóvedas de piedra del solitario templo, ceñido de bosques é iluminado con los rojizos resplandores de occidente.

IX.

El sol comenzaba ya á penetrar por la ventana en la estancia nupcial, moviendo en el interior sus rayos con tan pausada lentitud, que parecia como escudriñar profundamente detalle por detalle lo que durante su ausencia habia en ella sucedido. Poco á poco, invadiéndolo todo, subió hasta rozar el perfil del marqués, cuya nariz principió á proyectar sobre el respaldo de la butaca su sombra alargada en forma de pico de grulla, á la manera de un cuadrante solar. Algunas moscas vinieron revoloteando á limpiarse sosegadamente cara y alas y á entregarse á irreverentes persecucio-

nes, impropias siempre de la nariz de un marqués, por muy caldeada que se halle. El marqués movió la nariz, haciendo gestos en vano, hasta que alzando el brazo se dió tal manotazo en ella, que María despertó de pronto al ruidoso golpe y descendió... del lecho—hubiera podido decirse de los cielos,—corrió á la puerta creyendo haber oido tras ella una palmada, la empujó, y otra vez fué á colocarse dudosa en espectacion detrás del respaldo de la butaca. El marqués abrió los ojos al dolor de su propio bofeton, y reconociéndose, todavía soñoliento, autor de tal ultraje, pero dudando si achacar el cosquilleo á algun intencionado cuyos pasos habia creido escuchar tras sí, que deseaba divertirse, ó á las moscas que, por ser como son, dieron nombre á *Belcebú*, palabra que, en opinion de orientalistas, significa *jefe de las moscas*, hubiera vuelto á dormirse, poco preocupado de que toda la *Mosquea* se hubiera desarrollado sobre su nariz, á no ser porque en la duda se permitió volver los ojos, encontrándose frente á frente con los de María, que alguna vez las moscas habian de ser oportunas. El marqués, al ver á María se sonrió maliciosa-

mente, y María, que le miraba con creciente ansiedad, cambiando poco á poco de expresion, concluyó por contraer sus lábios con una ligera sonrisa, no exenta tampoco de malicia.

—Ya me decia, exclamó levantándose lentamente el marqués, que por aquí debia andar álguien; pero tan dormido estaba que no acababa de comprender que fueses tú. ¿Qué tal has pasado la noche?... ¿Nada respondes? ¿Bien ó mal? ¿Bien? Me alegro, me alegro bastante, aunque te entretengas en hacerme cosquillas en la nariz... ¡qué cara de asombro pones! Tus dedos no pueden imitar á las moscas; quieres que hagan cosquillas y hacen caricias. Pero ahora reparo, ¿á qué has venido á turbar mi sueño tan sosegado y honesto? Porque supongo que has venido á despertarme para decirme algo.

El marqués sonriéndose dió un paso hácia María, y ésta retrocedió.

—¡Ah! ahora que te veo huir de mí, continuó el marqués, quiero una cosa; que me perdones si anoche te traté con alguna violencia. ¿No me perdonas? ¿No? ¿Sí? Bien, pues vamos, ¿á qué has venido á despertarme? ¿qué quieres?

María guardó silencio, y no atreviéndose á responderle, se contentó con echar una mirada á la puerta.

—¿Salir? y ¿por qué no sales? ¿querias pedirme el permiso? Pues ya le tienes. Puedes salir.

Los dos se quedaron mirándose, el marqués con cierta ironía, muy cerca de la indiferencia, y María como extrañada del tono del marqués.

—¿No sales por fin? Puedes hacer lo que gustes.

—Si has cerrado la puerta, respondió al fin María con tímida dulzura.

—¿Yo?... ¡Ah! sí, cerrada está en efecto; pero no la he cerrado yo, como comprenderás, pues si se me hubiera ocurrido cerrar, no se me hubiera ocurrido dormir en la butaca, y ya me has visto.

—¿Tú no tienes la llave?—preguntó María con maliciosa sonrisa.

—Te digo que no, ¿qué intencion podia yo llevarme en ello? ¿qué concepto te merezco para que me creas capaz de tan pueril recurso? Fué tu padre. Cuando yo principiaba ya á dormirme, le oí echar la llave, no sé por qué ó no sé para qué. Pero eso no importa; la cerradura

no es muy fuerte, y de un tiron quedará perfectamente abierta. Ahora verás.

El marqués se dirigió á la puerta, la agarró, y sacudiéndola con energía, de un esfuerzo hizo saltar la cerradura. Despues la mostró abierta á María.

—Ya puedes salir,—la dijo,—y fué á sentarse otra vez en la butaca.

Notaba María en el marqués una cierta frialdad que principió por producirla extrañeza, y terminó por causarla inquietud. No sabia cómo decirle que, pues que ella no le habia hecho daño alguno, no le agradaba aquella frialdad, que queria verle cariñoso, que si sus violencias la causaban miedo, su frialdad la causaba disgusto, y que ella deseaba verle contento y no irritado ni indiferente, y por esto ni se atrevia á salir ni se atrevia á acercarse al marqués. Al fin se decidió á moverse de su sitio, se dirigió á la puerta, se quedó mirandola dudosa algunos momentos, se volvió al marqués, despues á la puerta, y con paso muy lento fué á salir; pero de nuevo se detuvo y volvió la vista á su esposo, que maquinalmente habia vuelto la suya hácia María, creyendo que ésta se habia marchado.

—Tú tienes algo que decirme, exclamó el marqués levantándose de nuevo. Si quieres decírmelo, prometo ponerte mis oidos tan cerca del corazon como sea necesario. Si no me lo dices... No te asustes, que quiero penetrarte por tu boca y por tus ojos; me vuelvo á mi asiento, porque creo que hoy es dia de bochorno, segun el sueño que tengo.

—¿Tienes sueño? si lo hubiera sabido te hubiera dejado dormir.

—Luego tú me has despertado. ¡Qué mal te sienta la malicia! Yo creia que me habia dormido la luna y que me habia despertado el sol. ¿Me entiendes? Él sol.

—Sí, el sol te daba en la cara; pero yo no te he despertado, sino que... te hubiera dejado dormir.

—Voy creyendo que hubieras hecho mal.

—Te he distraido de tu sueño. Si no me hubieras visto al lado, te hubieras vuelto á dormir.

—¡Oh, celestial hipocresía! Está bien. La mujer debe ser hipócrita desde que echa los dientes, porque como los tabernáculos tienen sus velos, sienta muy bien al corazon femenino

tener el suyo. ¿Nada más tienes que decirme?

—Ya no.

—¿Qué tenias ántes que decir?... Habla.

—Que como tú estabas triste...

—No.

—¿No?

—Ven acá. ¿Venias á preguntarme por qué estaba triste? ¿no es esto? Pues bien; no estaba triste, pero debia estarlo.

—¿Y por qué debias estarlo?

—Ven acá, hermosa hipócrita, ven acá. ¡Tú te has burlado mí!

—¿Yo?

—¡Qué cara de inocencia! Tú te has reido á mi costa.

—¡Que yo me he reido de tí! Mentira, mentira, mentira.

—No lo niegues con tan dulce seriedad, porque ahora casi casi preferiria que te hubieses reido.

—¡Reido! ¡No, no, que ha sido al contrario.

—¿Has llorado?

—Sí.

—¿Mucho?

—Muchísimo... ¡Dios mio! ¿por qué no has estado siempre conmigo como estás ahora?

—Te juro estarlo desde hoy para siempre; porque perdóname, perdóname, no sabia estar como estoy ni sabia que pudiese agradarte.

—¡Mi madre, mi madre! ¡mi segunda madre! ¡cuántas lágrimas tendria que derramar si me separara de ella!

—¿Quién?

—¡Quién! La labradora.

—¿Por qué dices eso?

—Ella te ha hablado, ¿verdad?

—No.

—¿No? ¿será mi padre? Mi padre te ha hablado para que te portes conmigo como ahora.

—¡Tu padre! ¡válgame Dios! Comprendo por qué le tienes miedo. No ha sido tampoco tu padre, tu padre ménos que nadie.

—¿Tampoco, tampoco? ¿Quién te ha hablado, dímelo?

—¿Para qué quieres saberlo?

—Para darle un beso.

—¡Un beso!

—Sí, dí, no se lo diré que tú me lo has dicho.

—Pues fué... fué... fué...

—¿Quién?

—Anoche me habló.

—Dí, dí.

—La luna.

—¡La luna te ha hablado! No, anda, dímelo.

—Si me das un beso, cumples lo que has prometido.

—¿Tú te lo has hablado? ¿tú sólo? Estoy muy contenta á tu lado.

—¿Y el beso?

—Eso no, eso no,—le respondió María,—cubriéndose la boca con el dorso de la mano.

—Pues será como tú quieras; paso á paso. Me contento con imprimirlo en tu mano. Ya sabes que me lo debes.

El marqués besó la mano de María y ésta al besarla se extremeció.

—¿Qué es eso?—exclamó el marqués extrañado.

María giró una recelosa mirada por el cuarto y exclamó de pronto, con singular agitacion, como si quisiera retirar su mano:

—No, ¡Dios mio! no...

—¿Qué tienes? ¿qué tienes?

María se habia puesto pálida, y se agitaba de un ligero temblor convulsivo, su respiracion era fatigosa, y su semblante revelaba una ansiedad profunda. El marqués se quedó parado. Así pasaron en silencio algunos instantes, hasta que al fin María se llevó la mano al pecho, y exhalando un hondo y prolongado suspiro, exclamó:

—Que creí que sonaban unos pasos... unos pasos, y me asusté.

—¿Y á tí qué te importa que suenen los pasos de quien quiera que sea? preguntó el marqués con dulzura, trayendo á María hácia sí.

—Quiero salir, quiero salir ahora. Déjame salir.

—No, no quiero. Antes tienes que... ¿me miras con recelo otra vez? Pues entónces, vete; bastante cielo me has dado por ahora, replicó el marqués dejando que María se fuese suavemente deslizando de entre sus brazos.

—¿Quién os ha abierto la puerta? preguntó el padre de María, penetrando de pronto en la habitacion.

—Aquí tienes, replicó el marqués dirigiéndose á María, al que hacia sonar los pasos.

Oido es. Su hija de Vd., añadió dirigiéndose al padre, que sintió sus pasos y sin saber por qué le impresionaron.

—¡Conque si saber por qué! ¿eh? Ya, ya... ¡jem! es un buen modo de indicar que soy importuno, ¿verdad? Me alegro; quedad con Dios, que yo me voy á la capital.

—Está Vd. en un error, querido suegro; pero ¿por qué se marcha Vd. tan pronto?

—Me siento muy mal; por momentos más malo. Necesito que me vea D. Cosme y ver lo que he de hacer, porque ya casi no puedo tenerme en pié firme; se me vá la cabeza y... en fin, que estoy hecho una lástima. Vaya, no os molesto. Adios. ¡Ah, ya se me iba á olvidár! ¡Qué cabeza tengo.!.. María, ven, ven conmigo que tengo que hacerte unos encarguillos, y dispensad.

María y su padre salieron y el marqués se quedó solo. Primero comenzó á pasear á lo largo de la habitacion para distraer su impaciencia. Despues se sentó; al cabo de un rato se volvió á levantar, y por último, asomado á la ventana cayó en reflexiones en que hablando consigo se decia:

—Hélo aquí. ¡Qué hermoso kaleidóscopo el corazon de una mujer de trece años, pero mujer hecha y derecha! No cabe más discrecion ni más encanto; su discrecion y dulzura se la envidiarian las más hábiles cortesanas; pero sus ojos, Dios de Dios, sus ojos... Si despues todo parece mentira; ¿á quién se le contaria que el marqués de Monsenda se ha contentado con un beso en la mano de una niña de trece años, su esposa legítima ante Dios y los hombres, á quién se le contaria que no se riera de todas veras? Curioso es el caso. Interésate, corazon, interésate, que bien lo vale. ¡Vive Dios! ¿Si estaré enamorado á última hora, pero enamorado á lo imbécil? Por supuesto, ¿qué tendria de particular? ¿Qué he hecho yo en toda mi vida, más que pisar corazones de lodo? La cosa merece reflexionarse. El casamiento, bien dicen, merece reflexion; unos reflexionan ántes del casamiento, creo que son los más, por lo ménos los de más juicio; otros en el casamiento, como le pasó á María, y otros despues del casamiento; de éstos soy yo. Reflexionemos, sí, pues si como parece me voy posesionando de ese corazon,

¡vive Dios! espero ser feliz, muy feliz; yo me posesionaré, yo le penetraré hasta lo más profundo poco á poco, lentamente; y cuando yo me sienta dueño de él... ¡cuánta dicha, cuánta dicha! yo le penetraré... pero ¿por qué con tanto teson se niega á darme un beso? ¿Es por pudor, por resistencia calculada ó por repugnancia? ¡Repugnancia! ¡hum! No sé, no sé... ¿Si amará á otro?... ¡Cielos, qué idea! ¿Y á quién, á quién? Esto seria grave... y cada vez que lo reflexiono me parece más posible que cuanto me habia imaginado... porque, en fin, sería grave, seria ridículo, atrozmente ridículo, sangrientamente ridículo cortejar á la esposa con más recato que amante alguno de la Edad Media trató á su dama, y que luego resultase de dudosa virginidad... ¡Mil rayos! ¡qué barbaridad! No hago más que suponer disparates; no estoy para reflexionar; la luna me debió tocar anoche, y por lo visto ha debido entrar en menguante, segun mis ideas. María impura... el mismo viento que roza su frente se avergonzaría de escucharme; soy un nécio. No estoy para pensar, no estoy para reflexionar; si ya lo he dicho... Y sin embargo, es completa-

mente necesario reflexionar... ¿Qué he de hacer? Esta noche... esta noche... Formularemos el programa: en todo el dia de hoy un beso; hasta que lo conquiste no paro... y si lo consigo espontáneo y natural, salvo vacilaciones, cerramientos de ojos, lágrimas quizás, y demás signos de pudor, he conseguido subir un peldaño... Pero esta noche, esta noche... porque pasará el dia, y... ¿qué hacer? ¿Otro dia más?... ¡Eh! basta de reflexiones; esto no necesita reflexiones, ó mejor dicho, esto ódia las reflexiones. Esta noche pasará lo que pasará, y punto concluido. Ahora á tomar el fresco; bosque frondoso; ameno, risueño y apacible lugar; mañana tranquila, ardientes perfumes; unos ojos más ardientes aún, una hermosura cuya castidad me disputo yo sólo, yo sólo... ¡Oh, qué encanto ignorado tiene el pudor!... Si quisiera poseerla sin atentarla en él. ¡Un beso!... Creo que el dia se burlará de la noche...

En este momento, y cuando el marqués se disponia á salir en busca de María, se presentó el padre en la puerta, y sin pasar más adelanta le dijo:

—¿Qué estás ahí gesticulando con tanta animacion? Paréceme que mi hija se ha casado con un loco. ¿Qué piensas? Sé lo que ha pasado, lo sé por desdicha. Me lo ha dejado entender María. Ya la he cantado la palinodia. Llorando queda. ¿Qué piensas hacer?

—Acabo de pensar en ello precisamente.

—¿Y qué has pensado en conclusion?

—He pensado que no debo pensar.

—Es como tuyo. No sospeché, á fé mia, tanta escasez de sangre.

—En tal caso, mejor seria poner en mi lugar á un buey, querido suegro.

—¡Buey! ¡buey! De eso hablaremos, amado yerno. ¿Y fijaste plazo?

—Cinco.

—¿Cinco qué?

—Cinco.

—¿No te atreves á decir si horas, semanas, meses ó siglos?

—No. Esa cuenta es cuenta mia.

—Adios, nécio.

—Adios, padre.

Salió éste de la estancia, y á poco el marqués, deseoso de ver en la actitud de María la

palinodia que el padre «la habia cantado,» salió tambien.

Recorrió el bosque en todas direcciones, el jardin y la huerta, arrancando al paso ramas de árboles, una azucena del segundo, y pisando los frutos de la tercera; de cuando en cuando llamaba á María; pero María no contestaba por lado alguno. Tomó el camino de la Fuentecilla, y á unos treinta pasos de ella se detuvo.

—Allí queda, sí allí está, se dijo; esa malhadada Fuentecilla tengo que destruirla. El padre me dijo que llorando quedaba, y si ella está llorando, sin duda debe haberse escondido en el templete entre nidos de ruiseñores para que sus sollozos se tomen por gorjeos y se confundan con ellos. Me parece que soy un poeta de primera fuerza. Más quiero oir gorjeos de ruiseñores que razones de suegros. Este templete se ha construido para albergar á un corazon que sufra ó á dos corazones que gocen. Aquí, aquí...

El marqués abrió la puerta y se quedó en el umbral.

María estaba de pié con una mano apoyada

en el borde de una de las dos ventanas del templete, la que daba vista á la Fuentecilla, y la otra vuelta hácia atrás contra la pared; los cabellos en desórden; todo el semblante húmedo de lágrimas, y sus ojos fijos en los del marqués brillando con el extravío del estupor.

El marqués dejó caer la flor que llevaba en sus manos y se detuvo. En los ojos de María adivinó todo el discurso de amenazas que el padre acababa de pronunciarla.

—Sosiégate, María,—la dijo sonriendo con dulzura—sosiégate, que vengo precisamente á deshacer el efecto de las palabras de tu padre.

El marqués dió un paso hácia María.

—Tú me engañas, exclamó ésta ahogada por los sollozos replegándose contra la pared: tú me engañas. ¡Dios mio! por ¡caridad!

Si el marqués hubiera tenido al lado á su suegro, al escuchar á María, le hubiese estrangulado. No le tenia al lado, pero apretó los puños y rechinó los dientes.

—Sosiégate te digo; porque sospecho que tu padre te ha hablado desatinos.

—¿A qué vienes?

—¿A qué vengo? ¿A qué crees tú que vengo? Vengo á reirme contigo de lo que te haya dicho tu padre... y vengo además á adquirir una certeza que me hace falta adquirir... ¿Me dejas ponerme á tu lado?

—No, no, no te acerques.

—Entónces no hablemos más. Adios.

—Sí, si no me engañas.

—¿Me querrias si te engañara, como tú dices?

—No.

—¿No? Pues me disgusta que me tomes por un hombre de dudosa confianza. Yo quiero ante todo que confies en mí; yo quiero que me confies todos tus pesares y todos tus... y todos tus... y todos tus... paréceme que te pones encendida, ¿por qué? Déjame ponerme á tu lado. Quiero parecerte esclavo y olvidar que soy tu esposo.

El marqués se sentó al lado, y en actitud tan cariñosa, que María cambió de expresion.

—¿Tú me quieres? le dijo; sí, tú me quieres, ó me engañas, yo no sé como... si yo quiero verte á mi lado. Ponte á mi lado... y sostenme; estoy muy mala, muy mala.

El marqués se acercó á María; la tomó de una mano, se sentó en el alféizar de la ventana, y ciñéndola con su brazo el talle la hizo sentarse al lado.

—¿Qué tienes? la preguntó con suma dulzura.

María suspiró.

—¿Qué tienes? Dímelo, María. Yo quiero que me lo cuentes todo, todo, aunque sea en contra mia. Tú me ocultas algo.

María se extremeció; al pronto se puso pálida y despues muy encendida; el marqués tosió gravemente con la tos de la impaciencia, y dando con su mano un golpecito en la cintura de María, la dijo:

—¿No me contestas? Estás distraida.

—No, te escucho. Es que... ¿no oyes el ruiseñor?

—Sí le oigo, pero yo quiero mejor oirte á tí, á tí... ¿No me respondes? Entonces, adios.

—¿Eh? No, no te vayas; no te vayas, te lo ruego.

—Sí, me voy; sigue en tus distracciones, replicó el marqués levantándose y tocando ya el umbral de la puerta.

—No, tú te vas disgustado y... eso no quiero yo.

—Así es. ¿Qué harás para contentarme? la dijo levantando del suelo la azucena que arrancó.

—Siéntate aquí... y te lo diré.

—No, María. Yo estoy disgustado con razon; tú que no la tienes, ven á contentarme.

—No, no, replicó en tono de súplica María.

—Ven, no me hagas levantarme, anda, te lo ruego.

—(¡Ah, mujer discreta, más que ninguna discreta!) Aguarda que voy á tí.

El marqués volvió al lado de María.

—Ya escucho, la dijo, echando en sus faldas la azucena; pero... nada escucho, añadió levantándose despues de algunos momentos de espectacion.

—Espérate, espérate, no te vayas.

—Pues habla. Acercaré el oido.

El marqués acercó su cabeza á la de María. María suspirando apoyó un instante su frente sobre la sien del marqués, acariciando con sus manos y sus lábios la azucena, y por último, alzando poco á poco la frente, no sin disgusto,

imprimió un beso en la mejilla del marqués, aplastando en ella una furtiva lágrima que habia bajado deslizándose hasta sus lábios.

El marqués, desprevenido, se extremeció.

—Esto pasa ya de lo tolerable, exclamó levantándose de pronto, y sin aguardar á más salió apresuradamente apretando los puños. Adios, estás distraida, adios.

María se quedó mirándole irse con el éxtasis del asombro. Despues quiso levantarse para seguirle, se dejó caer de rodillas, se llevó sus manos cruzadas á los lábios, apoyó los codos en el alféizar de la ventana y la frente en sus manos, y contemplando el clarísimo manantial que bajo sus ojos fluia, unió sus sollozos á los gorjeos del ruiseñor y los murmullos de la fuente, rompiendo á llorar con el más amargo de los llantos que vierten ojos humanos.

Algunos momentos despues el marqués entraba en la casa un tanto preocupado y meditabundo.

—Buenos dias tenga su mercé, señor marqués; le dijo la labradora saliéndole al paso.

—Buenos dias.

—¿Y la señorita?

—¿La señorita? Por ahí anda. ¿Vd. es la labradora, no es esto?

—Para servir á su mercé.

—Mucho la quiere á Vd. María.

—Yo la quiero como á hija.

—Ella á Vd. como á madre. Esta mañana misma, así la llamaba á Vd.

—Como ella es tan cariñosa....

—Zalamera, eso sí...

—Zalamera no, señor marqués, su mercé será feliz.

—¡Quiéralo Dios! ¿Vd. dice que la tiene como hija?

—Perdon, señor marqués; la quiero como á hija.

—Pero, en fin, ¿Vd. conoce sus gustos y caprichos y secretos?

—Sí señor, que es poco conocer.

—¿Qué la gusta á ella más?

—¿De qué?

—Si el campo ó la ciudad. La gustará más el campo, ¿no es verdad? Aquí goza de más libertad, aquí rie, canta, baila, juega con este y con el otro, y aquí tendrá una amiga, y allá un... con perfecta libertad, andará sola, irá de

cármen en cármen, se reunirá con quien quiera, se... y esto con toda la libertad que puede desearse...

—No tanta, señor marqués. Rie, canta, baila y juega; va de cármen en cármen, visita á sus amigas...

—Es lo suficiente, buena mujer, para no agradarla la ciudad.

—¿Por qué?

—Porque en la ciudad eso no se mira tan bien.

—Pues aquí, señor marqués, no se mira mal. La casa es estrecha, el campo ancho y la alegría mucha, mal puede encerrarse en la casa.

—Sin embargo...

—Si se mirara mal, su madre no lo hubiera consentido y yo, que hacia de madre, tampoco; tenga á bien su mercé darse un paseo por todo el valle para ver qué le dicen de la señorita María.

—Eso está bien dicho; pero me parece demasiada seguridad para tanto valle.

—La suficiente para desmentir áun á la misma María.

—¿Desmentir á María?

—Ella es una inocente que no sabe distinguir lo que es sueño de lo que es verdad, y tan inocente que sospecho lo que haya dicho.

—Ahora sí que no comprendo.

—¿Cómo? ¿nada le ha dicho?

—¿De qué?

—¿Nada, nada?

—¿Cómo nada? explíquese Vd.

—¿Para qué? ¿qué voy á explicar?

—Ya es tarde para volverse atrás. Explíqueme Vd., que será peor si se calla...

—Puede Vd. hacer lo que guste, que no tengo que explicar nada.

—La advierto que no estoy para dulzuras.

—Perdone su mercé, que yo no tengo la culpa de su mal humor.

—Ahora, sí.

—No se enfade su mercé, señor marqués. Su mercé, que puede estar tranquilo, muy tranquilo gozando de lo que Dios le deparó, se empeña en inquietarse en vano.

—Si Vd. se empeña en callarse...

—¿Y qué quiere que le diga, señor marqués?

—A Vd. la hago responsable.

—¿Ante quién?

—Ante mis manos. ¡Vive Dios! Abur.

—¡Dios santo! exclamó la labradora viendo alejarse al marqués. ¿Qué le habrá dicho esa inocente, despues de tanto como la dije? y yo tambien, ¡qué nécia!

El marqués salió y se internó en el bosque. Algunos momentos despues se hallaba sentado en un muro en actitud reflexiva, dándose palmaditas en la rodilla.

—La cosa marcha á las mil maravillas, se decia; en este laberinto estoy en posesion del hilo, me parece. ¿Pero qué querria decirme con que María no sabe distinguir lo que es sueño de lo que es realidad?... Es mucha mujer la labradora; ha estrangulado el secreto cuando principiaba á escapársele. Es preciso que yo lo averigüe. ¿Qué muchacha superior me figuré yo en María? Allá escondida en aquel templetito que parece un templo de Vesta, ¡de Vesta! las vírgenes vestales... como la casta Norma, que tuvo dos hijos, y porque Polion se marchó, no tuvo un regimiento... Las castas vestales son de fiar. ¡Qué pudor! ¡la resistencia del pudor! Y á pesar de todo, todavía no en-

tiendo la resistencia... ¿á qué viene ese misterio? Si ella quiso á alguno lícitamente, ¿á qué viene ocultarlo? ¿Si será que el padre, la labradora, María... todos me han tomado por testaferro de ignominia?... ¡Hum! calma, calma; necesito ver más claro, necesito romper este misterio, necesito saberlo, porque si fuera cierto... ¡Vive Dios!

—Buenos dias, señor marqués; le interrumpió de pronto la hija de la labradora, que con su cántaro de agua pasaba como si volviese de la Fuentecilla.

—Buenos dias. ¿Llevas agua?

—El cántaro lleno. ¿Tiene sed su mercé?

—Sí.

—Si quiere esperarse un momento iré á la casa por un vaso.

—No te molestes. En el cántaro beberé.

—Su mercé tiene calor, le dijo la campesina alargándole el cántaro.

—Bastante, bastante, respondió el marqués tomando de mal grado algunas tragantadas.

—¿Y la señorita?

—Se fué no sé por qué cosas, y no sé dónde estará.

—Yo la ví que iba con su padre, muy triste, por cierto, no sé adonde. La señorita María le tiene aficion á su mercé.

—¿Eh?

—Vamos, que le tiene cariño.

—¿Sí?

—Eso lo sé yo.

—Y yo, y yo; pero tú, ¿por qué lo sabes?

—Yo estoy en sus secretillos; yo soy casi su hermana; pero ella me ha ocultado, la inocente ha creido que me ha guardado un secreto. Su mercé me perdone, porque yo soy muy maliciosa.

—Veamos hasta dónde llega tu malicia.

—Una pregunta: ¿hace mucho que su mercé conoce á la señorita?

—Tres dias.

—¿Tres dias no más? Entónces nada he dicho.

—¿Por qué te sonries?

—Por nada, señor. Yo soy muy maliciosa.

—¡Vive Dios, con tu malicia!

—Que queria explicarme un sueño y ya no le hallo pies ni cabeza.

—Explícate.

—No tengo más que decir.

—Como te sonries maliciosamente...

—Cada cual se lleva lo suyo. Yo me voy con mi cántaro á casa si su mercé no dispone otra cosa.

—Dí algo más...

—Su mercé me niega, y además podrá enojarse.

—No me enojaré, ni negaré.

—Pues que... yo tenia á María por más inocente.

—¿Eh? ¿cómo?

—Perdon, señor marqués. ¿Dispone algo más?

—No, no. Adios enhorabuena.

La campesina se alejó cantando satisfecha de su perspicacia, y el marqués mirándola irse se levantó murmurando:

—Esas sonrisas colman la medida.

Despues tomó resueltamente el camino del templete mientras que hablando consigo, se decia:

—Cogido el hilo llegaré á su corazon, ¡á su corazon! si le tiene, y si le tiene seré implacable. Esto seria para mí interesante, nada más

que interesante si no fuera su esposo;... pero lo soy y el interés es vergüenza. Así me decia el padre: «tú tienes un concepto tristemente erróneo del mundo, porque has vivido en el vicio...» ¡qué manera de inocular los deseos de casarse, de inocular la vacuna! ¡Imbécil! En todo el valle saben la historia; María ha cometido un desliz, y el marqués de Monsenda, que es un marqués tronado, cubrirá con su título la deshonra... y gozará las sobras... La labradora duda si lo sé ó no lo sé; pero su hija... con su malicia ¡vive Dios! se figura que yo lo sé y que paso por ello gustosamente... gustosamente... Yo en tanto imaginando planes, el padre deseoso de concluir el asunto esta noche ¡claro! queria ver si por mí pasaba desapercibido, pues por tan poco conocedor de doncellas me tiene... ¡Cuánto se habrá reido de mí! Así el padre me lo avisaba, lo cual al ménos tiene el mérito de la franqueza, y yo no le entendia... Ahora lo entiendo ¡qué perfidia! Sin duda el padre esperaba que una vez el matrimonio consumado, gozando de veinte mil duros de renta, acabase por pasar por todo.... ¡qué vergüenza! El hogar doméstico... ¡el lupanar doméstico! La dicha...

¡la ignominia! La inocencia... ¡qué estúpido! Y yo, yo, yo mismo he ido á solicitarla atropelladamente, yo mismo por mi propio pie he venido á arrojarme en el fango... María no queria acceder al matrimonio... ¡tiene trece años! despues accedió ¡es una perdida!... Cualquier querida tiene conciencia suficiente para no exigir palabra de matrimonio... Ella... no, el padre... ¡Vergüenza! ¡perfidia! ¡ignominia!... Ahora vereis, imbéciles, hipócritas, *fariseos*, fariseos, fariseos, esta palabra... la he oido pronunciar á alguien, ¿á quién fué, á quién fué? ¡Ah! á la labradora, á la segunda madre... ¡Excelente madre! Si perdidas tiene por segundas hijas, ¿qué serán las primeras? En los campos hay libertad, mucha libertad... Yo necesito respirar... yo necesito estrangular... estrangular y gozar... no, ante todo, gozar, gozar ¡suprema dicha! María,—una querida;—veinte mil duros, veinte queridas;—que murmuran, yo gozo; que escucho, estrangulo; el que mata lleva razon; yo ahogaré mi ignominia en placeres ó la borraré de la haz de la tierra deshaciendo la boca que la murmure y desmenuzando el corazon que la escuche... A tal

perfidia responderé con la mia. Adios, necedades conyugales, estupideces domésticas, sueños, ilusiones... Ya soy el marqués de Monseñda.

—¡Qué preocupado va su mercé! oyó decir al lado.

Era otra vez la campesina con el cántaro al brazo.

—No, por cierto; ¿y tú á dónde vas?

—A la Fuentecilla.

—¿Llevas agua?

—Voy de vacío, señor. ¿Todavía tiene sed?

—Alguna.

—Si quiere esperarme su mercé, yo vuelvo en seguida.

—No, más bien te acompaño.

—Como su mercé guste.

—Si no te desagrada.

—De ningun modo, señor.

—¿De ningun modo?

—Eso más bien su mercé; yo soy una pobre campesina.

—A mí me gustas, te soy franco.

—Felices los hombres, porque pueden serlo.

—¿Tú eres tambien de las que tienen que

callarse algo? Yo como lo digo lo siento. Te invito á que hagas lo que yo.

—¿Qué hace su mercé?

—Mi merced hace esto, respondió el marqués dándola un beso sin más rodeos.

—¡Dios de Dios!

—Calla. Ahora mismo pensaba en tí.

—Yo soy una pobre...

—Que serás rica, pensaba.

—Tengo un novio que...

—Se le hará secretario, administrador, cualquier cosa; lo que tú quieras, lo que tú mandes....no puede hacerse más.

—Sí puede hacerse; lo que ha hecho su mercé con María.

—¿Y no lo sientes?

—Sí, porque yo... á su mercé... Pero, por Dios, déjeme irme.

—¡Cá!

—Su mercé no podria nunca casarse conmigo; ya lo sé.

—¿Segunda vez? Si la primera pudiera... deja que se casen los nécios. A los amantes, los suspiros; á los esposos, los ronquidos. ¿A qué te pones el cántaro delante?

—Señor, señor.
—Suelta el cántaro.
—Que grito.
—Suelta el cántaro ó le pego un puntapié.
—No.
—Sí.

Cayó el cántaro; pero, por un capricho de la tenacidad, quedó intacto al golpe; vaciló un instante, y al fin, buscando la pendiente, rodó por ella con creciente rapidez, cantando con simpático timbre y voz sonora, el canto del cisne, aunque del cántaro propiamente, porque al llegar á la Fuentecilla se estrelló contra la pared dando una nota seca semejante á un pujo de risa mal contenida.

María, que seguia en la actitud en que quedó, alzó la cabeza al ruido y le vió, haciendo mil figuras y contorsiones con tanta velocidad que no pudo distinguir qué era, descender á su muerte como un bravo patriota cantando el himno de muerte; y al *crac* final con que terminó su vida acompañó un suave grito de María, pues el corazon femenino es de tal naturaleza, que no puede ver bajar á la muerte, ni escuchar el último acento de alma alguna,

ni áun de las de cántaro, sin sentir la emocion, ni sentir emocion sin su correspondiente grito.

El marqués se aproximaba al templete. Los árboles agitaban trémulos sus hojas y los ruiseñores y calandrias suspendian sus gorjeos al paso del marqués, que ya iba á penetrar cuando apareció en el umbral María.

—Ahora es cuando reparo en lo hermosa que eres, exclamó el marqués; ¿á dónde ibas?

—A buscarte.

—Eso es clara prueba de dulces sentimientos y de honrados pensamientos, ¿y á qué?

—Iba á buscarte porque... creí que te ibas enojado, ¿no?

—¿Eso creiste? De ningun modo, esposa mia. Ya ves cómo vuelvo.

—Sí.

—¿Qué? ¿no te agrada?

—Sí.

—Por eso, porque yo vuelvo creido tambien en que te habias quedado enojada.

—No...

—¿No?

—Sí.

—¿Sí? ¿en qué quedamos? ¿estabas enojada?

Yo vengo á consolarte, porque, á falta de otro, el marido puede servir y ¿qué venias á decirme si estaba enojado?

—¿Que qué te iba á decir?...

—¿Qué? sí, porque yo casualmente vengo tambien á decirte.

—Acércate y te lo diré.

—Ahora estás de pié, segun veo.

—¡Ah, sí! bien, me acercaré yo, si quieres.

—Te escucho.

—¡Dios mio! Tú tiemblas.

—Te escucho, digo.

—Si te lo diré..... tú estás enojado, tú no estás cariñoso ya conmigo.

—¿Acabarás?

—Tú no me quieres.

—No te haces favor ó justicia al pensarlo; pero.... tengo el oido atento y todavía no he oido nada.

—¿Por qué te fuiste enfadado?

—Dí lo que tengas que decir.

—Que no quiero verte enfadado, porque te... porque te quiero.

—¿Era eso?

—Sí.... pero si te incomodas tambien...

—No.

—Te dí un beso... y te enfadaste.

—Me has tomado por un imbécil y lo siento. Siento que creas que yo me quedo satisfecho con tus caricias y besos porque los reciba de ese semblante, creyéndome engañado por la inocencia que respira; que te creas que son tus besos señalado favor que generosamente me concedes en premio á mi resignacion estúpida, que vengas vendiéndome un cariño....

—Dios mio, Dios mio, sosiégate... no te diré que te quiero si te enfadas, por Dios.

—¡Hipócrita! Tan estúpido me crees que en tanto estimas tu posesion para mí despues de haberte entregado á otro. ¿En tanto crees que la estimo yo?... ¿Te burlas? ¡Ira del cielo! Dime el nombre de ese otro...

—No te enfades, por Dios.

—Su nombre.

—Por Dios.

—Su nombre.

—¡Dios mio!... que me ahogo.

—Ahóguete ese nombre maldito, ó te ahogaré entre mis brazos para que lo sueltes...

—¡Quieres matarme!

—¡Matarte! Tengo treinta años, sospecho que me quedarán quince, brazo firme, puntería certera, corazon alguno, y mientras que una bala afortunada no te deje viuda, vivirás en medio de mis queridas... ¡Matarte! Pero mientras que yo te tendré, cuando yo quiera, nadie se acercará á tí que no esté expuesto á morder el polvo... Vivirás, vivirás... Pero ahora eres mia; no huyas, es en vano que huyas, no podrás salir de aquí ni por la puerta ni por la ventana. ¿No oyes ahora el canto del ruiseñor?...

—Nadie viene á favorecerme. ¡Vírgen mia!

—Nadie. Te fatigas en vano.

—Vete, déjame, no te quiero...

—Lo siento mucho.

—¡Por Dios, por Dios, por Dios!

—Estás en mis manos y puedes desmayarte cuando gustes.

—¿Qué te he hecho yo? ¿Qué te he hecho yo? Dilo, y te pediré perdon.

—Ya lo supongo.

—¡Por la Vírgen Santísima!

—Ella te ampare.

—¡Por piedad!

—No hay piedad tan ridícula.

—¡Por lástima!

—No hay lástima.

—¡¡Madre mia!!

—¡Ira de Dios!

—¡Ah! exclamó María dando un grito y cayendo desfallecida en los férreos brazos del marqués.

—¡Eso es! ¡Eso es! cierra los ojos de vergüenza para no ver en mi semblante mi desengaño y mi indignacion. ¡Mísera existencia vas á arrastrar á mi lado hasta que envidies á la última prostituta de la tierra! ¡Eh! exclamó, sacudiendo con la suprema energía del furor el cuerpo inerte de María—abre los ojos, hipócrita, ¡pudor vergonzante!... ¡Abre los ojos!... ¡Dios de Dios! añadió iracundo, acometido de súbita indiferencia, dejando caer de pronto de entre sus brazos á María.—¡Buf! Yo me ahogo... la cara me arde... las manos me queman... La rabia responde en mí á su presencia más pronto que el deseo... ¡Vergüenza!

El marqués se apoyó contra la pared sin apartar su extraviada vista de los párpados de María. Despues se fué aproximando poco á poco

á ella y vino al lado á hincarse de rodillas. La cogió de una mano, se inclinó sobre ella y acercó á sus lábios el oido. La respiracion de María era por sacudimientos de profundos suspiros. Despues la puso la mano sobre el corazon. El marqués, sintiéndolo bajo su mano saltar palpitante, desordenado y violento, murmuró:

—Esto es cierto.

Despues recorrió con la mano diversos lados del desfallecido cuerpo de María y se cruzó de brazos, contemplándola tan profundamente que apenas reparó que estaba viéndola padecer.

—¡Cielos!—exclamó moviendo la cabeza—mi maldiciente lengua no hubiera titubeado en esparcirla calumnia. No hay ignominia ni falacia... ¡qué misterio se encierra en tan obstinada resistencia! Yo la hubiera vencido ... la hubiera vencido, si algun extraño flúido no hubiera de pronto helado el hervidero que me abrasaba... y no fué desfallecimiento mio; fué algo exterior á mí; el ambiente quizás de ese rostro que impone silencio al brutal instinto y despierta sentimientos desconocidos, hiriendo

fibras jamás tocadas... No, no es desfallecimiento mio... no es... que si tal fuera presagio de... ¡Dios de Dios!... No, no, porque entónces ¡Hum!... Parece que va volviendo en sí... ¿Cómo llegaria yo á conocer el misterio que en su corazon se encierra? La hija de la labradora, su hermana, como ella la llama, debe saber más de lo que me dijo... Voy á ver...

El marqués salió del templete; pero en el momento de salir sintió pasos, y sospechando que fuese la que él buscaba, saltó fuera del camino y se escondió en un avellano, junto á una de las ventanas, de modo que él podia oir y ver lo que en el interior se dijera y pasase.

—Es modo más seguro sorprender que arrancar, se dijo.

La hija de la labradora, mientras este diálogo tenia lugar, penetraba en la casa.

—¿Cómo vienes de vacío? la preguntó la madre, ¿y el cántaro?

—Se me cayó.

—¿De qué tienes las manos?

—No lo he podido remediar, madre.

—¡Bah! Pues toma otro, que el dia está de uva. ¡Ah! ántes de volver, avisa á tu padre.

—¿Qué pasa? ¿qué? ¿eh? ¿es conmigo?

—¿Contigo? Pues vaya una manera... Es que me parece que vamos á tener que sentir.

—¿Por qué?

—El marqués quiere hacerme responsable de lo que él observe en María, y si esa inocente le refiere la historia que ya sabes tú, y se figura otra cosa...

—No creo que la refiera...

—¿Cómo no? Si me ha dicho que le seré responsable ante sus manos, y ya sabes lo que dicen del marqués, que es hombre de extrangular á cualquier cristiano, y si se empeña en ver lo blanco negro... el marqués lo hace, lo hace... ¿No has oido?

—¿Qué?

—Un grito.

—¿Un grito?

—Sí, y es el timbre de María.

—¿Hácia dónde?

—Hácia la Fuentecilla me ha parecido.

—Será el canto de la calandria.

—Dáte una vuelta por allá tambien, porque

estoy que no me llega la camisa al cuerpo con el demonio del marqués.

Salió la campesina, y apresurando el paso, más que por sumision filial, por propia curiosidad tomó el camino de la Fuentecilla; pero al dirigir una mirada al templete, viendo en su interior un bulto, se llegó á él.

La campesina sintió un escalofrio al ver inerte en el suelo á María sola, completamente abandonada.

—¡María! exclamó, acercándose á ella y levantándola en sus brazos.

La cabeza de María se inclinó hácia atrás, y la campesina la alzó y la apoyó en su hombro; despues se sentó en el alféizar de la ventana, teniendo en sus faldas el cuerpo inanimado de María.

La campesina, que comenzaba á sentir envidia de María, sintió entónces profunda compasion de ella. Al fin María volvió poco á poco en sí.

—¡Ah! exclamó suspirando y fijando sus ojos en la campesina, ¿eres tú, hermana? ¿Cómo es esto? ¡Dios mio! ¿Me has visto aquí mucho tiempo?... Yo no sé lo que me sucede...

—¡Pobre María! No llores. ¿Qué te ha pasado?

—Yo no sé... ¿Y ese hombre?...

—¿El marqués?

—Sí, sí, estaba aquí...

—¿Has visto qué simpático?

—¿Eh?

—Es valiente.

—Es cruel.

—Y cariñoso.

—¿Cariñoso? Lo era, lo era...

—No lo habrás sido con él.

—Si porque le dí un beso, no sabes cómo se enfadó.

—Querria otro.

—No, él no queria; estaba enfadado, y cuanto le decia le incomodaba.

—¿Y por qué?

—Yo no sé, yo no sé. Él me dijo muchas cosas..., pero yo no las entendí; él las decia muy furioso contra mí. ¡Dios mio! Me dijo que me iba á ahogar, si no le decia el nombre del otro...

—¿Qué otro?

—¿Recuerdas hace unos cuantos dias que

me preguntaste de qué color eran sus ojos?

—Sí recuerdo, pero no te entiendo.

—Esta noche los he visto... fijos, fijos.

—Ya lo creo.

—Pero tampoco sé decirte de qué color eran.

—Serian encendidos.

—Eso, eso; así, de un color... eso es, encendidos.

—Pero, y bien, el marqués...

—Él no quiere que yo le quiera...

—¿Sí?

—Se enfada cuando se lo digo... Ahora habló de qué sé yo... de queridas... de treinta años... de quince... qué sé yo, qué sé yo, y quise huir, y grité, y le supliqué por Dios y por la Vírgen, y... no sé más, porque no sé lo que me pasó que... ya no recuerdo más.

—¿Que no quieres recordar?

—Que no recuerdo, yo no recuerdo más.

—Pues si él no te quiere, que te deje.

—Sí... pero yo no le quiero mal.

—¿Tú le quieres?

—Sí; pero no enfadado; si tú quisieras... si tú quisieras hacerme un favor.

—¿Cuál?

—Decirle que yo... haré lo que él quiera...

—¿Por qué no se lo dices tú?

—No me atrevo; le tengo miedo. Anda tú, por favor, anda y díselo. Dile que... en fin, que no se ponga enfadado conmigo, que... lo que él quiera, lo que él quiera, ¿lo oyes?

La campesina salió en busca del marques con el fin, naturalmente, de hablarle de lo suyo, más pronto que de lo ageno.

Apenas habian pasado algunos momentos cuando el marqués apareció en la puerta y se quedó en el umbral, inmóvil, con los brazos cruzados, contemplando con profunda expresion á María.

María se quedó suspensa mirándole.

—¿Cómo me miras, con cariño ó con miedo? la preguntó sin moverse el marqués.

María no pudo responderle.

—Porque, prosiguió el marqués, te he hecho acusaciones injustas de que vengo á pedirte perdon... sosiégate: veo que estás inquieta, sosiégate, María, que tengo que decirte muy buenas cosas.

—Eso decias la otra vez... y concluiste por irte muy enojado.

—Te juro ahora concluir de distinto modo. He visto salir de aquí á la hija de la labradora, y he esperado á que se aleje, cuanto más mejor, para entrar.

—En busca tuya iba... porque...

—Déjala; ya lo sé.

—Es que iba á hablarte de mí, porque...

—Lo sé tambien. He estado á tres pasos de vosotras oyendo toda vuestra conversacion. Quiero otra vez ponerme á tu lado...

El marqués se acercó á ella.

—Os he oido, y te he oido, decia mientras se acomodada en el suelo junto á María; te he oido hablar de unos ojos encendidos, de los cuales, puesto que anoche los viste, sé en lo sucesivo á qué atenerme.

Para María tenian estas palabras, en medio de la perfecta tranquilidad con que eran dichas, un acento pronunciado de ironía, que la produjo un sudor glacial.

—A qué atenerme, prosiguió el marqués ya sentado, porque si lo que aquí me trajo irritado no hubiera tenido ocasion de desengañarme, brutalmente acaso, pero desengañarme al fin, á ese de los ojos le hubiera yo en-

cendido la cabeza... Te exigí el nombre, y es claro, ¿cómo ibas á conocer el nombre?... «El nombre, el nombre,» te dije... Aún pude luego pensar de tí cosas más lícitas, pero áun así estoy cierto que no sabes responderme, ¿á que no conoces el nombre? ¿Eh?

El marqués fijó sus ojos cariñosamente en María, que se puso pálida, y movió lentamente la cabeza á un lado y otro, en señal de negacion.

—Ahora yo me río de todas veras... pero, ¿por qué tiemblas?... Es que me tienes más miedo que á la muerte. Tranquilízate, María. Tú temes que esta tranquilidad con que te hablo se trueque en cólera y furor... Te juro que esta tranquilidad no se turbará, quiero verte completamente tranquila, María, quiero sentir la dulzura de tu cariño... Vamos, ¿qué me profesas más, cariño ó miedo?

—Te tengo mucho miedo...

—¿Y cariño?

—Tambien.

—¿Mucho?

—Sí.

—¿Me dejas echar la cabeza en tu rodilla?

—Bueno.

—Há tiempo que mi cabeza buscaba un apoyo dulce y tierno; ¡qué bien se mantiene en ella! Parece que la forma de mi nuca está modelada á la de tu rodilla; parecen dos pedazos de una persona sola que se han vuelto á unir... Oye; me decias que me tenias cariño... A ver, repítemelo... repítemelo.

—Que te tengo cariño.

—O en otra forma; que me quieres, ¿eh?

—Sí.

—Repítemelo otra vez.

—Que te quiero.

—Otra vez.

—Que te quiero.

—Otra vez, otra vez, y... ¡vive Cristo! cien mil veces...

—Que te quiero, que te quiero, que te quiero... se me lia la lengua...

—¿Eh? ¿Te ries?... ¿De qué te ries?

—De que se me lia la lengua ¿ves? ya te pones sério, ya te pones sério otra vez. No te enfades... no me preguntes...

—Perdona. No, es que estoy hoy de un modo que... No sé si te dije que la luna me habia

tocado, y... porque yo debo parecerte un lunático, ¿eh?... Quiero verte la cara, y por más que estiro los párpados... Inclina tu cabeza sobre la mia que yo te vea... Así, así. ¡Qué hermoso dosel para el pensamiento! ¿Te sonries?... Ahora, ahora tus besos se caen por su propio peso... Principien á caer, que yo cerraré los párpados.

—Ciérralos.

—Ya no los quiero cerrar, por eso mismo.

—No los cierres.

—Pues ya están cerrados.

María se inclinó á besarle el ojo derecho, y el marqués abrió el ojo izquierdo, despues fué á besarle el ojo izquierdo, que el marqués cerró, mientras que abria el derecho, volvió á besarle el derecho mientras que el marqués abria el izquierdo, y así prosiguieron María con sus besos y el marqués con sus guiños, hasta que aquélla soltó una carcajada y el marqués exclamó:

—No puedes quitarme la vista.

—Te recuerdo que no me dijiste por qué te habias incomodado.

—¿Por qué? ¿para qué quieres saberlo?

—Para que... sepa yo lo que te disgusta.

—¿No te he indicado algo? El cónyuge, amada María, no debe decir las pequeñeces y miserias que piensa del otro... Es digno y hasta muy conveniente el misterio en que queda, porque esto engendra respeto y... santo temor. Así, si yo supiera de qué divino arte te has valido para tenerme, sin tú saberlo acaso, en mil zozobras, y desorientarme en mil conceptos opuestos, raros, ruines y á veces inverosímiles, quizás no gozaria el dulce bienestar de que en estos momentos gozo. La mujer que se deja traslucir está completamente perdida, y el hombre que se confia se desprestigia tarde ó temprano. Es indispensable hacer del capricho un culto, porque el misterio podrá no infundir sentimientos de género alguno; pero desde luego no inspira risa como no sea al desalmado ó al bellaco agenos á toda suerte de ambiciones medianamente generosas.. La mujer es una religion. Tú eres mi evangelio, yo leo en tí los misterios y los acepto con los ojos vendados, con verdadera fé. Cuando fijo mis ojos en los tuyos... yo no sé, porque tengo un concepto de tí... lo que sé es que me tiento

el cuerpo dudoso de si yo seré yo ó seré un vecino mio que tenia una mujer que la gustaban las castañas pilongas y las almendras garapiñadas, y siempre iba con los bolsillos atestados de ambas cosas; era un problema el gusto que el vecino sacaba de ver comer á su esposa las castañas y las almendras; sus amigos le dieron broma y le aconsejaron, y él, segun parece, dejó de llevarla un dia esos obsequios; al siguiente dia el buen vecino apareció con el cráneo deshecho.

—¿Se mató?

—Unos dijeron «¡infame mujer!» y otros dijeron «¡pobre hombre!» Yo le tuve de cuerpo presente en frente de mis ventanas, y fuí de los que dijeron: «¡pobre hombre!» ¿Y tú qué hubieras dicho?

—¿Pero por qué se mató?

—La gente dió en decir que se mató. Pero á tu parecer, ¿no era aquella una mujer caprichosa? La gente así lo decia. Pues bien; el capricho consistia en que el buen esposo tardaba en comprar las castañas y almendras un tiempo que ella sabia aprovechar, y el dia que no las compró, sorprendió el secreto del capricho.

—¿Y cuál era el secreto?

—¿Cómo cuál? Que sorprendió la infidelidad y encontró á su mujer con un hombre, y yo sé más; yo sé que la mujer le dijo á ese otro: «mátale, porque si no nos va á matar.» «¿Qué tengo yo con mataros?» respondió él; y encerrándose en un cuarto se pegó un tiro. Siempre creí que se habia matado un imbécil, y era un hombre feliz; ¡cuánto se parecen los imbéciles y los felices! Todavía recuerdo la sonrisa con que aquel hombre venia á derramar sus obsequios ante la vista de su esposa; y tambien recuerdo la sonrisa con que aquella mujer los miraba... los miraba con la ferocidad de la hipocresía... Más vale vivir en el error que morir en la verdad. ¿Me escuchas, María? Te ruego que el dia que se te agote tu cariño... por Cristo, te ruego que me finjas, que me finjas cariño con ese arte admirable que las mujeres teneis, para que no dude, aunque viva engañado miserablemente. ¡Ay! ¡Es tan agradable querer á una mujer como tú!

—Tú me quieres, ¿verdad?

—Acércate, acércate; te he sentido suspirar: yo quiero respirar tus suspiros, quiero

darte un beso, el beso que pueda expresar más cariño, el más puro que tu esposo ha dado en la tierra. Acércate, acércate; acerca tu semblante á mis lábios... Pero, ¿qué veo en tus ojos? ¿Tú lloras? ¿Tú lloras? ¿Tú lloras porque me tienes ya que fingir? ¡María, María, el mundo me ha educado en la maledicencia y la calumnia, y ya hierven en mi frente maldita los recelos y las dudas!... Yo necesito que me quieras, que me quieras...

—Sí, sí.

—Dímelo sin llorar.

—No puedo. ¡Dios mio!

—¿Por qué no puedes?

—Porque estás tan cariñoso conmigo... y yo soy una pobre niña...

—No llores; ó me harás ver que soy un miserable.

—Porque me quieres, y yo soy una niña, y no sé... no sé responderte... no sé cómo decirte que te quiero, que te quiero, y que te quiero.

—¿No sabes decírmelo, María? No sabes decírmelo y la sangre martillea en mis sienes cuanto te oigo; no sabes decírmelo y el cora-

zon se me retuerce en el pecho; y el anhelo me asfixia; no sabes decírmelo... no sabes decírmelo... y cuando te oigo siento que mi alma se dilata, se eleva y se regenera. Así, un beso... otro, y despues... ¡saltarse los sesos... y hundirse en la nada, ántes de saber si es mentira tanta gloria!

—¿Has sentido?

—¿Qué?

—La calandria ha dejado de pronto de cantar... Ahora escucho ruido de pasos.

—¿Qué estúpido vendrá aquí ahora? Espera, voy á ver.

Salió el marqués y se encontró de manos á boca con la hija de la campesina.

—¡Ah! ¿eres tú? exclamó el marqués.

—Yo que iba en su busca.

—¿Para?...

—Ya le habrá dicho algo la señorita María... supongo yo.

—Y bien, ¿has pensado en lo que te dije?

—Sí.

—¿Y que?

—Yo quisiera irme al lado de su mercé.

—¿Cómo?

—Como mejor le parezca.

—Me parece mejor casada.

—Pero, señor, casada, casada, es un engaño... él es un hombre honrado de buena fé y yo...

—Eso te honra, pero no te conviene. Los hombres honrados suelen ser ladinos. Propónselo, ¿no te lo ha propuesto él?

—Hace unos cuantos dias que le conozco, y mucho me engaño ó él está enamorado de mí; yo no le quiero mal; él me ha hablado de casamiento cien veces...

—Pues á la ciento una tómale la palabra.

—Y si... yo temo que...

—Buen sueldo, casa, comida y mujer y vicios pagados son buena mordaza áun cuando no sea posible hacerse el desentendido. Yo seré el padrino y María la madrina.

—Dispénseme su mercé; yo quiero irme á su lado aunque esté casada; le serviré, no me sacrifique este gusto si puede ser cuando deje estos campos. Yo sé que por llorar no se adelanta más, pero más he de llorar aquí que estando á su lado.

—Vamos, no llores, mujer.

—No, no, no lloro, he.... he sido débil y... pero bien sabe Dios por lo que es. ¿Quiere su mercé alguna cosa más?

—Nada, mujer.

—Pues hasta luego.

—Oye. Ven. Sí, te vendrás conmigo ya casada.

—Gracias, señor marqués. Yo serviré á la señorita María como siempre la he servido y á su mercé como se merece. Hasta luego, señor marqués.

Cuando el marqués volvió al templete, María habia desaparecido de allí.

—¡Bah! bien; se habrá marchado á la casa. ¿Y á qué se habrá marchado de aquí sabiendo que yo iba á volver á proseguir la escena? ¿Si querria huir del desenlace? El de los ojos encendidos me va cargando ya más de lo regular. Lo que ha podido suceder es que ella luego que me he separado haya temido verme volver con malos modos. Ella me teme, me teme mucho más que me quiere, y no sé si me quiere... De todos modos, mientras tanto arreglaré los asuntos prosáicos que me están encomendados y... ya veremos...

El marqués llegó á la casa, se escondió en un cuarto, y ocupado en escribir y revisar papeles, no salió de él hasta que le llamaron por ser la hora ordinaria del almuerzo, que ya humeaba en la mesa.

Bajó el marqués, pero María no volvia, y mientras que se esperaba de un momento á otro verla aparecer, el marqués y la labradora entablaron conversacion.

—Mucho me extraña, dijo la última, que María no haya vuelto ya.

—Yo la dejé en el templete para venir á ocuparme de negocios y no sé más.

—Parece que su mercé está más tranquilo.

—¿Más tranquilo que cuándo?

—Más tranquilo que esta mañana, que estaba su mercé tan incómodo.

—¡Ah! sí.

—Su inquietud ya habrá comprendido que no tenia razon de ser.

—Sí, por lo que Vd. me habia indicado y por palabras sueltas que he oido de ella misma he comprendido de lo que se trata; pero precisamente tenia deseos de conocer cómo ese sueño se ha arraigado en ella tan profun-

damente. Es cosa que no comprendo, porque María no es monomaniática.

—Pues nada, fué una cosa que me extrañó á mí tambien. Ella queria á su madre con locura, y una tarde de tormenta, por dónde se empeñó en ir á buscarla, porque aunque sabia que habia muerto, creia que muerta y todo venia por las noches á besarla, y era yo que la besaba con mucho sigilo en el sitio donde su madre acostumbraba besarla; en el hoyuelo de la barba, que ya habrá visto su mercé qué gracia la hace... Pues tomó el camino *ala que ala*, y la cogió la tormenta entre dos barrancos. Lo que sucedió no sé, pero salimos á buscarla y nos la encontramos que daba lástima; la sangre se me hiela cuando lo recuerdo. Nos la tragimos á casa, la acostamos, y aquella noche tuvo un calenturon deshecho; primero se quedó como tonta; despues tuvo mucho delirio, y ella, que nunca ha soñado en alta voz, aquella noche no hacia más que soñar y hablar de uno que queria que le viese su madre, y lloraba, lloraba que era una lástima, y... qué se yo. Al dia siguiente se le quitó el delirio, y aunque siguió dos dias guardando cama, no

volvió á delirar más. Pues señor, que el dia que se levantó ya casi buena y sana, vino mi hija á decirme que María hablaba de un hombre que esperaba que volviese, y que se conocia que la habia hecho mucha impresion... y sin más ni más, porque aquí siempre está acompañada de álguien, y nadie sabe dar razon de semejante hombre... ni ella tampoco, que es lo mejor. Yo al pronto no me acordé del delirio de dias ántes y me sorprendí; pero despues caí en que era que lo que habia soñado se le habia quedado impreso...

—Cosa que no me explico, porque nadie recuerda ya sano lo que ha delirado...

—Sí, señor; el Sr. D. Cosme, cuando yo le conté el caso lo explicó muy bien; pero como yo soy una mujer rústica, no... no... vamos no podré explicarme tan bien como él. María habia tenido pocos dias ántes una alteracion, y decia el señor doctor que era que el delirio se... se... yo no sé bien lo que decia, pero que se comprende que se arraigase el sueño, no lo que representaba el sueño, sino por lo que representaba. Y era verdad, señor marqués, pues yo recuerdo que María, desde ántes de morir

su madre, venia poniéndose cada vez más triste, porque la pobre María sentia ya en su corazon, cada vez mayor necesidad de querer. Pues un dia que habiamos movido una fiesta para distraerla, ¡qué triste estuvo todo aquel dia, y con qué tristeza tan dulce y tan... particular, sin llorar ni nada! yo achacaba su tristeza, por completo, á la muerte de su madre; pero desde que el doctor me hizo notar las circunstancias, ya comprendo lo que era y me lo explico; despues fué en aumento la tristeza, pero ya no lloraba; y aunque no se la dejaba, buscaba la soledad, la Fuentecilla que era donde ella solia irse, y donde seguramente estará ahora si la ha dejado su mercé...

En aquel momento apareció de pronto María, exclamando con desfallecida voz:

—Sostenedme, sostenedme...

El marqués se levantó como por resorte, y agarrando á María en sus brazos se sentó y sentó á María atravesada entre sus rodillas; distraccion imperdonable y hábito de prácticas ménos severas con mujeres impropias, esto es, no propias de persona alguna, y que al presenciar la labradora se levantó para marcharse.

—No te vayas, le dijo María.

—¿Qué tienes? la preguntaron el marqués y la labradora á la vez.

—Muy triste, muy triste....

—¿Porqué?

—No sé... no sé.

—¿Y qué sientes más? preguntó el marqués.

—Mucha falta de fuerzas.... mucho ahogo en el pecho.... mucho calor en la cabeza, que parece que hierve.... una cosa aquí.... en el corazon, que parece que una mano lo tiene agarrado y aprieta... y aprieta... ¡Agua!

—¿Tienes sed? la preguntó la labradora.

—Sí; tengo mucha sed, mucha sed. Trae agua por favor.

El marqués, apenas salió la labradora, la abrazó y la dió un beso diciéndole con extraordinaria dulzura:

—¿Qué sientes, María?

María se encogió de hombros, echó sus brazos sobre los del marqués, apoyó su frente sobre el pecho de éste y comenzó á sollozar. Sus violentos sollozos despertaron tos, una tos sorda y profunda que llamó la atencion del marqués.

—¿Qué es eso? Levanta la cabeza, la dijo.

María, respirando con dificultad, levantó la cabeza, y el marqués se agitó de un ligero estremecimiento. El marqués no pronunció una palabra, pero se sintió poseido de un temblor interior apenas perceptible, que María, que se apoyaba sobre las rodillas del marqués, percibió, lo que la hizo exclamar con voz entrecortada:

—Tú estás temblando; y es que.... me ves mala.... que me voy á morir.... ¿verdad?; y dejando caer otra vez la cabeza sobre el pecho del marqués, añadió sollozando: quiéreme, quiéreme con toda tu alma.

La labradora volvió con un vaso de agua.

—De donde á tí te gusta, María, de la Fuentecilla.

—¿De la Fuentecilla? No quiero, no quiero.

—¿Cómo es eso?

—No quiero; dame de otra.

—¿Ya no te gusta el agua de?...

—No.

—¿Por qué?

—Porque ahora... ahora mismo la he bebido y... con ella me ha dado tristeza...

—¿Y qué tiene que ver el agua de aquella fuente tan hermosa con la tristeza que traes?

—No quiero, no quiero; dame de otra, del pilar, de cualquier lado, te lo ruego.

—Iré por otra, dijo la labradora llevándose el vaso.

—Sí, tengo mucha sed... Tú, tú,—exclamó María fijando su apagada vista en los ojos del marqués—tú quiéreme, porque... me voy á morir... yo me siento morir... ¡Vírgen mia!... Quiero ponerme de pié... quiero andar...

—Cálmate, cálmate, por Dios. ¿Quieres que demos una vuelta?

—Sí, sí; eso, eso.

—¿Hácia el templete?

—No, no.

—¿Hácia el Pajarillo?

—Tampoco, tampoco.

—¿Hácia el barranco?

—No, no, tampoco.

—Entónces...

—No, no quiero que salgamos.

—Querias andar...

—Yo no sé, no sé lo que quiero; lo que quieras tú.

María se puso de pie; pero sus piernas flaquearon. El marqués la sostuvo. La labradora trajo el vaso de agua, que era vaso campesino de una cabida propia para hidrópicos; María se lo bebió y al volverlo á la labradora dió un profundo suspiro de satisfaccion.

—Vamos á donde quieras, dijo María al marqués. Anda.

—No, no, no quiero que salgamos, María. Tú estas mala.

—¿Quieres descansar? la preguntó la labradora.

—Sí.

—Anda, lo mejor es que te acuestes, la dijo la labradora.

—Es lo mejor, añadió el marqués.

—Lo que querais.

—Vamos, la dijeron la labradora y el marqués, cogiéndola aquélla de un brazo y éste del otro.

De esta manera la subieron y la echaron vestida sobre el lecho. El marqués la dió un beso y María rompió de nuevo á llorar.

La labradora salió y el marqués permaneció de pié al lado, y mientras que la miraba

en silencio revolverse en el lecho, llorando inquieta, fatigosa y anhelante, su pensamiento tambien se revolvia inquieto en su cráneo con el anhelo de una incertidumbre; que muy luego se convirtió en tres, pues no hay como ella semilla que tanto se propague, á la manera de esos gusanos que con sólo dos, en breves horas se convierten en miles. Cuando sólo era una, el marqués se limitó á preguntarse: «¿Habrá llegado el momento de imponerse?» Pregunta que revelaba la incertidumbre que dió orígen á las otras tres, como nuevas preguntas de tres bien distintos sentimientos: cariño, ira y desaliento que inspiraron la conducta que en aquel instante observó: la besó otra vez, rechinó los dientes y salió.

Apenas habia salido, cuando encontró á la labradora, que le dijo:

—Señor marqués, yo encuentro á María algo cambiada, y yo que la conozco me extraña ver que se ha vuelto algo desenvuelta y caprichosa, y hasta me parece que á mí misma me ha perdido algo de su cariño. No está como estaba ántes...

—¡Pse!

—Bien, á su mercé, porque hace poco que la conoce...

—Sí; pero conozco á muchas caprichosas, y es como todas, pues si se quita á María mucha ó toda su inocencia tamizándola por el mundo, y se rocía su semblante de alegría, bien puede pasar por la mujer más coqueta y caprichosa de la sociedad. Es mujer, como Vd. misma me ha dicho, y de algun modo se ha de manifestar. No me extraña, no. Vaya hasta dentro de un momento, á ver si María descansa y consumimos al almuerzo.

El marqués penetró en la misma habitacion en que habia estado ántes de ver á María, y se dejó caer, con cierto desfallecimiento, en un sillon junto á la mesa de sus papeles. Al poco rato, frunció las cejas, crispó las manos, abrió una de ellas, y dando un fuerte puñetazo en la mesa, se quedó fijo mirando de frente á la ventana una rama que parecia como querer penetrar en la habitacion. La rama se balanceó blandamente dos ó tres veces de arriba á abajo, como si le hiciese en los aires signos de asentimiento, y una oleada de aromas, de rumores del bosque y lejanos acentos de ruise-

ñores, penetró por la ventana. El marqués hizo una prolongada aspiracion, cerró sus párpados, puso sus codos sobre la mesa, escondió su frente entre sus manos, y dejando escapar un suspiro, murmuró:

—¡Qué hermosa es! ¡qué hermosa es! ¡qué tristeza la suya! ¡qué arcano su corazon!

Casi toda la tarde pasó así en silencioso retiro, hasta que la voz de la labradora, anunciándose respetuosamente desde la puerta, le hizo salir de su silencio.

—Adelante, la dijo.

—Señor marqués. Esta carta.

—Bien, la dijo tomando la carta en su mano.

—De la casa, añadió la labradora.

—Sí, de la casa, repitió él maquinalmente, echando en la mesa la carta, despues de mirar que en el sobre venia escrita la palabra «urgentísimo.»

La labradora salió, y el marqués volvió á su actitud.

Al poco rato volvió á presentarse la labradora, y el marqués á cambiar de posicion.

—Señor, abajo espera un lacayo, mejor di-

cho, les espera el carruaje, al lado allá del barranco, le dijo la labradora.

—¿Para qué? le preguntó á la labradora.

—En la carta debe decirlo.

—¿En qué carta?

—En esa que le he traido hace poco.

—¡Ah! sí, sí. Ahora voy.

La labradora se salió otra vez, y el marqués tomó la carta, rompió el sobre y comenzó á leer:

«Mi querido amigo Emilio:

Siento que despues de tantos años como hace que ya no nos escribimos para invitarnos á aventuras y orgías, sea la presente ocasion indispensable para reanudar correspondencias.

Te escribo al correr de la pluma, porque esta mañana llegó aquí muy malo tu suegro, y como yo me temia si se presentaba un ataque de su enfermedad, en breves instantes se ha puesto tan en peligro, y está en estos momentos tan grave, que si no os apresurais á venir á escape, sospecho que no le vereis vivo.

Mi hija Elena y yo quedamos aquí entretanto, haciendo lo que humanamente se pueda.

Tu antiguo y verdadero amigo, *Cosme.*»

Concluida de leer, el marqués se levantó y se dirigió al cuarto donde se hallaba María, y encontrando á la labradora, la dijo:

—El padre de María se está muriendo, y es necesario salir de aquí inmediatamente.

El marqués penetró en el cuarto y se acercó al borde del lecho.

El lecho estaba en completo desórden; una almohada en un lado, otra en otro; las sábanas y colchas revueltas, como formando caprichoso oleaje levantado á puñados; pero aún mayor desórden se manifestaba en María, en sus cabellos, en su frente, en todo su semblante surcado de lágrimas, en su corazon, en las ropas que ocultaban su seno, en sus ojos, que al penetrar el marqués miraban con extravío que fué lentamente trasformándose en profunda mirada de gratitud.

—Pero, ¿qué es esto, María? ¿qué tienes?

—No sé, no sé; dame tu mano, ¿por qué te has ido? ¡Dios mio, lo que he llorado aquí sola! No te apartes de mí... ¡por Dios! Dime por qué te has ido, dímelo; yo haré lo que tú quieras, yo no quiero que te vayas de aquí, ¡por Dios, te lo ruego! Si no me quieres... aunque

no me quieras, quédate aquí, por caridad. ¡Dios mio! ¡¡madre mia!!

—Tranquilízate, María, y no llores, que todo tiene remedio; no me apartaré de tí, si tú no te apartas de mí; ¿por qué lloras?

—Yo no sé, no sé... todo lo encuentro triste.

—Como no quieres pasear y te escondes en este cuarto. Ven conmigo. Vamos á ver, ¿qué sitio del cármen te gusta más?

—¿Qué sitio... me gusta más? dijo María fijando una mirada interrogante en el marqués. Me gusta más... me gusta más...

—¿Qué sitio encuentras en el cármen que te parezca alegre?

—¿Alegre? Un sitio alegre es... alegre es.... alegre, alegre, alegre es.... á mí, yo no sé, no sé ¿Cuál te parece á tí? le preguntó con suma dulzura conteniendo sus lágrimas.

—A mí, si te soy franco, ninguno.

—¿Ninguno? El bosque es triste... las fuentes son tristes, la cascada es triste... la casa es triste... triste todo, todo triste.... á mí ninguno tambien.

—Y si yo te dijera: vámonos á buscar un sitio alegre, ¿qué harias?

—¿En dónde? preguntó María incorporándose y mirando al marqués con ansiedad.

—Fuera del cármen.

—¿En dónde? volvió á preguntar con mayor ansiedad.

—En la ciudad.

—¿En la ciudad? repitió, y despues de algunos momentos añadió con febril viveza y sonriéndose: sí, sí, en la ciudad, llévame, llévame por Dios á la ciudad. No te apartes de mí; á la ciudad, llévame pronto, que no quiero pasar la noche aquí; llévame ántes que salga la luna porque la luna, no sabes, me da mucha tristeza, mucha tristeza, y yo ya no puedo más. Dame la mano, yo me apoyaré en tí; ¿está lejos la ciudad? Iremos andando; yo podré sostenerme; si yo puedo andar, lo verás.

Y diciendo esto, ayudada por el marqués, se echó del lecho, y ambos del brazo salieron de la habitacion. Conforme marchaban, el marqués aprovechó la ocasion para hablarla del novio de la hija de la labradora y del proyectado casamiento, conversacion que no sólo agradó á María, sino que la distrajo, aplaudiendo alegremente la idea del padrinazgo.

Encontráronse con la labradora, y el marqués la dijo que llamase á toda prisa á su esposo y á su hija. Reunidos á los pocos momentos, el marqués dijo á la labradora:

—Buena mujer; ántes de partir tenemos que cumplir un deber de que estamos encargados. Su hija de Vd. no se atreve á decírselo y nos ha encargado que se lo digamos. Su hija tiene un novio que la ha pedido con insistencia palabra de casamiento y ella cree que aceptarla la conviene.

—¿Que mi hija tiene un novio?... ¿casamiento? pero ¿qué es esto? ¿estoy ciega? ¿que tú quieres casarte? preguntó dirigiéndose á su hija, y llevándose el delantal á sus ojos añadió: ¿tú quieres dejarme sola?

—Dice bien, replicó el labrador, la dejas sola. ¿Dónde está ese novio?

—Fuera aguarda, padre.

—Que venga, que venga.

Salió la hija, y á poco volvió de la mano con su novio.

—¡Ah! exclamó la labradora, el de la fiesta de la otra noche. Ya, ya estaba en que algo tenias tú con él. Y ¿por qué no me hablas-

te de él siendo una cosa tan formal? Yo no conozco á Vd. ¿Quién es Vd.? ¿qué es Vd.? ¿qué oficio tiene? ¿Desde cuándo conoce Vd. á mi hija?

—Desde aquella noche *fatar* que me partió el alma en dos mitades.

—En dos *mitadillas*. Aquella noche Vd. estaba más borracho que el vino, y esto... es un mal antecedente.

—Soy zapatero. Su hija de Vd. me quiere, y Vd. será abuela más pronto que el gallo...

—Borracho es lo que es Vd., ¡borracho! ¿Vd. se vá á llevar á mi hija?

—¡Vida de!... Una vez que maté á un gato, me llamaron mata-gatos.

—Si ahora mismo está Vd. echando peste á vino.

—No señora, no he probado una gota, es que he estado en misa, el acólito fué á pasar, se *trompezó* conmigo, y me roció las vinajeras. Yo soy zapatero honrado, señora.

—¡Vago! ¿ahora por qué no está trabajando? pues ¿qué yo no sé que hoy es domingo, y que los domingos de los zapateros son los lunes? ahora ¿qué tarea lleva?

—¿Pero le parece poca la que traigo ahora con Vd.? ¡Vida de!...

—Y en fin, dijo el marqués poniendo término al diálogo, si los zapatos no le producen bastante, y sabe leer y escribir, un puesto hay en la administracion que puede ocuparlo, y de este modo se dá gusto á María que quisiera tener al lado á la muchacha; y si no sabe leer ni escribir, y el novio quiere seguir en sus zapatos, de todos modos, no hay que disgustarse, ahí quedan en el cajon de la mesa trescientos duros que María regala á los novios para que dispongan y los distribuyan como quieran, en cuyas bodas hemos convenido mi esposa y yo en ser padrinos, y una vez casados, ya veremos dónde y cómo se les puede colocar en la casa.

María miraba con cierto asombro al marqués oyéndole cómo tomando su nombre para asuntos de que no habia hablado, sabia interpretar los sentimientos que la animaban, de tal suerte, que no parecia sino que ella le dictaba lo que decia.

—Nosotros no intervenimos en nada, añadió el marqués, pero es preciso, buena mujer,

que Vd. comprenda que su hija es de la misma carne que Vd., y que no solicita una cosa fuera de razon...

—No... no... si yo no me opongo; pero me disgusta, no lo puedo remediar... Además, este modo de pedir un casamiento...

—Como que en la misma noche de la *bronca*, interrumpió el futuro, si quiere ella y yo no estoy *arruche* ¡zás!..

—Él quiere casarse con ella, dijo el marqués dirigiéndose al novio.

—Sí señor, respondió éste con viveza.

—Y ella quiere casarse con él, añadió el marqués dirigiéndose á la novia.

—Tambien, murmuró ésta bajando la vista al suelo y poniéndose encendida, con lo cual ganó mucho en concepto de todos, en el del novio, que lo tomó por timidez pudorosa; en el de los padres, que lo tomaron por temor filial, y áun en el del marqués.

—En fin, bien; dijo la labradora; y si de tener que salir de aquí, se va al lado de María, yo se lo agradeceré á su mercé, señor marqués.

—¿Está Vd. viendo? la dijo el novio á la labradora.

—¡Cállese Vd., so pillo!

—¡No me callo, so suegra!

—En fin ya está dicho todo lo que yo tenia que decir, interrumpió el marqués; ustedes hablen y concierten lo que quiera que sea que nosotros tenemos que irnos muy deprisa.

—Les acompañaremos hasta la salida de las avellaneras, dijo la labradora.

Y todos juntos salieron, y emprendieron el camino del cármen, el marqués, María, la labradora y su esposo delante y los dos novios detrás hablando en voz baja. La hija de la labradora llevaba los ojos fijos en el marqués, é iba tan distraida con él ya tan visiblemente, que el novio la dió un codazo.

—¿No oyes lo que te digo? Que ayer por poco tronamos, y mira si te las tenia guardadas... pero ¿no oyes? Que mañana cuando nos casemos con esos duros habrá manton de Manila y *túnica*... ¡Eh! que estamos aquí...

—Te oigo.

—Sí, sí, tú tienes muchas mañas para meterme en fatigas, y lo que quieres es ponerme en cuidado con el padrino. A mí no me la dás.

Al oir esto la campesina se desconcertó al pronto; pero despues se sonrió como quien se da por sorprendida en el secreto de sus intenciones y respondió:

—Me hacia la distraida por oirte; pero tambien iba pensando en lo triste que se va á quedar mi madre, y esto me aflige, porque no puedo estar á la vez á su lado y en el sitio que nos destinen.

—¿Qué te aflige? Eso es *farta é bebía.*

Hábilmente el marqués, aprovechando la abstraccion de María, indicó á la labradora que por evitar dolorosas despedidas, se fuesen yendo sin ser notados. La labradora se lo indicó á su esposo, su esposo al futuro yerno y éste á su novia, la cual se adelantó, y poniendo sus lábios al oido de María, la dijo:

—Dile al señor marqués que quiero servirte de doncella desde mañana mismo, si puede ser.

Del mismo modo la labradora se acercó y la dijo:

—Ya sabes mis consejos: callar, callar y callar. No seas niña, que yo sé que tu esposo te quiere mucho y él sabrá hacerte dichosa. ¿Le querrás?

María hizo un signo afirmativo con la cabezo, tomó la mano del marqués y volvió á su abstraccion.

Uno á uno los acompañantes se fueron retrasando, hasta que al fin, María y el marqués se quedaron solos, y solos continuaron, doblaron el recodo y asomaron al altillo desde donde el camino empieza á descender.

X

Jamás Valparaiso habia gozado de tarde más apacible.

Tímidos pajarillos alzaban su vuelo al paso de la pareja, sorprendidos en sus gorjeados amores; de acá y de allá escuchábanse melancólicos acentos de campesinos que volvian de sus faenas; rumores de los bosques, de las bulliciosas aguas de rios y torrentes; no se movia un soplo de aire; en su ardiente calma, apenas si podia conmover la brisa, la densa atmósfera cuajada de aromas. El sol tocaba ya el horizonte, y rastreando por la tierra sus enrojecidos rayos, salpicaba de destellos las crestas

de las montañas; que allá en el fondo se abren formando profunda brecha al Darro, festoneada de monumentos, donde se asienta la régia Granada y se extiende el fecundo valle del Genil, limitado por ancho circo de sierras alzadas como un trono colosal, recubierto el respaldo de reluciente nieve, y el pavimento con la riquísima alfombra de esmeralda de la exhuberante vegetacion del valle. Parecia aquél el solemne instante en que la naturaleza, elevándola por incienso el grato olor de la vegetacion y los penetrantes aromas de las flores, y por himnos las suaves armonías que brotaban de los bosques y de todos los pliegues del ameno valle, saludaba á la invisible magestad que descendiendo de la atmósfera envuelta en los celajes risueños de la tarde, reclina dulcemente en su espléndido trono, saludada por el mismo sol que parecia prosternarse, suspiraba abrasando al aire con el fuego de su aliento y levantándole en blando oleaje de perfumes.

María se quedó mirando de frente al sol, cuyo reflejo encendia sus pupilas, irisando con sus destellos sus largas pestañas.

—¿Ves, la dijo el marqués señalando á Po-

niente, ves aquellos torreones por el sol iluminados de color de rosa, que alzan sus almenados perfiles sobre el azul del cielo? Aquellos son los torreones de la Alhambra. Bajo ella se extiende la ciudad donde has de gozar de nueva vida. Aquel mundo es muy distinto del que dejas. Allí gozarás y estarás alegre. Visitarás los salones donde tu hermosura, realzada por la magnificencia y el lujo, brillará con el explendor de un sol; donde tu talento educado en la culta cortesía, podrá mostrarse en toda su discrecion y sutileza; donde tu corazon recibirá nuevas impresiones que exaltarán agradablemente su delicada sensibilidad, y se abrirá á nuevos goces jamás experimentados en el triste silencio de estos bosques. Allí, mantenida en continua curiosidad por el brillo de los espectáculos, desterrarás vanas tristezas, aturdida por la explendidez de los salones, las notas de suaves melodías, el vértigo de los bailes, la discrecion de las conversaciones; allí rodeada del respeto de las gentes, en medio de la comodidad y de la ostentacion, resplandeciente de luz con los destellos de tus joyas; de belleza, con la dulzura de tus sonrisas, y de ta-

lento, con la exquisita delicadeza de tus frases, yo te lo juro, serás la reina que impere sobre todas, que humille á las más cortejadas damas que brillan y gozan en aquel mundo, donde despertarás como una horrible pesadilla en medio de una realidad expléndida. ¿No me oyes? ¿Por qué miras con tanta fijeza al sol? ¿Toda vía sigues triste? Da de una vez tu tristeza al viento, que las niñas tristes no sirven para nada. Yo te juro por quien soy, que te ha de durar poco; si dejas tus flores, tus bosques, tus fuentes, tus palomas, si dejas á esta familia que es como tuya, allá tendrás flores aún más hermosas, y aromas más suaves que los que esparce tu jardin; fuentes de ricos alabastros y pulimentados jaspes, y no estas tan rústicamente toscas; allá tambien tendrás palomas y tendrás nido que las dé envidia; y si dejas á esta familia que te quiere, aún es mejor gozar de la que se crea que de la que se tiene. Tendrás allá de todo lo que aquí tienes, mas otros muchos placeres de que aquí no disfrutas y ni áun siquiera sospechas. ¿Qué respondes á esto? ¿No atiendes? ¿Por qué miras al sol tan fijamente que lastimará tus ojos?

—Dime, ¿tú no ves nada en él? ¿nada, nada?... Pues dime, ¿por qué se pone tan encendido?

—Porque estás mirando á él y no á mí. No le mires y no le verás encendido.

—Entónces no le veré. ¿No sabes por qué se pone encendido?

—Porque habrá adivinado lo que estás pensando, y se habrá avergonzado.

—¿Avergonzado de lo que yo estaba pensando? Estaba pensando en que me voy y en lo que estabas diciéndome.

—No, poco á poco, entónces es que le dará vergüenza de irse. Dime tú lo que pensabas y déjate de soles mientras tengas ojos.

—Pensaba, pensaba en que dejo esta tierra en que me crié y me llevas á otra donde á nadie conozco, donde nadie me quiere más que tú, sin más amparo ni refugio que tu cariño; en que me voy fiada en tí y no sé lo que harás de mí; en que yo no sé por qué te has enfadado conmigo, y no sé cómo he de procurar que no te enfades; en que quisiera saberlo para pedirte perdon ántes de irme, y suplicarte que me reprendas cuando haga mal para no vol-

verlo á hacer. No quiero que me trates mal, si yo quiero estar á tu lado, por caridad te pido que no te enfades más conmigo, que yo no tengo ya lágrimas que derramar, y no tengo fuerzas para sufrir más. Díme lo que quieres de mí, ¡dímelo ántes, por Dios, que yo necesito de tu cariño, y no quiero que te separes nunca de mí!...

—¿Nunca?

—Nunca; si te has de separar alguna vez, si no me quieres como yo te quiero á tí, si te has de incomodar conmigo y me has de maltratar, más vale que me dejes aquí morir sola... ¿Ves? Tú no me has dicho que me quieres y voy contigo á la ciudad donde me llevas, y yo que te lo he dicho tantas veces no me crees; ¡Dios mio! Yo quisiera que álguien se opusiese á que te quisiera para quererte y para que mi cariño valiera algo para tí; pero todos me aconsejan que te quiera, y quererte no es para tí un mérito. Yo quisiera ser más mujer y no una niña que nada vale.

—¿Cómo más mujer? ¿Para qué?

—Porque yo sé que las caricias de las niñas son enfadosas...

—¿Quién te lo ha dicho?

—Mi padre me lo ha dicho muchas veces, y yo quisiera que mis caricias valieran mucho para tí.

—¿Acaso no lo valen?

—No, no; ¡te enfadaste porque te dí un beso!

—No, no me enfadé por el beso, sino porque fué tan frio...

—¿Frio? Yo quisiera que te asomases á mis ojos y vieses lo que pasa en mí, que yo no puedo sufrir ni explicarte. ¡Madre mia! ¡Yo no sé más que llorar, llorar y llorar toda la vida!

—No llores, te lo suplico.

—¡Si yo no sé lo que va á ser de mí!

—Pero no escondas el llanto.

—Por no enfadarte con tantas lágrimas, porque conozco que ya soy enfadosa; pero no puedo, no puedo contenerlas.

—No, María; llámame como quieras; pero yo gozo en verte, porque si aquí lloras todas tus lágrimas, limpio quedará tu corazon de tristeza. Llora, añadió el marqués abrazándola, llora, pero que no beba tus lágrimas la tierra, derrámalas sobre mí.

María reclinó, llorando, su cabeza sobre el

pecho del marqués, y éste, alzándola con suavidad, la dió un apasionado beso en la frente, diciendo:

—¿En qué pensabas en este instante?

—En que te quiero.

—Ese pensamiento besé; bien debí conocerlo en que tu frente ardia.

—Dime tú ahora en lo que piensas.

—Te juro por el sol que nos alumbra que te quiero más que á mi vida.

—No jures por el sol, que el sol se va y tu cariño puede irse tambien. Jura por Dios, que Dios nos ve y no se vá; jura que tu cariño no se irá. Jurámelo ántes de irnos nosotros.

—Júrolo por Dios y juro tambien que no te entiendo y que cada vez te quiero más y te entiendo ménos... mira, hice bien en jurar por Dios, porque el sol acaba de hundirse.

Como el marqués llamó su atencion hácia el sol, volvió sus ojos y vió que habia desaparecido, fué tal el tropel de recuerdos que se agolparon de pronto en ella y tal el sentimiento de que se sintió poseida pensando en que dejaba el cármen donde tanto gozó, que como si dos manos luchasen por llevarla el

corazon, una de un lado, y otra de otro y furiosamente crispadas se ensangrentasen con él, así le sentia en su pecho de oprimido y desgarrado, apoderándose de ella tan profunda congoja, que el marqués, un tanto inquieto, la indicó que se quedara y que él volveria; pero María, sin poder hablar, le respondió, haciéndole señas con la cabeza, que no; y como él al verla tan apesadumbrada, dudando si debia ó no debia llevársela, insistiese, María echándose sobre el marqués y estrechándole entre sus brazos, le dijo como aterrorizada:

—No, no; tú conmigo siempre. No te dejaré ir sin mí. Por Dios, por Dios, no me dejes.

Y con estas palabras creció su congoja y afliccion, hasta el término de que con la extraordinaria violencia de sus desconsolados sollozos, estalló en su pecho una tos tan fuerte y sofocante, que parecia que se ahogaba, y sacudiendo su cabeza con profunda ansiedad, exclamó:

—Yo me muero.... Quiéreme, por Dios.... yo me muero... no puedo... ¡Dame la vida, madre mia! Yo quiero vivir, yo quiero vivir ¡Virgen de mi alma!...

Y diciendo esto, entre los esfuerzos de la tos y sus sollozos, en uno de los violentos accesos aparecieron sus labios teñidos de sangre. El marqués se estremeció de pies á cabeza y se le erizaron los cabellos; la miraba como si viese su última esperanza temblar entre sus brazos con los primeros sacudimientos de la agonía; un soplo de desesperacion arrugó su frente, y ofuscado, girando en sus órbitas los ojos extraviados, acercó sus labios, y no besó, sino que aturdido y ciego sorbió con apasionada efusion la sangre que manchaba los labios de María, exclamando:

—Esto queria beber, María de mi vida.

—Tengo otra vez sed, dijo ésta, mucha sed.... ¿no hay de beber?

—¿Qué sed? replicó el marqués, ¿qué sed? ¿sed del corazon? Si sed del corazon es la que sientes, yo te juro calmarla, yo le inundaré. Ven conmigo. Si no puedes andar yo te llevaré en mis brazos.

Y el marqués, alzándola en sus brazos, la acomodó entre ellos de tal suerte, que sintiendo el corazon de María palpitar deshecho sobre su hombro, emprendió la marcha, él de-

vorado de impaciencia el camino con sus ojos, y ella regándolo de tristeza con sus lágrimas.

Al fin llegaron al sitio donde el carruaje les esperaba. El marqués la acomodó en él, colocándose junto á ella, que se reclinó en el asiento con esa profunda languidez que imprime al cuerpo la tristeza del desaliento.

Partió el carruaje con la celeridad que las circunstancias requerian, y como queriendo ganar en rapidez el tiempo que habian perdido en sollozos, adioses y conversaciones.

A pesar de la rapidez con que marchaban, que no podia ser mucha á causa de lo accidentado del camino, la gente que al paso del carruaje salia movida de curiosidad reconociendo á María, la saludaban gritando «¡adios, adios!» y haciéndola señas de despedida, de modo que, solicitada por estas demostraciones de cariño, no podia dejar de pensar en el mundo que abandonaba y en las horas de felicidad que en él habia gozado.

—No llores más, María, la dijo el marqués cariñosamente, observando su desconsuelo: por Dios te lo ruego. Las lágrimas agostan la hermosura.

—No puedo contenerme.

—Es verdad; más vale que agosten la hermosura que no el corazon, replicó el marqués, llevando su pañuelo á los lábios de María y guardándoselo.

—¿Por qué haces eso?

—Un capricho. Sin duda tu compañía me vuelve algo caprichoso; sin embargo, todavía lo achaco á la luna.

—No te entiendo.

—Ahí verás. Porque esta sangre que me debias, de tí derramada, anda como yo precisamente, y sin duda se extravió por el camino de la idea; dijo el marqués, y atrayendo de nuevo la cabeza de María, y dándola un beso en los lábios, añadió: ¡hélo ahí! Es un camino ideal, por consiguiente, y sospecho que á mí, casi casi me va gustando lo ideal. Hay gustos que merecen tiros, y el mio puede ser que lo merezca... ¡Ah! se me olvidaba decirte tambien, que si alguna vez llorara... me enjugaria con este pañuelo. Dime, ¿qué te dijo la hija de la labradora?

—Me dijo... que ¡ah, sí! Me dijo que te dijera que queria ser tu doncella.

—¿Mi doncella? Tu doncella será.

—¿Qué he dicho yo? Sí mi doncella. Yo quise decirte lo que ella me dijo: dile al señor marqués que quiero ser tu doncella.

—Eso resuélvelo tú, que es preciso que te vayas acostumbrando á mandar en tu casa; por si resuelves que lo sea, te aconsejo que no la des mucha confianza.

—Yo quiero que esté al lado mio desde mañana.

—Al lado, pero callada. Y la madre ¿qué te dijo?

—Esa me dijo que... esa no me dijo nada.

—Sí te dijo, sí.

—Sí, pero...

—¿No quieres decírmelo?

—Sí, fué que me recordó unos consejos que me habia dado.

—¿Qué consejos eran?

—Eran... eran muchos que algunos me ha costado mucho sufrimiento no seguir.

—Dí alguno de muestra.

—Uno de ellos era que me callara.

—¡Ah! exclamó sorprendido el marqués: consejo tan prudente preciso es respetarlo,

añadió soltando una alegre carcajada, que hizo reir tambien á María y volver la cara á todos los circunstantes en el momento en que llegaban al pié de la senda que conduce al seminario.

Era dia de fiesta y los estudiantes, diseminados en grupos acá y allá, apartábanse haciendo visajes al fijar las curiosas miradas en el semblante de María. Sobre una eminencia un seminarista hablaba con el sacerdote, á quien ya conocemos, los cuales aunque distantes, escucharon la carcajada y se volvieron. El sacerdote reconoció á los recien casados, y dejando á su acompañante, bajó á saludarlo, á cuyo efecto paró el carruaje.

—¿Qué tal les vá en su nuevo estado? les preguntó.

—Bien, contestó el marqués; y despues añadió: pase Vd., señor cura.

—Muchas gracias. No puedo.

—Cuatro pasos tan solo.

—No, no. No puedo perder de vista á aquel estudiante...; dijo señalando al que acompañaba que apenas quedó sólo, volvió la espalda al camino.

—¿Pues?

—Sí; porque aunque le ven ahora que parece estar tranquilo, es un carácter un poco... díscolo y fuerte... Hoy le he sacado del calabozo... y está como quien se pasa unos cuantos dias sin ver luz.

—Pues nosotros tampoco podemos detenernos mucho. Mi suegro está algo malo, dijo el marqués haciendo al sacerdote un gesto de inteligencia.

—Triste es el ministerio que me está encomendado; pero como amigo...

—Muchas gracias, adios, señor cura.

—Adios y que hallen toda la felicidad que desean.

Partió de nuevo el carruaje á toda prisa y María que habia estado escuchando la conversacion con triste sonrisa, siguió distraida con la vista al sacerdote. Le vió reunirse con el estudiante y á poco como conversar con él con cierta vehemencia y con ademan de enérgica reprension. Vió al estudiante extender su brazo como señalando el carruaje y el sacerdote el suyo para cogerle; vió como entablarse una lucha entre ambos por quererse arras-

trar furiosamente el uno al otro, y aquí el carruaje dobló de pronto una curva y la interesante escena desapareció á sus ojos.

Volvióse al marqués, que se hallaba en actitud reflexiva, y le preguntó:

—¿Has visto?

—No he visto nada, le respondió el marqués; ¿qué ha pasado?

—¿En qué pensabas? Ahora eres tú quien vá triste; ¿quieres que nos volvamos?

—¿Para qué?

—¿No es irte del cármen lo que te entristece? No te lo calles, porque yo tambien quiero volverme; sí, quero volverme... Mira: allí, seré yo quien te acompañe por todos lados y estaré junto á tí y no te dejaré que te pongas triste y moveremos fiestas, porque todos me quieren mucho, y si yo les digo las moverán y bailaremos, porque yo sé bailar; ¿tú no sabes bailar?... ¿No quieres?

—No es eso, no es eso, murmuraba el marqués mesándose los cabellos con cierta inquietud.

—¿Pues qué es?... Oye, si nos volviésemos, ¿vendrias á consolarme si me vieras triste? Sí,

sí, yo sé lo que es y por eso no quiero verte así; no me verias como yo te estoy viendo... Anda, alégrate, sonríete, no estés así, que vas á hacerme llorar... ¿no me oyes?

—Sí oigo, sí, replicó el marqués un tanto contrariado. ¿Y qué?... No es eso. ¿Por qué un corazon tan cariñoso como el tuyo carece de la ardiente fibra que en él busco? Todas las siento vibrar, hasta las más frívolas, ménos esa... esa que ya era tiempo de sentir... semejante cariño ántes aburre y desespera que alegra; ¿acaso, te prometes quererme siempre así?

—Siempre así; le respondió María sonriendo ingénuamente.

—Siempre así, ¡y como lo dice lo siente! murmuró hablando consigo mismo el marqués; y sin embargo... yo necesito de un cariño dulce, tranquilo, sosegado; necesito de su cariño... necesito de otros goces, necesito de ella. Bueno fuera hacer caso de las declaraciones de una niña que no sabe ni entiende, ni obedece más que á sus propios instintos de niña; no es posible que persista semejante frivolidad. No estoy aquí en mi centro. Ya veremos allá donde pueda herirla con celos, envidias, despecho,

amor, engaños, quisquillas, chismes, tramas y maquinaciones de que en esos bosques no puedo hacer uso. Allá veremos, ¡pobre María! Bien has de sufrir para que yo goce.

—¿Qué piensas? volvió á preguntarle María con inquietud viendo que su respuesta no habia producido en él el efecto que se prometia; te he dicho que siempre así... ¿Y tú? ¿No me respondes?; y echándole el brazo en el cuello, añadió como si quisiese advertirle de un gran peligro: mira que me juraste por Dios.

—Y vuelvo á jurarlo, replicó el marqués.

—¿Siempre así tú tambien? le preguntó.

—¿Y qué quieres que te conteste? la dijo el marqués haciendo un ligero gesto de despecho; semejante pregunta es una puerilidad á que no sé qué responder. Sólo sé decirte que ese cariño que me muestras... principia casi á aburrirme, y, si te he de hablar sinceramente, á veces me miro á tu lado como el más feliz de los hombres, y á veces me miro asombrado de verme contento junto á tí...

—¡No sabes, dijo María que estaba como suspensa de las palabras del marqués; no sabes lo que yo sufro!

—No me hagas caso, le contestó el marqués; no me hagas caso, porque muy bien pudiera suceder que estos aburrimientos que me acometen por momentos consistan en que me aburra de mí mismo, y si aburriéndome de mí mismo casi me aburro de tí, esto supone que tú eres lo último de que yo me aburro... Sí, así debe ser.

—¿De tí? ¿Y por qué te aburres de tí?

—No sé... no sé.

—Dímelo, le dijo María con suprema dulzura; ¡anda, dímelo!

—No sé, te digo.

—¿No sabes? ¡No sabes!... Anda; no te quiero, exclamó María volviéndose con tan inocente enojo, que el marqués se sonrió.

Y no bien se habia vuelto María pronunciado el «no te quiero,» cuando hendió los aires, zumbando, un enorme pedrusco que vino á caer de rebote en el suelo delante de los caballos, que, alzándose de manos, retrocedieron profundamente espantados. En vano fustigaba el cochero á los caballos; avanzaban recelosamente hasta el pedrusco, y retrocedian resoplando, resueltos á sufrir el castigo ántes

que á pasar mientras viesen delante el motivo del espanto.

El cochero no tuvo más remedio entónces que bajar y apartar el predusco; pero al levantarle en sus manos le mostró á los marqueses para que vieran la enormidad de tamaño.

—Asómate á ver, le dijo el marqués, quién ha sido ese bárbaro, y si ves á álguien, avísame.

El cochero cumplió la órden; dió una vuelta por el camino, y á poco tornó diciendo:

—A nadie se vé, señor; esta piedra ha caido como un rayo.

El marqués tomó la piedra calificada de rayo, nombre vulgar del aerolito, y, colocándola en el asiento, dijo:

—Así como así, pudo muy bien partirnos este rayo, y merece guardarse, pues no ha caido tan léjos ni es tan pequeño que no pueda conceptuarse como un peligro, del que se ha salido providencialmente. A escape.

El cochero volvió á su asiento, y el carruaje salió á la carrera.

María habia cambiado de expresion; estaba recostada en el asiento en indolente actitud, con los párpados entornados, el semblante más

pálido, y, en fin, más que nunca abatida.

Cuando el marqués la miró, no pudo reprimir un ligero movimiento de cólera. El marqués principió á pensar en su extraña situacion, porque queria y no queria averiguar el secreto de la tristeza, y aunque tenia lo del sueño por leyenda, pensando en ello no podia comprender cómo ejerciese en aquel corazon tal dominio; tampoco queria indagar más ni áun darse por entendido de ello, porque sueño ó realidad, si ella le hablaba, podia declararle de un modo indirecto que no podia querer e, y ántes queria él adivinarlo para tener, al ménos, la satisfaccion de ponerlo en duda, que saberlo de los lábios de ella, pues pasar por tal declaracion pacientemente, parecíale que era como haberse casado con una viuda con casi todas sus desventajas, y sin ninguna de sus ventajas; y si el sueño no tenia fundamento real, saberlo era como saber que él no era lo que ella habia soñado, y querer saberlo, dar al delirio de una noche de fiebre una importancia que en realidad no tenia, además de que la autorizaba sabiéndolo, riérase ó no se riera de ello, á que algun dia lo tomase por pretexto de rea-

lidades de más peligro, pues como tema de monomanías bochornosas y delirio de loca, por disculpable habia de pasar una buena parte de lo que en su nombre hiciese con la mayor cordura del mundo; no sabiéndolo, quitábala un pretexto, lo cual ya era algo para lo sucesivo. Lo que en realidad habia, era que él no queria comprender lo que le sucedia, de lo cual él sólo se tenia la culpa, pues cuando el marqués comenzó á cansarse del mundo, quizás porque el mundo comenzaba á cansarse de él, era distraccion á su hastío reirse imaginando un ideal de mujer capaz de no hastiarle alguna vez; principió por imaginarse una mujer físicamente muy hermosa; por abstracciones sucesivas fué quitando de la mujer las cualidades que él creia causa de cansancio. Y se fué diciendo sucesivamente:

—Nada de afectacion, pues cuando se llega á lo íntimo, se la conoce y se ve la afectacion, deja de agradar, pues la misma afectacion, para agradar, tiene que ser natural; nada de pintarse; ¿á qué obedece pintarse? ¿á imitar un color de mujer que no se tiene? Mi ideal de mujer, como tiene ese color que quiere imitar-

se, no lo necesita; nada de reir mucho; la que se rie mucho deja ver la campanilla ántes que su talento; llorar, sí, y no por el perro ni por el gato, sino por causa mia; mujer de su casa, ¿y qué es ser mujer de su casa? ¿es mujer ó maestro? La mujer de su casa, que se quede en su casa y yo en la mia; nada de mucha discrecion ni de mucha agudeza; la mujer que es muy aguda es una mujer que concluye en punta, y no sabe tocar sin herir, además, de que la mujer debe ser redonda: ni ha de ser experta, ni farota, ni jamona, es decir, sin los enemigos del alma, sin mundo, sin demonio y sin carne. Aquí está el caso porque ni la quiero experta ni tonta. Esto se arregla fácilmente, porque una mujer que no es experta y es mujer, es tonta; pero una niña puede no ser experta y no ser tonta. Aquí entra otro conflicto, porque yo quisiera una mujer, no tonta ni frívola, pero que no se entregase, porque si se entrega me hastiará á los dos dias, y yo quisiera que de no entregarse no tomara la virtud y la honra por pretexto de resistencia y que resistiera sin nombrarlas; y si es una niña inexperta y no es frívola, y que siente más que en-

tiende, no hay remision tarde ó temprano; esto no puede arreglarse más que de un modo: que no tomándome cariño sino muy poco á poco... y, sin embargo, ha de tener corazon, ante todo corazon, eso sí... Está bien. Jóven, hermosa, inocente de corazon... Echese Vd. á buscar ¡caramba! Me iria á vivir—se decia algunas veces—entre los salvajes á salvajear, y á comprar una esclavilla chiquirritina para traérmela y despues de educada... casarme, casarme, ó no casarme, es lo mismo.

Esto no pasaba de hacerle sonreir en su tedio y de ser un pasamiento en sus ócios, que cada dia se prolongaban más, es decir, que pensaba su ideal sin amarle; pero hé aquí que un dia se asoma á las avellaneras de Valparaiso, y se encuentra de sopeton en medio de aquellos bosques de lasciva amenidad y... ciertamente en aquel momento no se fué á María por creerla su ideal, sino que se fué al bulto; pero despues pensó, repensó, vaciló, dudó de mil modos preguntándose «¿qué es? ¿qué es?» y al fin se respondió diciéndose: «mi ideal,» y como él era hombre que si casualmente hubiese caido una teja al pasar su dama se hubiera

dicho: ¡qué bien pensado lo tenia! llamaba á su corazon no sabiendo que le tenia interesado, y él, que pensaba su ideal sin amarle, le amaba ya sin pensarlo, lo cual es el fenómeno más notable del corazon humano y de la naturaleza sutilísima del amor, que á veces alienta y baña al pensamiento sin que el mismo pensamiento lo sienta.

Y en el fondo de los entornados párpados de María, ¿qué palpitaba? El corazon humano, entre otras muchas cosas, puede compararse á un puchero siempre á la lumbre y siempre hirviendo; con un puñado de sonrisas, tres ó cuatro miradas y un beso, resulta el mejor cocido que imaginarse puede para alimentarse toda la vida; no importa saber quién sopla, si es el aire de vida, oxígeno, ú otra especie de oxígeno que es algo así como ozono que no colora de violado el engrudo de almidon, sino los lábios de una vírgen; lo cierto es que los pulmones son verdaderos fuelles, y el pecho el mejor de los hornos refractarios; resulta, pues, un buen cocido con su sal correspondiente, pues desde que existe química, cualquiera sabe que en los ojos tenemos dos saleros. Apenas si

del jóven cazador quedaba en aquel corazon sensible más que la figura, y para eso de un perfil borroso, vago é indeciso. El jóven cazador á quien no habia visto más que algunos momentos, habia pasado ante sus ojos como una sombra luminosa; habia dado en pensar si lo seria realmente, y hasta le creia un vapor en figura de hombre, que no se fué del cármen como cualquier persona por el camino seguido, sino que de pronto se desvaneció en la encendida atmósfera del sol. Ya podia ser el jóven cazador un bandido, porque si de tal le hubiese visto, hubiera sostenido á pié juntillas,—*¿risum teneatis?*—que era un ángel con botas de montar y sombrero calabrés. *El* era la razon íntima de todas sus lágrimas; *él* era lo más bueno que entre los hombres podia elegirse, de suerte que si ella veia un gesto ó escuchaba una expresion que la desagradase en cualquier persona, en seguida se decia á sí misma: *él* no lo hubiera hecho ó dicho y si lo hubiera dicho hubiera sido por verme enojada, porque recuerdo que á él como á mi madre le gustaba verme enojada. ¿De qué servian razones? ¿De qué servia que se la hubiera dicho: niña, ese hombre

ronca, tose, respira, y á veces habla malas expresiones y hace malos gestos como los demás hombres? Ella hubiera contestado en seguida con muchísima razon: no lo he visto eso ni lo he oido de él. ¿Podria dejar de quererle? ¿Podria olvidarle si á cada gesto ó expresion de cualquier persona evocaba su recuerdo para acariciarle?... Ese ideal invulnerable es de la peor casta, porque el que se forja en la imaginacion sin fundamento real alguno, no tiene raíces ni fuerza para alentar á su persecucion; pero el que se sabe que existe, es forzoso buscarle. No se vive en el mundo sino para seguir un ideal transigiendo con la realidad.

El marqués tomó asiento, y volviendo á sus reflexiones, se decia:

—¡Siempre así! ¡Qué dos palabras tan breves é inocentes, qué frialdad esparcen y qué porvenir de violencias ó de estupideces se vislumbra entre ellas!... Desde que la ví hasta ahora no recuerdo de sus lábios una sola palabra que aliente un soplo del amor que en ella busco... ¿Si será temprano todavía esperarlo?... ¿si quizás será ya tarde? Y si al ménos lo supiera con certidumbre, acaso renunciara de

una vez á esperar de ella ni más amor ni más goces que los que las demás mujeres me ofrecen... Nada más fácil que adquirir esa certidumbre acaso de sus mismos lábios... Y sin embargo, más consiento esperar no sabiéndolo, y más no saberlo que esperar... Si espero, gozo pensando en lo que podré gozar; pero si no espero... acaso la miraré algun dia encogiéndome de hombros. El goce que ella puede darme hoy, no es más que el que puedo tomar de cualquier mujer ó comprar á cualquier perdida .. ¿Qué? Una mujer más... ni más ni ménos ¿y qué?... Y despues, ¿qué me queda? No es eso... no es eso. ¡Vive Dios!

El marqués levantó su cabeza, se quedó mirando á María, y aproximándose á ella tomándola cariñosamente una mano, la dijo:

—He pensado, María, en tu pregunta. Yo observo en tí un desfallecimiento y una frialdad que me hiela. ¿Es tu tristeza porque acaso temes que yo deje de cumplir lo que te he prometido? No, no temas que yo te moleste, ¿ni qué motivo me das para ello?... Atiéndeme. Es menester que entiendas que no soy yo quien puede hacer de tí lo que quiera; eres tú,

tú, quien puede hacer de mí lo que quieras. Tú serás para mí lo que tú quieras todo el tiempo que yo en tí no vea el amor que necesito. Tu corazon será para mí el arca sagrada donde se guardan los placeres que busco; mirada á mirada, sonrisa á sonrisa, lágrima á lágrima, yo en ella los creeré escondidos... Puede el cielo guardar la llave, puedes esconderla entre tus lágrimas, que mientras no caiga de tus propios lábios no he de forzarla, para hallar en ella más hastío que el que me impulsó á buscarte... Sí, María... acaso, acaso me desespero porque te amo; pero acaso, acaso, te amo porque la escondes, porque ántes de que te viera, te buscaba; ántes de que te viera estaba enamorado de una mujer como tú; juzga si viéndote, juzga si negándome lo que no busco, he de dejar de amarte. Niégame, niégame, que cuanto más me niegas, más consiento en esperar; te juro aquí que estamos los dos solos, corazon frente á corazon, que si me he mostrado impaciente contigo, más era por temor de no halagarte que por instinto propio, y te juro tambien con toda ingenuidad, que más temia verte sucumbir que rechazarme. ¿Qué me im-

portan mis derechos, ni los deberes conyugales, ni el matrimonio, ni los lazos de la ley ni del mundo? Yo quiero lazos hechos de girones de gloria, no empapados en lágrimas; quiero lazos hechos con las fibras de tu propio corazon; que si yo solicité tu mano é hice humillaciones por conseguirla, mas fué buscando en los lazos de Dios y del mundo un medio para poder arrebatarte al amor de otro hombre. Yo quiero de tí lo que no puede ofrecerme, ni darme, ni venderme mujer alguna más que tú. Quiero beber el goce en su hirviente manantial, quiero verle hervir tan límpido que puedan reflejarse en él la trasparencia de los cielos; y verle hervir al ardor de mis mismos ojos, y que tus miradas se conviertan en serpientes de fuego que me abrasen enroscándose al corazon; y aturdirme entre tus sonrisas, y que no estalle un suspiro en mi pecho sin estremecer tus más íntimas fibras, y que tus ardientes besos broten de tu boca á oleadas que rompan hirviendo en mis mismos labios... Quiero que me ames con toda tu alma... Quiero de tí un amor extraordinario, un amor frenético... ¿qué sé yo?... un delirio ¡un sueño!

El marqués se detuvo un momento, y María, que le miraba con cierto estupor, extendió su brazo y le echó la mano en el hombro; se incorporó para responderle, pero sus lábios no hicieron más que murmurar una frase ininteligible y volvió á reclinarse con mayor languidez en el asiento.

—¡Un sueño!... prosiguió el marqués, yo no sé... Acaso en estos momentos tu orfandad será completa... Pero ¿qué? ¡Si tú no eres huérfana ni puedes serlo nunca! ¡Si tú no eres hija de mujer y de hombre! ¡Tú eres hija del sol y de la luna!... ¡Tú eres lo que ansío! ¡Sombra, niebla, humo, luz, cielo, gloria... el imposible!

María, como si hubiese sentido herida la fibra más recóndita, se volvió á incorporar; le echó los dos brazos al marqués como colgándose de su cuello, y dejó caer su frente en el pecho de él, rompiendo á llorar con desgarrador desconsuelo y balbuciendo con voz apenas perceptible:

—Siempre así, siempre así.

El carruaje, apresurando la carrera, se envolvió en una nube de polvo, en cuyo seno se

escuchaba entre los gemidos y sollozos de María la voz ahogada del marqués, exclamando con apasionado extravío:

—¡Sueño!... ¡delirio!... ¡el imposible!... ¡A tí! ¡á tí!...

Parecia aquel carruaje envuelto en la nube de polvo y con la extraordinaria velocidad de su carrera, más que carruaje, una tromba tempestuosa; de vez en cuando la nube que le envolvia se disipaba, dejando ver abrazados al marqués y á María como entre nieblas. Más parecia entónces una barca empujada que carruaje arrastrado. Barca era que lágrimas por lastre, empujada á suspiros, surcaba el valle hendiendo la niebla que la envolvia y que en vertiginosa carrera buscaba entre la luz que moribunda se extinguia en Occidente, aspirada en torbellinos de eter, las playas de la tierra prometida, del nuevo mundo, de supremo placer desconocido, levantando ante ella una ola de adioses y tras sí dejando espumeante estela de lágrimas... Allá en el puerto de salida aún se escuchaba bajo las sombras del bosque el blando rumor del oleaje, muriendo entre los gorjeos del ruiseñor, como la dulce armonía de

las olas al morir en la misteriosa mansion de Fingal...

Cuando volvió al hogar la campesina familia, los cuatro que casi ya la formaban se reunieron alrededor de la fuente de la plazoleta, quedando allí concertado el casamiento para el dia siguiente. Largo rato pasó la labradora gimiendo y sollozando y los demás escuchándola en silencio, y así hubiera pasado más tiempo sin acordarse de dormir; pero fué el caso que como el artesano delante de aquel continuado dolor se veia obligado á mantenerse triste y él tenia más motivo de contento que de tristeza, llegó al fin un instante en que no podia mirar á la labradora sin que la risa le hinchara los carrillos, de modo que el pobre sudaba y trasudaba por tragársela y traia á su memoria los incidentes más patéticos que recordaba habian ocurrido á la muerte de su madre, de su padre, de su abuela y de toda su parentela; pero nada bastaba á contenerla, y como ya le iba rebosando la risa por los dientes, se le-

vantó y se marchó sin alegar motivo alguno por temor de que entre las palabras se escapara la carcajada, y viéndole irse la labradora, que comprendió el motivo, le echó una mirada de indignacion; y levantándose ella tambien, se alejó un trecho para llorar donde no fuese molesta ni objeto de burla. El labrador se fué al lado de su esposa y el artesano volvió al de su novia, de modo que divididos en dos grupos, el uno de antiguos y el otro de futuros cónyuges, podian espaciarse en separados coloquios el uno en el pasado y el otro en el porvenir. Como el labrador veia en su esposa el mucho efecto que la separacion de María la causaba, fué tanto lo que la habló, que queriendo consolarla recurrió á inventar frases y hechos de María con intencion de persuadirla de que María era una niña descastada, voluble é ingrata; disputóse entre ellos, y como el dolor cuando es estéril, si escucha con agrado con un oido la apoteosis de lo que llora por sentirse justificado, tambien presta el otro oido á la maledicencia que le mitiga, la labradora, de bueno ó mal grado, concluyó por creer cuanto su esposo la decia. En el otro grupo, otra muy distinta

era la conversacion que se tenia, y como suele decirse, pelaban la pava hasta el plumon. Hablóse entre ambos novios del destino que habian de dar á los cientos de duros regalados; el uno sostenia que lo conveniente era instalarse con independencia, y la otra que vivir en la casa de los marqueses, porque, segun ella decia, más vale vivir pobre en casa rica, pues al ménos se vive ricamente sin pagarlo, que vivir rico en casa pobre, pues para convertirla en rica es preciso dejar de ser rico; de modo, que aferrándose cada cual en sus ideas, promovióse entre ambos altercado tal, que el artesano, queriendo echársela de marido de fibra y no queriendo ceder, se levantó resueltamente y se marchó muy creido en que su *pastora*, viéndole irse, le llamaria y cederia; pero por más que acortaba el paso y fingia dolerle un pie y usaba de todos los artificios imaginables para *dejarse querer*, como por allá se dice, la novia, que sabia muy bien de lo que su novio cojeaba, le dejó irse con la mayor tranquilidad. Los padres de ésta, creyendo que era llegado el momento de dejar de hacer la *vista gorda*, se levantaron, y seguidos de ella se en-

traron en la casa soltando ántes al mastin, temible sereno de las avellaneras. Ya casi llegaba al límite del bosque el buen artesano cuando se decidió á volverse; pero sintiendo á poco en la oscuridad cerca de él alarmantes gruñidos, buscó el tronco de un árbol y se encaramó á toda prisa. Ya montado en una rama y puesto á seguro, comenzó á gritar diciendo que el perro estaba debajo de él y que ni podia irse ni volver, y el mastin, que era un mónstruo de su género, comenzó tambien á ladrarle. Los tres campesinos se asomaron á una de las ventanas de la casa.—Haberse ido, le gritó la labradora. Mas como el esposo la indicase que mientras el artesano estuviese en el árbol, el mastin no se habria de apartar de sus cercanías y abandonando el resto de la jurisdiccion encargada á su custodia, se dejaba que los ladrones robasen impunemente, la labradora, acordándose de que podia tenerse por suegra, le respondió: déjalo, ningun ladron puede robarnos más de lo que él nos roba; así le lleve una nalga; y esto diciendo, cerró de un ventanazo, dejando al yerno realmente colgado, que comprendiendo que de nada le servia

gritar, se acomodó como pudo y guardó silencio, resolviéndose á pasar la noche en el árbol.

Ya hacia un buen rato que todos descansaban, cuando la hija, creyendo á sus padres dormidos, se escabulló de su lecho para ver el modo de ahorrarle un cuarteron de carne al novio, pues conocia al mastin, y sabia que era muy capaz de interpretar las intenciones de cualquier suegra.

Estábase ya bien entrada la noche, cuando la labradora, sintiendo el ruido de pasos, codeando á su esposo, le dijo:

—¿Duermes? Creí haberte sentido salir.

—Pero ¿tú no duermes?

—No puedo dormir, por más que hago por conseguirlo. Desde que me dijiste que María concluiria por volverse aquí para toda su vida ó en olvidarse para siempre de nosotros, no hago más que pensar en ello, y he estado pensando y repensando en qué seria lo que la acometió, que de pronto quiso marcharse, porque, aunque el lacayo nos habia ya dicho que el padre estaba ya muerto cuando él salió, María no sabia una palabra de ello...

—¡Malos mengues te lleven á tí, al padre, al marqués y á María! replicó el labrador, que ya dos noches me has despertado y no me dejas dormir, y luego se me va el agua por donde no debo regar.

—¡Mal haya, repuso la labradora, el padre de María, á quien si no fuese porque ahora no debo hablar mal de él... Desde que hizo venir á ese demonio de marqués, está esto en revolucion.

—¿Pues tienes más que hacer lo que yo? respondió el esposo; ¿tienes más que volverte del otro lado y roncar? ¿Qué te importa á tí que los dos esposos se vayan ó se queden? Si te empeñas en meterte entre ellos, no sacarás más que gaznatazos y bien merecidos. Ya ves que el mismo marqués, á pesar de que anteayer te propasaste, ha querido que nos quedemos, que si por él no hubiera sido, estariamos ahora andando por esos andurriales...

—No, si no creas, le respondió la labradora, que yo le tengo mala voluntad, al contrario, á mí lo que me tiene pensativa es que María no le quiera, porque ayer me probó el marqués que él quiere á ella, y á lo que yo entiendo,

María principia á tenerle cariño. Yo se lo he aconsejado de todas las maneras, y he hecho todo lo que yo puedo para conseguir el mejor resultado. De esto no puede quejarse el marqués... Dime,—porque tú ves las cuestiones más friamente y aciertas mejor que yo,—dime, ¿crees tú que el haberse ido de aquí es señal de que piensa entregarse de una vez á su esposo? Porque has de saber que aunque María es, como ya la conoces, tan dócil, cuando se la aconseja en cierto sentido sabe ya mover la cabeza, bajar los ojos, callar y salir corriendo sin querer oir más.

—Habia de ser yo el marqués, dijo el esposo.

—¿Para qué?

—Tranca, tranca, tranca, y nada más.

—De oírtelo decir se me erizan los cabellos, replicó la labradora indignada; ¿te crees acaso que casarse es como plantar estacas? De suerte que si María, en vez de estar como está, hubiese conocido verdaderamente á otro hombre, y, estando enamorada de él, la hiciesen casarse con éste, ¿se podria pedir de ella que sin más ni más, de golpe y *zumbío* le quisiese tambien? Me parece que si la mujer cambiase

así, mala confianza podria tenerse en su cariño.

—Qué cariño, ni confianza, ni cambios; la respondió el labrador; trancazo limpio y tente en pié, y cada ojo como un plato, y dejar correr la bola. Pues no faltaba más sino que una niña se me viniese á las barbas con bajar los ojos, y callar, y salir corriendo... Del primer *crugío* salia bailando la polka.

—¡Qué egoistas sois los hombres! exclamó la labradora. Y ¡qué infelices las mujeres, áun las que más gozan! Sale un mozuelo al paseo ó á misa, y si encuentra una mujer que le gusta, no tiene más que irse paso tras paso detrás de ella, y hacerse ver y pavonearse, y en fin, arrastrarla el ala; pero sale una mozuela, y si encuentra al paso un hombre que la guste, y cuando una mujer gusta de un hombre es más vehemente, no tiene más remedio que dejarle ir y volverse á su casa, y pensando que aquel hombre podia hacerla dichosa, darse un hartazgo de llorar y... ya está, aquí queda todo.

—Pues vaya unos cariñazos que salen de pronto con mirarse, exclamó el labrador.

—Me parece que todos los cariños principian por mirar, así en las mujeres como en los hombres; sólo que los hombres, despues de mirar pueden perseguir; pero las mujeres no, y como si no son perseguidas, se tienen que callar, se os figura que no las pasa lo mismo que á vosotros. Ellos pueden casarse con quien deseen; pero ellas no se casan sino con quien las desea.

—No tanto, hija mia, no tanto, que ya saben buscar ellas y hacer guiños, y pavonearse, y todo lo que sea necesario, con más maña que los hombres. No te metas á arreglar el mundo, que está muy bien así.

—Es claro, á trancazos, como tú dices, se arregla todo.

—Morir y pernear, la respondió burlando el labrador.

—¿Morir y pernear? Ya estás aviado. La que sale y vé á un hombre que la gusta, se vá á su casa y le dice á su corazon: aguántate, que voy á buscar ahora un marido que me saque de esta condicion, y entónces ya casada, te buscaré al que deseas. ¿Y esa? ¿Es coche, ó calesa?

—Hija mia, esa es carreton, y de los tuyos, que me recuerda tu consejo á María de que se casára ahora con éste, y que si luego encontraba al de su sueño, se fuera con él.

—Fué lo que la hizo decidirse.

—Por eso lo digo, porque ya lo ví.

—Es que todas tienen uno, que es el de su sueño.

—Pues entónces... véte á predicar tu doctrina.

—A saber cuál seria mejor, si la mia ó la tuya de trancazos.

—Contigo se irian las *ellas* y conmigo los *ellos*, y puesto que no cabe avenencia, lo mejor es dormir. Buenas noches.

—Buenas noches.

No bien habian acabado de decir estas palabras, cuando sintieron chirriar el cerrojo de la puerta exterior, y al propio tiempo un vocejon tal y tal estruendo de ladridos, voces, gruñidos y cacareos, que no parecia sino que el mismo Satanás acababa de entrar en el cármen.

Fué el caso que así como el artesano comprendió al ventanazo de la labradora que de la casa no debia esperar ayuda, se aseguró en

el árbol montándose á horcajadas en una rama, y allí, cigarro tras cigarro, maldiciontras maldicion y copla tras copla, se dispuso á pasar la noche lo mejor que pudiera; y como debajo estaba el mastin que de cuando en cuando le gruñía para darle á entender que le esperaba, queria desechar el sueño que le iba entrando, no fuera que al dormirse cayera en las mismas mandíbulas del terrible centinela. Todo iba bien mientras pensaba en el mastin y en la suegra, porque la misma zozobra y mal humor que al pensar en ellos le revolvia su cuerpo, le tenia despierto y con cien ojos; pero del mastin y la suegra pasó á pensar en los trescientos duros y en el casamiento, y era tanto y tan halagüeño y placentero lo que pensaba, y de tal modo le hizo olvidar que no estaba donde él se figuraba, que en lo mejor y más grato de sus pensamientos con la frescura de la misma brisa que tan agradable corria entónces, principiaron á cerrársele los párpados y á aflojársele los nervios, hasta tal punto que comenzó á perder la vertical y á vencerse á un lado sin apercibirse de ello; dobló al fin el cuerpo, y despertándose cuando ya tenia la cabeza por debajo

de su montura, en medio de su sobresalto y confusion se afianzó á la rama abrazándose á ella con tantos ánimos, que no hubiera podido pedir más su misma novia, y de tal suerte que se remachó y limó cruelmente las narices; y al agarrarse sin saber todavía lo que le habia pasado, pues él se creia estar en otro lado, soltó un voto que despertó á todos los pájaros del bosque; el mastin, que sintió de pronto venírsele encima aquella masa haciendo crugir todo el árbol, despertó de un salto ladrando furiosamente despertando á su vez con sus ladridos á todos los cerdos y gallinas del corral que comenzaron á gruñir los unos y á cacarear las otras todas á la vez.

La labradora, sospechando que su hija habia sentido por su novio más compasion de la que conviniera á su recato, se levantó, y el labrador la siguió. Asomáronse á la ventana llamando á la hija, que sorprendida en la misma puerta por el inesperado estruendo y oyendo las voces de sus padres, les respondió gritando que qué pasaba, y como la preguntaron que á qué salia, sin saber qué decir les respondió que iba á ver lo que pasaba, si era que habian pues-

to huevos las gallinas ó que la zorra se las llevaba.

—Súbete en seguida, la dijo la madre, no estás tú mala zorra.

El artesano, rabiando del escozor de su nariz, y oyendo las voces de su novia y de sus suegros, comenzó á soltar por su boca maldiciones y juramentos, y los dos labradores á responderle con otros, de modo que todo el cármen era una algarabía de ladridos, cacareos, gruñidos, voces y gritos de insultos, votos y juramentos en descomunal barahunda.

Al fin la labradora, comprendiendo que podia haber ido demasiado léjos en sus sospechas, volvió á gritar á su hija que se subiera, dió un nuevo ventanazo y á poco cada cual asegurándose en su lecho, quedó restablecida la calma.

Volvióse la hija á tan terminante órden, teniendo cuidado de mover mucho ruido con el cerrojo, que como chirriaba con la mayor facilidad, era su mayor enemigo, y fingiendo echarlo con coraje le dejó sin echar, diciéndose para sí: bien dice el refran, eres más torpe que un cerrojo.

A poco de volver cada cual á su sitio y de restablecerse el sosiego, se oyó al mastin ladrar; pero mucho más léjos de donde suponia el labrador que habia de pasar la noche, y como esto lo tenia por seguro, aunque se levantó de la cama para oir mejor, no hizo caso de los ladridos suponiéndolos de otro mastin, y volviéndose de otro lado, se quedó otra vez dormido.

Mas tarde fué á salir de nuevo la hija, y al abrir con mucho sigilo la puerta, se encontró de manos á boca con el artesano. Este la dijo qûe habia sentido escapar al mastin, que le habia escuchado ladrar furiosamente léjos de él, y que aprovechando la ocasion, se bajó del árbol para subirse en otro más cómodo si no podia penetrar en la casa.

A la mañana del dia siguiente, cuando la hija de la labradora bajó por agua á la Fuentecilla, un extraño espectáculo se ofreció á su vista que la hizo volver precipitadamente á la casa y avi-

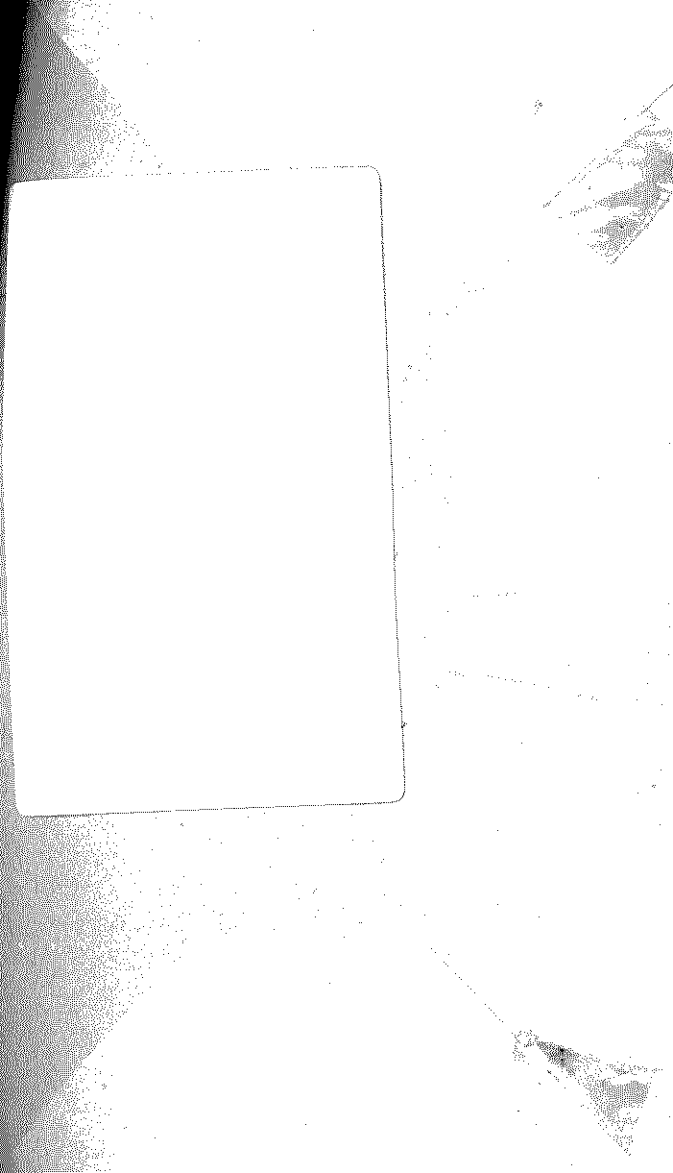
sar para que bajasen todos. Espectáculo era tal, que hizo contraerse la frente al labrador, los lábios al artesano, el corazon á la labradora y el vientre á la hija.

Los árboles de los alrededores de la Fuentecilla estaban completamente destrozados. El manantial estaba oculto bajo un enorme monton de troncos de avellanos. Al deshacer el monton se encontró al mastin sumergido en el manantial, desquijarado, con el cráneo deshecho, con los ojos fuera de las órbitas, todo ensangrentado, y las costillas hechas pedazos; el muro que servia de asiento estaba destruido en gran parte; roto el grifo de la fuente; al lado habia una delgada rama llena de sangre y en el murallon sobre que se asienta el templete, que es un murallon enlucido, escrito con sangre:

A la más falsa, hipócrita, baja y miserable de las mujerzuelas, regalo de bodas del más imbécil de los hombres.

No léjos vieron en el suelo dos hojas casi quemadas de un libro, como si con ellas se hubiese querido prender fuego al monton de troncos. En el borde de la página de la una, aún podia leerse

entre lo quemado: *Summa Theologica*, y pocos renglones más abajo, el principio de un capítulo titulado: *De concupiscentia;* y en la otra el final de otro capítulo con estas palabras de San Isidoro: *sed desesperare est descendere in infernum.*

FIN.

350
-AN
-GRAN
-LE1
-SXIX